

# LA ENEIDA

EN LA

REPÚBLICA ARGENTINA

TRADUCCION DE LOS SEÑORES

D. D. VELEZ SANSFIELD y J. C. VARELA

*Publicada bajo los auspicios  
de las familias de ambos traductores, y con una reseña sobre ellos*

POR

DOMINGO F. SARMIENTO y ADOLFO SALDIAS



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

49 — PERÚ — 53

M DCCC LXXXVIII





# LA ENEIDA

EJEMPLARES DE LUJO

*De esta obra se han impreso 5 ejemplares especiales sobre papel del Japon, números 1 á 5, y 6 ejemplares sobre papel de Holanda números 6 á 11.*





## PREFACIO

---

**N**o sin sentir alhagado nuestro amor propio de Argentinos, publicamos por la primera vez la traduccion que de la Eneida emprendió el doctor Dalmacio Velez Sarsfield, reuniéndola con la que á su vez emprendió el señor Juan de la Cruz Varela.

Eruditos y hombres de letras á quienes hemos consultado detenidamente sobre tales traducciones, nos han robustecido en la opinion que habiamos formado de que ellas ofrecen un contingente importante que no despreciarán los apreciadores de la obra inmortal del Mantuano.

Animanos por ello la esperanza de que en la madre patria como en las secciones Americanas

se mirará con acariñado interés ambas traducciones que presentan con claridad y con maestría ya sea el pensamiento intencionado y profundo, ya sea las formas artísticas y seductoras del verso de Virjilio en nuestra hermosa lengua Castellana.

El teatro y la época en que actuaron los autores de estas traducciones; los largos estudios que emprendieron; la competencia y preparacion de que dieron muestras inequívocas, y hasta el papel que desempeñaron en la vida institucional y orgánica de su país, no solo abonan el mérito de aquellas sinó que hasta fundan el motivo de publicarlas reunidas.

Tanto el D<sup>r</sup> Velez como don Juan Cruz Varela se distinguieron desde su temprana edad por su aficion al estudio sério, paciente, 'infatigable del clasicismo latino' que llegaron á profundizar, el primero en escala mas vasta y el segundo en la esfera mas brillante; como que el uno abarcó la ciencia del derecho y de la ley, connaturalizándose con Ulpiano y con Cujaccius, y el otro satisfizo de preferencia las inclinaciones de su espíritu ciceroniano en las fuentes de Virjilio, de

Horacio y de Ovidio, familiarizándose con todo el caudal que representan en la gradacion del clasicismo, Tácito, Tito Livio y Quintiliano, Séneca, Plauto y Terencio, Lucrecio y Cicerón, Lucano, Juvenal y Petronio.

Ni el doctor ni don Juan Cruz estudiaron fuera de su país. Ambos cursaron las aulas de la docta Universidad de Córdoba, fundida en el molde Metropolitano, donde se mantenía el fuego de un espiritualismo guiado por la moral del sentimiento, que despertaba los estímulos nobles y empeñaba á los jóvenes en la lucha incesante para alcanzar el envidiable galardón de la *sapientia*.

De allí pasaron á Buenos Aires, donde es fama que hicieron gala de no saber gran cosa, como que hasta el fin de sus días estudiaron con el mismo afán que cuando estaban en las aulas. Tal es la fuerza del hábito inclinado en bien propio y de los demás, el cual no permite abandonarse al indiferentismo que corrompe, ni á la indolencia que enerva. Quizá por ello nuestros abuelos fueron capaces de tanto esfuerzo, y han alcanzado una ancianidad robusta que en nosotros se anticipa demasiado.

Cuando, despues de larga preparacion, Varela y Velez emprendieron senda traduccion de la Eneida, allá en los años de 1835 á 1845, si bien los Italianos, los Españoles, los Franceses y los Ingleses habian ya hecho suyo ese poema, religioso segun unos, eminentemente político segun otros, en traducciones como las de Alfieri, Iriarte, Delille, Dryden, etc., el estudio de la obra de Virjilio, en su fondo y en su forma, en su espíritu y en sus tendencias, en su conjunto y en sus detalles, no se habia generalizado al favor de los eruditos trabajos que han aparecido en los últimos cuarenta años, de la índole de los de Marquardt, Worner, Preller, Schwegeler, Nissen, Connington, Hild, Hayne, Sainte-Beuve, Boissier, etc., etc.

Miradas á la luz que proyectan los trabajos de de esta índole es como se puede decidir del mérito de las traducciones que presentamos, en cuanto á la interpretacion del pensamiento de Virjilio. En lo demás, ellas vienen prestijadas por la reputacion de los traductores — esclarecido poeta el uno y propagandista de la reforma política y social de Rivadavia; jurisconsulto y codificador

el otro; sociólogos ambos, y, quizá por esto apegados, más que á ningun otro poeta, á Virgilio, que fué sociólogo tambien, asociando su poética trascendental á las reformas sociales del Emperador Augusto.

ADOLFO SALDÍAS.



DALMACIO VELEZ SARFIELD

y

## LA ENEIDA

---

**L**os que han sido testigos de la acción política ejercida en el último tercio de su vida por el D<sup>r</sup> Dalmacio Velez Sarsfield, como parlamentario, como estadista y como codificador Argentino, esperan encontrar en sus primeros años y en edad mas madura uno de los prohombres de la política militante. No fué ese, empero, su rol, ni el blanco de sus aspiraciones. Llevado por las necesidades de los tiempos, y al impulso de los acontecimientos, hubo de tomar parte activa



desde Caseros adelante, á fin de contribuir á organizar el gobierno que realizase las aspiraciones que habian sido durante treinta años de lucha, el programa del partido nacional. Siguiendo la suerte de los que sostenian las ideas formuladas en instituciones, por Rivadavia, emigró varias veces; pero sin tomar parte ostensible en la direccion de la lucha que sostenia con su adhesion y, llegado el caso, con su consejo.

No es despues de la disolucion del Congreso solamente, y durante el tiempo en que la prudencia aconsejaba sustraerse á la persecucion, como se cree, cuando el D<sup>r</sup> Velez se consagró á los altos estudios, que fructificaron al fin en los trabajos que deja consignados en códigos y leyes.

Debió ser uno de los estudiantes mas aventajados de su tiempo, pues en latinidad, leyes, teología, fué despues de adulto uno de los mas notables, acaso el mas notable teólogo y jurista de su tiempo.

Su familia recuerda, y él lo ha repetido muchas veces, que desde su llegada á Buenos Aires, el tiempo que le dejaba su creciente fama de abogado, lo consagraba á aquellos altos estudios.

La Universidad de Córdoba habia adelantado mucho, sin duda, en las ciencias legales, despues de la reconstruccion de su plan de estudios efectuada á principios del siglo por el Dean Funes ; pues poco habia de haber ganado á este respecto, con los padres Franciscanos á quienes fué encomendada su direccion, tras la espulsion de los jesuitas. Era la Universidad de Charcas, creada al lado de una Audiencia, la que proveia de doctores en derecho, mas afamados. Moreno, el Secretario de la Junta Gubernativa, salia de sus aulas. El D<sup>r</sup> Francia de estas otras.

El D<sup>r</sup> Velez, pues, ha principiado de nuevo sus estudios, tomando por base los que le eran comunes con todos los estudiantes de nuestras universidades. Prestábanse á ello, hábitos que conservó hasta los últimos años de su existencia. Recojiase temprano, aún viviendo en contacto con la alta sociedad y la política ; y el crepúsculo de la mañana lo encontraba de pié, con luz, leyendo, en un salmodeo peculiar á los antiguos estudiantes, de que el espectador no alcanzaba á discernir palabras articuladas. Así adquirió esa erudición que á los escritores alemanes ha facili-

tado elementos para rehacer la historia antigua, y crear la crítica moderna. El Alvarez anotado, que sirve de norma á nuestros tribunales, es la primicia de aquel trabajo que hacia pasar el abogado causista, al rango mas elevado del jurisconsulto.

No es fácil ni á los autores mismos seguir la filiacion de sus propias ideas. Desde muy temprano cayó en sus manos Cujas ó Cujaccius, el célebre restaurador del derecho romano. Dos siglos de trabajos posteriores en el mismo campo, no han añadido gran cosa al edificio completo que él sacó de entre los escombros de la media edad; y así como Cujaccius se tenía por un jurisconsulto romano, como Ulpiano ó su continuador, y llamaba nuestro Sacratísimo Emperador á los de Roma, así Velez se había identificado con Cujas hasta hacerlo su propia esencia. Muchos años despues recordaba que este autor, comentando ciertos decretos imperiales, incorporados en el texto de las leyes, decia que un tercer decreto se habia perdido, conjeturando el contenido complementario de aquellos; y muy grande debió ser el regocijo del neófito Velez cuando un amigo

en viaje le anunció el reciente descubrimiento del decreto cuya existencia requería Cujas, bien así como Leverrier había descubierto un planeta, necesario para explicar las aberraciones de Urano.

¿Era el Cujas, para explicar las leyes con las intrincadas cuestiones de mitología, costumbres, lenguaje y tradiciones de los romanos, lo que arrastró al nuevo jurisconsulto hacia el estudio de la Eneida; ó de esta escavacion, digámoslo así, que hizo en continuacion de sus estudios en el terreno latino, pasó ya preparado al estudio del maestro de la jurisprudencia? ¿Fueron ambos raudales, la poesía y el derecho romano, que salían de la misma fuente, el estudio de la lengua latina, los que se confundieron en su ánimo?

Diez y ocho siglos há que la Eneida está en manos de los hombres civilizados de la tierra. Nada parece que estuviese por aclararse en su texto, que no haya sido materia de controversia, al parecer ya fijada. No obstante esto, como Azara que construyó para darse cuenta de las aves y plantas que colectaba en el Paraguay, una clasificación botánica, que acertaba á ser la de Linnæo, ó se aproximaba á ella por su sistema,

el D<sup>r</sup> Velez desde un rincon de la América del Sud, sin el auxilio de las bibliotecas y manuscritos que tanto ayudan á los eruditos en Europa, se propuso este problema : dada la índole de la lengua latina, la relijion, las costumbres y las tradiciones romanas en la época de Augusto, cual es el pensamiento íntimo de Virjilio, ó para espresarnos vulgarmente, lo que *ha querido* decir, en tal verso, hemistiquio, frase ó simple palabra, pues esta misma espresa otra idea á veces que la que le asigna el Calepino.

Algunas entre el centenar de notas que acompañan la version, pueden dar idea del género de trabajo emprendido y de sus dificultades.

La nota 1<sup>a</sup> al 5<sup>o</sup> libro, dice así:

“ *Interea medium jam classe tenebat*

“ CERTUS ITER, *fluctusque atros Aquilone* SECABAT

“ A ese tiempo (traduce Velez), Eneas confiado en su destino, se dirijia con sus naves á la alta mar, y con viento favorable cortaba las negras olas. ”

“ Cada palabra, puede decirse, de estos dos versos, añade, ha sido diversamente traducida ó

interpretada. *Medium*, entienden algunos el alta mar, cuándo Eneas recién salía de Cartago: otros el medio del camino entre el Africa y la Sicilia, desde donde ciertamente no podían verse las llamas de la hoguera de Dido. *Certus* ¿es acaso que Eneas conoce el camino que debe llevar, ó debe tomarse en su acepción moral, es decir, confiado en la promesa de los Dioses? *Aquilone* ¿es el viento del Norte contrario para salir de Cartago, ó el viento en general? *Atros*, ¿debe traducirse *secabat fluctus, atros Aquilone*, ó bien, *secabat Aquilone, fluctus atros?*”

Hé aquí las versiones que han hecho de estos dos versos los mas célebres traductores de la Eneida:

## VELASCO

“ En tanto que en Cartago aquesto pasa  
 “ Eneas dilijente con su flota,  
 “ Por medio del mar á toda prisa corre,  
 “ Partiendo con hervor á remo y vela  
 “ Las hondas olas, con el viento negras.”

## ANNIBAL CARO

“ Intanto Enea, spinto dal vento in alto  
 “ Veleggiaba á dilungo.”

## BONDI

“ Enea trattanto, in suo camin deciso  
 “ Con la flotta avanzando il mar solcaba.  
 “ Fosco da l'Aquilone.”

## BARTHÉLEMY

“ Cependant le héros qu'un ferme espoir anime  
 “ Fendait sous l'aquilon, les flots noirs de l'abîme.”

## VILLENEUVE

“ Cependant, plein de confiance dans l'ordre des Dieux,  
 Enée dirige vers la haute mer sa flotte qui fend les  
 vagues noircies par les Aquilons. ”

## DRYDEN

“ Meantime the troyan cuts, his wat'ry way,  
 “ Fix'd on his voyage, through the curling sea.”

## DAVIDSON

“ Meanwhile Eneas inalterably resolved, had reached  
 “ the open sea, and was cutting the blak billows be-  
 “ fore the wind.”

Y en la nota 10:

... *hoc Ilium et hœc loca Troyam*  
 Esse jubet...

“ Ordena que este pueblo sea otra Ilion, y que todos  
 estos lugares recuerden á Troya.”

(VELEZ).

“ Para mí es dudoso, dice, el pensamiento que encierran estas palabras del texto. Me parece que Eneas no manda que el nuevo pueblo se llame Ilion, pues que se va á llamar Acesta. Ni la historia recuerda ninguna ciudad en Sicilia que se hubiese llamado Ilion. Me parece tambien que *hæc loca* no se refiere precisamente á los sitios que se habian de edificar, sinó que son todos los lugares que comprenda el nuevo pueblo. Esta idea la confirma Dionisio de Halicarnaso que menciona dos rios en Sicilia, cerca de la ciudad de Segesta, ántes Egesta, y primero Acesta, llamados Xanto el uno, y el otro Simois. He juzgado por esto, que solo debia suplirse el verbo recordar. Las traducciones que he consultado varian casi todas.”

“ Barthelémy traduce :

“ Assigne à tous les lieux des noms chéris à son âme :  
 “ L'un s'appelle Ilion, l'autre sera Pergame.”

VILLENEUVE

“ Le héros veut que ce soit autre Ilion, une seconde Troye.”

DRYDEN

“ This part is nam'd from Ilium, that from Troy.”



DAVIDSON

“ There he orders a second Ilium to arise, and this place to be called after those of Troy. ”

CARO

“ ... é parte Troia,  
 “ E parte Ilio ne chiama. ”

BONDI

“ ... é fissa il loco  
 “ D'Ilio é di Troia. ”

VELÁZCO

“ Manda que sea esta ciudad retrato  
 Del pasado Ilium, y que renueve  
 La clara Troya y todos sus lugares. ”

Con estas muestras y las otras notas, el novísimo traductor de la Eneida, así como en el derecho se coloca entre Cujas y sus discípulos, así volteja su espíritu sobre la mas adelantada expresion del espíritu humano, y llama á juicio á las naciones. Ventaja inapreciable, notada ya por estraños, de la educacion políglota de los americanos del Sur, sin preferencias patrias que

tanto estrago hacen en Europa, atribuyéndose cada nacion la gloria de un paso mas dado en el camino de los progresos humanos, con detrimento de la verdad. Velez, como se vé, se sentia en América preparado para entrar en lisa con sus predecesores en la arqueología, diremos así, y en la contextura no ya de la lengua latina sinó de la mente de sus escritores, no obstante las lecturas corrientes y acreditadas.

El manuscrito orijinal de los primeros cantos de la Eneida con las notas, lo mandó á su familia desde Montevideo, allá por el año de 1843. Esto acusa mas de veinte años, ya despues de terminada la obra. El testo es de dos amanuenses distintos; y aún así en limpio trae sustituciones posteriores de su letra, y algun trozo pegado sobre la anterior version. Las notas al fin de cada canto, son de su letra, escepto en uno.

Mas tarde ha tenido copias en que el testo está ya irrevocablemente fijado. En libro separado existe el borrador de los tres últimos cantos, como en via de estudio, pues hay al canto otra version, ó variantes del texto del cuerpo del escrito. Cócese que no ha puesto despues mano á esta

parte de la obra, que consideraba indigna de Virjilio, y, como si fatigado del primer esfuerzo, él mismo la hubiera desdeñado. Este es el juicio universal; pero en Velez tomaba el colorido que su alta apreciacion de los primeros cantos reflejaba sobre esta parte oscura. Consideraba los tres primeros cantos como grabados en acero, sin que hubiese una palabra que no fuese necesaria espresion de un pensamiento.

Antes de abandonar el plácido terreno de las letras, y antes que principien para él las borrascas de la vida que hemos llevado treinta años, debemos añadir lo que creemos necesario para completar el hombre al salir de la juventud. Su estudio y frugalidad le dieron luego afluencia que llegó á ser, con la adquisicion de estancias que pobló esmeradamente, una fortuna. Hasta sus últimos años ha sido el favorito de las jóvenes, por la amenidad jovial de su trato, y por la salática con que sazonaba sus dichos, célebres aún en el foro, y en la tribuna. Sus ideas se concentraron en los ramos especiales á que consagró su estudio; y entre las perplejidades, contradicciones, y nuevos aspectos y mas ancho campo

que han venido abriendo al saber humano y á la crítica histórica las ciencias de observacion, pudiera decirse que su espíritu habia echado el ancla en cierta época de la vida, mirando desde ahí con indiferencia el movimiento moderno. Geología, óptica celeste, mas bien que astronomía, antigüedad del hombre sobre la tierra, todas estas grandes novedades que tanto preocupan á los espíritus jóvenes ó inquietos, ó curiosos, lo encontraban, sinó incrédulo, indiferente. Hasta su última enfermedad leía horas enteras, ya sin aplicacion á fin determinado, y simplemente para absorber tiempo. Estas lecturas eran sobre legislación, ó economía política, variadas á veces por libros nuevos sobre derecho de gentes ú otras graves cuestiones.

Murió sin haber leído una sola novela en toda su vida; y se lamentaba á veces de no entender el libreto de las óperas, por no estar en antecedentes del drama que habia servido de tema. Esta que se antoja una orijinalidad, en quien en tanto tenía el poema épico de Virjilio, que pareciera abrir el ánimo á los goces de la imaginacion, era, sin embargo, efecto de la antigua edu-

cacion monástica de nuestras Universidades. El sentimiento de lo bello no solo no era cultivado por ningun estudio, sinó que quedaba *atrofiado* el que nos viene de la naturaleza. Las bellas artes, las formas, la imaginacion, no tuvieron un altar en aquellos claustros de murallas lisas y sombrías, en que se murmuraba latin, ó se repetian autores de derecho ó de teología. El estudiante americano se creó léjos del espectáculo que tiene el europeo, aún los que al sacerdocio se consagran, de las estátuas, los cuadros, los jardines públicos, la poesía, la música y los monumentos: Su alma imbibе por los poros todas estas emanaciones artísticas que le vienen del medio ambiente, y aún las novelas que apasionan á su aparicion al público, van á solicitarlo á las clases y darle goces intelectuales, sin distraerlo de los estudios sérios. Todo esto hacia falta al D<sup>r</sup> Velez, bien que no lo necesitase para Códigos y Bancos (1).

*D. F. Sarmiento.*

(1) *Bosquejo de la Biografía del doctor Dalmacio Velez Sarsfield.* — Buenos Aires, 1875.

# LA ENEIDA



## LIBRO PRIMERO

**Y**o canto los combates, y al guerrero que huyendo por orden de los Hados vino el primero á Italia desde las costas de Troya, y descendió en las riberas de Lavinia. Por largo tiempo el poder de los Dioses, escitado por la cólera siempre viva de la implacable Juno, le arrojó á diversas tierras y por diversos mares. Sufrió tambien mucho por la guerra ántes que pudiera fundar en el Lacio una ciudad y asentar allí sus Dioses. De él traen su origen la raza Latina (1), los padres Albanos y las murallas de la soberbia Roma.

Dime ¡ oh Musa ! por qué causa, por qué ofensa á la Divinidad; ó de cuál injuria quejosa la Reina de los Dioses

precipitó á un varon tan ilustre por su piedad á rodar en tantos peligros y afrontar tan dilatados trabajos ! ¡ Cabe tanto rencor en los seres celestiales !

Hubo una antigua ciudad (Colonos de Tiro la fundaron), Cartago, en frente á Italia, léjos de las bocas del Tiber, poderosa por sus riquezas y fiera en los usos de la guerra, la cuál, se dice, Juno preferia á todas las de la tierra, posponiendo á la misma Samoś. Allí estaban sus armas, allí su Carro (2), y ya la Diosa meditaba y alimentaba el designio, si los Hados lo permitieran, que este Reino tuviera el imperio del mundo.

Pero habia oído que una raza salida de la sangre Troyana derrocaría un dia los Alcázares de Cartago : que ese pueblo, Rey de mil regiones, soberbio y victorioso, vendria para la ruina total de la Libia : que así las parcas jiraban su voluble rueda.

Temiendo eso la hija de Saturno, traía á la memoria la pasada guerra (3) que ella la principal habia sostenido contra Troya por sus caros Argivos. Estaban aún grabadas en su corazon las causas de su zaña y de sus acerbos dolores. Fijó en su soberbia mente el juicio de Paris (4), la injuria de su belleza despreciada, esa raza odiosa, el rapto y los horrores de Ganimedes. Inflamada por estos ultrajes repelia léjos del Lacio á los Troyanos, restos de los Griegos y del implacable Aquiles, arrojándolos de unos en otros mares. Ellos perseguidos por los Hados erraban desde muchos años por todo el

Océano. ¡Tan vasta obra era fundar el pueblo Romano!

Apénas perdian de vista la Sicilia, y llenos de contento soltaban las velas en la alta mar, haciendo saltar blancas espumas del salado elemento con el bronce de las proas, cuando Juno que guardaba en el fondo del corazon su eterna herida, decíase á sí misma: “¡Y qué! Yo vencida, abandonaré lo que he principiado! ¿No podré apartar de Italia al Gefe de los Troyanos? ¿Por qué los Hados me lo privan? (5). Y Palas pudo por la culpa de uno solo, por el delirio amoroso de Ajax, hijo de Oilico, incendiar la flota de los Griegos y sumerjirlos en el Ponto! Ella misma, lanzando desde las nubes el alado rayo, conmovió los mares con los vientos y dispersó los buques. Arrebató á Ajax en un torbellino exhalandó llamas de su herido pecho, y le clavó en la punta aguda de una roca. ¡Y yo que marchó cual reina de los Dioses (6), yo, la hermana y esposa de Júpiter, hago la guerra desde tantos años á una sola nacion! ¡Y quién querrá en lo sucesivo adorar la divinidad de Juno y poner humilde sus ofrendas en mis altares!”

Revolviendo la Diosa estos pensamientos en su inflamado corazon, llegó á Eolia, patria de las negras nubes, regiones preñadas de furiosos vientos. Allí el Rey Eolo en una ancha cueva reprime con absoluto imperio los vientos encontrados, las ruidosas tempestades, y los enfrena con cadenas en sus prisiones. Ellos enfurecidos andan bramando en torno de la caverna, con grande es-



trépito de la montaña. Eolo sentado en una alta roca, con el cetro en la mano, templa sus brios y su furor amansa. Si no lo hiciera así, los mares, la tierra y el inmenso cielo, arrastrados en su rápido vuelo, rodarian por los espacios. Temiendo esto el padre omnipotente, los encerró en profundas cuevas; puso sobre ellos la pesada mole de los montes, y dióles un Rey que bajo precisas leyes pudiera retenerlos ó darles rienda suelta.

Juno llega á él y le implora así: “¡Eolo! pues que el padre de los Dioses y Rey de los hombres te ha dado el poder de apaciguar las ondas, ó sublevarlas con los vientos, un pueblo que me es enemigo va surcando el mar Tirreneo, llevando á Italia, Troya y sus vencidos Penates. Esforzad los vientos; que hundidas sus naves queden sepultadas bajo de las aguas; ó echadlos á diversas partes y dispersadlos por todo el mar. Yo tengo catorce ninfas de extraordinaria belleza. Por el servicio que te pido, te daré á Diiopea la mas hermosa; la uniré á tí con indisoluble vínculo, y haré que, perpétua compañera, te haga padre de lindos hijos.”

Eolo le responde: “A tí te toca, oh Reina, mostrar lo que deseas, y á mí obedecer tus mandatos. Tu me has dado todo el poder de este Reino. A tí debo mi cetro y el favor de Júpiter. Tú me has hecho sentar en la mesa de los Dioses (7) y me has concedido el imperio de las nubes y de las tempestades.” Luego que hubo dicho estas palabras, vuelve la punta de su lanza y hiere

los flancos de la cóncava montaña. Los vientos amontonados se precipitan por do vieron puerta, barriendo la tierra en torbellinos. Se arrojan al mar, y el Euro, el Noto y el Aprico, criador de tempestades, le sublevan desde los profundos abismos, azotando las riberas con inmensas olas. Principian entónces los gritos de la gente y el crujido de las cuerdas. Las nubes en un momento arrebatan el cielo y la luz de la vista de los Teucros. Tenebrosa noche pesa sobre las aguas. Los cielos truenan. El Eter arde con rápidas y sucesivas llamas y todo presenta á los navegantes una muerte inevitable.

De repente, Eneas, enervados sus miembros de temor, suspira, y tendiendo al cielo sus dos manos se lamenta de esta suerte: “ ¡ Oh, tres y cuatro veces afortunados aquellos que ante los ojos de sus padres les tocó perecer bajo las altas murallas de Troya! ¡ Oh, hijo de Tideo el mas valiente de los Griegos! que yo no haya podido sucumbir en los campos de Troya, y que tu brazo (8) no me haya arrancado esta vida, allí donde cayó el bravo Héctor por la lanza de Aquiles, donde el grande Zarpedon, donde el Sinois arrastra en continuos vuelcos bajo de sus ondas los yelmos y los escudos y los ilustres cadáveres de tantos guerreros! ”

Mientras que así decia, una borrasca que bramaba con el viento hiere las velas de frente y lanza las olas á los astros. Quiébranse los remos: la proa se desvia, y la nave presenta el costado á las ondas. Levántanse entón-

ces montañas de agua que se precipitan desde sus cumbres. Los unos penden en la cima de las aguas. Para otros el mar se abre, y entre las olas agitadas les muestra su fondo, donde hierven las arenas en remolinos. El Noto arroja tres naves á romperse sobre rocas ocultadas, que los de Italia llaman *Allares* (9) las cuales están en medio de las ondas y su inmensa espalda iguala con la superficie de las aguas. El Euro arrastra otras tres desde la alta mar (¡lastimoso espectáculo!), las lanza en los bajos y sirtes, encállalas en los vados y las rodea con un muro de arena. Una enorme ola embiste en presencia de Eneas la nave que llevaba los Líceos y al fiel Orontes, lanzándose desde su cima sobre la popa. El piloto encorvado sobre el timon es arrancado de allí y arrojado cabeza abajo. La misma ola acomete la nave por todos lados : la revuelve tres veces sobre sí misma, y en raudo vértice la sepulta en el abismo. Algunos pocos aparecen nadando en el vasto Océano ; y en sus ondas, las armas de los guerreros, las tablas de los buques y los tesoros de Troya. Ya la valiente nave de Ilioneo, la del fuerte Achates, las que llevaban á Abas y al anciano Alethes, son vencidas por la tempestad. Suetos los enlaces de sus costados, se abren y todas ellas reciben la enemiga onda.

Entretanto sintió Neptuno que una tempestad deshecha conmovia el mar con inmenso ruido y le agitaba desde su profundo fondo. Previendo las consecuencias,

gravemente airado levantó sobre las mas altas olas su serena frente y vé la flota de Eneas deshecha y esparcida por todo el mar : vé á los Troyanos abrumados por las olas y por la cólera del cielo. Hermano de Juno, no se le ocultan los artificios y los furores de ella : llama hácia sí al Euro y al Céfito y les dice estas palabras : “ ¡ Vientos ! ¿ Tanta presuncion teneis en vuestro origen ? ¿ Os atreveis á agitar el cielo y la tierra sin mi consentimiento, y á conmover tan inmensas moles ? (10). Yo, á los que... pero ante todo es preciso calmar las embravecidas ondas. Si despues volviereis á hacer lo mismo, otra será vuestra pena. Huid pronto, y decid á vuestro Rey que no á él, sinó á mí, la suerte dió el imperio del mar y el terrible tridente : que él se mantenga en sus espantosas rocas, que son ¡ oh Euro ! vuestra mansion. Que en ese palacio Eolo se glorie, y reine en la oscura cárcel de los vientos. ”

Dijo así, y mas pronto que lo que hubo dicho, aplaca los hinchados mares, ahuyenta las nubes amontonadas y reconduce el Sol. La ninfa Cimotoc junto con Triton, uniendo sus esfuerzos, procuraban desencallar las naves de la cima de un escollo : él mismo entónces las levanta con su Tridente, abre las vastas sirtes, aquieta el mar, y con las lijeras ruedas de su carro se desliza por la superficie de las aguas. Como en una gran ciudad, cuando sucede la sedicion y la vil plebe se embravece y hallando armas en su furor ya vuelan piedras y tizones encendidos ; y si por acaso aparece entónces un hombre

venerable por su piedad y méritos, callan y se preparan á oírle, y él con sus palabras gobierna los espíritus y aplaca los corazones; así cesó todo el bramido de las olas despues que el Dios arrojó sus miradas sobre los mares, y dirijiendo á diversas partes sus caballos dió rienda suelta á su ligero carro, que vuela llevándole en apacible atmósfera.

Los fatigados compañeros de Eneas se esfuerzan en ganar las mas cercanas riberas y se dirijen hácia las costas de la Libia. Hay en una larga bahia, un lugar en el cual una isla forma un puerto por la posicion de sus costados. En ellos toda ola de la mar se rompe y parte en brazos estrechos. Por ambos lados se levantan altas rocas y dos peñascos que amenazan á los cielos, y bajo su abrigo duermen en profundo silencio aguas apacibles. Arriba se presentan en anfiteatro espesas arboledas y un oscuro bosque que estiende sobre el agua su horrible sombra. En el costado opuesto hay una gruta entre peñascos pendientes. Dentro de ella las aguas son dulces y hay asientos de piedra viva. Esta es la mansion de las ninfas del mar. Allí ningunas amarras detienen á las cansadas naves, ni es menester que las asegure el ancla con su corvo diente. Eneas despues de reunidas todas las naves, introdujo en ella siete, únicas que le quedaban. Los Troyanos ansiosos de tomar tierra se lanzan á gozar de la ansiada playa y reposan en la ribera sus cuerpos empapados de agua salada. Achates el primero,

hace saltar la chispa de un pedernal : recibe el fuego en hojas, pónole en torno combustibles secos, y la llama se lanza del fogon. Fatigados de tantas miserias, sacan el trigo que se halla mareado y los instrumentos para prepararle. Secan al fuego el grano salvado y le muelen en piedras.

Entretanto Eneas sube á un peñazco y dirige hasta lejos sus miradas por el ancho mar, por si descubre las velas de Anteo ó de Capis arrojados por el viento, ó las naves troyanas de dos órdenes de remos, ó en sus altas popas las armas de Caico. Pero ninguna nave se presenta á la vista. Vé solo tres ciervos dispersos en la ribera. A estos siguen por detrás muchos rebaños, y toda la grande manada pace por los valles. Paróse allí y tomó el arco y las veloces flechas que llevaba el fiel Achates. Primero voltea á los gefes del rebaño, que alzaban sus altas cabezas con ramajes de cuernos, y despues ataca con sus dardos á la turba entera, á la cual la dispersa por los frondosos bosques. No descansó hasta que vencedor habia tendido en tierra siete de ellos, los mas grandes, é igualado así su número con el de las naves.

De allí vuelve al puerto y reparte la presa entre todos sus compañeros. Distribúyeles el vino que en la ribera de Sicilia puso en toneles el bueno é ilustre Acestes y les dió cuando partian; y con estas palabras consuela sus tristes corazones: “ ¡ Compañeros ! ¡ Antes de ahora conocimos el infortunio ! ¡ Vosotros habeis padecido aún

mayores ! ; Dios tambien pondrá término á estos ! Vosotros superasteis las rocas de los Ciclopes : os habeis acercado á la rabiosa Scila y á sus altos peñascos que braman desde sus abismos : recobrad vuestros ánimos ; desterrad los tristes miedos. Tal vez en algun tiempo os sea agradable traer á la memoria estas desgracias. Por tan diversos azares, por entre tantos peligros avanzamos hácia el Lacio, donde los destinos nos prometen tranquilas mansiones. Allí nos será permitido restablecer el imperio de Troya. Perseverad y reservaos para un porvenir tan feliz. ”

Así les dijo : y combatido de grandes cuidados, aparenta esperanzas en su rostro, y oculta en su corazon un dolor profundo. Sus compañeros preparan la presa para comerla. Sacan las pieles de las costillas y descubren las entrañas. Los unos la dividen en pedazos que aún palpitantes clavan en asadores : otros preparan en la ribera vasijas de bronce y dánles fuego. Entónces á vista de la comida recobran sus ánimos. Sentados en la yerba se regalan con la gorda presa y el añoso vino.

Cuando el hambre hubo sido calmado y alzadas las mesas, deploran en largos entretenimientos sus perdidos compañeros, vacilando entre el temor y la esperanza, ó de que vivan, ó de que habiendo sufrido la última desgracia, estén sordos, á la voz que los llama. El piadoso Eneas, principalmente, lamenta la infortunada suerte ya del ardorosc Oronte, ya la de Amyco, y deplora

ra en secreto los crueles destinos de Lico, al fuerte Gyan y al fuerte Cloanto.

Daban ya término á sus lamentos, cuando Júpiter desde el alto cielo, mirando este bajo mundo, el mar cubierto de velas, las riberas y los numerosos pueblos, se paró en el Pináculo del Olimpo y fijó sus miradas en los Reinos de la Libia. Mientras que tales cuidados ocupan su pensamiento, Venus, triste, bañados de lágrimas sus brillantes ojos, le habla así: “ Oh tú, cuyos eternos decretos gobiernan á los hombres y á los Dioses : tú que estremeces el universo con tus rayos ¿qué crimen tan grande ha podido cometer contra tí mi Eneas? ¿Qué han hecho los Troyanos, para que despues de sufrir tantas muertes, el mundo entero se les cierre por alejarlos de Italia ? Sin embargo tú me habias prometido que en un tiempo, en el transcurso de las edades, de la sangre de Teucres vuelta á llamar á Italia, nacerian los capitanes Romanos, cuya absoluta dominacion abrazaría la tierra y los mares. ¿Por qué causa, oh padre, has variado de resolucion? Con esta esperanza yo me consolaba de la caida y de la triste ruina de Troya, compensando destinos al fin propicios, con destinos largo tiempo contrarios. Pero ahora, despues de tantas desgracias sufridas, la misma suerte persigue á los Troyanos. ¿Qué término pues, oh grande Rey ! pones á sus trabajos? Antenos escapado de entre las huestes griegas pudo penetrar hasta el golfo de la Iliria, atravesar sin peligro por el in-



terior del Reino de los Liburnos y pasar mas allá de la fuente del Timavo, que saliendo de nueve orígenes con fuerte mugido de las montañas, cual un mar enfurecido, inunda aquellos campos con sus rujientes olas. Fundó al fin en Italia la ciudad de Pádua (11) para asiento de los Troyanos : dió al pueblo su nombre, colgó las armas de Troya y feliz descansa en dulce paz. ¡Y nosotros, tus hijos, á quienes prometistes los alcázares del cielo, perdidas nuestras naves ¡oh desgracia! sucumbimos á la zaña de una deidad y somos arrojados lèjos de las costas de Italia! ¿Es este el premio de la piedad? ¿Así nos restituyes nuestro reinado?”

El padre de los Dioses y de los hombres, sonriendo á Venus con aquel rostro que calma el cielo y las tempestades, dale á su hija un lijero beso y hablaba así: “No temas, Citerea. Los destinos de tus Troyanos permanecen inmutables. Tu verás la ciudad y las murallas prometidas de Lavinia. Tú llevarás por los aires al magnánimo Eneas á las mansiones del cielo. No he variado de resolución. Pero que pues tales cuidados te asaltan, por gracia á tí te revelaré los arcanos del destino en toda su estension.

“ Eneas hará en Italia una sangrienta guerra y domará pueblos feroces. Fundará ciudades y les dará leyes hasta que tres veranos le hayan visto reinar en el Lacio, y pasen tres inviernos desde que los Rótulos se hayan sometido. El niño Ascanio al cual ahora se le dá

el sobrenombre de Iulo (Ilo se llamaba cuándo Illion reinaba), llenará con su imperio el largo círculo de meses que forman treinta años. Transportará su reino del suelo Labinio y rodeará de fuertes murallas á Alba la larga. Allí la raza de Héctor reinará por trescientos años hasta que Ilia, sacerdotiza hija de Reyes, fecundada por Marte, dé á luz dos gemelos. Despues Rómulo (12) que se jugaba bajo el cuerpo de una vellosa loba, su nodriza, acaudillará el pueblo, fundará la ciudad de Marte, y por su nombre los llamará Romanos. Yo no prescribo tiempo, ni señalo término á este pueblo, pues le he dado un poder sin fin. Entónces tambien la implacable Juno que ahora fatiga con sus temores la tierra, el mar y el cielo, con mas sanos consejos, protegerá conmigo á los Romanos, señores del universo, pueblo Togado (13). Tal es mi voluntad. Vendrá un tiempo al volver de los años, en que los descendientes de Azaraco esclavizarán las ilustres Fthias y Micenas (14) y dominen á los vencidos Argivos. Nacerá César, Troyano por el mas ilustre origen, cuya forma llegará hasta los astros, y su imperio no tendrá otros términos que el Océano. Julio se llamará, nombre tomado del grande Iulo. En algun tiempo tú, tranquila, le recibirás en el cielo cargado con los despojos del Oriente, y será cual un Dios invocado en las plegarias. Entónces, acabadas las guerras, los siglos de hierro se endulzarán. La antigua providad, Vesta, Quirino con su hermano Remo, dictarán las leyes. Las ter-

ribles puertas del templo de la guerra serán cerradas con fierro y comprimidas sus trabazones ; y la discordia impia sentada en el fondo sobre armas homicidas y amarrada por detrás con cien cadenas de bronce, horrible, bramará con su ensangrentada boca. ”

Dijo esto, y desde el alto Olimpo envió al hijo de Maia para que las tierras y las murallas de la nueva Cartago se abriesen en hospitalidad á los Troyanos, y no suceda que Dido, que ignora los decretos del destino, los aleje de sus Estados. Vuela Mercurio por los anchos aires batiendo sus alas : pronto llega á las rejiones de la Libia, y en el acto cumple las órdenes de Júpiter. Los Fenicios deponen sus feroces corazones, como el Dios lo queria. La Reina, la primera, tiene para los Troyanos disposiciones pacíficas y sentimientos benignos.

Entretanto el piadoso Eneas, revolviendo durante la noche diversos pensamientos, determina salir, así que aparezca la dulce luz, á explorar estos nuevos lugares, saber en qué costas los ha arrojado el viento, procurando averiguar quiénes las habiten, si sean hombres ó fieras, pues que las vé incultas, y traer noticias ciertas á sus compañeros. Ocultó su armada en el fondo de los bosques, bajo cóncavas peñas cerradas en torno de árboles y de horrendas sombras, y sale acompañado por solo Achates, blandiendo un par de jabalinas de anchas hojas.

En medio de las selvas, su madre se le presenta con el rostro y vestidos de una doncella y las armas de Espar-

tana Virgen ; ó cual Harpalice de la Tracea, cuando apurando su caballo pasa en su fuga el vuelo del Euro (15). A uso de cazadora pendia de sus hombros un ligero arco ; llevaba sus cabellos flotantes al viento, y recogidas con un nudo sobre las descubiertas rodillas las movibles ondas de su vestido. Ella primero les habla: “ ¡Hola, jóvenes! Decidme, ¿ por acaso habeis visto errante por aquí una de mis hermanas, ceñido el carcax, y cubierta con la piel de una manchada lince, ó acosando á gritos por darle caza á un espumante javalí ? ” Dijo así Venus y su hijo la responde de esta manera. “ Ninguna de tus hermanas he visto ni oído. ¡ Oh Virgen ! ó, ¿ cómo te llamaré ? porque tu rostro no es mortal ni tu voz humana. Ciertamente tu eres Diosa, ó la hermana de Apolo, ó alguna de la familia de las Ninfas. Cualquiera que seas, sénos propicia y alivia nuestros trabajos. Enséñanos bajo qué cielo al fin, ó en qué rejiones del mundo hemos sido arrojados. Echados aquí por los vientos é impetuosas olas, erramos á la ventura sin tener noticias de estos países ó de sus habitantes. Nuestro brazo hará caer sobre tus altares numerosas víctimas.”

Venus entónces contestó : “ No me juzgo en verdad digna de tal honor. Es el uso de las vírgenes de Tiro llevar el carcax y el coturno de púrpura ceñido hasta las pantorrillas. Estás viendo los reinos africanos, los Tírios y la ciudad de los descendientes de Agenor. Este país es la Libia : sus habitantes una raza indomable y

belicosa. Dido huyendo de su hermano, y dejando su ciudad de Tiro, gobierna este Imperio. Sus desgracias son largas, intrincada su historia, pero os diré lo mas notable de los sucesos.

“ Siqueo, el mas rico de los Fenicios en campos, era su esposo. La infeliz le queria con inmenso amor. Virgen, su padre se la habia dado y unido á él á los primeros anuncios de la pubertad (16). Pero entónces reinaba en Tiro su hermano Pygmalion, el mas feroz de todos. El odio se encendió entre ellos ; y el impio, ciego por la pasion del oro, y aún conociendo el amor de su hermana, degüella en secreto al pié de los altares al indefenso Siqueo. Por mucho tiempo ocultó el suceso ; y el malvado, finjiendo mil imposturas, engañó con falsas esperanzas á la aflijida amante. Mas en sueños se le presenta á Dido la misma imájen de su esposo insepulto, levantando su pálido rostro, de horrible aspecto (17). Muéstrole el altar sangriento y su pecho abierto por el fierro, y descubrió el crimen oculto á todo su palacio. Le aconseja entónces huir cuanto antes y abandonar la patria. Para ayudar su viaje descúbrele antiguos tesoros sepultados en la tierra, inestimable suma de oro y plata. Dido, espantada con aquella vista, prepara la partida y los que han de acompañarla. Se reunen todos los que excita el odio del cruel tirano, ó los que el temor decide. Arrebatan las naves, que casualmente estaban prontas, y las cargan de oro. Las riquezas que ansiaba el avaro

Pygmalion se llevan al mar. ¡Una mujer era el jefe de esta empresa! Llegaron á los lugares donde ahora mirarás ingentes muros y la ciudadela de la nueva Cartago que se va encumbrando. Compraron el terreno que pudiera circundar un cuero de toro; y de aquí el nombre de Birsa dado á la ciudad. Mas al fin, ¿vosotros quienes sois? ¿De qué regiones venís? ¿Adonde os dirijis?”

A estas preguntas, Eneas suspirando y arrancando la voz del hondo pecho: “¡Oh Diosa! le dice, si yo remontara al origen de nuestras desgracias, y tuvieras tiempo de oír la larga historia de nuestros padecimientos, ántes de acabarla, el astro de la tarde, cerrando el Olimpo (18), habria echado el dia. Nosotros somos de la antigua Troya (si por casualidad llegó á tus oídos el nombre de Troya). Arrastrados por diversos mares, la tempestad al fin nos ha arrojado á las costas de la Libia. Soy el piadoso Eneas, conocido por su fama hasta en los cielos, que en la armada llevo conmigo los Dioses de mis padres arrancados del enemigo. Busco la Italia, mi patria. Desciendo del grande Júpiter. He salido del mar Frigio con veinte naves, siguiendo mi destino, y mostrándome el camino mi madre, que es una Diosa. Me quedan apenas siete maltratadas por las ondas y los vientos. Yo mismo, desconocido, desprovisto de todo, ando errante en los desiertos de la Libia, espulsado del Asia y de la Europa.”

Venus enternecida y no queriendo saber mas, le in-

terrumpe así en medio de su lamento : “ Cualquiera que seais, pues que vivis y habeis llegado á la ciudad de los Tirios, creo que no sois odiado de los Dioses. Seguid adelante y llegad al palacio de la Reina, pues que os anuncio la vuelta de vuestros buques, puestos en seguro de los variables Aquilones, si no es que en vano mis padres me enseñaron la ciencia de los Augurios. ¿Veis esos doce cisnes ufanos de su reunion, á los cuales el águila lanzada de las rejiones etéreas perseguia en el tranquilo cielo, y ahora en larga columna ó se asientan en la tierra, ó miran el lugar que ya han tomado? Así como ellos despues de salvados, volando en círculo por los aires muestran su alegría, batiendo sus alas y soltando el canto, no de otro modo vuestros bajeles y compañeros, ó ya han tomado puerto, ó entran en él con las velas desplegadas. Apresurad vuestra marcha, seguid ese camino que guiará vuestros pasos.”

Dijo, y volviendo sus espaldas resplandece su rosado cuello. Sus cabellos exhalan el olor celestial de la ambrosía ; cayó hasta los piés su vestidura, y en el andar mostró ser una verdadera Diosa. Eneas así que reconoció que era su madre la que de él huia, la sigue diciéndola: “ ¡ Cruel! y tú tambien! ¿Por qué tantas veces burlas á tu hijo con falsas apariencias? ¿Por qué no me es dado juntar mi mano con tu mano ; oir tu verdadera voz y responderte? ” Con tales quejas á su madre culpa y dirige sus pasos á la ciudad. La Diosa Vénus

entonces cubrió á los viajeros en oscuro aire; échales en torno un ancho manto de espesa niebla para que nadie pudiera verlos, ni acercárseles, ó retardarlos, ó inquirir el objeto de su viaje. Ella elevándose en los aires, fué á Papos, y contenta vuelve á ver sus sacros albergues, donde hay un templo que le está consagrado y cien altares que humean siempre con sabeo incienso, y exhalan dulces aromas de guirnaldas frescas.

Ellos en tanto siguen el camino que la senda les señala. Suben á un collado que sobre todos domina la ciudad, y desde allá miran las torres que tenian al frente. Admira Eneas esta masa imponente de edificios, donde há poco habia solo humildes cabañas. Admiran las puertas, el bullicio, el enlozado de las calles. Los empeñosos Tirios apresuran sus trabajos. Los unos construyen las murallas, levantan la ciudadela, y con sus manos hacen rodar las piedras. Otros elijen el solar para las casas y le rodean con un surco. Crian las leyes y magistrados, y forman el inviolable Senado. Aquí unos cavavan el puerto; allí otros échan hondos cimientos para los teatros. Cortan de las canteras altas columnas, ornamentos ilustres de la futura escena. Cual suelen las abejas al primer verano ejercitarse al sol en sus labores, por los floridos campos, cuando sacan afuera los nuevos enjambres de su pueblo, ó cuando la cristalina miel fabrican é hinchan las celdas del dulce néctar, ó cuando reciben las cargas de las que llegan, ó cuando formadas



en batalla echan de la colmena á los zánganos, tropa perezosa, anda la obra á prisa, y la miel despide la fragancia del tomillo. “ ¡ Oh afortunados, ” esclama Eneas, “ aquellos cuyos muros ya se levantan ! ” Y mira atento las altas torres de la ciudad. Cubierto por la niebla, (inaudita cosa) éntrase en medio de ellos, mézclase en la multitud, sin ser visto de ninguno.

En el centro del lugar que ocupa ahora la ciudad, hubo un bosque amenísimo por su sombra, donde los Fenicios, luego de arrojados de allí por las olas y por los huracanes, cavando, encontraron el signo que la Regia Juno habia indicado, la cabeza de un caballo de batalla, dando á entender así que ese pueblo sería eternamente ilustre en la guerra y de grande abundancia. Allí la Sidonia Dido edificaba un inmenso templo á Juno, rico por las ofrendas y estatua de la Diosa. Su suelo de bronce se levantaba sobre altas gradas; sus grandes maderos trabados por el bronce: y rechinaban los quicios en las puertas tambien de bronce. Aquí un nuevo espectáculo se ofrece á su vista, que desde el primer momento calma sus temores y le hace esperar próspera fortuna, confiado que muy pronto su aflijido estado cambiaría. Pues entretanto que, esperando á la Reina, andaba por el grande templo mirando cuanto en él habia, cuando admiraba el feliz estado de la ciudad, el ingenio de los artífices, y lo difícil de sus obras, vé los combates de Troya dibujados por orden, la guerra entera esparcida

ya por la fama en todo el mundo. Reconoce á Agamemnon, á Priamo y á Aquiles, á los dos terribles. Paróse allí, y llorando dice : “ ¡Achates ! ¿Qué lugar ó qué rejion hay en la tierra que ya no esté llena de nuestras desventuras ? ¡Mira á Priamo ! ¡Hasta en este lugar tienen las virtudes su recompensa ! Los grandes duelos de sí arrojan lágrimas, y las dêsgracias apiadan los ánimos. Cesemos de temer. Este conocimiento de nuestros hechos nos proporcionará algun alivio. ”

Dice, y alimenta su alma con la muda pintura, y suspirando tiernamente, un raudal de lágrimas corre por su rostro lo que veia los combates trabados al rededor de Pérgamo.

Aquí los Griegos huian y la juventud Troyana los acusa de muy cerca.

Allí Aquiles, el del crestoso yelmo, montado sobre su carro persigue á los Troyanos.

No léjos de esa escena reconoce, llorando al verlas, las tiendas de Rheso de nevados lienzos, por traicion entregadas al primer sueño al hijo de Tideo el cual, bañado en sangre, las llena de inmensa muerte, y lleva á su campo los briosos caballos del Rey, antes que gustáran los Troyanos pastos y bebiesen del Xanto.

En otra parte, Troylo, muy desigual en fuerzas, combate con Aquiles, y vá huyendo perdidas ya las armas. ¡ Desdichado jóven ! Llevado por sus caballos con el rostro hácia el cielo, no abandona su vacío carro; aún tiene

las riendas en la mano. Su cabeza y sus cabellos se arrastran por el suelo, y la lanza que lleva clavada deja el rastro en la arena.

Entretanto las Troyanas, sueltos los cabellos, é hiriéndose el pecho con las manos, iban al templo de la irritada Palas, y abatidas y con aire suplicante, llevaban el manto de la Diosa ; pero Palas inflexible aparta su vista, manteniendo los ojos fijos en la tierra (19).

Aquiles arrastraba tres veces á Héctor al rededor de las murallas de Troya, y vendía á precio de oro su yerto cadáver. Entónces lanza un profundo gemido de lo íntimo de su corazon, lo que mira los despojos, el carro, el cadáver mismo de su amigo, y á Príamo que tendía al fiero Mirmidon sus inermes manos.

Allí tambien se reconoció á sí mismo, mezclado en el combate en medio de los príncipes Griegos, y distinguió las falanges del Oriente y los estandartes del negro Memnon (20).

Virgen Pentiselea se atreve á combatir con los mas fuertes varones, y enfurecida vá á la cabeza de los batallones de Amazonas armadas con escudos en forma de creciente. La guerrera ceñida la banda de oro bajo el desnudo pecho, pelea ardiente en medio de las huestes.

Mientras que el Troyano Eneas admira estos cuadros, y lleno de asombro se fija solo en el objeto que tiene á la vista, la Reina Dido, de bellissimo rostro, entra en el templo seguida de un numeroso acompañamiento de

jóvenes. Cual en las riberas del Eurotas, ó en los collados del Cinto, Diana dirijiendo el coro de Ninfas, con mil criadas que la van siguiendo de uno y otro lado amontonadas, la aljaba lleva al hombro, y marchando sobre todas las Diosas se levanta, y el corazon de Latona palpita con secreto gozo: tal iba Dido, tal dichosa andaba entre los suyos, apresurando los trabajos, monumentos para los reinados venideros (21).

Llegada á las puertas del santuario de la Diosa, sentóse rodeada de guardias en un alto solio levantado en medio de la bóveda del templo. Allí daba leyes á sus súbditos, les administraba justicia, les repartia en justas proporciones las tareas de sus trabajos, ó las encomendaba á la suerte, cuando Eneas de repente vé acercarse por entre el grande concurso á Anteo y á Sergesto y al fuerte Cloanto, con otros Troyanos que la negra tempestad habia dispersado en el revuelto mar y arrojado léjos á otras riberas. Quedó absorto, y como él, pasmado Achates de gozo y miedo. Impacientes arden por darles las manos; pero lo desconocido del suceso les deja incierta el alma; se contienen, y ocultos en las cóncavas nubes que los cubre, esperan saber la suerte que ha caído á sus compañeros, en qué ribera dejen la armada, y qué objeto les traiga. Estos eran los elejidos de todas las naves que venian á pedir gracia, y llegaban al templo entre los gritos de la multitud.

Despues de entrados, y obtener la licencia de hablar

ante la Reina, Ilioneo, el mas anciano de ellos, así empezó con sereno rostro : “ ¡ Oh Reina, á quién Júpiter ha concedido fundar una nueva ciudad, é imponer á pueblos indómitos el freno de las leyes ; nosotros, desgraciados Troyanos, juguete de los vientos en todos los mares, te suplicamos que apartes de nuestras naves los voraces fuegos. Apiadaos de unos hombres que reverencian á los Dioses, y mirad nuestra desgracia con clemencia. Nosotros no venimos á destruir con las armas los pueblos de la Libia y cargar el botin en nuestros buques. Ni lo deseamos, ni tanta audacia puede haber en los vencidos. Hay un lugar al cual los Griegos dan el nombre de Hesperia, antigua tierra poderosa por sus armas, y de abundantes cosechas. Los Enotrios la habitaron, y ahora es fama que sus descendientes la llaman Italia por el nombre de su gefe. Para allí era nuestro camino, cuando de improviso el tempestuoso Orion, levantando una borrasca, arrojó algunos de nosotros en ocultos escollos, y á otros, los impetuosos austros llevándolos entre las olas de un mar embravecido, los echaron en rocas inaccesibles. Pocos hemos llegado á vuestras riberas. ¿ Pero qué raza de hombres es esta ? ¿ Qué país tan bárbaro que permite tales costumbres ? Se nos prohíbe el asilo de la costa, nos hacen la guerra y nos privan descansar en la primera tierra que encontramos. Si despreciais el linage humano y las armas de los mortales, recordad á lo ménos que hay Dioses que no

olvidan ni la virtud ni el crimen. Eneas era nuestro Rey, mas que ningun otro justo y piadoso, y el mas grande en la guerra y en las armas. Si los Hados conservan á este héroe, si respira el celestial aliento, si aún no ha sido sepultado en la cruel noche de la muerte, no temais de haberlo prevenido por vuestros beneficios. Nosotros tenemos en las rejiones de la Sicilia ciudades y campos amigos; y su Rey el ilustre Acestes, vástago de la sangre Troyana. Que se nos permita, pues, poner en vuestras riberas nuestras naves maltratadas por los vientos; tomar madera de los bosques para repararlas y renovar los remos. Si unidos á nuestro Rey y á nuestros compañeros, nos es permitido dirijirnos á Italia, á la Italia y al Lacio alegres vamos. Pero si toda esperanza nos es quitada, y si tú ¡ oh padre, el mas excelente de Troyanos! has sido tragado por el mar de la Libia; si ya no nos queda la esperanza de Iulo, á lo ménos volveremos al mar de Sicilia de donde hemos salido, y buscaremos al Rey Acestes y el asilo que nos tiene preparado”. Así dijo Ilioneo, y todos los Troyanos á una voz le aplaudieron.

Dido entónces, bajando el rostro, le responde al pronto: “ ¡ Troyanos! arrojad el miedo de vuestros pechos, no tengais cuidados. Una dura necesidad, un Reino naciente, me obligan á tales medidas, á guardar con esmero y con las armas sus fronteras. ¿ Quién hay que ignore el origen de los Teucros, la ciudad de Troya, su poder,

sus héroes, y los incendios de una guerra tan famosa? Los Fenicios no tenemos corazon tan insensible, ni tan léjos de la ciudad de Cartago unce el sol sus caballos. Bien sea que deseéis ir á la grande Hesperia, ó á los campos de Saturno, á la tierra de Erix, ó al Reino de Aces-tes, os mandaré seguros con auxilios bastantes, y os ayudaré con mis tesoros. ¿Quereis quedaros conmigo en este Reino? Esta ciudad que estoy fundando es vuestra. Poned vuestras naves en la ribera. Los Tirios y Troyanos serán iguales para mí, y ojalá que el mismo Rey Eneas conducido por igual viento se presentára aquí! Mas yo enviaré súbditos fieles por todas las costas, y mandaré explorar hasta los confines de la Libia, por si náufrago anda errante en los bosques ó en las ciudades.”

El padre Eneas y el fuerte Achates, animados con estas palabras, ya ansiaban romper la nube que los cubria. Anticipóse Achates á hablar á Eneas : “ Hijo de una Diosa, ¿qué resolucion tomas ahora? Ves ya todo asegurado, la flota y nuestros compañeros que han vuelto (22). Solo una nave falta, la cual nosotros mismos vimos sumerjirse en medio del mar. Todo lo demás corresponde á lo que dijo tu madre”.

Apenas habia dicho así, quando de repente la nube que los cubre se rompe, y se evapora por los serenos aires. Aparece Eneas resplandeciente con viva luz, semejante á un Dios en rostro y cielo, porque su misma ma-

dre con su aliento habia herloseado su flotante cabelle-  
ra ; le habia inspirado el color rosado de la juventud y  
dado á sus ojos un dulce fuego. Tal cuando una hábil  
mano dá brillantez al márfil, ó cual la plata ó el mármol  
de Paros, cuándo los rodea un círculo de oro puro.

Inesperado para todos, mostróse repentinamente, y  
habló así á la Reina : “Aquel que buskais, vedle presente.  
Eneas el Troyano está delante de vos, salvado de las  
ondas de la Libia. ¡ Oh, la que sola compadeceis las ine-  
fables desgracias de Troya, que nos acojeis en vuestra  
ciudad y en vuestro palacio, á nosotros, tristes restos de  
los griegos, de la tierra y del mar, necesitados de todo  
y abrumados con el peso de tantas calamidades! No  
está en nuestro poder ¡ oh Dido! tributaros las gracias  
que mereceis, ni en cuanto hay de la nacion de Dárdano  
esparcidos por el grande mundo. Los Dioses, si aún  
los númenes celestiales honran á los piadosos, si hay  
justicia en alguna parte, los Dioses y la conciencia de  
haber obrado bien os darán los dignos premios. ¿Qué  
siglos tan felices os vieron nacer? ¿Quiénes fueron aque-  
llos dichosos padres que tuvieron tal hija? Mientras los  
rios corran hácia los mares, mientras los montes vean  
girar las sombras de sus altas cumbres, mientras los  
astros (23) brillen en los cielos, cualesquiera que sean los  
países á donde los destinos me llamen, siempre vivirá  
vuestro nombre, vuestra gloria y vuestros beneficios ”.  
Dijo, y dió la mano derecha á su amigo Ilioneo, la



izquierda á Segesto, despues á otros, al fuerte Gias y al fuerte Cloanto.

A la primera vista de un tal hombre y con caso tan estraño, quedó asombrada la Sidonia Dido, y así le habla: “Hijo de una Diosa, ¿qué destino contrario os persigue con peligros tan grandes? ¿Qué poder os ha arrojado sobre estas bárbaras riberas? ¿Sois pues aquel Eneas que del Dárdano Anquises la alma Venus dió á luz cerca de las ondas de Troyano Simois? Yo bien me acuerdo que (24) Teucer, espelido del suelo pátrio, vino á Sidon buscando un nuevo Reino por el favor de Belo. Mi padre Belo entónces devastaba la opulenta Chipre, y vencedor se señoreaba en ella. Desde aquel tiempo, ya supo las desgracias de la ciudad Troyana, vuestro nombre y el de los Reyes Griegos. Aunque enemigo, él mismo ensalzaba á los Teucros, y se jactaba de descender de antigua sangre de Troyanos. Venid, pues, oh jóvenes, á morar en nuestras casas. A mi tambien igual fortuna me precipitó en largos trabajos, hasta que quizo al fin fijarme en esta tierra. Conociendo bien la desgracia, he aprendido á socorrer á los desgraciados”.

Así dijo, y á su real palacio lleva á Eneas (25). Al mismo tiempo ordena fiestas en los templos de los Dioses, y en tanto envía á los troyanos que habian quedado á bordo, veinte toros, cien grandes puercos de enormes lomos, cien gordos corderos con sus madres, y los do-

nes del Dios Baco que traen la alegría. Lo interior del palacio es adornado con lujo y pompa real, y en medio de las salas preparan los convites. Tienden tapices de soberbia púrpura, prolijamente trabajados, y cargan las mesas con numerosa vajilla de plata y oro, en las cuales están gravadas las ínclitas proezas de sus abuelos: larga série de la historia de tantos varones ilustres desde el antiguo origen de su familia.

Eneas, á quien el paterno amor no le permite tener reposo, manda muy de prisa al solícito Achates á sus bajeles, para que lleve á Ascanio estas nuevas y le traiga á la ciudad. Todo el cuidado del amoroso padre está en Ascanio. Ordena, además, que se traigan presentes de las riquezas salvadas de las ruinas de Troya. Un manto bordado con figuras recamadas de oro, y un velo orlado de dorado acanto; galas de la Griega Helena, admirable presente de su madre Leda, que ella habia traído de Micenas, cuando marchaba para Pérgamo á las vedadas nupcias. También el cetro que en otro tiempo llevaba Ilion, la mayor de las hijas de Príamo: su collar de perlas y su corona ornada de dos círculos de piedras preciosas. Achates, urjido por llenar estas órdenes, hácia las naves dirige su camino.

Citérea, entre tanto, trama entre sí varios proyectos y nuevos artificios: que Cupido vaya en lugar del tierno Ascanio, tomando su presencia y su rostro, y que al ofrecer los presentes de Eneas, encienda en la Reina un

furioso amor, y le infunda su ardor hasta en los huesos, porque teme ese palacio sospechoso y la doblez de los Tirios. La ajita tambien la cruel Juno, y el cuidado la tiene inquieta por la noche. Le habla, pues, al alado amor con estas palabras : “ Hijo, que solo formas mi fuerza y mi grande poder: tú que desprecias los rayos que el padre omnipotente descargó sobre el gigante Tifeo, à tí ocurro, y suplicándote imploro tu asistencia. Tu sabes cómo tu hermano Eneas, por el ódio de la injusta Juno, es arrojado de ribera en ribera, y que muchas veces te compadeciste de mi dolor. Ahora le acoje la Fenicia Dido, y le entretiene con blandos halagos. Temo que este sea un finjido hospedaje de Juno, la cual en ocasion tan importante no estará ociosa, y pienso, por lo tanto, prevenirla en los engaños: encender en la Reina una hoguera para que no varie de voluntad, sinó que con un inmenso amor se ligue á Eneas conmigo. Para que puedas hacer esto, escucha ahora mi pensamiento. El real niño, objeto de todo mi cuidado, por órden del caro padre se prepara á ir á la ciudad de Cartago á llevarle presentes salvados del mar y de las llamas de Troya, al cuál entregándole al sueño, le escondes en un sagrado lugar del Citeron ó Idalia para que no sepa la estratagema ó pueda presentarse inoportunamente. Tú, no mas que por una sola noche, imita su rostro. Niño tú mismo, toma del niño las bien conocidas facciones; y cuando muy contenta Dido te reciba en su regazo en medio del

real banquete, y entre el alegre vino, cuando te estreche en sus brazos, y te imprima dulces besos, sopla en su seno un oculto fuego y tus pérfidos venenos. ”

El Amor se presta á los deseos de la querida madre, y despojado de sus álas, parte imitando alegre el andar de Iulo. Entretanto Vénus esparce sobre los miembros de Ascanio un dulce sueño, y la diosa le lleva dormido en su regazo á los altos bosques de la Idalia, donde el suave Amoraux, exhalando el olor de sus flores, le cubre con plácida sombra.

Y ya Cupido alegre, conducido por Achates, obedeciendo á su madre, iba llevando á los Tirios los reales presentes. Cuando llegó, la Reina se sentó en el medio de un lecho de oro entre soberbias colgaduras. Llega tambien el padre Eneas y la juventud troyana, y se reclina en un lecho de púrpura (26). Los esclavos vierten limpia agua en sus manos; les presentan tohallas de blanca lana y sacan el pan de unas canastas. En lo interior, cincuenta esclavos en larga fila tienen cuidado de preparar la comida y mantener el fuego de los dioses Penates. Cien otros, é igual número de sirvientes de la misma edad, cargan mesas con los manjares y ponen las copas. Entran tambien los Tirios sucesivamente á las alegres salas y se recuestan sobre lechos bordados que les señalan. Admiran todos los presentes de Eneas, admiran á Iulo, el rostro brillante del dios, su fingido lenguaje, el manto y el velo bordado con acanto dorado. Principalmente la infeliz hija de Tiro,

destinada á un próximo incendio, no puede aquietar su alma, y consúmese mirando, agitada por el niño, igualmente que por los presentes. Él, después de estar asido al cuello de Eneas, que le estrecha en sus brazos, y cuando hubo saciado el grande amor del falso padre se dirigió á la Reina. Dido fija en él sus ojos, fija toda su alma, le estrecha en su seno, sin saber que un poderoso dios se burla de la desgraciada. Cupido, acordándose de los deseos de su madre Acidalia, principia á borrar poco á poco en el corazón de Dido la imagen de Siqueo, y procura soplar un vivo amor en estos sentidos desde tanto tiempo apacibles, y en un corazón de remisos fuegos.

Acabado el primer servicio y quitadas las mesas, ponen otra con grandes cráteras (27) coronadas de flores, y las llenan de vino. Resuena un grande ruido en el palacio. Vuelan las voces por los portales y espaciosas salas. Cuelgan lumbrosas lámparas de los dorados artesones que con sus llamas vencen las tinieblas. La Reina entonces pide la grande copa de oro y piedras, de la cual se habían servido Belo y sus descendientes, y la llena de vino. Puesto todo en silencio, dice: “ ¡ Oh Júpiter, pues que se dice que tu has dado las leyes de la hospitalidad, haz que este día sea feliz para los Tirios y para los guerreros que han llegado de Troya, y que nuestros descendientes conserven su memoria. Y tú Baco que nos traes la alegría, Juno propicia, ayudad nuestros votos; y vosotros

¡oh Tirios! unios conmigo á celebrar esta reunion”.

Dijo, é hizo la libacion sobre la mesa, gustando primero de aquel licor con los extremos de sus lábios. Después la presentó á Bicias incitándole á beber. Él con presteza vacía de un trago la espumosa copa y se inunda del vino. Luego, los otros Gefes hacen lo mismo. Iopas, el de la larga cabellera, repite en su lira de oro los cantos que le enseñó el grande Atlas. Canta la errante luna y los trabajos del Sol : el origen de los hombres y de los animales ; cómo se forman las tempestades y los rayos. Canta á Arcturo, las lluviosas Hyadas y las dos Orsias : por qué los soles del invierno tan presto vayan á ocultarse en el mar, y por qué causa las lentas noches demoren tanto (28). Los Tirios redoblan los aplausos y los siguen los Troyanos.

Entre tanto la infeliz Dido prolongaba la noche con diversas conversaciones, y bebia un largo amor, preguntando muchas cosas sobre Príamo y muchas de Héctor, ya con qué armas habia venido el hijo de la aurora, qué caballos eran esos de Diomedes ; quanto el valor de Aquiles ; pero mas bien, “oh huésped, le dice, dinos desde el principio las insidias de los Griegos, las desgracias de los Troyanos, y tus peregrinaciones ; pues que ya un sétimo verano te lleva errante en todas las tierras y por todos los mares”.



## NOTAS DEL LIBRO PRIMERO

---

- (1) ... *genus unde Latinum.*  
*Albanique patres, atque altæ mænia Romæ.*

“De él trae su origen la raza latina, los padres Albanos y las murallas de la soberbia Roma.”

El adverbio *unde* ha sido traducido por muchos como adverbio de lugar, lo cual varía enteramente el pensamiento de Virgilio. — Binet, Ville-neuve y Barthélemy traducen: *berceau du peuple latin.*

No es, pues, Eneas el origen de la raza latina, de los Reyes de Alba, ni de las murallas de Roma, sino el país del Lacio. ¿A qué entónces vendrían estos dos versos en la proposición de un poema en que no se vá á cantar el Lacio sino á Eneas? ¿Y era posible que Virgilio principiara diciéndonos que los latinos eran originarios del Lacio?

Ni es exacto que el adverbio *unde* sea precisamente adverbio de lugar. Lo mas comun es encontrarlo en los poetas latinos como relativo. El mismo Virgilio lo usa así en el Libro 6º. Anquises muéstrale á Eneas la sombra de Silvio, su hijo póstumo, le anuncia que será Rey y padre de Reyes, y añade:

*Unde genus longá nostrum dominabitur Albá.*

“Desde él nuestra raza dominará en Alba la larga.”

He creído, pues, que el poeta habla de Eneas y no del Lacio, al cual habiendo incorporado los troyanos á la nación latina, le llama el origen





Todos saben que Páris, hijo de Príamo, en la adjudicación de la manzana de oro, declaró que Venus era la mas hermosa de las Diosas, postergando á Juno y á Minerva.

Dárdano, origen de la raza Troyana, era hijo de Júpiter tenido en Electra; y por eso Juno su mujer aborrecia toda su descendencia, *genus invisum*.

Hebe, hija de Juno y Júpiter, fué privada del oficio de copera de los Dioses: Júpiter dió este honroso empleo á Ganymedes, hijo de Tros, de quien Troya derivó su nombre, y mandó una águila que le alzara desde el monte Ida. Este suceso está dibujado en uno de los premios que reparte Eneas en los juegos que describe en el libro 5°.

(5) ... *Unius ob noxam...*

“Por la culpa de uno solo.”

Puede traducirse tambien como lo han hecho algunos: *Por la injuria á una sola persona, ó, por castigo á uno solo*; pues *noxá* significa daño, injuria, etc., ó culpa, delito, etc., y tambien pena, castigo. Yo he preferido el primer sentido, porque el castigo de Ajax fué principalmente por la violacion del templo de Minerva, donde Casandra se habia asilado, y no por vengarla á ella, como despues lo recuerda Virgilio en el libro 6°, *templa et temerata Minervæ*; y tambien porque el poeta en el segundo hemistiquio *et furias Ajacis Oilei*, ya determina como segunda causa el delirio amoroso de Ajax por el cual la Diosa hizo naufragar á toda la flota de los Locrios.

En la noche del incendio de Troya, Ajax violó á Casandra que se habia escondido en el templo de Minerva. La Diosa ofendida pidió á Júpiter sus rayos, y á Neptuno el poder de las tempestades: y cuando Ajax volvía á su reino, destruyó su flota por una tempestad y lo clavó sobre la punta de una roca, donde espiró consumido por el fuego del cielo.

(6) *Ast ego, quæ Divúm incedo Regina...*

“Yo que marchó cual Reina de los Dioses”.

Los Dioses marchaban, no por un movimiento alternativo de los piés sino de todo el cuerpo uniformemente, y asi avanzaban sin dar pasos como los hombres.

(7) ... *tu das epulis accumbere Divûm,*

“Tu me has hecho sentar en la mesa de los Dioses.”

Sentarse en la mesa de los Dioses importaba deificación. Virgilio usa del verbo *accumbere*, recostarse, reclinarse, refiriéndose al modo antiguo de estar en los convites.

(8) ... *tuâque animam hanc effundere dextra,*

“Y que tu brazo no me haya arrancado esta vida”.

Los Romanos creían poco delicado y de mal presagio expresar la muerte con palabras directas. Siempre se servían de circunloquios y de figuras para decir que una persona había muerto, *Fue, perdió la luz, arrojó su alma, se disipó el calor de la vida*, son las expresiones que regularmente se encuentran en los poetas latinos.

(9) *Saxa vocant itali mediis quæ in fluctibus, Aras,*

“Sobre rocas que los de Italia llaman altares, las cuales están en medio de las ondas.”

Se cree que las rocas de que habla Virgilio son las islas Egatas, donde los romanos y cartagineses celebraron el tratado de paz que puso término á la primera guerra púnica. Por esto y por los muchos juramentos que allí se hicieron se llamaban *altares*.

(10) *Quos ego...*

“Yo, á los que...”

Malherbe lee, *vos ego*, porque el apóstrofe de Neptuno á los vientos es directo. Velazco traduce, *yo os juro*. Barthélemy, *Je vous...* Villeneuve, *Je devrais...* Delille, *Je devrois...* Gaston, *et je vais...* Bondi, *che si...* Annibal Caro, *io vi farò...* Dryden y Davison F., *Whom I...* El apóstrofe no deja de ser directo por usar Neptuno de una amenaza á todos *los vientos que* se atreven á conmovér el mar sin su licencia. Yo he creído que, vertiendo literalmente el *quos ego*, tendría la misma energía que la expresión latina.

- (11) · *Antenor potuit, mediis elapsus Achivis,  
 Ilyricos penetrare sinus, atque intima tutus  
 Regna liburnorum, et fontem superare Timavi.  
 Unde per ora novem vasto cum murmure montis  
 It mare proruptum, et pelago premit arva sonanti.  
 Hic tamen ille urbem Patavi sedesque locavit.*

“Antenor escapado de entre las huestes Griegas pudo penetrar hasta el golfo de la Iliria, atravesar sin peligro por el interior del reino de los Liburnos y pasar mas allá de la fuente del Timavo, que saliendo de nueve orígenes con fuerte mujido de las montañas, cual un mar enfurecido, inunda aquellos campos con sus rugientes olas, y fundó al fin en Italia la ciudad de Pádua para asiento de los Troyanos.”

Luccano, Itaceo, Plinio mismo, y los traductores de la Eneida que yo conozco, se han equivocado sobre la inteligencia de esos versos, creyendo que Virjilio dice que el Timavo entra al mar por nueve bocas. Algunos comentadores del poeta aún entienden que Antenor llegó al orígen del Timavo y fundó allí una ciudad. Yo creo que el pensamiento de Virjilio es que Antenor, salido con una colonia del Asia Menor, penetró en la Iliria, y atravesando el país de los Liburnos llegó al extremo del golfo donde se encuentra el Timavo, y volviendo al Sud entró en Italia y fundó la ciudad de Pádua. Las palabras *hic tamen*, no son relativas al Timavo, pues que entónces la Colonia se habria establecido sobre las orillas de este rio, cuando fué léjos de allí donde se fijó. *Superare fontem Timavi*, no es llegar hasta el orijen del Timavo, sino pasar mas allá. Virjilio tambien distingue *fons Timavi*, de *ora Timavi*. *Ora novem* significa sus nueve orijenés, y no sus nueve bocas, pues el Timavo tiene efectivamente diversos orijenés, pero entra en el mar por una sola embocadura. Strabon en su geografia dice: “En el fondo del golfo Adriático se vé un lugar consagrado á Diomedes, que se llama el Timavum, provisto de un puerto y de un bellissimo y sagrado bosque. De ese lugar salen siete fuentes de agua dulce, cuya reunion forma un rio ancho y profundo que á poca distancia entra en el mar. Segun Polibio todas estas fuentes, escepto una, son de agua salada, y por esto, este lugar se llama la *fuenta* y madre del mar. *Fons Timavi*, pues, es la fuente del mar y no la fuente del rio Timavo. Los viajeros modernos que han visitado esos lugares dicen que entre

Aquilea y Trieste, se vé salir de las diversas grietas de las rocas muchos manantiales de agua, muy abundantes. Esos manantiales se reúnen primero en tres canales principales, y después en un solo río que á los mil pasos entra en el mar. Al río le llaman Timavo y hasta ahora se le dice la madre de la mar. Por entre las cavernas de las montañas, la mar sube algunas veces hasta los manantiales del Timavo, y sale entonces de las bocas con grande ruido, y se oye el grande mujido subterráneo de las aguas del mar. *Vasto cum murmure montis*. Mila dice también, *Timavus novem capitibus cœurgens, um*.

Después de esto se comprenderá bien toda la exactitud de la descripción de Virjilio.

Pádua, según Tito Livio, en su origen se llamaba Troya, y sus habitantes Antenoridas, de Antenor, y por eso es que Virjilio dice que Antenor dió su nombre á la ciudad que fundó. (Nota tomada de la traducción de Dellille.)

(12) *Inde lupæ fulvo nutricis tegmine lætus  
Romulus excipiet gentem, et Mavortia condet  
Mænia, Romanosque suo de nomine dicet.*

“ Después, Rómulo que se jugaba bajo el cuerpo de una vellosa loba, su nodriza, acaudillará el pueblo, fundará la ciudad de Marte y de su nombre los llamará Romanos. ”

Muchos traductores de Virjilio habían creído que el sentido del primer verso era: “ Rómulo orgulloso de cubrirse con la roja piel de la loba su nodriza ”. Pero Barthélemy ha hecho ver que había una equivocación en la inteligencia del texto y traduce así el primer verso:

*“ Sous une fauve louve étendu sans effroi  
Nourri de sa mamelle, un d'eux deviendra roi. ”*

“ El punto de la disidencia, dice, está en la palabra *tegmine*. Se le dá la significación de *tegmentum* ó *tegumentum* que espresa efectivamente cobertura, un ropage, un vestido. Yo entiendo por *tegmen* un abrigo, un techo, una sombra cualquiera; la tomo aquí en el sentido que le dá Virjilio mismo en su primer verso de las Bucólicas: *sub tegmine fagi*; nadie ha pretendido jamás por esto que Sátiro estuviese vestido de hojas

de haya. El poeta ha querido pintar, me parece, por esta imágen á Rómulo, acostado sin temor bajo el vientre de la loba que le sirve de abrigo, de *tegmen*. Y adviértase bien la espresion *lætus* que hace sobresalir la tranquilidad de la infancia bajo los pechos de esta terrible nodriza. *Lætus* no habria podido decidirse en ningun sentido, traduciendo el *tegmen* por cubierta ó ropage. Si Virjilio hubiera querido espresar que Rómulo se honraba de llevar la piel de su nodriza, habria probablemente puesto *superbus* ó cualquiera otra palabra que la que recuerda al espíritu un cuadro de dulzura y de gracia."

Yo no creo exactas las reflexiones de Barthélemy sobre la inteligencia de la voz *tegmen*. Aunque estas palabras en las bucólicas signifiquen abrigo, techo, vemos sin embargo que en este libro Virjilio le dá el significado de cubierta, manto, cosa con que alguno se cubre. Vénus disfrazada en Ninfa le pregunta á Eneas si ha visto á una de sus hermanas, errante en los bosques, ó corriendo á un espumante javalí, ceñido el carcax *et maculosa tegmine Lynxis*, "y cubierta con la piel de una manchada Lince". No puede decirse que la Ninfa podria estar bajo el vientre de una Lince, pues que iba corriendo á gritos á un espumoso javalí: *aut spumantis apri cursum clamore prementem*. ¿Por qué pues *tegmine maculosa*? *Lynxes* debe traducirse "cubierta con la piel de una manchada Lince", y *tegmine nutricis lupæ*, no deberá tambien traducirse: "cubierto con la piel de la loba su nodriz"?

Tampoco juzgo exactas sus reflexiones sobre la palabra *lætus*. No es solo en estos versos que Virjilio la usa en el sentido de soberbio, ufano, engreido, etc. En el libro 2º dice:

*Et lætus Eois.....*

*....Eurus equis....*

"Y el Noto ufano de conducir los caballos de la Aurora."

En el libro 5º:

*Postquam omnem teti consesum oculosque suorum.*

"Despues que (los niños Troyanos) engreidos en sus caballos hubieran revistado toda la reunion de los suyos."

Si yo adopto, pues, la inteligencia que dá Barthélemy á los versos citados, es porque Virjilio al describir los grabados del escudo de Eneas en el libro 8º, vuelve sobre este pensamiento: habla de la loba, nodriza

de Rómulo, y de los dos gemelos que jugueteaban prendidos de sus pechos; y se sirve entónces no de *Lætus*, sinó del verbo *ludere*, lo cual no deja lugar á disputa.

....*geminos hinc ubera circum,  
ludere pendentés pueros et lambere matrem impositos.*

Y allí dos niños jugueteando prendidos de los pechos (de la Loba) y que sin temor mamaban á la madre.

(13) ....*gentemque togatam*

“Pueblo togado.”

Morin no traduce el *gentemque togatum* por no debilitar la idea. Virjilio ha querido solo indicar una costumbre en el vestido, que distinguiria al pueblo Romano, la cual era el vestido talar blanco que llevaba al principio todo el pueblo, como los Griegos se distinguian por el manto. Puede ser tambien una alusion á la importancia que despues se dió á la toga, y que Júpiter anunciara que el pueblo Romano sería mas noble é ilustre que las otras naciones.

(14) ....*Veniet lustris labentibus ætas,  
Cum domus Assaraci Phithiam clarasque Mycenæ  
Servitio præmet....*

“Vendrá un tiempo en el transcurso de los años en que los descendientes de Asaraco esclavizarán las ilustres Phitias y Micenas.”

Asaraco era biznieto de Eneas. Phitia y Micenas eran las cortes de Aquiles y de Agamenon: la profecía puede referirse al cónsul Mummio que fué mandado contra los Achianos y destruyó á Corinto, Tebas y Chalcis por órden del Senado Romano; ó á Paulo Emilio que subyugó la Macedonia, por lo cual la Tesalia, patria de Aquiles, vino á quedar sujeta á los Romanos.

(15) ....*et virginis arma  
Spartanæ; vel qualis equos Thereissa fatigat  
Harpalice, volucrumque fugâ prævertitur Eurum....*

“ Y las armas de Espartana virgen, ó cual Harpalice de la Tracia cuando apurando su caballo pasa en su fuga el vuelo del Euro.”

Las vírgenes de Lacedemonia eran acostumbradas á toda clase de ejercicios varoniles, como á correr, luchar, tirar el tejo ó la flecha, y muy especialmente á cazar y andar á caballo.

Harpalice hija de Harpalico, Rey de la Tracia. Su padre la acostumbró desde muy jóven á soportar las fatigas de la caza. La muerte de él la redujo á la mayor tristeza : huyó de toda sociedad y vivió en los bosques del robo y de la rapiña. Toda tentativa que se hizo para tomarla fué inútil por su gran velocidad, y solo se pudo conseguir poniéndole trampas.

En muchas ediciones de la Eneida se lee *Hebrum* por *Eurum*. Yo he seguido el texto de los clásicos de Nisard que lee *Eurum*, variacion hecha contra la letra de los mas antiguos manuscritos, porque se dice que el rio Hebro de la Tracia tiene una corriente muy lenta. Sin embargo yo encuentro en Gibbon y otros historiadores que el principal mérito de Constantino en la batalla de Hadrianopolis fué pasar en presencia del ejército de Licinio la rápida corriente del rio Hebro de la Tracia.

(16) *Huic conjux Sichæus erat, ditissimus agri  
Phœnicum, et magno miseræ dilectus amore.  
Cui pater intactam dederat, primisque jugârat  
Ominibus....*

“ Siqueo, el mas rico de los Fenicios en campos, era su esposo. La infeliz lo queria con inmenso amor. Virgen, su padre se la habia dado y unídola á él á los primeros anuncios de la pubertad.”

Barthélemy traduce asi :

*“ L'hymen la donna vierge à l'opulent Sycheé  
Qui d'un immense amour se l'était attaché.  
¡ Helas ! Belus son père avant de les unir,  
Sur des présages faux crut lire l'avenir.”*

Muchos traductores de la Eneida han creído que Virjilio decia que el padre de Dido la habia casado con Siqueo, obteniendo presagios que salieron falsos. Barthélemy los ha seguido como se vé; pero véase lo



que de él dice á este respecto : “ Si hubiese tenido valor para separarme de la autoridad de los que me han precedido, yo habria traducido de una manera diferente el último verso ”.

*Cui pater intactam dederat, primisque jugarat Ominibus.*

“ Yo creo firmemente que se han equivocado del todo sobre el verdadero sentido del texto. Virjilio ha querido designar aquí la edad núbil de Dido : dice que su padre la dió vírgen á Siqueo, y á los primeros indicios de su pubertad. Estas dos ideas tienen demasiada conexión para creer que hubiese querido separarlas por un otro sentido. La segunda parte del verso latino es aquí el complemento de la primera. *Intactam!* He ahí en cuanto á la virjinidad de Dido ; pero esto no bastaba, porque muy bien podia darle por mujer á Siqueo una vírgen vieja. Era preciso además hacer constar la edad, y tal debió ser la intención de *primus Ominibus*. En efecto, cuando Dido se casó con Siqueo tenía apenas quince años ; y esto es sin ninguna duda lo que Virjilio ha querido espresar. Hay por otra parte este *primis* que jamás se me explicará bien admitiendo los presagios. ¿ Por qué *primis* ? ¿ Si los presagios habian sido falsos, no es verosímil que Virjilio lo hubiera indicado no por *primis*, que es insignificante, sino por otros adjetivos tales como *falcis*, *dubiis* ? ”

Yo agregaré que no todos los traductores ni comentadores de Virjilio han entendido *primis Ominibus* por presagios falsos. La Rue traduce *primis ominibus* por primeras nupcias. Bondi traduce así el último verso citado:

“ *Vergine intatta in prima nozze il padre,  
A lui la consegnò.* ”

BINET

“ *L'avait attaché pour la première fois  
du joug sacré de l'hymen.* ”

Dryden parece que entiende el verso citado lo mismo que Barthélemy. Lo traduce así :

“ *Her father gave her, yet a spotless maid.* ”

Pero lo extraño en esto es que un literato como Barthélemy que se habia preparado veinte años, como él asegura, para principiar la traduccion de la Eneida, no conociera, segun parece, la de Annibal Caro en verso italiano, tan nombrada y tan antigua. En ella habria visto que Caro traducia ahora tres siglos el último verso como él sostiene que debe hacerse.

.... " *Il padre intatta  
Nel primo fior di lei seco legolla.* "

(17) *Crudeles aras.*

"El altar sangriento".

Siqueo era sacerdote de Hércules, y fué muerto por su hermano al pié del altar.

(18) *Ante diem clauso componet vesper Olimpo.*

"Antes de acabarla, el astro de la tarde cerrando el Olimpo habria echado el dia."

Los antiguos suponian que la noche estaba encargada de cerrar las puertas del cielo, y el dia de abrirlas.

(19) *Interea ad templum non æquæ Palladis ibant  
Crinibus Illiades passis, peplumque ferebant  
Suppliciter tristes, et tunsæ pectora palmis;*

"Entretanto las Troyanas, sueltos los cabellos y golpeándose el pecho con las manos, iban al templo de la irritada Palas, llevando el manto de la Diosa entre llantos y plegarias."

El *peplus* era una ropa blanca, ligera, sin mangas, bordada de oro ó de púrpura, con la cual se adornaban las estátuas de los Dioses. Era abierta por delante y se prendía por detrás ó por los hombros. En las fiestas de los grandes Panateos que se celebraban en Atenas cada cinco años, se llevaba un *peplus* en procesion por el Cemiranaico en forma de bandera, en el que estaban representadas las hazañas de Palas. Las mujeres solamente tenían el derecho de conducirle.

No teniendo voz castellana para designar tal ropage, he traducido *manto*. Muchos traducen *velo*.

(20) Pentesia, Reina de las Amazonas, vino en auxilio de Priamo en los últimos años de la guerra de Troya: combatió contra Aquiles y fué muerta por él. Cuando el héroe iba á despojarla de su armadura quedó asombrado de su belleza y lloró sobre su cadáver.

(21) *Tum Jovis Divæ*

“Llegada á la puerta del Santuario de la Diosa.”

En lo interior del templo de los Dioses habia un espacio separado por un telon ó velo llamado Adytum ó Penetræle. Allí supone Virjilio que Juno tenia una estátua ó algun sagrado simbolo de su presencia.

(22) *Unus abest.*

“Solo una nave falta.”

La construccion gramatical de esta frase ha hecho creer que se habla de un individuo. La Rue crée que es Orontes. Bondi, lo mismo que Caro, crée que se habla de uno de los compañeros de Eneas, y ambos traducen:

“*Un sol ne manca*”

Dryden juzga lo mismo y traduce:

“*One only wante.....*

*Orontes in his fates our forfeit fraid*”

Barthélemy huye de la dificultad sirviéndose de dos masculinos, y dejando incierto si el perdido es uno de los amigos de Eneas ó uno de sus buques.

*...vaisseaux, ami rien n'est perdu;*

*Hors celui qu'a nos yeux submergea l'onde amère*

Villeneuve, cuya opinion he seguido, crée que se habla de una nave, y no de un individuo, pues contando los buques con que Eneas salió y con los que llega, se vé que es de uno de ellos de que se habla.

(23) ....*polus dum sidera pascet:*

“Mientras los astros brillen en los cielos”

Gramaticalmente debía haber traducido :

“Mientras el polo dé aliento á los astros”.

Era una idea recibida entre los antiguos que la tierra y el mar con sus vapores servian de alimento á los astros para conservar su luz.

(24) *Atque equidem Teucrum memini Sidona venire,  
Finibus expulsum patriis....*

“Yo bien me acuerdo que Teucer expelido del suelo pátrio vino á Sidon.”

Este Teucer de que habla Dido, diferente por supuesto del fundador de Troya, era el hijo de Telamon y hermano de Ajax, el cual despues de la vuelta del sitio de Troya, fué desterrado por su padre por no haber prevenido la muerte de su hermano. Aunque griego por su padre, él se reputaba de extraccion Troyana por su madre hermana de Laomedon, Rey de Troya.

(25) ....*simul Divum templis indicit honorem.*

“Al mismo tiempo ordena fiestas en los templos de los Dioses.”

Era costumbre entre los antiguos hacer libaciones y otros actos de gracia á los Dioses á la llegada de extranjeros, principalmente á Júpiter, Jenio Dios de la hospitalidad, bajo cuya proteccion estaban los extranjeros.

(26) ....*stratoque super discumbitur ostro.*

“Y se reclina sobre un lecho de púrpura.”

Tres lechos se ponian delante de la mesa de los antiguos. El lecho de honor *medicis*, el de la derecha *sumnus*; y el de la izquierda *inus*.

(27) *Postquam prima quies epulis, mensæque remotæ,  
Crateras magnos statuunt et vinâ coronant.*

“Acabado el primer servicio y quitadas las mesas, ponen otras con grandes cráteras coronadas de flores y las llenan de vino.”

Se llamaba *Quiès* el intervalo entre los dos servicios. La crátera era un grande vaso de donde se sacaba con copas el vino ya aguado. La crátera y las copas se coronaban con flores, *vino coronant*.

(28) *Quid tantùm Oceano properent se tingere soles  
Hyberni, vel quæ tardis mora noctibus obstet.*

“Por qué los soles del invierno, tan pronto vayan á ocultarse en el mar, y por qué causa las lentas noches demoran tanto.”

Algunos traductores de la Eneida han creído que Virjilio, si habla en el primer verso de los dias de invierno, en el segundo se refiere á las noches de verano; y que su pensamiento es, *por qué las noches en el verano tarden tanto en volver*: es decir que Jopas cantaba las causas de la diversa duracion del dia en el invierno y en el verano; y así Vinet traduce:

“*Et quel obstacle arrête, durant l'été, le retour de la nuit tardive.*”

DELILE

“*D'où vient des nuits d'été la lenteur paresseuse.*”

DRYDEN

“*What cause delays*”

“*The summer nights*”....

Pero otros juzgan que Jopas solo cantaba los cortos dias y las largas noches del invierno. Velazco traduce el segundo verso:

“*Y las tardias noches tanto duren.*”

CARO

“*E perchi tanto à l'Oceano il verno*”

“*Nadan veloci i di, tarde le notti.*”

BONDI

... " *é qual ai lunga*  
*Dimora in Ciel le pigre notti arresti.* "

Yo he seguido la opinion de estos últimos como mas conforme al texto.



## LIBRO SEGUNDO

**C**ALLARON todos, y atentos escuchaban (1).  
El padre Eneas entonces desde su alto  
asiento principió así :

Me mandas, ¡ oh Reina ! renovar un inefable dolor ; que os diga cómo los Griegos destruyeron el poder de Troya y su deplorable reino ; tristes sucesos que yo mismo he visto y que en gran parte sufrí (2).  
¿Cual Myrmidon, Dólope, ó soldado del cruel Ulises, al referir tales desgracias podría contener sus lágrimas ?  
Y ya la húmeda noche se precipita del cielo, y los astros que bajan invitan al sueño. Pero si tanto es tu deseo de saber nuestros infortunios y oír ligeramente la última desventura de Troya, aunque mi alma se estremezca al recordarlos, y lo impida el llanto, empezaré :

Los Gefes Griegos, cansados de pelear desde tantos años, y de ser repelidos por los Hados, construyen con



la divina instruccion de Palas un caballo cual una montaña, fabricando sus costados de abeto. Fingen ser voto por su vuelta, y esta voz corre. Los guerreros mas valientes, designados por la suerte, son furtivamente encerrados en sus flancos tenebrosos, y todas sus grandes concavidades y su vientre se llenan de soldados armados.

Frente á Troya hay una isla famosa : Ténedos, poderosa por sus riquezas, mientras existia el reino de Príamo. Ahora es solo una simple rada y abrigo mal seguro de los buques. Para allí se marcharon los Griegos á esconderse en la desierta ribera. Nosotros creíamos que se habian ido, y que se dirijian á Micenas, con viento favorable. Al momento toda Troya abandona su largo duelo ; ábrense las puertas; se apresuran á salir para ver los reales de los Griegos, y aquellos lugares ahora desiertos y la ribera sin ninguna nave. “Aquí estaba el escuadron de los Dólopes, decian unos: allí el cruel Aquiles plantaba sus tiendas; este era el lugar para los buques; aquí las tropas acostumbraban combatir.” Otros se asombraban del funesto presente á la casta Minerva, y admiraban la mole del caballo. Timetes, el primero, nos exhorta á llevarle dentro de las murallas, y colocarle en la ciudadela, fuese por dolo ó porque así ya lo disponian los Destinos de Troya (3). Pero Capis y otros de mayor prudencia quieren que se precipite en las ondas, como insidia ó sospechoso pre-

sente de los griegos, ó que sea quemado por las llamas, ó que las cavidades de su vientre se barrenen con el fierro para sondear sus cavernas. El pueblo incierto se dividia en opiniones contrarias, cuando Laocoon seguido de grande multitud, adelantándose á todos, baja desde la alta ciudadela y desde léjos esclama : “¡ Oh desgraciados ciudadanos! ¿Qué delirio es el vuestro? ¿Creeis que los enemigos se han ido, ó que hay algunos dones de los Griegos que carezcan de perfidia? ¿Así conoceis á Uli-ses? O en este madero se ocultan encerrados los Griegos, ó esta máquina se ha construido para que arrimada á nuestros muros puedan ser observadas las casas, y dominar desde arriba la ciudad, ó ella algun otro fraude oculta. Desconfiad Troyanos de ese caballo. Sea lo que fuere, yo temo á los Griegos aún con sus presentes.” Dijo, y con potentes fuerzas le arrojó una enorme jabalina en los flancos del mónstruo, la cual se enterró en las tablazones de su curvo vientre, se fija allí temblando, y al rechazo del golpe retumban sus profundas cavidades, y lanzan un jemido. Si otros hubieran sido los decretos de los Dioses, á no ser nuestro propio engaño, ó si con el fierro hubiéramos registrado esas cuevas de los Griegos, ¡ Troya! aún existirias. ¡ Soberbio palacio de Priamo! aún estarias en pié.

Pero he ahí que unos pastores Troyanos, con grandes gritos, traen al Rey un jóven desconocido con las manos atadas por lá espalda. El mismo se había entregado para

hacer efectivo el engaño, y abrir á los Griegos las puertas de Troya ; con valor para todo y preparado para ambos extremos, ó á burlarlos ó á sucumbir á una muerte inevitable. La juventud Troyana por el deseo de verle, de todas partes confusamente corre, le rodean, y todos á cual mas insultan al prisionero. Sabe ahora las perfidias de los Griegos, y por el crimen de uno de ellos, conócelos á todos.

Así que estuvo en medio de la reunion, abatido y con fingido terror, recorre con sus ojos los grupos Troyanos y esclama: “¡Ay! en lo sucesivo qué tierras, qué mares podrán ampararme! ¡Oh! qué refugio queda al fin á este desgraciado, para quien ya no hay asilo ni entre los Griegos, y cuando los mismos Dárdanos enfurecidos piden mi suplicio y mi sangre.” Al oír este lamento los ánimos cambiaron y se calmó todo el furor. Le exortamos á hablar: que nos diga de qué sangre descende, á qué viene y qué confianza debemos tener en un prisionero. El, depuesto al fin el temor, habla así: “¡Oh Rey! venganme las desgracias que vinieran, te diré la verdad ; y ante todo, no negaré que soy de la nacion de Argos. Pues aunque la injusta fortuna se cebó en el infeliz Sinon, no podrá hacerme pérfido é impostor. Tal vez hablando de estos sucesos, á tus oídos ha llegado el nombre de Palamedes descendiente de Belo, cuya ilustre gloria ha publicado la fama, al cual, inocente, los Griegos acusándole falsamente de traicion, le condenaron á

muerte por pérfidos indicios, solo porque se oponia á la guerra. ¡Ahora le lloran muerto! Siendo aquel pariente mio, mi padre que era pobre, me mandó á pelear aqui desde mis mas tiernos años, bajo su direccion. Mientras que estuvo sin nota en el ejército, y hacia prosperar al imperio con sus consejos, yo obtuve algun nombre y algun honor. Despues que por los celos que el falso Ulises (digo lo que nadie ignora) hubo abandonado este mundo, acongojado pasaba yo mi vida en el duelo y en la soledad, y dentro de mi mismo me indignaba de la desgracia de mi inocente amigo. ¡Insensato que no guardé reserva! Prometi que si la suerte me era favorable, y si alguna vez volvia vencedor á Argos, mi pátria, tendria quien le vengara. Con estas palabras provoqué mortales ódios. Este es el primer origen de mi desgracia. Desde entonces no cesó Ulises de atemorizarme con nuevas calumnias, de esparcir rumores equívocos en la multitud y buscar maliciosamente sus armas ordinarias; ni paró un momento hasta que por el ministerio de Calchas... ¿pero para qué recuerdo en vano estos tristes sucesos? ¿Por qué os retardo? Si todos los Griegos son iguales para vosotros, es bastante lo que habeis oído. Matadme ya. Esto desea Ulises, y los Atridas os recompensarán con grandes premios.”

Entonces nosotros, sin comprender tanta maldad y toda la astucia griega, le incitamos con empeño á seguir y á que nos diga las causas por qué querian

matarlo. El, al parecer espantado, prosigue, y con la falsedad en el corazón, dice:

“ Muchas veces los Griegos cansados ya, habían deseado huir, abandonando á Troya, y renunciar á esta larga guerra. ¡ Ojalá lo hubieran hecho! Pero otras tantas terribles tempestades del mar los detuvieron, ó al irse los aterraron los vientos. Principalmente cuando estaba concluido este caballo, construido de fuertes maderos, las nubes bramaban por todo el cielo. Llenos de espanto mandamos á Eurípilo á consultar el oráculo de Apolo, y él desde el santuario del Dios nos trajo estas tristes palabras:

“ ¡ Oh Griegos! (4). Con sangre de una vírgen degollada aplacasteis los vientos, cuando por primera vez vinisteis á las costas de Troya: con sangre debeis buscar vuestra vuelta sacrificando á un Griego.

“ Así que este decreto fué conocido del ejército, se pasaron todos y un temblor helado corrió por la médula de sus huesos, inciertos á quien la muerte preparen los Hados, á quien pida Apolo. Entonces Ulises con grande tumulto trae al medio de los Griegos al adivino Calchas: úrjele á explicar aquel oráculo de los Dioses, y ya muchos me anunciaban la cruel maldad del traidor, y dentro de sí preveían lo que iba á suceder. Calchas guardó silencio por diez dias: se encierra en su casa y no quiere que por su boca nadie sea descubierto, ó espuesto á morir, hasta que al fin, excitado por los grandes clamores

de Ulises, y de acuerdo con él, rompe el silencio y me destina al sacrificio. Asistieron todos, y lo que cada uno temia para sí, vieron con gusto convertirse en la muerte de un miserable. Ya el día infausto habia llegado: los altares estaban preparados para mí (5), la salsa mola y las vendas sagradas para ceñir mis sienes. Me salvé de la muerte, lo confieso (6): me escapé de la prision y me escondí durante la noche en los juncos de un lodoso lago, mientras se hacian á la vela, si por fortuna se iban.

“No hay, pues, ya para mi esperanza alguna de ver mi antigua patria, ni mis dulces hijos, ni mi deseado padre. Tal vez los Griegos hagan caer sobre ellos las penas de mi fuga, y quieran espiar esta culpa con la muerte de esos desgraciados! Suplícoos, pues, por los Dioses, por los númenes, á quien no se oculta la verdad, por la buena fé, si aún la hay entre los mortales, que tengais piedad de tantas desgracias, que tengais piedad de un infeliz que no merece lo que sufre.”

Por sus lágrimas le concedemos la vida y aún le compadecemos. Priamo el primero ordena él mismo quitarle las esposas y soltar las ceñidas ligaduras, y le habla con estas bondadosas palabras: “Cualquiera que tú seas; olvida los Griegos perdidos para tí. Eres ya nuestro, y responde la verdad á mis preguntas. ¿Con qué fin han construido esta mole de tan prodigioso caballo? ¿Quién es el autor? ¿Qué objeto tiene? ¿Es algun voto, ó alguna máquina de guerra?” Dijo, y Sinon instruido en las astu-

cias y artificios griegos, tiende al cielo las manos libres de ataduras y esclama: “A vosotros eternos astros (7) y á vuestras inviolables Divinidades pongo por testigos! ¡y á vosotros tambien, altares y espadas homicidas de las que acabo de librarme! vendas de los Dioses, que ya cual víctima llevaba! que lícito me sea romper los juramentos de los Griegos: que lícito me sea aborrecerlos y revelar todos sus secretos, si algunos guardan. No estoy ligado ya por ningunas leyes á la patria. Vosotros, permaneced en vuestras promesas, y si digo la verdad, si os correspondo con grandes servicios, ¡oh Troya! si fuereis salvada por mí, sedme fiel.”

“Desde el principio de la guerra la confianza y toda la esperanza de los Griegos reposaba en la proteccion de Pallas; pero desde que el impío hijo de Tideo, y Ulises inventor de maldades, fueron á su sagrado Templo (8) á robar el fatídico paladion, y matando las guardias de la alta ciudadela se atrevieron á arrebatár la sacrosanta imájen, y tocar con sus ensangrentadas manos las virginales vestiduras de la Diosa, desde aquel dia debe contarse el término de las esperanzas de los Griegos, la ruina de sus fuerzas, la adversa voluntad de la Diosa. La Tritonia divinidad dió de ello signos claros por portentos indudables. Apenas la estatua fué puesta en sus reales, cuando de sus airados ojos salian resplandecientes llamas, un sudor salado corria por sus miembros, y tres veces (¡inaudito prodigio!) se avalanzó desde el suelo

agitando su escudo y blandiendo su lanza. Al momento Calchas esclama que deben huir y aventurarse al mar; que ni podria ya Pérgamo ser rendida por las armas Griegas, si no volvian á Argos á pedir nuevos oráculos (9), y aplacasen á la divinidad que consigo llevaron al mar en sus naves. Ahora que con viento favorable se dirijen á Micenas, su patria, van á buscar armas y Dioses propicios; y repasando el mar, llegarán sin ser esperados. Así Calchas esplicó los presagios. Aconsejados por él, construyeron esta efigie en vez del paladion, en holocausto á la divinidad ultrajada, y para espiar su fatal crimen. Calchas mandó que fuese una inmensa mole de robles entretejidos, que llegara al cielo para que no pudiese entrar por las puertas, ó ser llevada dentro de la ciudad y defender el pueblo, por el antiguo culto que se le dió. Pues si vuestras manos ultrajaran el don hecho á Minerva, entonces vendria (que los Dioses mas bien conviertan este presagio contra él) una inmensa ruina á los Frigios y al imperio de Priamo. Pero si por vuestros brazos fuese introducido en vuestra ciudad, la Asia levantada vendria con grandes ejércitos contra las ciudades Peloponesas. Tales son los destinos que á nuestros nietos reservan los Hados."

Por tales perfidias, por tal artificio del perjuro Sinon, creemos lo que él dice: nos rendimos á estos engaños y á sus finjidas lágrimas, los que no habíamos podido ser domados ni por el hijo de Tideo, ni por Aquiles de La-



risa, ni por mil buques, ni por diez años de combates.

En este momento un prodigio mas admirable y mas terrible se presenta á los desgraciados Troyanos, y llena de espanto sus incautos ánimos. Laocoon, elegido por suerte sacerdote de Neptuno, sacrificaba un grande toro en los sagrados altares, y hé ahí que dos serpientes de inmensas roscas (¡me estremezco al decirlo!), echadas sobre el mar vienen de Ténedos por las mansas aguas, dirijiéndose con paso igual hácia la costa. Su pecho se levanta sobre el piélago, y sus ensangrentadas crestas dominan las ondas. El resto de sus cuerpos, formando inmensos círculos, dejaba tras sí anchos surcos y grande ruido en el espumoso mar. Llegan á la orilla, despidiendo llamas de sus encendidos ojos teñidos en sangre. Daban horribles silvos, y vibrando las lenguas lamian sus lábios. A tal espectáculo, huimos sin aliento. Ellas con paso uniforme se dirijen á Laocoon; pero antes entrelazan los tiernos cuerpos de sus dos hijos, y con crudas mordeduras devoran sus míseros miembros. Despues acometen á él, que ya corria armado en auxilio de sus hijos, y le envuelven en sus vastos anillos. Ya con dos vueltas se repliegan en torno de su cuerpo, y con otras dos sus escamosos cueros revolvian por su cuello sobresaliendo por su cabeza las altas cervices. El bañaba las vendas con sangre y negro veneno, y se esforzaba entretanto en desatar con sus manos aquellas ligaduras, haciendo oír hasta los cielos sus horrísonos ayes. Tal

como el toro que mujiendo herido se escapa del altar, y huye, habiendo librado su cuello de la incierta Segur.

Desenvueltos los dos dragones del exangüe cuerpo, huyen á lo mas alto del templo: suben al santuario de la ofendida Palas, y se esconden bajo los piés de la Diosa y de la cavidad de su escudo. Entonces un nuevo pavor se apodera de los aterrados espíritus de todos, y dicen que Laocoon es digno de pagar así el crimen de haber herido con el fierro el sagrado madero y enterado en sus flancos un sacrilego dardo: gritan que el simulacro debe llevarse al templo é implorar el númen de la Diosa.

Rompimos los muros y abrimos una brecha. Pónense todos á la obra. Colócanle ruedas á los piés para arrastrarle, y le atan cables al cuello. La fatal máquina preñada de armas pasa las murallas. Los niños y doncellas van entonando alrededor sagrados cánticos, y se complacen al tocar con sus manos las cuerdas. Y ya entra, y amenazante pasa por medio de la Ciudad. ¡ Oh pátria! ¡ Oh Ilion! ¡ Mansion de los Dioses! Murallas de Dárdano, famosas en la guerra! Cuatro veces la máquina se detuvo en los umbrales mismos de las puertas y cuatro veces resonaron las armas en su vientre; y sin embargo seguimos sin hacer caso de esto, y ciegos por un delirio colocamos al funesto mónstruo en el sagrado alcázar. Entoncés Casandra que por mandado de Apolo, jamás era creida de los Troyanos, abrió también sus lábios

para predecir los destinos futuros ; y nosotros, ¡ desgraciados ! para quienes aquel día debía ser el último, adornamos en toda la Ciudad los templos de los Dioses, como en fiesta, con floridos ramos.

Vuélvese en tanto el firmamento y la noche se lanza del Océano, cubriendo con su inmensa sombra la tierra y el cielo y las perfidias de los Griegos. El sueño esparcia su sopor en los fatigados cuerpos de los Troyanos que en silencio reparaban en sus hogares. Y ya la falange Griega, llenando las naves , se avanzaba desde Ténedos (10) por el silencio amigo de la encubierta luna, dirigiéndose á las riberas bien conocidas. Asi que en la real popa se levantaron luces, Sinon defendido por los injustos decretos de los Dioses, libra furtivamente á los Griegos encerrados en el vientre y oscuros secretos de la máquina. El caballo abre sus flancos, los vuelve al aire libre, y alegres salen del cóncavo madero, y bajan por una cuerda de arriba echada, los gefes Tesandro, Esteneleo, el despiadado Ulises, Acamante y Toas, y Pirro, hijo de Aquiles, Macaon aventajado á todos, Mene-lao y Epeo que fué el autor mismo del engaño. Acometen á la ciudad que estaba sepultada en sueño y vino ; degüellan las guardias, y abiertas las puertas, reciben á todos sus compañeros y se juntan á las leiones conjuradas.

Era la hora en que principia el primer sueño esparciéndose dulcemente sobre los desgraciados mortales

cual el presente mas inestimable de los Dioses, y hé ahí que Héctor triste y acongojado se me aparece mientras yo dormia, derramando largas lágrimas, cual un dia le ví ennegrecido por el polvo, ensangrentado, asido al carro que le arrastraba por cuerdas ligadas á sus hinchados piés. ¡Ay! ¡cual estaba! ¡Cuán demudado de aquel Hector que volvia cubierto con la armadura de Aquiles (11), ó despues de haber lanzado los Troyanos fuegos sobre las naves de los Griegos! desaliñada su barba, y sus cabellos endurecidos por la sangre, dejando ver las muchas heridas que habia recibido en torno á los patrios muros. Aún me parecia que yo mismo, llorando, llamaba á este héroe y exhalaba estos dolientes lamentos. “¡Oh gloria de Troya y la mas segura esperanza de los hijos de Teucer! ¿Qué obstáculos te han detenido tanto? ¡Héctor tan largo tiempo esperado! ¿De qué rejiones vienes? Despues de tantas muertes de los tuyos, despues de tan diversos estragos de la ciudad y de sus guerreros, cansados ya nosotros, en qué estado te volvemos á ver! ¿Por qué indigno ultraje vuestro claro rostro ha sido afeado, y de qué provienen esas llagas que miro?”

El no responde, ni se cuida de mis vanas preguntas, sinó que arrancando un gemido de lo hondo de su pecho, ¡ay, dice tristemente, hijo de una Diosa! huye y líbrate de estaſ llamas. El enemigo ocupa la ciudad. Troya cae en pedazos desde la cima de su grandeza. Bastante

se ha hecho ya por la patria y por Príamo. Si Pérgamo pudiera ser salvada por alguna mano, lo sería también por este brazo. Troya te recomienda sus Dioses y sus sagradas reliquias. Toma nuestros Penates por compañeros de tus destinos, y procura para ellos esos célebres muros que al fin levantarás después de haber errado por los mares". Esto dijo, y me trae en sus manos desde el fondo del santuario la poderosa Vesta, sus vendas, y su fuego inextinguible (12).

Entretanto los llantos y gritos llenaban la ciudad de confusión, y aunque la casa de mi padre Anquises estaba lejos, y apartada, cubierta por árboles, mas, y cada vez mas claro se oían las voces, y se iba acercando el son horrible de las armas. Me despierto, subo á las torres del alto palacio y me pongo á escuchar, como cuando la llama impelida por los furiosos vientos corre por las mieses, ó cuando un rápido torrente engrosado por los raudales de las montañas, arrasa los prados, las ricas mieses, los sembrados, y lleva consigo los altos bosques, el pastor desde la punta de un elevado peñon queda pasmado oyendo el ruido sin saber qué lo causa. Entónces la mala fé de los Griegos queda descubierta, y aparecen en claro sus artificios. Ya el grande palacio de Deifobio ha venido al suelo, destruido por las llamas: ya también arde el de Ucalegon vecino á él. El incendio resplandece por larga distancia en el mar de Sigeeo. Crecen los gritos de los guerreros y el sonido de las trom-

petas. Atónito tomo las armas, cuando las armas nada podian, ardiendo por reunir las tropas para el combate y concurrir con mis compañeros á la ciudadela. La ira y el furor transportan mi alma, y nada me parece mas bello que morir peleando.

Pero he ahí á Panto, escapado de las espadas de los Griegos, Panto hijo de Othris, sacerdote de la ciudadela y del templo de Apolo. Traia en sus sagradas manos los vencidos Dioses y su tierno nieto, y fuera de si corría al palacio (13). “Panto! le digo, ¿dónde está el mayor peligro? ¿Cuál fortaleza tomamos?” Apénas habia dicho, cuando él, suspirando, me responde así: “ Ha venido el último dia de Troya y su inevitable hora. ¡Ilion fué! ¡ Fueron los Troyanos y la alta gloria de los hijos de Teucer! El cruel Júpiter transporta todo á Argos. Los Griegos dominan en la abrasada ciudad. El colosal caballo parado en medio del pueblo, vomita soldados, y Sinon vencedor atiza el fuego burlándonos. Abiertas las puertas entran otros en tantos miles cuantos nunca vinieron de Micenas. Otros con sus dardos tendidos atajan los pasos estrechos. Por do quiera está aprestada una hueste, resplandeciendo la punta de sus espadas, prontas á dar la muerte. Las primeras guardias de las puertas, apénas son bastante para el primer momento, y en vano con ciego furor resisten.”

A estás palabras del hijo de Othris yo me lanzo por inspiracion de los Dioses por entre el incendio y las ar-

mas enemigas, adonde me llama la triste Erisnnys, el ruido del combate, y los gritos que llegan hasta los cielos. Se me une Rifeo y Epito indomable en los combates. Reconocidos á la claridad de la luna se juntan á nuestro lado Hipanis y Dymas, y el jóven Chorebo, hijo de Mygdon, que inflamado de una violenta pasion á Cassandra habia venido cabalmente en esos dias á Troya, y yerno ya de Priamo, le traia auxilio á él y á los Frigios. ¡Desdichado! que no oyó los consejos de una amante inspirada!

Desde que yo los ví reunidos y dispuestos á combatir, les dirijo estas palabras: “ ¡jóvenes! ¡corazones en vano animosos! si vuestro deseo es seguirme cuando me atrevo á buscar una muerte cierta, ved á qué estado estamos reducidos! (14). Los Dioses por quienes este imperio existía, han salido todos abandonando sus altares y sus sagrarios. Defendeis una ciudad incendiada. Arro-jémosnos en medio de los enemigos y muramos. Una salud hay para los vencidos, no esperar salud alguna.” Con estas palabras nuevo furor se enciende en el pecho de los jóvenes. Entónces tal como lobos depredadores cuando una rabiosa hambre les obliga á salir de sus manidas por entre oscura niebla, y los cachorros que han dejado los esperan secas ya sus fauces; por entre armas y enemigos corrimos á una muerte no dudosa. Nos dirijimos al centro de la ciudad. Una oscura noche nos cubre con sus negras sombras. ¿Quién po-

drá pintar la matanza de aquella noche, contar los muertos, y para tantas desgracias tener bastantes lágrimas? ¡Cae demolida aquella antigua ciudad por tantos años soberana! Multitud de cadáveres están esparcidos por las calles, las casas y los pavimentos sagrados de los Dioses. Pero no solo los Teucros derraman su sangre (que algunas veces el corage renace en el corazon de los vencidos), los griegos vencedores caen tambien. Por todas partes está el llanto lastimoso, en todas el terror y la muerte en sus diversas imágenes.

El primer Griego que se nos presenta es Androgeo seguido de numerosa tropa, el cual engañado crée que somos de los suyos, y nos dirige estas palabras amistosas: Apresuraos compañeros. ¿Qué indolencia os retiene tanto? Otros saquean y llevan las riquezas de la incendiada Pérgamo, y vosotros recién bajais de las naves?" Dijo, y de repente (pues que nuestras respuestas le hacian desconfiar), vió que habia caído en medio de enemigos. Quedó espantado : se calla y retrocede. Como aquel que entre tupidos espinales pisa por descuido una serpiente oculta en la tierra, y temblando huye al pronto de ella, la cual se levanta enfurecida hinchando su cerúleo cuello, no de otra manera Androgeo huye espantado á nuestra vista. Los acometemos y los rodeamos de espesas armas. No conociendo absolutamente los lugares, y vencidos por el terror, caen á nuestros golpes. La fortuna nos sonríe en este primer encuentro. Chorebo, mas áudaz con este su-



ceso, esclama: “¡Oh compañeros, sigamos este camino de salud que al fin la suerte nos muestra declarándose favorable! Cambiemos los escudos y pongámonos las insignias de los Griegos. Si es astucia ó valor, ¿quién del enemigo pregunta? Ellos mismos nos darán armas”. Dice así, y se pone el crinoso yelmo de Androgeo, su insigne y brillante escudo, y ciñese al costado la espada Griega. Esto hace Rifeo, esto hace el mismo Dymas y toda la juventud alegre. Cada uno se arma con los recientes despojos. Marchamos mezclados con los Griegos; pero sin el agrado de nuestros Dioses! Muchos encuentros en aquella oscura noche se trabaron, y á muchos de los Griegos precipitamos al Orco. Otros huyen á las naves y las seguras riberas buscan en su fuga. Una parte con torpe miedo escala otra vez el gran caballo, y se esconde en las cavidades de su vientre, bien conocidas de ellos.

¡ Ah! en nada es permitido confiar contra la voluntad de los Dioses! Hé ahí que la jóven Casandra, hija de Príamo, iba arrastrada desde el templo y santuario de Minerva, sueltos sus cabellos, tendiendo en vano al cielo sus ardientes ojos... sus ojos, porque sus tier- nas manos las llevaba atadas. Chorebo, desesperado, no pudo sufrir este espectáculo, y se precipita á morir en medio de la hueste. Le seguimos todos y combatimos cerrando nuestras filas. Pero en ese momento, los nuestros, engañados por las armas que nos veían, y por los

crestosos yelmos de los Griegos, desde la mas alta bóveda del templo nos abrumaban con sus dardos, haciendo una triste carnicería. Tambien los enemigos, lamentando la pérdida de Casandra y llenos de furor, se reunen de todas partes; y nos atacan el fiero Ajax, los dos Atridas, y toda la falange de los Dólopes. Asi se chocan en furiosos torbellinos los vientos encontrados, y el Céfito, y el Noto y el Euro ufano de llevar los caballos de la Aurora, haciendo silvar los bosques; y Nereo se em bravece y cubierto de espuma subleva con su tridente los mares desde sus profundos fondos. Vienen tambien aquellos que hicimos huir á favor de un disfraz por entre las sombras de la oscura noche, y que perseguimos por toda la ciudad. Son los primeros que conocen los escudos y las mentidas armas, y hacen advertir nuestro diverso acento. Al pronto su número nos abrumba. Chorebo el primero rinde la vida á manos de Peneleo, ante el altar de la Diosa Armipotente. Cae tambien Rifeo el mas justo que hubo entre Troyanos y el mas exacto observador de las leyes, ¡pero de otro modo les pareció á los Dioses! Mueren Hipanis y Dymas traspasados por sus compañeros. Ni á tí, Panto, te ha librado que pencieses tu grande piedad ni la tiara de Apolo (15). ¡Cenizas de Ilion! ¡Llamas que consumisteis los restos de mi patria! os pongo por testigo, que en nuestros últimos momentos yo he arrostrado las armas y todos los asaltos de los Griegos, y que si los Hados hubieran decretado que tambien

yo me sepultara, mi brazo lo habria merecido!... Nos arrancamos de allí con Ifito y Peleas : Ifito ya pesado por sus años, y Peleas lento en su andar por una herida recibida de Ulises.

Los grandes gritos que se oian nos llaman al pronto al palacio de Priamo. Allí se sostenia un combate tan encarnizado como si en ninguna otra parte se peleara y nadie muriera en la ciudad. Allí vimos todas las furias del indomable Marte : á los Griegos precipitándose al palacio y agruparse á la entrada formando la tortuga (16). Ponen escalas en las paredes, procurando subir por sus gradas sobre los mismos portales, protejiéndose con los escudos que llevan en la izquierda y asiendo con la diestra las altas cornizas. Los Troyanos por su parte derriban las Torres y los altos techos de las casas : y cuando ven llegada la fatal hora procuran defenderse con esas armas hasta el último aliento. Arrojan sobre los enemigos los dorados maderos, ilustres ornamentos del palacio de nuestros abuelos. Otros desenvainan sus lucientes espadas, se colocan en las puertas interiores y las guardan estrechando sus filas.

Formando nuevos ánimos corrimos á socorrer el palacio del Rey, á dar vigor á los guerreros con nuestra ayuda y á reanimar á los vencidos. A las espaldas del palacio habia una entrada, pasadizos desusados y puertas secretas por las que entre sí se comunicaban las habitaciones de Priamo, y por las cuales, cuando el reino

florece, la desdichada Andrómaca acostumbraba de continuo ir sola llevando el niño Astianax á sus abuelos. Por allí voy á la cima del alto edificio desde donde los míseros Troyanos arrojaban dardos con sus impotentes brazos. Una torre habia pendiente y levantada hasta el cielo, sobre las altas bóvedas de donde se descubria toda Troya, las naves y los reales de los Griegos. La acometimos en torno con el fierro por donde sus grandes maderos presentaban menos trabazones, la arrancamos de sus altos cimientos y la impelimos. Ella se precipita derrepente con ruido horrible llevando la muerte, y cae por larga distancia sobre las falanges de los Griegos. Al pronto otras las reemplazan, y las piedras y todo género de armas no cesan un momento.

Delante del vestibulo y en el primer umbral, Pirro se agitaba centelleante con su armadura de acero; tal como la serpiente hinchada, de venenosa hierba apacentada que del rigoroso invierno se escondia bajo de tierra, y sale al claro dia, nueva, despojada del antiguo cuero, lustrosa, y jóven levanta orgullosa su pecho al sol, enroscando su lúbrico espinazo y tres lenguas de su boca vibra.

Junto á él está Périfas de alta estatura, y Automedon escudero de Aquiles, que conducia sus caballos, y toda la juventud de Scyros. Acometen al palacio y arrojan llamas á los techos. Pirro el primero, despedaza los fortísimos portales con una hacha de dos filòs, arranca de sus

quicios las aceradas puertas, y rompe las fuertes tablas con el pedazo de una viga, haciendo una grande ventana (17). Lo mas recóndito del palacio queda á la vista y aparecen sus largas galerías. Descúbreñse las secretas estancias de Priamo y de los antiguos Reyes, y se ven las guardias puestas delante de la entrada. Entretanto lo interior de la real casa se conmovia con llanto y lamentable desórden. Las bóvedas resonaban con los gritos de las mujeres, y los ayes de ellas, retumbando en los dorados techos, llegaban hasta los astros (18). Las espantadas madres corrian en desórden por las grandes salas, abrazaban las puertas y ardientes besos les estaban dando. Pirro, tan violento como su padre, apura el ataque, y ni las barreras ni las guardias mismas pueden contenerlo. Las puertas bambolean al repetido golpe del ariete y arrancadas de sus goznes vienen al suelo. Se abren camino por la fuerza, rompen nuestros grupos, y los crueles Griegos degüellan á los primeros que se presentan, y todos aquellos aposentos se llenan de soldados. No con tal furor se precipita un rio espumoso, cuando rotos sus diques vence las moles que se oponen á su impetuosa corriente, é hinchado se lanza con furia en las llanuras, y arrebatada en las campañas los rebaños con sus establos. Yo mismo ví en los pórticos á Pirro y á los dos Atridas embriagados en la matanza ; ví á Hecuba (19) y á sus cien nueras, y á Priamo que en los altares apagaba con su sangre el fuego que él mismo habia con-

sagrado. Aquellos cincuenta tálamos, esperanza de tanta descendencia, los soberbios pórticos enriquecidos de trofeos y del oro de los bárbaros, todo cayó. Los Griegos han llevado lo que no destruyeron las llamas.

Tal vez preguntará cuál fué el destino de Priamo. Desde que vió la triste suerte de la ciudad rendida y despedazadas las puertas del palacio, y al enemigo en medio de sus aposentos, se pone inútilmente sobre sus espaldas trémulas ya por la edad, una armadura largo tiempo desusada ; se ciñe una espada, para él inútil, y se lanza á morir en medio de los mas densos batallones.

Un grande altar habia en medio del palacio y al aire libre, y junto á él un antiguo laurel que cubria las aras con sus ramas y guardaba con su sombra los Penates. Allí Hecuba y sus hijas, cual palomas que lijeras se agrupan por la negra tempestad, rodeaban el altar, y sentadas tenían en vano abrazadas las estátuas de los Dioses. Así que ella vió á Priamo que había tomado las armas que en su juventud usó, le dijo : “ ¡ misero esposo ! ¿ qué delirio tan crudo te hace ceñirte esas armas ? ¿ Adónde vas ? No es un auxilio tal, ni tales defensores, lo que en este dia se necesita ; no, aunque mi Héctor mismo estuviese ahora. Ven aquí : este altar nos protegerá á todos, ó juntos moriremos ”. Habló así, le trae cerca de ella, y sobre el sagrado asiento hace reposar á aquel anciano. .

Pero he ahí que uno de los hijos de Priamo, Polites,

escapado de la carnicería de Pirro, huye por los largos pórticos, por entre las armas y enemigos, y corre bañado en sangre por las desiertas galerías. El ardiente Pirro le persigue con sus homicidas armas. Ya, ya le toma con su mano y le alcanza su lanza. Así que llegó á presencia de sus padres, cae ante ellos y exhala la vida en torrentes de sangre. Entonces Priamo aunque se veía en medio de la muerte, no se contuvo, ni moderó la cólera de sus palabras, y así esclama: “ los Dioses, si hay en el cielo justicia que vengue tales crímenes, por tal maldad, por crueldad tan bárbara, te den la merecida recompensa y los premios debidos, á ti que me has hecho ver con mis ojos la muerte de mi hijo y manchaste con su sangre el rostro de su padre. Aquiles mismo, de quien falsamente dices que descienes, no trató así á Priamo su enemigo, sinó que guardó la ley y respetó los derechos del desgraciado. Me volvió el cadáver de Héctor para que lo enterrase y me mandó libre á mi palacio”.

Así habló el anciano y le arrojó un dardo débil y sin vigor, el cual rechazado al pronto por el ronco acero, apenas quedó asido en medio del escudo. Pirro le responde: “ tú irás, pues, de mensajero á mi padre Aquiles, y le dirás lo que ha sucedido. Acuérdate de contarle mis tristes hazañas y de decirle que Neotolomeo ha dejenerado de él. Pero ahora muere”. Diciendo esto arrastra ante los mismos altares al trémulo anciano que se resbalaba

en la mucha sangre de su hijo : toma con la izquierda sus cabellos, levanta con la derecha su luciente espada y se la entierra hasta el puño en el costado.

Este es el término de los destinos de Priamo. Este fin le preparó la suerte despues que vió á Troya abrasada y venir al suelo la alta Pérgamo. El soberbio monarca del Asia que ántes había reinado en tantos pueblos y en tantos países, yace ahora en la arena como un grande tronco, una cabeza desprendida de sus hombros, y un cadáver sin nombre.

Entónces por la primera vez un frio horror se apodera de mí, y me estremezco. La imágen de mi querido padre se me presenta cuando ví al Rey de igual edad exhalar su vida por una herida tan cruel. Recuerdo á Creusa abandonada; mi casa arruinada, y los peligros del tierno Iulo. Miro alrededor de mí quiénes me acompañan, y advierto que cansados todos me habian dejado, ó que de lo alto se habian precipitado al suelo, ó que desesperados se habian arrojado á las llamas.

Solo, pues, allí me habia quedado. Errante por esos lugares al resplandor del incendio que alumbraba mis pasos, dirijia mis ojos á todas partes indistintamente, cuando veo á la hija de Tíndaro que estaba en el santuario de Vesta, callada y escondida en un secreto lugar. Temiendo la furia de los Troyanos por la destruccion de Pérgamo, el castigo de los Griegos y la zaña del esposo abandonado, furia tan fatal á su patria como á Troya,



se habia escondido y estaba allí odiosa á los mismos altares (20). Un inmenso furor se enciende en mi alma; ardo por vengar mi espirante patria y darle el castigo que merecian sus delitos. Ella, pues, decia yo, ¿ volverá á ver á Micenas y á Esparta su patria, é irá cual reina llevada en triunfo: verá su esposo, su palacio, sus padres y sus hijos, seguida de multitud de Troyanas cautivas, y de esclavos Frigios? ¡ Y entre tanto Príamo habrá caído bajo la espada Griega, Troya habrá perecido en las llamas, y estas riberas habrán sudado tantas veces con la sangre de los Dárdanos! No será así; y aunque ninguna gloria haya en el castigo de una mujer, ni este triunfo merezca honor, sin embargo, se me elojiará de haber dado la pena de que era digna, y haber extinguido una llama funesta. Yo mismo gozaré en saciar mi ardiente deseo de venganza y dejar satisfechas las cenizas de los míos.

Esto decia, y era arrastrado por mi enfurecida fantasía, cuando mi hermosa madre se me presenta á la vista, tan patente como nunca. Brillaba en la oscuridad con una luz opaca, y mostraba toda la magestad de una Diosa, tal como suele presentarse entre los inmortales. Tomándome con su diestra me detiene, y de sus rosados labios salen estas palabras: “ Hijo, ¿ qué dolor tan fuerte excita una cólera tan implacable? ¿ Por qué este delirio? ¿ Por qué te has olvidado de nuestra familia? ¿ Por qué ántes no mirar donde has

dejado á tu padre Anquises abrumado por los años? ¿Sabes si viven aún tu esposa Creusa y el niño Ascanio? Por todas partes las falanges Griegas los rodeaban, y si no hubieran sido amparados por mi, ya las llamas los habrían devorado, ó la espada enemiga se hubiera empapado en su sangre. No es la Espartana hija de Tindaro, tan aborrecida de tí, ni París á quien todos culpan: es solo la inclemencia de los Dioses, si, de los Dioses, la que arruina este poderoso imperio y precipita á Troya desde la cumbre de su grandeza. Mira, yo voy á disipar la nube que tienes interpuesta cubriendo tus humanos ojos, cuya niebla eclipsa cuanto rodea. Tú no temas los consejos de tu madre, ni trepides obedecer sus preceptos. Aquí, donde ves estas moles despedazadas y estas piedras arrancadas de otras piedras, y el humo mezclado en ondas con el polvo, es Neptuno que conmueve los muros (21), y los arranca desde sus cimientos con su potente tridente y demuele á toda la ciudad desde sus bases. Allí, la implacable Juno, ceñida la espada, ocupa la primera la puerta Scea, y ardiendo en ira llama de las naves á las legiones enemigas (22). Mira á la Tritonia Palas subida en lo mas alto de la ciudadela, sobre una nube resplandeciente, sacudiendo embravecida su Gorgona (23). Mi mismo padre alienta á los Griegos y les dá fuerza y valor. El mismo subleva á los otros Dioses contra los Troyanos. Huye, hijo: pon fin á tu trabajo vano. Jamás me apartaré de tí, y te pondré

seguro en el palacio de tus padres". Dijo, y se escondió en las sombras tenebrosas de la noche.

Airados rostros se me presentan, y los grandes números de los Dioses enemigos de Troya. Toda Ilion me pareció entónces sepultada en las llamas, y Troya, la ciudad de Neptuno, volcarse desde sus profundos cimientos. Tal como el antiguo roble arraigado en lo mas alto de la montaña, cuando los labradores, empeñados á porfia en arrancarle, despedazan su tronco con los repetidos golpes de las hachas de dos filos, y váse rindiendo, y bambolea su cabellera al sacudirse su cabeza, hasta que al fin vencido por las heridas lanza el último gemido, y arrancándose del monte cae despedazado.

Desciendo, y conducido por una Diosa, atravieso por entre las llamas y enemigos. Las armas me hacen lugar y el incendio retrocede. Así que hube llegado á los umbrales de la mansion de mi padre, antiguo palacio de mis antepasados, él á quien yo ante todo buscaba y quería primero llevar á los altos montes, se niega á sobrevivir á la ruina de Troya y sufrir el destierro. "Tú, me dice, cuya sangre tiene el fuego de la edad, y cuyas valientes fuerzas están en todo su vigor, tú huye pronto. En cuanto á mí, si los Dioses quisieran prolongar mi vida, me hubieran conservado esta mansion (24). Bastante es haber visto otra vez tantos desastres y demasiado sobrevivir á la rendicion de esta Ciudad. Aquí, aquí mismo quedará mi cadáver. Díme el último adios.

Yo mismo buscaré la muerte por mis manos, ó un enemigo apiadado ó por llevar mis despojos me la dará. Es poca pérdida la del sepulcro. Ya demasiado he vivido de inútil peso á la tierra y odioso á los Cielos, desde que el padre de los Dioses (25) y Rey de los hombres me tocó con el viento de su rayo y me hirió con su fuego”.

Recordando tales desgracias, se mantenía firme, é invariable estaba en su propósito. Por el contrario, anegados en lágrimas yo y mi esposa Creusa, y Ascanio y toda la familia, le rogamos no arrastrara con su ruina la nuestra, y que no se rindiera á los golpes de la suerte. Él se rehusa, y está inmóvil en su asiento é inmutable en su primer propósito. Yo deseaba volver otra vez á los combates y en mi grande desgracia buscar la muerte: pues ya ¿qué consejos ó qué esperanza podia la fortuna darme? “¿Creiste, oh padre, le digo, que yo fuera capaz de huir y dejarte abandonado? ¡Y los lábios de un padre han podido pronunciar injuria tan grande! Si es del agrado de los Dioses que nada quede de esta grande Ciudad; si estás siempre en el mismo propósito, y si te agrada juntar tus cenizas y las de los tuyos á las cenizas de Troya, esta puerta dará libre entrada á la muerte, pues ya Pirro se avanza, bañado en la sangre de Priamo, él, que degüella á los hijos ante los ojos de sus padres y á los padres al pié de los altares. ¡Oh, dulce madre! Cuando me arrancaste de los combates y del medio del incendio, ¿era solo para que yo viera al ene-

migo en el seno de mis hogares, y á Ascanio y á mi padre y con ellos á Creusa mirase degollados, y bañados los unos en la sangre de los otros? ¡Mis armas, compañeros! ¡Dadme mis armas! La última hora llama á morir á los vencidos: llevadme donde estén los Griegos: dejadme volver á comenzar los combates principiados: á lo menos no todos moriremos hoy sin venganza”.

Me ciño otra vez la espada, y puesto el escudo en la izquierda ya corria fuera del palacio. Pero entónces mi esposa se echa á mis piés en la puerta, y los tiene abrazados. Presentando á su padre el tierno Iulo, me dice: “ Si tú corres á morir arrástranos contigo para participar tu suerte; pero si como experimentado en la guerra, pones en las armas que llevas alguna esperanza, defiende primero esta casa ¿A cuyo amparo dejas al pequeño Iulo? ¿A quién tu padre y á la que en otro tiempo llamaste tu esposa?” Así decia, y hacia resonar todo el palacio con su llanto, cuando aparece un prodigio inesperado é inaudito. Mientras que Iulo estaba en los brazos y sobre los labios de sus tristes padres, hé ahí que una lijera luz brilla en lo mas alto de su cabeza. La inocente llama corre suavemente por sus cabellos y parece detenerse al rededor de sus sienas. Nosotros espantados y temblando de miedo ibamos á sacudir la cabellera inflamada, y extinguir con agua estos fuegos divinos, cuando mi padre Anquises, lleno de gozo levanta sus ojos á los astros, y tendiendo al cielo sus manos, dice así: “ Júpiter omnipotente! si

es posible ablandarte con algunas plegarias, te pedimos solamente que vuelvas tus miradas hácia nosotros ; y si por nuestra piedad lo merecemos, ven ahora, oh padre, á nuestro socorro y confirma estos presagios ”.

Apénas el anciano habia dicho estas palabras, cuando á la izquierda el cielo truena con repentino fragor (26). Una estrella cae del cielo y corre por las tinieblas arrasando su cola inflamada. La vimos deslizarse por las altas bóvedas del palacio, y siempre brillante irse á esconder en los bosques del Ida, dejando trazado su camino. Un surco de luz resplandecia por larga distancia, esparciendo hasta léjos y por todos lados un humo sulfuroso. Vencido entónces mi padre, sale afuera, adora la santa estrella é invoca los Dioses. “ Ya, ya no resisto, me dice, te sigo, é iré donde me lleves. ¡ Dioses patrios, velad sobre mi familia, velad sobre mi nieto ! Este presagio es vuestro. Troya aún está bajo vuestra proteccion. Cedo con gusto, hijo mio, y no rehusó acompañarte ”.

Habia acabado apénas y ya se oía el estrépito del fuego en nuestra casa, y los torbellinos de llamas nos envolvian en el incendio. — “ Apresúrate, le digo, querido padre á ponerte sobre mi cuello. Yo te cargaré sobre mis espaldas: este peso me será liviano. Cualquiera cosa que sobrevenga uno y comun será el peligro, ó juntos también nos salvaremos. El tierno Iulo irá conmigo, y mi esposa Creusa seguirá de léjos mis pasos (27). Vosotros esclavos, tened presente lo que voy á deciros. Salien-

do de la ciudad se encuentra un collado y en él un antiguo templo de Cères, ahora abandonado. Allí cerca está un viejo ciprés, desde largos años conservado por la piedad de nuestros padres. Allí nos reuniremos por diversos caminos. Tú, padre mío, lleva en tus manos los Dioses de la patria, y los ornamentos sagrados de los altares. A mí que me retiro de lid tan encarnizada y de matanza tan reciente, no me es permitido tocarlos sin que ántes me haya purificado con el agua de una fuente”. Diciendo esto, echo sobre mis anchas espaldas, encima de mi manto, la piel de un vellosa leon sujetandole al cuello, y me inclino para recibir mi carga. El pequeño Iulo toma mi mano, y sigue á su padre con paso desigual al mio. Detrás viene mi esposa. Marchamos por senderos oscuros; y yo que poco há no cuidé de los dardos arrojados por los griegos, ni de todos los griegos juntos del ejército enemigo, enseguida me aterraba cualquier lijero aire, y el menor ruido dejábame suspenso, temblando tanto por la carga que llevaba, como por mi pequeño compañero.

Ya me acercaba á las puertas y creia haber pasado todo el peligroso camino, cuando de repente me parece que oigo el ruido de pasos que vienen. Mi padre que miraba por entre las sombras me grita: “hijo, huye, hijo, se acercan: veo sus resplandecientes escudos y sus brillantes yelmos”. No sé qué númen enemigo turbó en ese momento mi alma con el miedo; pues que mientras sigo á prisa por apartadas sendas y me retiro de las rutas co-

nocidas ¡ay! mi esposa Creusa, ¿ por qué destino funesto me fué arrebatada? ¿ Se ha parado, ha errado el camino, ó cansada se ha quedado? No lo sé, ni desde entónces mis ojos la han visto. No volví la mirada sobre ella, ni advertí que la había perdido, hasta que llegamos á la colina donde está el sagrado templo de la antigua Cérés. Allí al fin, reunidos todos, ella solo faltaba y engañaba el amor de sus compañeros, de su hijo y de su esposo. Yo en mi delirio, ¿ á cuál de los Dioses ó de los hombres no acusaba? ¿ Y qué de mas cruel había yo visto en la arruinada ciudad? Confío á mis compañeros mi padre Anquises, Ascanio, y los Dioses de Troya, y dejándolos escondidos en un hondo valle, y ceñido de mis brillantes armas, vuelo á la ciudad, decidido á renovar todos los azares, á registrar toda Troya, y otra vez á afrontar los peligros. Llego primero á los muros y á las oscuras entradas de las puertas por donde había salido, y me vuelvo por los rastros que había dejado en la noche, rejiestrándolos con mis atentos ojos. El horror y el silencio mismo de aquellos lugares, aterran mi alma. Me dirijo á mi casa, por si acaso ha ido, por si ha entrado allí; pero los griegos la habían asaltado y la ocupaban toda ella. Ya el viento revolvía el fuego asolador en las mas altas bóvedas. Llamas inmensas salian de ellas y el incendio se lanzaba furioso hasta los cielos. Sigo adelante y vuelvo á ver la ciudadela y el palacio de Príamo. Y ya en los pórticos vacíos del templo de Juno velaban sobre el botín



guardias escojidas, Fénix y el feroz Ulises. Allí estaban amontonados en desórden los tesoros de Troya arrebatados de los sagrarios incendiados, las mesas de los Dioses, cráteras de oro macizo, y los ornamentos saqueados. Al rededor de ellos, niños y espantadas madres estaban en largas filas. Me atreví á dar gritos en aquella oscuridad. Hice resonar en las calles mis clamores, y aflijido y llorando una y cien veces llamé en vano á Creusa. Mientras que fuera de mí la buscaba sin descanso en las casas de la ciudad, una lúgubre fantasma, la sombra de la misma Creusa, se presentó á mis ojos, de un tamaño colosal. Quedé pasmado: mis cabellos se erizaron y la voz se me atajó en la garganta. Entónces ella me habló y procuró calmar mis penas con estas palabras: “¡oh dulce esposo! ¿por qué te place entregarte á tan cruel dolor? Estas cosas no suceden sin la voluntad de los Dioses. No te es permitido llevar á Creusa en tu compañía. El Rey del alto Olimpo no lo consiente. Largas peregrinaciones te esperan y un vasto mar que surcar. Llegarás á las tierras de la Hesperia, allí do el Lidio Tiber corre con manso curso entre las fértiles campañas de belicosa jente. Allí te están preparados destinos felices, un imperio, y una réjia esposa. Enjuga las lágrimas por tu querida Creusa. Yo no veré las soberbias mansiones de los Myrmidones ó Dólopes, ni iré de esclava de las damas griegas; ¡yo hija de Dárdano y nuera de la Diosa Venus! La augusta madre de los Dioses me detiene en

estas rejiones. ¡ Adios! pues, consérvale tu amor á nuestro hijo! ”.

Yo lloraba, y quería responderle largamente, pero así que ella hubo dicho estas palabras me abandonó y se alejó por los sùtiles aires. Tres veces estendí mis brazos procurando abrazar su cuello, y tres veces la sombra, en vano asida, huyó de mis manos, semejante á los lijeros vientos, semejante á los fugaces sueños.

Concluida la noche, vuelvo, al fin, á ver mis compañeros, y encuentro admirado un grande número de otros nuevos, mujeres y hombres, gente infeliz, pueblo reunido para el destierro, que habian venido de todas partes con sus fortunas, dispuestos á seguirme á cualesquiera tierras adonde quisiese llevarlos por el mar.

Y ya el Lucero se levantaba de la cumbre del monte Ida, y traia el dia. Los Griegos ocupaban las entradas de las puertas, y ni esperanza alguna habia de socorro. Cedo á mi destino, y alzando á mi padre me dirijo á las montañas.

•



## NOTAS DEL LIBRO II

---

(1) *Inde toro pater Æneas sic orsus ab alto:*

“ El padre Eneas entónces desde su alto asiento principia así.”

Los traductores todos de la Eneida, que yo conozco, suponen que en el convite dedicado á Eneas, estaba este sentado en un alto lecho, y todos ellos traducen las palabras *alto toro*, desde un alto lecho, ó de un alto asiento. Pero esta version del adjetivo *altus*, puede dar una idea equivocada de los usos de los antiguos en sus mesas. *Altus* no solo significa alto, elevado, sinó tambien suntuoso, espléndido, orgulloso, soberbio, etc. y creo que en este último sentido lo usa Virjilio. Lean en el primer libro la descripcion de esa fiesta desde el verso :

*Cùm venit, aulæis jam se Regina superbis*

y se verá que no hay el menor incidente que haga creer que hubiera en la sala unos asientos mas altos que los otros. Todos rodeaban las mesas, admiraban los presentes de Eneas y los grabados de la vajilla. Los asientos de honor se distinguian, no por su altura, sinó por su colocacion; *mædius, summus é imus*; el del medio, el de la derecha y el de la izquierda. Virjilio por fin habla del asiento preparado para Eneas, y nada dice de su altura, y lo designa solo por su lujo :

.....*stratoque super discumbitur ostro,*

“ y se sienta sobre un lecho de púrpura”.

Esta idea que dá el poeta del lecho de Eneas me habria guiado al traducir el segundo verso de este libro, si me animara á separarme de la inteligencia que los traductores de Virjilio han dado al adjetivo *altus*.

(2) La guerra de Troya fué emprendida por los Griegos para recobrar á Helena mujer de Menelao, robada por Páris, hijo de Príamo, Rey de Troya. Las tropas Griegas ascendian á 100.000 hombres. Los buques á 1000 segun algunos poetas é historiadores, y á 1186, segun Homero. Agamenon fué elegido Gefe del ejército Griego. Muchos príncipes del Asia auxiliaron á Príamo, entre otros, Beso, Memnon, Pentisilea, Reyna de las Amazonas. El sitio de la Capital habia durado diez años cuando fué asaltada y tomada en la noche del 11 al 12 de Junio de 1184 años ántes de la era cristiana, segun los mármoles Arundelianos.

Troya por sus Reyes y fundadores es llamada en la Eneida, Illion, Dardania, Teucria, y Pérgamo por el nombre de su ciudadela. Los Troyanos, Dárdanos y Teucros.

Los Griegos por los diferentes pueblos de la Grecia se nombran Mirmidones, Dólopes, Aquivos, Argivos, Danaos, Dóricos y Pelasgos.

(3) Timetes, marido de Cilla hermana de Hecuba habia tenido un hijo al mismo tiempo que la mujer de Príamo. Habiendo los oráculos declarado que un niño nacido en ese dia causaria la ruina de su país, Príamo interpretó el presagio por el hijo de Timetes y le hizo matar. Por esto temian los Troyanos que su padre se vengara del Rey de Troya introduciendo los griegos en la plaza.

(4) Yendo los Griegos á la guerra de Troya fueron detenidos en Aulis por vientos contrarios. El adivino Calchas declaró que para apaciguar á los Dioses, Ifigenia hija de Agamenon debia ser sacrificada á Diana, cuyo enojo habia provocado Agamenon matándole uno de sus ciervos. Los griegos mandaron á traerla con pretexto de casarla con Aquiles en Aulis. Ifigenia presenciaba los sangrientos preparativos para el sacrificio, é imploraba en vano la proteccion de su padre. El sacerdote tenia ya el cuchillo en la mano é iba á descargar el golpe, cuando Ifigenia repentinamente desaparece, y en su lugar se presentó al sacrificio una cierva de extraordinaria belleza. Calchas declaró que Diana estaba satisfecha con este acto de sumision, y que Ifigenia sería llevada á Tauris para servirle

de sacerdotiza. Al momento soplaron vientos favorables y la flota se hizo á la vela desde Aulis.

(5) ... *salse fruges,*

“La salsa mola”.

La mola era una pasta de cebada y sal con que se cubria la frente de la víctima. Este acto se llamaba *inmolere*, preparar la víctima para el sacrificio.

(6) ... *et vincula rupi;*

“y me escapé de la prision”.

Gramaticalmente debia traducir *rompt las ligaduras*; pero haciendo así se entenderia que las víctimas cuando eran llevadas al altar iban con los brazos atados, siendo así que la historia nos enseña que iban sueltas. *Vincula*, pues, ó son los vinculos de la Religion, ó la prision en que las víctimas estaban encerradas hasta el dia del sacrificio.

(7) *Vos, æterni ignes, &*

“A vosotros, eternos fuegos”.

Los antiguos creian que las estrellas eran eternos globos de fuego habitados por divinidades.

(8) *Palladium.*

El Paladin era una estatua de Palas sedente con el casco en la cabeza, la pica en una mano y la Egida en la otra. Se creia que Júpiter la habia echado desde el cielo cerca de la tienda de Illo, cuando este edificaba la ciudadela de Troya, como una prenda de cuya conservacion dependia la salud del Reino.

(9) *Nec posse Argolicis exscindi Pergama telis,  
Omina ni repetant Argis, numenque reducant,  
Quod Pelago et cuvis secum avexere carinis.*

“Que no podria ya Pérgamo ser rendida por las armas griegas sino

volvía á Argos á pedir nuevos oráculos y aplacasen la divinidad que consigo llevaban por el mar en sus naves. ”

Regularmente los traductores de Virjilio, entre ellos Villeneuve, creen que estos versos debían traducirse así : “ los griegos deben ir á traer de su patria el paladin que quitaron á Troya y que llevaron por el mar en sus naves ”.

Velasco traduce así :

“ Si por agüeros á Argos no volvian  
Pues los primeros les habian faltado  
Y cierta estátua no restituyesen  
Que de Grecia en sus naves habian pasado. ”

Pero los traductores italianos é ingleses han juzgado que *numen reducant* no es volver á traer la divinidad que llevaron, sinó aplacar á la divinidad.

Bondi traduce :

... é il nume offeso  
aplar de la Dea.

ANNIBAL CARO

*E de la Dea non si placava il nume*

DRYDEN

... with prayers besought  
Her injur d'powr.

(10)

... *tacitæ per amica silentia lunæ*

“ por el silencio amigo de la encubierta luna ”.

Este verso ha embarazado á los traductores. Muchos han traducido : la luna no alumbraba, creyendo que *luna silet* es lo mismo que *luna abest*. Pero en este mismo canto se vé que la noche del incendio de Troya había luna, y que Eneas pudo reconocer á la luz de ella á Hipanis y Dymas, *oblatis per lunam*. Como ántes hubiese dicho Virjilio *ruit oceano nox*, los últimos traductores de la Eneida han tomado el medio de cubrir la luna con espesas nubes al principio de la noche.

(11) ... *exuvias indutus Achillis,*

“cubierto con la armadura de Aquiles”.

Si tradujese, cubierto con los despojos de Aquiles, podría entenderse que alguna vez Héctor había vencido á Aquiles. Patroclo, amigo del héroe griego, se retiró también á su tienda y no quiso presentarse á los campos de batalla despues del disgusto de Aquiles con Agamenon. Mas al fin Nestor consiguió que volviese á los combates, y Aquiles le permitió llevar su armadura. Héctor le mató en combate singular y tomó la armadura de Aquiles, con la cual volvió dentro de las murallas de Troya.

(12) *Sic ait, et manibus vittas, Vestamque potentem,  
Æternumque adytis effert penetralibus ignem.*

“Esto dijo, y me trae en sus manos desde el fondo del santuario la poderosa Vesta, sus vendas y su fuego inextinguible.”

El fuego sagrado se mantenía ardiendo todo el año, y fué llevado por Eneas á Italia, donde despues Numa Pompilio restableció la orden de las Vírgenes Vestales, cuyo oficio era conservarle en el templo de Vesta. Era permitido apagarle el último día del año, y volverle á encender el 1º de Marzo, pero no con el fuego comun, sinó con el que se obtenía de los rayos del sol. También los grandes conservaban en sus palacios el fuego de Vesta en un altar al aire libre, como se vé en el palacio de Priamo.

(13) *¿ Quo res summa loco, Pantheu ¿ Quan prendimus arcem ?*

“ ¡ Panto ! ¿ Dónde está el mayor peligro ? ¿ cuál fortaleza tomamos ? ”

Generalmente los traductores de Virjilio entienden que Eneas le pregunta á Panto por las esperanzas que deben tener, y que quiere ya aislarse en alguna parte. Anibal Caro traduce :

*O Panto, o Panto io (dissi)  
A che siam giunti? ove ricorso abbiamo,  
Se la rocca é già presa ?*

BONDI

• *Oh Panto ! e quale é il destino nostro ? e dove  
L'armi or volgiam se già la rocca é presa ?*



VELASCO

“ ¿ Qué estado tiene (dije) Troya ? ¡ Panto !  
¿ Qué alcázar ó refugio nos da el Hado ? ”

Pero á mi juicio no han considerado los versos que preceden á la aparición de Panto, ni los que siguen despues que él halla á Eneas encendido en cólera, sin calcular lo que le es posible hacer por su patria, pensando solo que nada es mas digno que morir peleando. — En este momento llega el sacerdote del templo de Apolo, ¿ y es posible que Virjilio pusiera en boca de su héroe las palabras que le hacen decir los traductores citados ; que preguntara ya por las esperanzas que debia tener, ya por algun lugar donde refugiarse ? Panto le da la noticia de estar todo perdido ¿ y qué piensa entónces Eneas ? ¿ No le anima el mismo furor que ántes ?

*in flammas et in arma feror, quó tristis Erinny.*

*... vocat*

*... moriamur, et in media arma ruamus.*

*Una salus victis, nullam sperare salutem.*

Dryden y Barthélemy se han separado del comun sentir en cuanto á la segunda parte del verso, y entienden que Eneas manifiesta el deseo de atacar algun punto cuando dice: *¿ quan prendimus arcem ?* y no buscar un asilo. Pero en cuanto á la primera *Quo res summa loco*, conservan la inteligencia que ántes de ellos se le habia dado.

El primero traduce así :

*What hope ? ; Oh Panthus ! wither can we run ?*

*When make a stand ? and what may yet be done ?*

BARTHÉLEMY

*Quel est le sort de Troie ? où porter nos secours,  
oh Panthé ?*

Aunque las palabras *summa res* sean de un sentido indeterminado, debe él fijarse por el espíritu que animaba al héroe en el momento de decirlas. *Summa res* en medio de un combate, para el hombre des-

animado, sin duda que es la esperanza de su salvacion ; pero para el que tiene la resolucion que muestra Eneas al hacer esa pregunta á Panto, es el mas peligroso, la muerte misma, principalmente si se atiende á la designada *quo loco*, por quien pregunta Eneas.

(14) *Excessere omnes adytis arisque relictis  
Dii, quibus imperium hoc steterat : ...*

“ Los Dioses por quienes este imperio existia, han salido todos abandonando sus altares y sus sagrarios. ”

(15) *Iliaci cineres, et flamma extrema meorum,*

“ ¡ Cenizas de Ilion ! ¡ Llamas que consumisteis los restos de mi patria ! ”

Barthélemy, traduce :

“ Cenizas de Ilion, manes de un pueblo extinguido, lamentable hoguera de mi ciudad natal. ”

HEYNE

“ ¡ Llamas que habeis servido de hoguera á los Troyanos ! ”

MOTEVANT

“ ¡ Cenizas de Ilion, última tumba de los míos ! ”

BINET

“ ¡ Cenizas de Ilion, llamas que devorasteis sus últimos escombros ! ”

VELASCO

“ Troya abrasada y fuego postrimero ”

“ Do mi linaje y pueblo fué encendido ”.

CARO

“ ¡ Oh llamas últimas ! Oh cenizas de los míos ! ”

BONDI

“ ¡ Oh llamas últimas de la patria y cenizas queridas ! ”

•  
DRYDEN

“ ¡ A vosotras, llamas de Troya ! ”

(16)                   ... *obsessumque actâ testudine limen.*

“ Agruparse á la entrada formando la tortuga. ”

Los soldados en un asalto se agrupaban poniendo con cierto orden los escudos sobre sus cabezas, y formando una especie de techo que se llamaba *Tortuga*.

(17)                   ... *jamque excisâ trabe firma cavavit*  
*Robora, et ingentem lato dedit ore fenestram.*

“ Y rompe tambien las fuertes tablas con el pedazo de una viga, haciendo una grande ventana. ”

Barthélemy traduce :

*Et dressant une poutre ainsi qu'une massue*  
*Dans ses panneaux de chêne ouvre une large issue.*

El pone una nota á las palabras *excisâ trabe*. No juzga probable que en el rico palacio de Príamo las puertas estuvieran con trancas de madera, y que Pirro se pusiese á cortar estas cuando podia romper las tablas de las puertas. Pero no es extraño que en una noche como la del incendio de Troya ya se asegurasen así las entradas del palacio. Pirro se pone no precisamente á cortar estas trancas, ó estos maderos, sino que con el pedazo de un madero, rompe las trabazones de las puertas.

*Excisâ trabe*, si puede traducirse — rompiendo los maderos, — tambien puede serlo, con un madero ya cortado, con el pedazo de una viga. El lector hallará tanta confusion en la descripcion del asalto del palacio de Príamo, que no podrá hacerse una idea de su topografía, de sus portadas, ni de cosa alguna. Parece que Virjilio hubiera querido que sus descripciones participaran de la confusion que reinaba en ese momento en la casa del Rey Troyano.

(18)                   *Amplexæque tenent postes, atque oscula figunt.*

“ Abrasaban las puertas y ardientes besos las estaban dando. ”

La supersticion de los antiguos adscribia un género de divinidad á las puertas, y por eso las matronas Troyanas las abrasaban y besaban para

recomendarse al favor y proteccion de las deidades que las presidian. O puede ser la espresion de despedida á sus hogares.

(19) ... *centumque nurus,*

“ Sus cien nueras ”.

El número cien es aquí empleado poéticamente porque Hecuba no tenía sinó 50 nueras, ó hijos, y aún de estos faltaba Creusa que estaba con Eneas.

(20) ... *atque aris invisā sedebat.*

“ y estaba allí odiosa á los mismos altares. ”

Barthélemy y otros han entendido que Elena estaba oculta en los altares — *invisā aris*. El traduce así :

*Elle était là cherchant un asile sacré.* Pero seis versos ántes Virjilio ya habia dicho *et tacitam secreta in sede latentem*; y sería una repeticion inútil agregar *invisā aris* si por esta espresion hubiera de entenderse oculta en los altares. Aunque *invisus* signifique no visto, oculto, etc., tambien significa *odiado, aborrecido*, y siempre que Virjilio usa de este adjetivo es en este sentido. Annibal Caro lo ha juzgado así, y traduce :

*Confusa vilipesa ed abborrita  
Fin da gli stessi altari*

Asi tambien han traducido Velasco y Dryden.

(21) Laomedon habia aplicado el dinero destinado al culto y servicio de Neptuno, á la construccion de las murallas de Troya, y por eso el Dios se habia declarado enemigo de ese pueblo y procuraba destruirle, como el mismo Neptuno lo dice en el libro quinto.

... *cuperem cum vertere ab imo  
Structa meis manibus perjuræ mœnia Troyæ.*

“ Deseaba arrancar desde sus cimientos las murallas de la perjura Troya, construidas por mis manos ”.

- (22)           *... Hic Juno scæas sævisima portas  
Prima tenet,*

“ Allí la implacable Juno... ocupaba la primera la puerta Scea ”.

Troya tenía seis puertas, la de Antenor, de Dárdano, la puerta Ilia, la Cantumbriana, la Troyana y la puerta Scea. Por esta última se dice que entró el caballo de los Griegos, y para ser custodiado por el enemigo mas implacable de Troya, se puso Juno en ella.

- (23)           *Jam summas arce Tritonia, respice, Pallas  
Insedit, nimbo effulgens et Gorgone sævã.*

“ Mira á la Tritonia Pallas subida en lo mas alto de la ciudadela sobre una nube resplandeciente, sacudiendo embravecida su Gorgon. ”

Egis era una Gorgona : es decir un mónstruo que vomitaba llamas, incendiaba los sembrados y los bosques de la Frigia. Habiéndola muerto Palas cubrió su escudo con su piel, el cual desde entónces se llamó Egida. En medio de la Egida estaba la cabeza de la Gorgona rodeada de serpientes.

- (24)           *... satis una superque  
Vidimus excidia, et captæ superavimus urbi.*

“ Bastante es haber visto otra vez tantos desastres, y demasiado sobrevivir á la rendicion de esta ciudad. ”

Troya en el reinado de Laomedon habia sido ya rendida por Hércules, suceso que Anquises habia presenciado, como lo recuerda Hileno en el libro tercero hablando al mismo Anquises :

*bis pergameis erepse ruinis.*

“ Arrancada ya dos veces de la ruina de Troya. ”

- (25)           *... ex quo me Divûm Pater atque hominum Rex  
Fulminis afflavit ventis, et contigit igni.*

“ Desde que el padre de los Dioses y Rey de los hombres me tocó con el viento de su rayo y me hirió con su fuego. ”

Anquises habia sido herido por un rayo en los ojos por haber divulgado sus amores con Vénus.

(26) *Intonuit lævum.*

“ A la izquierda el cielo truena. ”

Los griegos al recibir los presajios volvian sus rostros hácia el Norte, y tenian por consiguiente el Oriente á la derecha. Los Romanos al contrario, dirijian su rostro al Sud. Como el Oriente era tenido por la puerta de luz y felicidad, creian ellos presajios felices los que se observaban en el cielo á la izquierda.

(27) *... et longè servet vestigia conjux.*

“ Y mi esposa seguirá de léjos mis pasos. ”

Esta parte del verso ha traido largas disertaciones entre los comentadores y traductores de Virjilio. Muchos han creido que *longè* estaba por *prope*, pues entendiendo *longè* por *de léjos*, parece que Eneas hubiera querido desembarazarse de Creusa. Pero el lector de la Eneida no solo ha de creer que el poeta lo desea así, sinó que le es enteramente precisa la desaparicion de Creusa, pues con ella el poema no podria pasar del tercer canto. La traduccion que hace Barthélemy me parece muy digna de llamar la atencion sobre la inteligencia de la voz *longè*.

*Creuse, pas à pas, suivra notre chemin.*

Velasco, traduce : .

“Creusa aún mucho atrás de mí se queda.”

Lo mismo Dryden :

“ *Creusa kept behind.* ”

Caro solo dice :

• “ *Creusa dopo.* ”

•



## LIBRO TERCERO

**D**ESPUES que agradó á los Dioses arruinar el poder del Asia y el linaje de Príamo, digno de otra suerte; despues que cayó la soberbia Ilion, y cuando Troya entera, la ciudad de Neptuno, humeaba sobre el suelo, salimos por orden de los oráculos divinos á largas peregrinaciones, buscando tierras inhabitadas. Al pié de la misma Antandro y de las montañas del Ida de la Frigia, construimos una flota sin saber adonde nos llevarán los Hados, adonde fuera permitido asentarnos (1). Estabamos todos reunidos, y recién principiaba el primer verano, cuando mi padre Anquises manda soltar las velas á los Destinos. Abandono entónces llorando las riberas de la patria y el puerto y los campos donde Troya fué. Me alejo desterrado por el alta mar con mis compañeros, mi hijo, mis penates y los grandes Dioses.

Hay una tierra de campos muy espaciosos consagrada



al Dios Marte (2) que los Tracios cultivaban, y donde en otra época reinó el feroz Licurgo. Antiguo hospedage de los Troyanos, pues mientras Troya fué feliz, eran pueblos aliados (3). Llego á ella conducido por destinos adversos. En su curva playa echo los primeros cimientos de una ciudad que por mi nombre la llamo Eneada. Haciendo un dia un sacrificio á mi madre Dione y á los Dioses protectores de las obras nuevas, inmolaba en la ribera un blanco toro al soberano Rey de los inmortales, cerca de un collado que casualmente habia allí, en cuya cumbre se hallaba un vastagoso Coronillo y un mirto erizado de espesas ramas. Me acerco y procuro arrancar de la tierra un flexible gajo para cubrir los altares con frondosos ramos. Horrendo é inaudito prodigio se presenta entónces á mi vista; pues arrancando el primer arbusto, de sus rotas raices que quedaban en el suelo, destilan gotas de negra sangre que manchan la tierra con el corrompido humor. Un frio horror hace temblar mis miembros y mi sangre, helada por el pavor se para. Otra vez procuro arrancar un tierno gajo de otro arbusto y penetrar las secretas causas del prodigio, y negra sangre corre tambien de su corteza (4). Revolviendo diversos pensamientos en mi turbada fantasía, suplicaba á las silvestres Ninfas, al Dios Marte que protege las campañas Gestas, que apartaran de mi tan horrible vista y templaran el sangriento anuncio. Mas cuando voy á arrancar con mayor empeño el tercer vástago, y estribo de

rodillas en el suelo... ¿diré ó callaré? Un gemido lamentable sonó en lo profundo del collado, y una voz trae á mis oídos estas palabras: “¡Eneas! ¿Por qué despedazas á un desgraciado? Compadécete de los muertos. Troya no me hizo extranjero á tí; y esta negra sangre no mana del gajo de una planta. Huye de estas crueles tierras; huye de estas áridas riberas, pues yo soy Polidoro. Aquí me clavó el hierro de mil armas, y los agudos dardos en gajos se han tornado”. A estas palabras me estremezco, oprimida mi alma de un terror incierto, mis cabellos se erizan y la voz expira en la garganta.

El desdichado Priamo, cuando vió la ciudad estrechada por un sitio, y principió á desconfiar del poder de las armas de Troya, mandó ocultamente al Rey de Tracia este su hijo Polidoro con grande cantidad de dinero para que la cuidara. Polymnestor, luego que vió abatido el poder de Troya y que la fortuna nos abandonaba, siguió el partido de Agamenon, y el de las armas que triunfaban. Viola toda ley: degüella á Polidoro y por la fuerza se apodera de su tesoro. ¡Maldita hambre de dinero! ¡A qué no obligas los corazones de los mortales! (5). Después que el pavor me hubo dejado, refiero este prodigio de los Dioses á mi padre el primero y á los Jefes escojidos del pueblo, y les pido su dictámen. Todos á una voz dicen que debemos salir de esta tierra sacrilega, dejar este hospicio profanado, y hacer marchar la flota. Hicimos luego á Polidoro los funerales, y amontonamos gran

cantidad de tierra sobre su tumba. Levantamos altares á los Dioses Manes, y sus tristes aras las cubrimos con fúnebres festones y negro ciprés. Al rededor de ellas las troyanas lloraban, sueltos los cabellos, como era de costumbre. Echamos sobre él vasos espumosos de leche tibia y copas de sagrada sangre (6), encerramos su alma en el sepulcro, y en alta voz les dimos el último adios.

Desde que se pudo confiar en el mar, y que los vientos nos dieron apacibles aguas, cuando el blando susurrar del Austro nos llama al alta mar, mis compañeros echan las naves al agua y cubren la ribera. Dejamos el puerto y las costas, y las ciudades se nos retiran.

En el medio del mar Egeo (7), una sagrada isla está poblada, muy querida de Neptuno y de la madre de las Nereydas, la cual flotaba errante por las riberas y las costas hasta que el Dios que lleva el arco la ató á las altas rocas Gyaro y Micon é hizo que quedando inmóvil, fuese habitable y pudiese desafiar los vientos. Allí voy, y aquella amenísima isla nos recibe en su seguro puerto, rendidos de cansancio. Bajados á tierra, veneramos la ciudad de Apolo. Su Rey Anio, Rey al mismo tiempo de la isla y sacerdote de Febo, viene á nosotros ceñidas sus sagradas sienes de laurel y de blancas vendas, y reconoce á su antiguo amigo Anquises. Juntamos nuestras manos en signo de hospitalidad y entramos en su palacio. Adoraba yo el Dios en su templo construido de antiguas piedras. “¡Dios de Timbria! le decía, dános

una mansion propia, una ciudad durable, muros para descansar de nuestras fatigas, y una posteridad. Protege la segunda Pérgamo de Troya, los restos salvados de los Griegos y del implacable Aquiles. Dínos á quién debemos seguir, á qué lugar nos ordenas ir, y dónde debemos fijar nuestra mansion. Danos, ¡ oh padre ! un presagio cierto é ilumina nuestras almas ”.

Apénas habia dicho estas palabras, cuando de repente sintióse que todo se estremecia, las puertas del templo, el laurel del Dios ; que el monte entero se sacudia, y que abierto el santuario el trípode bramaba. Nos inclinamos sumisos hácia el suelo y una voz se oye que dice : “ Fuertes Dárdanos, la primera tierra que dió orijen á vuestros primeros abuelos, esa misma os recibirá á vuestra vuelta en su fértil seno. Buscad vuestra antigua madre : allí la casa de Eneas reinará sobre todo el mundo, y los hijos de sus hijos, y los que nazcan de ellos ”. Dijo esto Apolo y sus palabras hicieron nacer grande alegría y alborozo. Pregúntanse todos cuáles sean esas murallas adonde Apolo quiere fijar sus destinos errantes y donde les manda volver. Entónces mi padre, revolviendo en su mente las tradiciones de los antiguos héroes, “ escuchad, les dice, oh Próceres, y conoced vuestras esperanzas. La isla de Creta, cuna del grande Júpiter, está en el medio de la mar. Allí se levanta el monte Ida, cuna de nuestra nacion. La pueblan cien grandes ciudades, reinos abundantes. De aquí es, si bien recuerdo lo que he oido,

que mi abuelo Teucer fué el primero á las costas de Reso y eligió el lugar para su Imperio. Aún no existía Troya, ni la ciudadela de Pérgamo. Sus habitantes en los hondos valles se alojaban. De aquí ha venido el culto á Cibeles, la protectora, madre de los Dioses, los símbolos de bronce de sus sacerdotes: de aquí nuestro bosque Ida, los misterios de inviolable secreto, y los leones uncidos que tiran el carro de la Diosa. Apresuraos, pues, y vamos donde los Dioses nos ordenan. Aplaquemos los vientos y partamos para el reino de Gnorra. No dista mucho de aquí; pues si Júpiter nos ayuda, la tercera aurora verá nuestros buques en la ribera de Creta". Dijo así, é hizo en los altares los debidos sacrificios; un toro á Neptuno, y á vos otro toro, hermoso Apolo, una oveja negra á las tempestades, y una blanca á los prósperos vientos.

Corre, entre tanto, la voz que el Rey Idomeneo ha huido expelido del reino paterno, y que se hallan desiertas las riberas de Creta, las poblaciones abandonadas y sus casas libres de nuestros enemigos. Dejamos el puerto de Ortigia y volamos por el mar. Costeamos á Maxos, cuyos montes están llenos de las sacerdotizas de Baco; Donyssa la de verdes bosques; Olearo, la blanca Paros, las Cícladas esparcidas por el mar, y recorrimos varios estrechos poblados de numerosas islas. Se oían los gritos de los navegantes que remaban á porfía: mutuamente se animan: "boguemos á Creta, dicen, á los campos de

nuestros abuelos". Un viento que se levantó de popa alijera nuestro viaje, y, al fin, abordamos las antiguas costas de los Curutes. Impaciente, construyo al pronto los muros de la deseada ciudad, á la cual llamo Pérgamo: y á mi pueblo, complacido con este nombre, le incito á amar sus nuevos hogares, y á levantar la ciudadela mas alta que las casas (8).

Ya casi todas las naves habian sido puestas en la playa: ya la juventud se ocupaba de nuevos matrimonios, y de labrar los campos: ya les asignaba terrenos para las casas y les daba leyes, cuando vino una estacion mortifera y un lamentable contagio, infestando con su aliento corrompido los cuerpos, los árboles y los sembrados. Unos se separaban de sus dulces almas y otros arrastraban sus dolientes cuerpos. El Syrio abrazaba las estériles campañas: los prados se secaban, y las enfermas mieses no prometian alimento. Mi padre nos exhorta á repasar el mar, é ir otra vez á implorar á Apolo y al oráculo de Ortigia, para que nos diga qué término pone á nuestros fatigosos trabajos: dónde debemos buscar un auxilio á nuestras desgracias, y para dónde dirigir nuestro camino.

Era la noche, y el sueño esparcía su sopor sobre todos los mortales, cuando se presentan á mi vista las imágenes sagradas de los grandes Dioses y de los Penates de la Frigia, que desde Troya llevaba conmigo arrancados de en medio de las llamas de la ciudad; patentes con la

clara luz que la luna llena arrojaba por las ventanas abiertas de donde yo dormía. Me hablan así y consuelan mis penas con estas palabras: “Lo que te diría Apolo si volviesses á Ortigia, te lo anuncia aquí; pues él nos manda á tu casa. Despues de incendiada Troya, te hemos seguido á tí y á tus banderas, y contigo, y en las mismas naves hemos atravesado un proceloso mar. Nosotros ensalzaremos hasta los astros tus futuros descendientes y daremos á tu pueblo el imperio del mundo. Tú, prepara grandes murallas para grandes hombres. No te arredren las largas fatigas del viaje. Muda de mansion; pues el Dios de Delos no te ha aconsejado estas riberas, ni Apolo ordenó que te asentases en Creta. Hay un país que los Griegos llaman con el nombre de Hesperia, antigua tierra poderosa por sus armas y abundantes cosechas. Los Enotrios la habitaron, y ahora se dice que sus hijos la llaman Italia, por el nombre de su Rey. Este es nuestro propio asiento. Allí nacieron los padres de Troya, Dárdano y Jacio, y de estos príncipes viene nuestra raza. Levántate y contento vé luego á referir á tu anciano padre este oráculo infalible. Busca á Coryto y las tierras de Ausonia. Júpiter te niega los campos Dicteos”.

Atónito con tal vision y con las palabras de los Dioses, (pues que aquello no era un sueño, sinó que les veía delante de mí, patentes sus rostros, con sus cabellos ceñidos, sus personas conocía, y un helado sudor ma-

naba entonces de todo mi cuerpo), me lanzo de la cama y tiendo al cielo mis manos y mis plegarias, y hago en mis hogares libaciones de vino puro. Concluido este homenaje, lleno de contento le hago saber todo á Anquises, y le relato por órden todo el portento. Él reconoce el misterio de un doble orígen de los dos padres, y que se ha engañado por la nueva tradicion sobre nuestro antiguo país, y dice: “hijo, víctima de los Hados de Troya! solo Casandra me anunciaba tales acontecimientos, y ahora recuerdo que á nuestro linaje auguraba este porvenir, y que muchas veces ella hablaba de la Hesperia y del reino de Italia: ¿mas quién podia creer que á las riberas de Hesperia habian de ir los Teucros, ni á quien entonces persuadia la profetiza Casandra? Obedezcamos á Apolo (9) y sigamos lo que los avisos de los Dioses tienen por mejor. Dijo, y todos con transportes de gozo obedecemos sus palabras. Abandonamos tambien esta mansion dejando algunos pocos de los nuestros: nos hacemos á la vela y corremos por el vasto mar con nuestros buques.

Quando las naves estaban en el alta mar, y quando ya ninguna tierra aparecia, sinó que cielo y agua por todas partes se miraba, una oscura nube se fija sobre nuestras cabezas, trayendo la noche y las borrascas. Las ondas se hacen mas temibles por las tinieblas. Sin cesar los vientos sublevaban el mar, y grandes olas se alzaban. Erramos dispersos en el vasto abismo. Los nublados



cubren el día, y una húmeda noche nos arrebató el cielo. Los rayos y relámpagos se suceden de las nubes despedazadas. Perdemos el rumbo y vamos errantes entre negras ondas. El mismo Palinuro no puede distinguir en el cielo, ni el día ni la noche, ni en medio de aquellas olas reconocer su camino. Así, tres días erramos á la ventura en el mar, sin sol, y tres noches sin estrellas, cubiertos por una negra niebla. Recien al cuarto día vimos al fin levantarse la tierra, descubrirse á lo lejos los montes y ondear el humo. Cálanse las velas y nos ponemos sobre los remos. Los ardorosos marineros hien-den á prisa las espumosas olas y corren por las azuladas aguas.

Salvado de las ondas, las riberas de las Estrofades son las primeras que me acojen. Los Griegos les dan el nombre de Estrofades á las islas que están en el gran mar de Jonia, en las cuales habitan la cruel Celeno y las otras Arpias, despues que les fué cerrado el palacio de Fineo, y abandonaron por miedo sus excelentes mesas. Jamás mónstruos mas horribles, ni ira de Dios, ni peste alguna mas cruel se lanzó de las ondas Estijias. Pájaros que tienen el rostro de una vírjen: un fluido insufrible despiden de sus vientres; corvas uñas en sus manos, y sus rostros siempre pálidos de hambre.

Llegados allí entramos en el puerto: y hé ahí que vemos paciendo pingües hatos de bueyes y rebaños de cabras, dispersos por los campos sin guarda alguna. Losaco-

metemos con nuestras armas, é invitamos á los Dioses y al mismo Júpiter á participar de la presa. Habíamos levantado asientos en la curva ribera, y comíamos los ricos manjares, cuando de repente las Arpias con horrible vuelo se lanzan sobre nosotros desde los montes, batiendo sus alas con fuertes graznidos: arrebatan la comida, é infestan todo con su impuro tacto, atormentándonos con la hediondez que dejan y con su funesta voz.

Preparamos otra vez las mesas y pusimos el fuego en los sagrados altares, bajo la escavacion de una roca, en otro lugar distante, cerrado por todas partes de árboles y de horribles sombras: pero otra vez de otro punto del cielo, la turba bulliciosa desde sus ocultas cuevas revolaba en torno á los manjares, preparadas sus garras, y con su impura boca ensucian toda la comida. Mandé entonces á mis compañeros que tomasen sus armas para hacer la guerra á esta raza abominable. Lo hacen como les habia ordenado y en silencio y cubiertos por la yerba tienen prontas sus espadas y ocultos sus escudos. Desde que volvieron á bajar haciendo oír sus graznidos en la curva ribera, Miseno desde una alta roca dá la señal con la trompeta. Mis compañeros las acometen y traban un nuevo jénero de combate, procurando acabar con sus espadas estos inmundos pájaros del mar: pero sus plumas rechazan todo golpe y no reciben herida alguna en sus cuerpos. Su lijero vuelo los lleva hasta los astros

dejando la comida mordida y sus restos infestados.

Celeno sola se quedó en un elevadísimo peñon. Siniestra profetiza, larga de su pecho estas palabras: “¡Hijos de Laomedon! por precio del degüello de nuestros bueyes y por haber tendido en el suelo nuestras terneras, os preparais á hacernos la guerra y arrojar á las inocentes Arpias de su reino patrio! Escuchad, pues, y gravad en vuestras almas mis palabras, que son las que el padre Omnipotente anunció á Apolo, y Apolo á mi, y yo la mayor de las furias las trasmito á vosotros. Dirijid vuestro curso hácia la Italia, y os será permitido entrar en sus puertas; pero no rodeareis de murallas la ciudad que el destino os ha prometido, sin que ántes una cruel hambre os obligue á comeros las desiertas mesas por el crimen de haber procurado nuestra muerte”. Dijo, y soltando el vuelo se ocultó en el bosque.

Un súbito terror heló la sangre de mis compañeros, sus ánimos se abatieron, y no ya por las armas, sinó por votos y súplicas quieren obtener la paz, bien sean Diosas, ó solo inmundas y siniestras aves. Mi padre Anquises tendiendo sus manos desde la ribera invoca á los grandes Dioses y les promete dignos sacrificios. “¡Dioses, decia, no permitais se cumplan estas amenazas! ¡Dioses! libradnos de caso tan horrible y benignos guardad á los que os adoran!” Al momento manda desatar los cables de la ribera y soltar las tirantes cuerdas.

Los vientos hinchan las velas y vamos entre espumosas olas por donde el viento y el piloto nos llevaban. Ya en medio de la mar aparece la selvosa Zacinto, Duliquio y Zamea y Neritos de altos riscos. Huimos de los peñascos de Itaca, Reinos de Laerte, y maldijimos la tierra que alimentó al cruel Ulises. Y luego asoman las nebulosas cimas del monte Leucate, y el templo de Apolo temible á los navegantes. Fatigados ya, nos dirigimos allí, y llegamos á una pequeña ciudad. El ancla cayó de la proa y las naves quedaron fijas á la ribera. Gozando al fin de una tierra inesperada, hicimos sacrificios á Júpiter, cumplimos nuestros votos en los altares y celebramos la ribera de Action con juegos Troyanos. Mis compañeros desnudos y unjidos sus miembros con aceite, se ejercitan en la lucha y en otros juegos patrios, contentos de haber escapado de tantas ciudades Griegas y de haber podido huir en medio de tantos enemigos.

Ya el sol habia llenado su grande revolucion de un año, y el helado invierno embravecia las ondas con los Aquilones. Fijé sobre las puertas del templo un escudo de cóncavo bronce que llevaba el grande Abantex y puse en él este verso: “Eneas quitó esta armadura á los Griegos victoriosos”. Ordeno dejar el puerto y á los remeros tomar sus bancos. Mis compañeros rompen las aguas á porfia y corren por la mar. Al pronto perdemos de vista las elevadas torres de los Teaceanas: cos-

teamos las riberas del Epiro; entramos en el puerto Chaonio y subimos á la alta ciudad de Butoto. Allí un increíble rumor llega á nuestros oídos: que Heleno hijo de Priamo, reinaba en las ciudades Grayas: que gozaba el cetro y la esposa de Pirro hijo de Aquiles, y que de nuevo Andrómaca se habia casado con otro Troyano. Quedé pasmado: mi pecho se inflama del ardiente deseo de hablar á Heleno y saber sucesos tan extraordinarios. Me alejo del puerto dejando las naves y las riberas.

Dentro de un bosque que estaba enfrente de la ciudad y á las orillas de la corriente de un figurado Simois, Andrómaca casualmente en ese momento ofrecia en sacrificio á las cenizas de su esposo un solemne festin y fúnebres presentes. Llamaba el alma de Héctor al túmulo, vacío sepulcro, monumento de sus lágrimas, levantado de verde césped entre dos altares que habia consagrado. Asi que me vió ir y ya de cerca conoció las armas Troyanas, fuera de sí y aterrada con prodijio tan singular, quedóse yerta mirándome; el calor de la vida la abandonó. Cayó desvanecida y solo despues de largo tiempo pudo hablar. “¿Es tu rostro el que veo, hijo de una Diosa? ¿Vives? ¿Eres un verdadero mensajero para mí? O, si la dulce luz os abandonó ¿Héctor dónde está?” Diciendo asi, prorrumpe en llanto y en todo el bosque resuenan sus gritos. Confuso yo, apenas puedo responder á su delirio estas palabras con voz interrumpida: “Vivo en verdad, y arrastro

mi vida entre todo género de infortunios. No dudes : es realidad lo que ves. ¡ Ah ! y ¿ qué suerte has tenido tú, precipitada de tan alto himeneo, ó qué fortuna bastante digna de ti has hallado ? ¡ Andrómaca ! ¿ eres la viuda de Héctor ó la mujer de Pirro ? ” (10) Bajó su rostro y con humilde voz exclamó : “ Oh, sola feliz mas que todas, virgen hija de Priamo, que sobre la tumba de un enemigo, y bajo las altas murallas de Troya fuiste condenada á morir ! ¡ Que no fué sobre ti echada la suerte, ni esclava has participado del lecho del vencedor y de un amo ! A mí, despues de incendiada mi patria (11), arrastrada por diversos mares y madre ya en la esclavitud, me tocó sufrir el orgullo de la raza de Aquiles y á un jóven soberbio. El siguió luego á Hermione, nieta de Leda, y celebró su himeneo en Lacedemonia, trasmitiéndome esclava al esclavo Heleno. Pero Orestes inflamado (12) con la ardiente ira de su esposa arrebatada, é instigado por las vengativas furias, le sorprende indefenso y le degüella al pié de los altares de su padre. Por la muerte de Neotolomeo tocó parte de sus estados á Heleno que los llamó campos Chaonios, y á todo el reino la Chaonia, en honor de Caon el Troyano. Fundó en esta colina otra ciudadela de Troya que la llamó Pérgamo. Pero á tí ¿ adónde te condujeron los vientos ? ¿Cuál ha sido vuestra suerte ? ¿ O qué Dios os ha traído á nuestras riberas ignoradas de tí ? ¿ Qué es del niño Ascanio ? ¿ Sobrevivió á Troya y

goza aún del vital aliento?... ¿Llora todavía á su perdida madre? (13). ¿El ejemplo de su padre Eneas y de su tío Héctor le inflama de varonil coraje y le excita á la antigua virtud? ” Esto decía, desecha en lágrimas, y en vano, en largo llanto se aflijia, cuando el ilustre hijo de Príamo, Heleno, viene desde la ciudad con grande acompañamiento: reconoce á los suyos y lleno de contento nos lleva á su palacio, derramando lágrimas á cada palabra que sale de sus lábios. Sigo adelante y reconozco á la pequeña Troya, imágen de la grande Pérgamo: un rio casi seco con el nombre de Janto; y abrazo los umbrales de la puerta Scea. Los Troyanos disfrutaban conmigo de la ciudad amiga. El rey los recibe en los vastos pórticos. Los manjares estaban puestos en servicios de oro y ellos con la copa en la mano en medio de las salas bebian vasos del licor de Baco.

Pasó uno y otro día, y ya los vientos llamaban á los buques y las velas se henchían con el soberbio Austro. Voy adonde está el Profeta y con estas palabras le interrogo: “ ¡Hijo de Troya! ¡intérprete de los dioses! tú que nos manifiestas la voluntad de Apolo: que esplicas los oráculos del Trípede Sagrado y del laurel de claros (14): que lees en los astros y conoces lo que presagian la voz y el vuelo de los pájaros, háblame, pues, que los oráculos me han anunciado una navegacion feliz en todo mi viaje, y los dioses de comun acuerdo me aconsejan buscar la Italia y bogar hácia esas lejanas tierras. Solo la

Arpia Celeno, siniestra en sus palabras, me anunció un nuevo prodigio, y me predijo sus tristes venganzas, y un horrible hambre. ¿ Cuáles son los primeros peligros que debo evitar? ¿ Qué haré despues para poder superar tan grandes trabajos? ". Heleno, entónces, como era de costumbre, sacrifica ante todo becerros; pide para mí el favor de los dioses; quítase las vendas de su sagrada frente, y tomándome él mismo con sus manos me conduce, ¡ oh Apolo! á tu templo, suspenso yo, tu deidad reverenciando. El sacerdote entonó luego con sus divinos lábios estas fatídicas palabras: " Hijo de una diosa! Es manifiesta la voluntad de los grandes númenes que vayas por la alta mar. Así el soberano de los dioses reparte los destinos; hace rodar los sucesos, y la série de ellos perpétuamente vuelve (15). Para que mas seguro navegues en mares desconocidos y puedas llegar á los puertos de la Ausonia, de los muchos secretos del porvenir voy á descubrirte algunos; pues las parcas me ocultan los demás, ó la Saturnia Juno no permite á Heleno revelarlos. Lo primero: de esa Italia la cual, tú engañado, imaginas ya cercana, y á cuyos puertos te preparas á entrar creyéndolos inmediatos, un largo camino por dilatadas y desconocidas regiones te separa de ella. Fatigarás tus remos en las ondas de la Sicilia; surcarás con tus naves el mar de Ausonia, el lago del Averno, y costearás la isla Circe de Eá, antes que puedas en segura tierra fundar la ciudad prometida. Yo te daré señales



inequívocas : tú consérvalas indelebles en tu memoria. Cuando lleno de cuidados, á las orillas de un rio encubierto, yacer vieres una gran puerca blanca echada en la arena bajo de las encinas de la ribera, que haya dado á luz treinta cachorros blancos que estarán prendidos de sus pechos, ese será el lugar de tu ciudad, el reposo de tus trabajos. No te amedrentes del vaticinio que de hambre te comerás las mesas ; que los hados hallarán salida y Apolo escuchará tus votos. Pero huye esas tierras, esa costa de la Italia mas inmediata que bañan las olas de nuestro mar. Todas sus ciudades son habitadas por los pérfidos Griegos. Allí los Locrios de Narice han levantado sus murallas, y el cretense Idomeneo ocupa con sus tropas los campos Salentinos. En otra parte tambien Filoctetes, Rey de Melibea, ha rodeado de murallas á la pequeña Petilia. Cuando tus buques, acabado tu viaje, reposen ya fuera de los mares, y levantados los altares en la ribera, cumplieres tus votos, cuida de cubrir tu cabeza con un velo de púrpura, no sea que mientras están encendidos los fuegos en honor de los dioses, se te presente algun rostro enemigo que turbe los presagios. Que tus compañeros guarden este rito en sus sacrificios : tú mismo obsérvale y que tus piadosos descendientes le mantengan inviolable.

“Mas, cuando despues de tu partida el viento te haya llevado á la costa de Sicilia y principien á ensancharse las bocas del estrecho Péloro, busca por un largo jiro las

tierras y los mares de la izquierda : huye de la ribera derecha y de sus aguas. Dicen que estos lugares en otro tiempo se partieron en vastas ruinas por un fuerte sacudimiento. ¡ Tantos cambios puede traer el largo curso de los años ! Al principio ambas tierras no eran sinó una sola, mas el mar, por el medio entrando con violencia, separó con sus aguas la costa Hesperia de la de Sicilia, y una estrecha corriente baña ahora los campos y ciudades que quedaron en las riberas. Scila ocupa la costa derecha, la izquierda tiene la implacable Caribdis, la cual tres veces cada día desde las profundas concavidades del Baratro, suelve las vastas olas en su vórtice, y otras tantas las arroja en los aires azotando los cielos con sus ondas. Una cueva guarda á Scila en sus cavernas tenebrosas. Sacando afuera la boca, arrastra las naves sobre sus rocas. La parte superior de su cuerpo es de figura humana : virgen de hermoso pecho hasta la cintura ; lo restante de un horrible pez con cola de delfin, pegada á un vientre de loba. Mas te conviene alargar el viaje y doblar por un largo jiro toda la costa del Paquino Siciliano, que ver una sola vez en su cueva á la horrible Scila y oír retumbar sus peñascos con los ladridos de sus perros marinos.

“ En fin, si hay en Heleno alguna sabiduría, si merece alguna fè el sacerdote de los Dioses, y si Apolo llena mi alma de su verdad, te daré, hijo de una Diosa, un consejo sobre todos los otros, y una y otra vez sobre él te amonestaré repitiéndotelo. Invoca ante todò con súplicas á

la divinidad de la gran Juno : ofrece á Juno votos en sus altares : ablanda á esta poderosa Diosa con súplicas y ofrendas ; y así, al fin, salvo, despues de dejar las costas de Sicilia, llegarás á las rejiones de Italia.

“ Cuando allí hayas descendido y te acerques á la ciudad de Cumas, á los lagos divinos, y al averno, y á sus ruidosos bosques, verás una profetiza inspirada que desde el fondo de un monte revela los destinos, y los escribe sobre hojas con cifras y palabras. La virjen ordena todos los vaticinios que ha puesto en ellas y los deja, encerrándose en la cueva. Estos permanecen fijos en sus lugares sin perder su colocacion ; pero cuando la puerta vuelve sobre sus goznes, el menor aire las mueve y dispersa las lijeras hojas ; y ya ella en adelante jamás cuida de reunir los que se revuelven esparcidos en la cóncava roca, ni de restituirlos en su lugar, ni de arreglar otra vez los presajios, y muchos se vuelven sin respuesta odiando la cueva de la Sibila. Sin embargo, no des por perdido el tiempo que tardes allí ; y aunque tus compañeros se quejen, aunque la urjencia de tu viaje llame las naves á la alta mar, y aunque vientos favorables lleguen á hinchar tus velas, no salgas sin ir ántes á la sacerdotiza y con súplicas le implores sus oráculos, que ella misma te los diga : que se digne abrir sus lábios y dictarlos con su voz. Ella te descubrirá los pueblos de la Italia y tus futuras guerras ; de qué modo puedes evitar ó soportar las fatigas. Adorada por tí, te dará prósperos

viajes. Estos son los consejos que me es permitido darte. Anda, parte, y lleva por tus hazañas hasta las regiones etéreas el nombre de la grande Troya.”

Después que el vate dijo estas palabras amigas, manda inmediatamente que se nos lleven á las naves ricos presentes de oro y de marfil labrados, y que se cargue en los buques gran cantidad de plata y vasos de Dordona; una coraza tejida de triples mallas de oro, y un casco y la cimera de un insigne yelmo y su crestosa cabellera, armadura de Neotolomeo. Mi padre tuvo también sus dones. El nos dió además caballos y guías y completó nuestros remeros y proveyó de armas á todos mis compañeros.

Entretanto Anquises mandaba disponer las velas en la flota y aprovechar el viento que soplabá. El sacerdote de Apolo viene hácia él lleno de respeto y le dirige la palabra: “¡Anquises! bien digno del soberbio tálamo de Vénus, objeto del cuidado de los Dioses, arrancado ya dos veces de las ruinas de Pérgamo, hé ahí delante de tí la tierra de la Ausonia: vé á ella con tus buques; pero te será preciso por largo tiempo costear sus riberas, pues aquella parte de la Ausonia á la que te llama Apolo, aún está muy léjos. Anda, le dice, padre feliz por la piedad de vuestro hijo. ¿Pero por qué te retardo con mis razonamientos que aproveches del viento que se levanta?”

Andrómaca no menos aflijida por su última despedida,

le trae á Ascanio vestidos bordados con trama de oro : la clamyde Frigiana, y tan magnífica como Heleno, le da gran cantidad de telas, y le dice estas palabras : “ Recibe, ¡ oh hijo ! estos presentes, obra de mis manos. Que te sean eterna memoria y que te manifiesten el perpétuo amor de Andrómaca, la esposa de Héctor. Toma estos últimos dones de los tuyos (16). ¡ Oh sola y fiel imágen que me ha quedado de mi Astianax : así eran sus ojos, así sus manos, así su rostro, y ahora en igual edad contigo crecería en la flor de sus años.

Yo me retiraba bañado en lágrimas diciéndoles : “ vivid felices vosotros cuya suerte está ya fijada. Nosotros erramos de unos en otros destinos. Vuestro reposo está asegurado. Vosotros no teneis ya que surcar los mares, ni que buscar los campos de la Ausonia que siempre se van alejando. Veis la imágen del Janto y otra Troya que vuestras manos han construido. ¡ Que tenga mejores auspicios y sea ménos espuesta al furor de los Griegos ! Si algun dia subiere por el Tiber y llegára á los campos vecinos á él, y viere las murallas prometidas á mi nacion; de nuestros pueblos vecinos, de nuestras ciudades que en sus principios tuvieron el mismo origen del Epiro y de la Hesperia, que tuvieron en Dárdano el mismo fundador, y unas mismas desgracias, harémos de unos y otros en nuestros corazones una sola Troya. Que este deseo pase á nuestros descendientes ! ”

Salimos á la mar costeando los montes vecinos del

Ceraunio. De allí á Italia el camino por agua es muy corto. Poníase entretanto el sol y los opacos montes se cubrían de sombras. Sacando por suerte los remeros que habían de quedar en las naves, nos arrojamos en el regazo de la ansiada tierra, y tendidos sin orden en la arena, reparamos nuestras fuerzas, y el sueño bañó nuestros fatigados cuerpos. La noche conducida por las horas aún no llegaba á la mitad del cielo, cuando el vigilante explora todos los vientos y con sus atentos oídos se fija en el menor soplo. Palinuro se levanta de su cama, nota todos los astros que declinaban en el callado cielo: observa á Arcturo, á las lluviosas Iliadas, las dos Orsas, y mira á Orion armado con su alfange de oro; y cuando vió que ninguna novedad se anunciaba en el apacible cielo, dá desde la popa la inequívoca señal. Levantamos nuestros reales; partimos, y nuestros buques abren sus alas. Ya la aurora, echando las estrellas, enrojecía el cielo, cuando á lo lejos vemos oscuros collados y á la baja Italia. ¡Italia! grita el primero Acates, y á la Italia saludan mis compañeros con un grito de gozo. Entonces mi padre Anquises corona de flores una grande crátera y la llena de vino. Parado en la alta popa invoca á los Dioses. “¡Dioses! señores de la tierra, del mar y de las tempestades, dadnos un camino feliz y vientos favorables.” El deseado viento refrezca, y ya muy cerca se presenta el puerto, y sobre un promontorio se descubría el templo de Minerva. Mis compañeros calan las

velas y vuelven las proas hácia la costa. En la ribera que mira al Oriente hay un puerto encorvado á manera de arco. Rocas de uno y otro lado le conservan espumoso con la rompiente de la salada onda, y los dos peñascos cual altas torres, estienden sus brazos formando un doble muro que oculta el puerto. Cuando á él se va entrando, el templo parece que huye de la costa.

Por primer presajio miro allí paciendo cuatro caballos tan blancos como la nieve, esparcidos á lo léjos en la campaña. Mi padre Anquises esclama: “¡Oh tierra hospitalaria! ¿Nos anuncias la guerra? Los caballos se arman para la guerra; guerra anuncian estos animales; pero algunas veces tambien se los somete á tirar los carros y á llevar mansamente el freno. Hay pues esperanza de paz”. Entónces hacemos nuestras plegarias á los santos númenes de Palas, Diosa de las batallas, que la primera en Italia nos ha recibido triunfantes de tantos contratiempos. Cubrimos ante los altares nuestras cabezas con el Frijio velo, y cumpliendo los encarecidos consejos de Heleno, hicimos debidamente las ofrendas ordenadas á la Argiva Juno. Luego de concluidos por órden nuestros votos, sin tardanza alguna volvimos los cuernos de las velíferas Antenas, y dejamos estas sospechosas playas habitadas de los Griegos. Al frente descubrimos el golfo de la ciudad de Tarento edificada por Hércules, si es verdad lo que dice la fama. En la ribera opuesta se levanta el templo de la Diosa Laciniana, las

murallas de Caullon y el navifrago Scilacio. De allí se descubre distante el Etna en la costa de Sicilia : oíamos á lo lejos el horrisono bramido del mar rompiendo las rocas, y el ruido de las olas despedazadas sobre las riberas : los vados se cerraban encrespados y las arenas se revolvan en remolinos. Mi padre Anquises dice entónces : “ Hé ahí, esta es la Caribdis, estos son los escollos, estas las horribles rocas que nos anunciaba Heleno. ¡ Compañeros! huid de aquí; cargaos todos sobre los remos.” Y así lo hacen sin tardanza. Palinuro el primero, torció la rechinante proa á las aguas de la izquierda. El corvo golpe hasta el cielo nos subia, y al momento en las ondas que se precipitaban descendíamos hasta las profundas mansiones de los manes. Tres veces las rocas lanzaron sus mujidos desde las cavernas peñascosas, y tres veces vimos las rotas espumas rociar los astros.

A ese tiempo, rendidos de fatiga, el dia y el viento tambien nos abandonan, é ignorando el camino abordamos á las riberas de los Cíclopes. El tranquilo y espacioso puerto está defendido del acceso de los vientos ; mas allí cerca el Etna truena entre horribles ruinas. Unas veces lanza á los aires negras nubes de humo que despiden torbellinos de betun y de pavesas encendidas, y arroja globos de llamas que tocan á los astros. Otras vomita los peñascos y despide sus entrañas arrancadas del seno de la montaña. En cada bramido echa á los aires líquidas piedras y queda bullendo su profundo fondo. Es fama



que bajo de este monte está oprimido el cuerpo de Encélado á medio quemar por el rayo. El grande Etna pesa sobre él. Su aliento arroja llamas por los rotos hornos, y cada vez que fatigado muda de lado, sus bramidos hacen estremecer toda la Sicilia y el cielo se cubre de humo.

Esa noche la pasamos entre los bosques á causa de aquellos terribles prodijios é ignorando la causa de aquellos ruidos. No nos alumbraban los fuegos de los astros, ni la atmósfera brillaba con el esplendor etéreo. El cielo estaba oscurecido por la niebla, y una noche tenebrosa cubría la luna con su negro velo.

Pero ya otro dia salía del oriente y la aurora echaba del cielo las sombras húmedas, cuando de repente sale de los bosques la estraña figura de un hombre desconocido, de una palidez extrema, con un vestido miserable, tendiendo hácia las riberas sus manos con ademan suplicante. Nos fijamos en él: estaba todo sùcio, su barba larga, su vestido apuntado con espinas: lo demás anunciaba un griego de los que en otro tiempo fueron mandados á Troya en los ejércitos de su patria. El, luego que vió los vestidos Dárdanos y las armas de Troya, quedó un poco turbado y paró su marcha; mas luego corrió á la ribera y vertiendo lágrimas nos hizo esta súplica: “Por estos astros que pongo por testigos, por los Dioses, por esta luz del cielo, y por este aire que respirais, arrancadme de aquí ¡oh Teucros! y

llevadme á cualesquiera otras tierras. Esto es todo lo que deseo. Era, lo sé, uno de los de la Armada Griega, y confieso que he llevado la guerra al pueblo Troyano. Si por tanta culpa vuestro odio es implacable, arrojadme á las olas y sepultadme en el profundo mar. Si debo morir, me será grato morir á manos de hombres.”

Dijo, y echándose á mis piés, abrazó mis rodillas y quedó asido de ellas. Nosotros le invitamos á hablar: que nos diga quién es, de qué sangre procede, y por fin, qué suerte le atormenta allí.

Mi mismo padre Anquises tiende en el acto al jóven su mano y animóle con esta muestra segura de benevolencia. El, dejando al fin todo temor, nos dice estas palabras: “Itaca es mi patria. Fui compañero del desgraciado Ulises. Me llamo Acquemenides. Fui contra Troya huyendo de la pobreza de mi padre Adamanto. ¡Ojalá aquel triste estado me durara! Mis compañeros amedrentados, dejaron estas crueles mansiones, y olvidados de mi me abandonaron en la vasta cueva del Cíclope, inmenso y tenebroso albergue lleno de sangre y de comidas execrables. El, de una talla enorme parece tocar á los altos astros (¡Dioses! quitad tal plaga de la tierra!). Su vista no puede soportarse, ni larga una palabra dulce. Se apacenta con la negra sangre y con las entrañas de los desgraciados. Yo mismo le he visto tendido boca arriba en su ancha cueva, tomar con su grande mano dos de nuestros compañeros, despedazarlos contra una

roca y hacer nadar en sangre el pavimento. Yo le ví devorar esos miembros que aún destilaban negra sangre y palpar esas carnes tibias bajo sus dientes. Pero no quedó impune. Ulises no pudo sufrir aquello, y en caso tan difícil el Rey de Itaca mostró ser siempre el mismo. Pues así que repleto de comida y embriagado tendió en la cueva su inmensa mole, y reclinó su cabeza arrojando sangre corrompida y pedazos de carnaza mezclada, durante el sueño, con sangüaza de vino, nosotros, invocando á los grandes Dioses, y colocados por suerte caímos á un tiempo de todos lados y enterramos una asta aguda en su ancho ojo, único que tenía en su torva frente, semejante á un escudo Argivo, ó al disco del Sol; satisfechos al fin de haber vengado las sombras de nuestros compañeros. Pero vosotros, desgraciados, huid, huid, cortad las cuerdas de la ribera; pues tal y como el mismo Polífemo cuando encierra los ganados lanares en la cóncava cueva y estruja sus ubres, cien otros terribles Cíclopes andan esparcidos en estas curvas riberas ó vagan por los altos montes. Tres veces he visto cerrarse los cuernos de la luna desde que paso la vida en los bosques, en las sendas y cuevas abandonadas de las fieras; viendo desde una gruta los inmensos Cíclopes y temblando al oír su voz y el ruido de sus pasos. Mi miserable comida son las vainas de árboles silvestres; los gajos del coronillo me dán sus duros frutos, y me alimento con las raíces de las

hierbas que arranco. Mirando á todas partes vi esta armada que llegaba la primera á estas riberas, y me entregué á ella, fuesen quienes fuesen, contento de escaparme de familia tan horrible. Quiero mas bien que vosotros me quiteis la vida con cualquier género de muerte."

Apénas había dicho estas palabras cuando en la alta montaña vemos al mismo pastor Polifemo mover la grande mole en medio de su rebaño, dirijiéndose á la costa por caminos bien conocidos. Mónstruo horrible, coloso informe al cual se le ha arrancado el ojo : lleva en la mano el tronco de un pino y con él afirma sus pasos. Las lanijeras ovejas le acompañan, ya su único goce y consuelo en su desgracia (17). Despues que llegó al mar y tocó sus altas olas, se lavó el ensangrentado fluido que corría desde el ojo despedazado, bramando y rechinando sus dientes. Entróse en el medio del mar, y las olas sin embargo no llegan á su alto costado. Nosotros llenos de espanto nos apresuramos á huir léjos, recibiendo en las naves al suplicante Acqueménides que bien lo merecía. Cortamos en silencio las cuerdas, y esforzando á porfia los remos corrimos por el mar. Nos sintió y volvió sus pasos hácia donde oía el ruido ; pero viendo que sus manos no pueden alcanzarnos, ni igualar al seguirnos á las lijeras olas del mar Jonio, suelta un inmenso bramido con el que el mar y todas sus aguas se estremecieron, y la Italia entera quedó aterrada, y el Etna mujió

desde sus profundas cavernas. A este ruido la familia de los Cíclopes sale de los bosques y de los altos montes : corren al puerto y cubren la ribera. Vemos parados á todos los hijos del Etna, levantando hasta los cielos sus altas cabezas, amenazándonos en vano con su torvo mirar. ¡ Horrible reunion ! Tales cuales están las aéreas encinas en las cumbres de los montes, ó los coníferos cipreses en las altas selvas de Júpiter, ó en los bosques de Diana. El vehemente temor nos hace andar á prisa. De todas partes tiramos las cuerdas y tendemos las velas á los vientos creyéndolos á todos favorables. Pero los consejos de Heleno nos habían prevenido huir de Scila y Caribdis, y que acercándose á la una ó á la otra la muerte es casi inevitable. Lo mas seguro era retrogradar con nuestros buques ; pero en ese mismo momento el Boréas soplando del estrecho de Péloro, viene á nuestro auxilio. Pasamos las bocas de piedra viva del Pantageo, el golfo de Megara y la baja Tapson. Estas riberas me mostraba Acqueménides, el compañero del infeliz Ulises, que otra vez las habia pasado.

A la entrada del golfo Sicanio hay una isla enfrente del undoso Plemmidio que sus primeros habitantes la llamaron Ortigia. La fama dice que el rio Alfeo de la Elida se abrió hasta aquí un secreto camino bajo del mar, y que ahora ¡ oh Aretusa ! corre confundido contigo en las aguas de la Sicilia (18). Como se nos habia ordenado, adoramos las grandes divinidades de este lugar, y de

allí costeamos las tierras fecundadas por las estancadas aguas del Heloro. Pasamos luego por muy cerca de las altas rocas del Paquino que prolonga sus peñascos dentro del mar. A lo léjos aparece el lago Camarina que los Hados nunca han permitido que fuera disecado (19); los campos Gelios y la horrible Gela llamada así por su río. El alto Acragas, criador en otro tiempo de briosos caballos, ostenta desde léjos sus grandiosos muros. A tí también los vientos me hacen dejarte, Selino, en palmas fértil, y voy rayendo los duros vados del Lilibio y sus ocultas rocas. De allí las riberas y el funesto puerto de Depranéο me acojen, y aquí, despues de haber sufrido tantas tempestades en el mar, ¡ ay ! perdí á mi padre Anquises, el alivio de todos mis cuidados y el consuelo en todas mis desgracias. Allí ¡oh padre querido! salvado en vano de tantos peligros, ¡ ay ! me desamparas rendido de fatigas. Ni el profeta Heleno cuando me anunciaba tan terribles desventuras, ni la cruel Celeno, me predijeron este duelo. Este fué mi último infortunio ; éste el término de mis largos viajes. Saliendo de allí, un Dios me condujo á vuestras riberas.

De esta manera, el padre Eneas, atentos todos, referia sus destinos y les hacia saber sus peregrinaciones. Calló, y habiendo acabado, se entregó al reposo.



## NOTAS DEL LIBRO III

---

(1)                   ... *Vix prima incœperat æstas*

“ Recien principiaba el primer verano. ”

En la época de la guerra de Troya no se nombraban sinó dos estaciones en el año, el verano y el invierno. La primavera se llamaba el primer verano.

(2)                   *Terra procul vastis colitur Mavortia campis.*

“ Hay una tierra de campos muy espaciosos consagrada al Dios Marte. ”

Algunos han entendido que se habla de una tierra lejana, *procul*; pero la Tracia es un país inmediato á Troya. Dryden y Annibal Caro traducen *enfrente*. Barthélemy, con La Rue, creen que el adverbio *procul* es al adjetivo *vastis*; *procul vastis campis*, campos vastos hasta larga distancia: yo por esto le he dado á *vastis* la fuerza de superlativo.

(3)                   *Hospitium antiquum Troyæ, sociique Penates,  
Dum fortuna fuit,...*

“ Antiguo hospedaje de los Troyanos, pueblos aliados mientras Troya fué feliz. ”

En la antigüedad, las naciones, las ciudades y aún las familias hacían tratados de mútua hospitalidad. Troya loş tuvo con la Tracia; y siempre



que algun Troyano llegaba allí, gozaba de todos los derechos de los nacionales.

(4)                   ... *Nimphas venerabar agrestes,*

“ Veneraba á las silvestres Ninfas. ”

Las Ninfas de que habla aquí Virjilio pueden ser las Hamadrias, divinidades de los campos, cuya suerte estaba ligada con la de algunos árboles con los cuales vivian y morian. Así, Eneas podía considerar fatal el presagio, como que iba á destruir la fuente de la vida de algunas de ellas.

(5)                   ; *Auri sacra fames!*

“ Maldita hambre de dinero. ”

La palabra *sacer* tenia una doble significacion entre los antiguos: *sagrado* ó *execrable, maldito*.

(6)                   ... *animamque sepulcro*  
*Condimus.....*

.... “ encerramos su alma en el sepulcro. ”

La antigüedad admitia dos ó tres almas: el espíritu, *spiritus*, que despues de la muerte volaba á la rejion de los astros; otra que descendia á los infiernos; y otra llamada sombra, ó manes, especie de alma corporal que andaba errando alrededor del cadáver hasta que él hubiera recibido los honores de la sepultura. Se creia que los funerales fijaban los manes dentro del sepulcro, y por eso dice Virjilio: *Animam condimus sepulcro*.

(7)                   *Sacra mari colitur medio gratissima tellus*  
*Nereidum matri et Neptuno Ægæo:*

“ En el medio del mar Egeo una sagrada isla está poblada muy querida de Neptuno y de la madre de las Nereidas. ”

La isla de Delos en el mar Egeo es llamada santa, ó sagrada, porque allí nacieron los hijos de Latona, Apolo y Diana.

(8)

... *amare focos.*

"Amar sus nuevos hogares."

*Amare focos*, entienden algunos, la contraccion al trabajo. Otros como La Rue, el cuidado de sus familias. Davison, no salir fuera y conservarse en sus casas. Pero no debe olvidarse la situacion en que Virjilio lo dice. El pueblo no está aún establecido, y recién el lugar habia sido cercado. *Amare focos* en tal circunstancia debe ser solo complacerse en aquella residencia ; hallarla buena ; amar el nuevo hogar. Si Virjilio no hablára de un pueblo errante, podia esa espresion traducirse como la entienden La Rue ó Davison ; pero cuando recién paraban allí, y recién iban á fijar su residencia, *amare focos* tiene solamente el valor gramatical de las palabras.

(9)

... *aut quem tum vates Cassandra moveret ?*

"¿ Y á quién persuadia la profetiza Casandra ? "

Apolo se apasionó de Casandra, hija de Priamo y Hecuba, y la prometió concederla cuanto quisiere si se rendía á su pasion. Casandra le pidió el poder de conocer lo futuro, y despues de obtenerle, se rehusó al amor de Apolo. El Dios entónces mojó los lábios de ella con su lengua, é hizo por esta accion que no se diese crédito á sus pronósticos aún cuando fuesen verdaderos.

(10)

*O felix una ante alias Priameia virgo,  
Hostilem ad tumulum Troyæ sub mœnibus altis  
Jussa mori,...*

" O sola feliz mas que todas, virgen hija de Priamo, que sobre la tumba de un enemigo, y bajo las altas murallas de Troya fuisteis condenada á morir ! "

La guerra de Troya iba á terminarse casándose Aquiles con Poliscena hija de Priamo. Estaban ya reunidos en el templo de Apolo en Timbria, cuando Páris oculto detrás del altar de Diana, hirió mortalmente á Aquiles en la única parte de su cuerpo que fuese vulnerable. Despues de la rendicion de Troya una voz salida de la tumba de Aquiles pidió que Poliscena fuese sacrificada á sus manes y Pirro la degolló.

- (11) *Nos, patriã incensã, diversa per æquora vectæ,  
Stirpis Achilleæ fastus, juvenemque superbum  
Servitio enixæ tulimus : . . .*

“ Yo, despues de incendiada mi patria, arrastrada por diversos mares, y madre ya en la esclavitud, me tocó sufrir el orgullo de la estirpe de Aquiles, y á un jóven soberbio.”

Vélasco, traduce :

“ Yo sin ventura (Troya ya encendida)  
Por mil mares y tierras me llevaron :  
Del presuntuoso Pirro fui oprimida  
Y á sufrir su soberbia me forzaron.”

DRYDEN

*“ In Grecian ships unhappy we were born,  
Endür'd the victor's lust sustain'd the scorn ;  
Thus i submitted to the lawless pride  
Of Pirrhus, more a hand maid than a bride.”*

BONDI

*“ Io da la patria desolata ed arsa  
Per tanti mari transportata, il fasto  
De la stirpe d'Achille á soffrir ebbi,  
E de l'audace giovane l'ingrato  
Marital giogo in servitù sostenni.”*

Ninguno de estos traductores, ni tampoco Barthélemy ni Caro, ponen la notable circunstancia de la cual se lamenta Andrómaca de haber sido madre en la esclavitud. Ellos por *servitio enixæ* entienden solo sufrir la esclavitud. Ya ella habia dicho que habia sido sorteada, lo que no se hacia sinó con los prisioneros que quedaban esclavos : se habia llamado *captiva* : habia usado de la voz *heri*, amo ó señor, y despues se llama *famulam* ; seria, pues, la repeticion mas inútil agregar *servitio enixæ* si con estas palabras solo queria decir que habia sido esclava. Andrómaca durante su esclavitud tuvo de Pirro tres hijos, Moloso, Piclo y Pérgamo

y es lo mas natural que no olvidase esta circunstancia al contar su historia á Eneas. El verbo *enitor*, á mas de significar, esforzarse, trabajar, etc., significa tambien parir, desembarazarse, y en esta segunda acepcion lo usa Virjilio luego.

*Triginta capitum fœtus enixa . . .*

Villenave lo ha entendido asi y traduce *servitio enixæ* “madre en la esclavitud”.

(12) Hermiona, era hija de Menelao, Rey de Lacedemonia, tenida de Helena. Ella fué prometida por Tindaro marido de Leda, en ausencia de Menelao, á su primo Orestes hijo de Agamenon. Pero Menelao la dió en Troya á Pirro hijo de Aquiles, el cual fué á Esparta y la llevó. Orestes por venganza mató á Pirro en Delfos.

(13) *Quem tibi jam Troja . . .*

Este verso incompleto no hace sentido, y le dejo por eso sin traducir. En muchas ediciones se encuentra terminado de las maneras siguientes :

*Quem Tibi jam Troja  
Di servavere sepulta  
Peperit fumante Creusa  
Obsessa est enixa Creusa  
Est abresa enixa  
Natum fumante reliquit*

(14) *...Clarii Lauros,*

“ El laurel de Claros.”

Los antiguos quemaban ramos de laurel, y si el fuego chispeaba, era señal de buen presagio ; pero si se consumia sin ruido, el anuncio era fatal. A Apolo se le daba el epíteto de *Clarius* por la ciudad de Claros donde él tenia un templo famoso. Los laureles de ese pueblo eran los mas propios para obtener presagios.

(15) *... sic fata Deûm rex  
Sortitur, volvitque vices, is, vertitur ordo.*

“Así el soberano de los Dioses reparte los destinos, hace rodar los sucesos, y la série de ellos perpétuamente vuelva.”

Virjilio, tan notable en la armonía imitativa, toma tambien el tono de los profetas cuando relata los oráculos, ó hace hablar á los sacerdotes de los Dioses, y suelta entónces sentencias, por cierto difíciles de traducir, que en tres ó cuatro palabras esplican todo un destino. Sus traductores no le imitan. Unos salen de la dificultad con cualquiera frase y otros se estienden en construcciones que hacen perder todo el mérito á las sentencias. Así sucede con el verso citado.

Velasco lo traduce :

“*Que Júpiter  
Lo ordena y tu destino.*”

DRYDEN

“*Thy fates conspire, and Jove himself protects.*”

Solo Annibal Caro, con su acostumbrada elevacion, vierte el verso citado de una manera digna, pero sin ceñirse á la letra :

“*Tal é del ciel, de fati é di colui  
Che gli regge, il voler, l'ordine, é'l moto.*”

Yo creo no haberme apartado del texto, y toda la estension del presagio se entenderá bien si se recuerda que Dárdano fué de Italia á fundar la ciudad de Troya, y ahora volvian los Troyanos á fundar un Imperio en Italia.

(16) Cuando los Griegos, despues de la destruccion de Troya, estuvieron detenidos por vientos contrarios para volver á sus diversos Reinos, Calchas declaró que debian sacrificar á Astyanax, porque si vivia seria un guerrero mas ilustre que su padre Héctor y vengaria su pátria. Ulises le sacó de donde su madre le habia ocultado y lo arrojó desde las murallas. Este fin tuvo el hijo de Andrómaca.

(17)

*Solamenque mali :*

“Y consuelo en su desgracia.”

Este verso está incompleto, pero aún en los autores mas respetables se encuentra terminado con el siguiente hemistiquio ... *de collo fistula pendet*; porque ha parecido bien que el Cíclope llevase colgando una Zampona. Mas no siendo de Virjilio esta segunda parte, no la he traducido.

(18)           ... *qui nunc*  
*Ore, Arethusa, tuo Siculis confunditur undis.*

“ Que ahora ¡ oh Aretusa ! corre confundido contigo en las aguas de la Sicilia.”

Aretusa, Ninfa de la Elida, viniendo un dia de cazar se sentó á la orilla del rio Alfeo y se bañaba en su corriente. El Dios del rio se enamoró de ella y la persiguió hasta en las montañas. Ella ya cansada iba á sucumbir á su fatiga, cuando imploró á Diana y esta la convirtió en una fuente.

El Alfeo al momento mezcló su corriente con las aguas de la fuente Aretusa ; pero Diana entónces abrió un secreto canal bajo de la tierra y del mar por el cual desaparecian las aguas de la fuente y volvian á salir en la isla de Ortigia. El rio Alfeo la siguió tambien bajo del mar y volvió á salir en la misma isla.

(19)           ...*et fatis numquam consessa moveri*  
*Apparet camarina procul...*

“ A lo léjos aparece el lago Camarino que los Hados nunca han permitido que fuese disecado.”

El lago Camarino no podia ser disecado por estar mas abajo del nivel del mar, y los antiguos creian que Apolo prohibia hacerlo. Traduzco *moveri* “disecarse”, porque en la antigüedad era un proverbio *Camarinam movere*, para espresar una inútil y peligrosa tentativa, como disecar el lago Camarino, segun Lempriere en su obra *Classical Dictionary*.



## LIBRO CUARTO

**M**AS la reina, entretanto, herida de profundos pesares, alimenta en sus venas una llaga y abrázase en secreto fuego. Revuelve en su fantasía el gran valor de Eneas, el alto honor de su linage. Las palabras de él, su semblante, grabados están en su corazón, y las penas que la aflijen no permiten á su cuerpo un apacible sueño.

Y la aurora echaba otra vez del cielo las sombras húmedas y alumbraba el mundo con la lámpara de Febo, cuando la apasionada Dido así habla á su íntima hermana: “ ¡ Ana! hermana mía! ¿ Qué insomnios son estos que me llenan de terror y dejan mi alma vacilante? ¿ Qué extraño huésped este que ha venido á nuestros Estados? ¡ Qué dulce y noble semblante! ¡ Qué corazón tan grande! Cuán valiente en las batallas! Creo en verdad, y esto no es ilusión, que él desciende de los Dioses. Una alma degenerada se demuestra por el temor.



¡ Ah ! por cuán diversos destinos se ha visto arrojado !  
¡ Cuántos combates sufridos hasta su fin nos ha contado ! Si no tuviera en mi corazón fijo é irrevocable no unirme á nadie con el vínculo del matrimonio, después que la muerte me dejó engañada en mi primer amor ; si el tálamo y las nupciales antorchas no me fuesen ya odiosas, tal vez á esta sola culpa podría sucumbir (1).  
¡ Ana ! te lo confieso, después del triste destino que tuvo mi esposo, el desgraciado Siqueo ; desde que se regaron con su sangre mis habitaciones por la muerte que le dió su hermano, solo este ha movido mis sentidos, y ha hecho vacilar á mi alma. Conozco en mí rastros de la antigua llama ; pero ántes mas bien la tierra me abra sus abismos, ó el padre omnipotente me precipite con sus rayos entre las sombras, entre las pálidas sombras del Erebo y su profunda noche, que no te ofenda yo  
¡ oh pudor ! y quebrante tu ley. Aquel que primero se unió á mí, se llevó mis amores : que él los conserve consigo, y los guarde en su sepulcro ”. Dijo así, y un raudal de lágrimas inundó su seno (2).

Ana le responde : “ ¡ Oh hermana mas querida que la vida ! ¿ Siempre solitaria y dolorida has de consumir tu juventud ? ¿ No has de conocer los dulces hijos ni los goces del amor ? ¿ Crees honrar con esto las cenizas ó los manes ya encerrados en el sepulcro ? Que sea así ; pero ya un tiempo ocupada solo de tu dolor no quisiste tomar á nadie por marido, ni primero en Tiro, ni

despues en la Libia; ya despreciaste á Iarbas y á otros Reyes, que el Africa rica en triunfos alimenta en su seno. ¿Y lucharás todavia con un amor que te es grato? ¿No consideras en qué país te has establecido? Por una parte te ródean las ciudades Getulas, pueblo insuperable en la guerra: los indómitos Numidas: Sirtes inhospitalarias, y por otra una yerma y árida region: y los Barcios que esparcen sus furores por largas distancias. ¿Para qué decirte las guerras que ya se encienden en Tiro, y las amenazas de tu hermano? Yo creo en verdad, que Dioses propicios y Juno favorable han traído aquí las naves Troyanas. Con tal himeneo, ¿cuál verías, hermana mia, esta ciudad? ¡Cuántos reinos levantarse! Unidas tus armas á las de los Teucros, ¿en cuántas empresas acreceria la gloria de Cartago? Has, pues, sacrificios á los Dioses; implora el favor de ellos: se con él hospitalaria; busca motivos para detenerle; muéstrale las tempestades enfureciendo al mar; el lluvioso Orion, rotas sus naves y la inclemencia de la estacion”.

Con estas palabras inflamó de amor á la ya encendida alma de Dido: insinuó la esperanza al corazon dudoso, y rompió los vínculos del pudor. Al instante van á los templos á pedir en los altares el favor de los Dioses. Inmolan, como de costumbre, ovejas escojidas, á Ceres la lejisladora, á Apolo, y al Dios Baco, y primero que á todos, á Juno que preside los vínculos conyugales. Ella misma, la bellissima Dido, teniendo en su mano de-

recha una copa de vino, la derrama entre los cuernos de una blanca ternera, ó con lento paso marcha al rededor de las estátuas de los Dioses y de los altares cargados de ofrendas; y vuelve á comenzar otro dia con los sacrificios, y fijos sus ojos en los abiertos pechos de las víctimas, interroga sus entrañas palpitantes. ¡ Ah! ¡ vana ciencia de los arúspices! ¿ Qué le aprovechan templos ni plegarias contra la amorosa furia? Entré tanto una dulce llama roe hasta la médula de sus huesos, y la oculta llaga vive en el fondo de su pecho. Abrásase la infortunada Dido y en sus transportes anda perdida por toda la ciudad; tal como la cierva herida con la flecha que el cazador, sin advertirlo ella, le arrojó de léjos en los bosques de Creta, y sin cuidarse mas la dejó ir con el lijero dardo; ella corre errante en los montes y en las selvas Dictéas llevando en su costado siempre fija la mortal saeta. Unas veces pasea á Eneas consigo en medio del pueblo: osténtale las riquezas traídas de Sidon y la ciudad ya concluida: principia á hablarle y enmudece en medio de su discurso. Otras, al declinar el dia, le llama á nuevos banquetes, y en su delirio quiere otra vez oír las desgracias de Troya; y de nuevo queda suspendida de los lábios del héroe. Despues que se han separado, y cuando la luna encubierta oculta á la vez su luz, é invitan al sueño los astros que bajan, ella, sola, en su hogar de viuda, llora, y se reclina en el asiento que él ha dejado. Ausente le vé; ausente le oye; estrecha á Ascanio con-

tra su seno embebida en la imájen del padre, por si puede engañar su horrible amor. Y ya las torres comenzadas no se levantan, ni la juventud se ejercita en las armas, y se abandonan los trabajos del puerto y el de asegurar las fortalezas para el caso de guerra. — Todas las obras se interrumpen: injentes masas de muros sin acabarse, y ociosas están las máquinas que subian hasta los cielos.

Desde que la esposa querida de Júpiter sintió que á Dido la devoraba un tal veneno, sin que la fama de ella obstase á sus transportes, la hija de Saturno llega á Vénus y le dice estas palabras. “¡Por cierto que tú y tu hijo habeis alcanzado un grande y memorable renombre, heróica gloria, insignes trofeos, por haber sido vencida una muger por la astucia de dos divinidades! Y no me engaño, temeis á nuestras murallas y os dan cuidados los palacios de la soberbia Cartago. ¿Pero qué fin pondremos á esto? Y al presente, ¿qué objeto tienen tantas contiendas? ¿Por qué mas bien no procuramos una paz eterna formando un himeneo? Habeis conseguido todo cuanto deseabais. Dido ama y se abrasa, y una furiosa llama corre por sus huesos. Gobernemos, pues, con iguales auspicios los dos pueblos reunidos: que le sea permitido tomar un marido de la Frigia, y que los Tírios se os entreguen en dote”.

Vénus conoció que Juno le hablaba con doblez: que queria trasportar el reino prometido de la Italia á

las regiones de la Libia, y así principió á responderla : “¿Quién tan insensato rehusaría tales ofertas, ó preferiría la guerra contigo mucho mas si la fortuna hiciera efectivo lo que propones? Mas los destinos me hacen dudar que Júpiter quiera que los Tirios y los Troyanos que han llegado formen un solo pueblo ; si apruebe que ambas naciones se mezclen ó que se unan por pactos. Tú eres su esposa y tú puedes con tus ruegos explorar su voluntad. Anda, yo haré lo demás.”

Entonces la Rejia Juno la responde así : “ Ese cuidado será mío. Oye : quiero mostrarte en pocas palabras de qué manera se puede hacer para que no se dilate. Eneas con la infortunada Dido se preparan á ir mañana á cazar en los bosques, luego que saliere el Sol y con sus rayos descubriere al mundo. Mientras las bandas de á caballo se esparcen y rodean las selvas con redes, yo tenderé sobre ellos negra nube, preñada de granizo, y conmoveré con truenos todo el cielo. Los que la acompañen huirán cubiertos por una tenebrosa noche. Dido y el Gefe Troyano entrarán en una misma gruta. Yo estaré allí, y si tu me das tu consentimiento, los uniré con vínculos indisolubles, y se la daré por mujer. Allí estará Himeneo” (3). Citerea se sonrió de la astucia inventada, y sin contradecirla asintió á lo que le proponía.

Entretanto la aurora levantándose abandona el Océano. A la salida del sol una juventud escojida sale alegre por las puertas de la ciudad. Los milicianos á caballo

corren llevando redes de malla, trampas, venablos de anchas hojas, con cuadrillas de perros de sutil olfato. Los gefes Fenicios en la portada del palacio aguardan á la Reina que aún estaba en su lecho. El caballo de ella la espera enjaezado de oro y púrpura, tascando fiero el espumante freno. Al fin Dido sale entre un grande acompañamiento, cubierta con la Clámyde Sidonia de bordadas orlas : cáele del hombro la aljaba de oro : trenzas de oro anudan sus cabellos, y su purpúreo vestido está sujeto con broches de oro. Marchan tambien acompañándola los Troyanos, y Iulo lleno de contento. El mismo Eneas, mas hermoso que todos, se reúne al séquito y pónese al lado de ella. Tal como Apolo cuando deja la helada Licia y las corrientes del Xanto, y á ver vuelve la materna Delos ; cuando renueva las fiestas, y los Cretenses y Driopes y los pintados Agatirses mezclados juntos cantan himnos al derredor de las altares, y él marcha por las cumbres del Cinto recojida su larga cabellera, entrelazada con trenzas de oro y ceñida con un ligero ramo, y los dardos del carcax van resonando en sus espaldas ; — con no menos gracia marchaba Eneas, é igual nobleza brillaba en su hermoso rostro.

Despues que hubieron llegado á los altos montes, y á las inaccesibles guaridas de las fieras, he ahí que las cabras montaraces echadas de las cimas de los peñascos, huyen corriendo por las breñas. En otras partes los rebaños de ciervos abandonando las montañas disparan por

las llanuras, levantando en su fuga polvorosa nube. El joven Ascanio en medio de los valles se goza en su brioso caballo; y en sus ligeras corridas, ya pasa á estos, ya á aquellos, deseando con ansia que de entre esos tímidos rebaños salga un espumante javalí ó que un guedejudo leon del monte baje.

Entretanto con grandes truenos principia á conmovirse el cielo: cae la lluvia acompañada de granizo, y los rios se precipitan de las montañas. Los Tirios que acompañaban á la Reina, la juventud Troyana y el Dárdano nieto de Venus se acojieron por aquellos campos, dispersados por el temor, en diversas guaridas. Dido y el gefe Troyano entran en una misma gruta. La tierra tembló la primera, y Juno que vela en los misterios conyugales respondió á la señal. El cielo, testigo de esta union, hace brillar sus fuegos, y las ninfas desde la cima de las montañas soltaron sus tristes alaridos. Aquel primer dia fué la causa de la muerte de Dido y el origen de sus males. Ni ya ningun respeto, ni su honor le inquieta, ni tampoco procura ocultar su furtivo amor: le llama matrimonio, y con este nombre quiere cubrir su culpa.

Al pronto la Fama vuela por las grandes ciudades de la Libia; la fama, plaga mas lijera que ninguna otra. Su vida está en la movilidad, y andando adquiere mas poder. Al principio el temor la hace pequeña; pero luego se eleva sobre los aires. Marcha por la tierra y su frente se esconde en las nubes. Se dice que su madre, la Tierra,

irritada de la venganza de los Dioses, concibió esta hermana menor de Ceo y Encelado con prestos piés y lijeras alas. Mónstruo horrible, inmenso, que cuantas son las plumas de su cuerpo, tantos ojos siempre abiertos tiene bajo de ellas (¡ admirable prodijio !): otros tantos oidos prontos á escuchar, é igual número de bocas, con otras tantas lenguas para hablar. Vuela de noche entre el cielo y la tierra, batiendo sus ruidosas alas por entre las sombras: ni jamás sus ojos se cerraron al dulce sueño. De dia está vijilando sentada sobre la bóveda de los palacios, ó en las altas torres, llenando de espanto las grandes ciudades; infatigable mensajera de lo malo y falso, como de lo verdadero.

Ella, pues, alegre llenaba los pueblos de diversas historias, y revelaba lo verdadero como lo que no habia sucedido. Decía que había llegado Eneas, nacido de sangre troyana, al cual la hermosa Dido le encontraba digno de darle su mano; que ahora pasaban el largo invierno en voluptuosos placeres, olvidados de sus reinos y dominados de un torpe amor. La abominable Diosa tales cosas esparcía de boca en boca entre los Líbios.

Muy luego dirige su vuelo hácia el rey Yarbas, y con sus palabras le inflama el corazon é instiga su cólera. Este era hijo de Amnon y de una ninfa de Garamantes á quien robó. Había dedicado á Júpiter cien grandes templos y cien altares en sus vastos Estados, y ardía en ellos un fuego inextinguible, perpétua vela de los Dioses. El



suelo estaba inundado con la sangre de las víctimas, y los pórticos adornados con guirnaldas de diversas flores. Se dice que Yarbás, enfurecido é inflamado con la amarga nueva, hizo esta plegaria á Júpiter ante los altares y en medio de las estatuas de los Dioses, tendiendo humilde sus manos al cielo: “ ¡ Júpiter Omnipotente, á quien en sus convites la Mauritania gente, sentada ahora en sus bordados lechos, honra con libaciones de vino! ¿Vés estas cosas? ¡ Oh Padre mío! ¡ es en vano el temor que te tenemos cuando lanzas tus rayos! Y los fuegos ocultos en la nube, ¿ por qué nos espantan, y para qué hacen oír inútiles bramidos? Una mujer que peregrina en nuestras fronteras, fundó una pequeña ciudad comprándome el suelo, á quien di la ribera que posee para que la cultivara imponiéndole leyes en el réjimen de ese lugar, desdeñó mi mano y recibe en su reino por señor de ella á Eneas; y ahora este nuevo París entre una turba afeminada, con su barba y cabellos empapados de aceites (4), y ceñidos con la mitra Lidia, goza de su robo. ¿ Para qué entónces llevar nuestras ofrendas á tus templos, y gloriarme con un renombre vano? ”.

El poderoso Dios oyó á Yarbás que así le suplicaba abrazado de los altares. — Volvió los ojos á los reales muros y á los amantes olvidados de una mejor fama. Al pronto habla con Mercurio y le dá estas órdenes: “ Vé, corre, hijo, llama los Céfiros; suelta tus alas y lleva por los lijeros aires mis palabras; habla al Gefé

Troyano que ahora se detiene en la Tiria Cartágo olvidado del imperio que le dán los destinos. No tal nos le prometió su hermosa madre, ni para eso le libró dos veces de las armas de los Griegos, sinó que habia de ser digno de reinar en la Italia preñada de imperios y fiero en la guerra : que de él habia de renacer la raza de la sangre ilustre de Teucer que pondría al universo bajo sus leyes. Si no le inflama la gloria de porvenir tan grande, ni le alienta al trabajo su propio honor, ¡ padre ! ¿ envidia á Ascanio los alcázares Romanos ? ¿ Qué hace ? ¿ Con qué esperanza se detiene entre un pueblo enemigo ? ¿ No piensa en la posteridad que tendrá en la Ausonia, ni en los campos Lavinios ? Que se haga á la vela. Esta es mi orden. Sé tú mensajero de ella. ” Dijo.

Mercurio se preparaba á cumplir el mandato de su poderoso padre, y al pronto fija en sus piés sus coturnos de oro, los que levantándole en sus alas, le llevan sobre los mares ó la tierra, cual ligero viento. Toma luego al Caduceo : con este saca del Orco las pálidas almas, ó las precipita en el lúgubre Tártaro : infunde ó aparta los sueños, y pone en los ojos el sello de la muerte (5). Apoyado en él disipa los vientos y atraviesa por los turbios nublados. Y ya volando descubre la cumbre y las vastas faldas del áspero Atlas, cuya cabeza poblada de pinos está perpétuamente ceñida de negras nubes, y combatida por los vientos y las tempestades. Montones de nieve cubren sus espaldas. De la boca del viejo gigante se

precipitan los rios, y su hórrida barba está erizada de hielo. Allí el Dios Cileno, balanceándose en sus dos alas, se paró un momento y luego con todo su cuerpo se arrojó impetuoso sobre las ondas. Cual ave que con humilde vuelo va rayendo los mares, las riberas y los peñascos cubiertos de peces, tal el hijo de Cileno dejando á su abuelo materno, cortaba los aires y volaba entre el cielo y la tierra hácia las costas arenosas de la Libia.

Asi que puso sus aladas plantas en las cabañas vecinas de Cartago, mira á Eneas fundando la ciudadela y nuevas habitaciones. Colgábale una espada con estrellas de rojo jaspe: su manto pendiente de sus hombros resplandecia con la púrpura de Tiro; presentes que la generosa Dido le habia hecho, y cuya trama ella habia entretejido con hilos de oro. Al pronto llégase á él y le dice: “ ¿ Ahora tú echas los cimientos de la soberbia Cartago, y entregado á una mujer ¡ ah! le construyes una hermosa ciudad, olvidado de tu imperio y de tus destinos? El soberano mismo de los Dioses me manda aquí desde el brillante Olimpo: el mismo que segun su voluntad hace rodar los cielos y la tierra, me ordena traerte estas órdenes por los lijeros aires. ¿ Qué haces? ¿ Qué esperanza te tiene ocioso en las tierras de la Libia? Si no te inflama la gloria de porvenir tan grande, ni te alienta para las fatigas tu propio honor, atiende á lo menos á la futura grandeza de Ascanio, y á la esperanza de Iulo tu heredero, al cual están prometidos el suelo

Romano y el imperio de Italia". Hablando así el Dios Cileno deja la humana semejanza al medio del decir, y bien léjos se pierde de vista en los sùtiles aires.

Eneas con aquella vision quedó turbado y sin sentido : el espanto eriza sus cabellos y su voz expira en la garganta. Atónito con tal precepto y con la órden absoluta de los Dioses, ánsia por huir y dejar aquellas dulces tierras. ¡Ah! ¿qué hará? ¿Con qué palabras se atreverá á anunciárselo á la Reina, frenética amante? ¿Por dónde comenzar? Ahora un pensamiento, luego otro, tienen incierto su ajitado espíritu. Vaga en diversos proyectos y ninguno adopta. Al fin su dudosa alma halló un partido que le pareció mejor. Llama á Mnesteo y á Sergesto y al fuerte Cloanto, y les ordena que en secreto preparen la armada, que hagan ir á sus compañeros á la ribera; que apresten sus armas y oculten el motivo que causa esta novedad. El, mientras que la noble Dido ignora su designio y no espera ver rotos amores tan grandes, buscará el lugar mas oportuno, la ocasion mas favorable para hablarle y el modo mas diestro de decírselo. Todos alegres obedecen cuanto ántes la órden, y ejecutan lo mandado.

Mas la Reina, que aunque segura, sospechaba de todo, (¿quién puede engañar á una amante?) presintió el doloso proyecto y la primera advirtió los movimientos que se preparan. La misma impía Fama le hizo saber á la apasionada amante que la flota se armaba y que dispo-

nian la marcha. Ella, enfurecida y privada de su razon, recorre toda la ciudad cual Tyada exitada por las sagradas fiestas (6) de Baco, cuando los nocturnos alaridos del Cyteron la llaman, y la estimulan las trienales orjias al oir el nombre del Dios. Al fin acomete á Eneas con estas palabras : “ ¡Pérfido! ¿Pensaste poder ocultarme maldad tan grande, y callado retirarte de mis Estados? ¿Ni te ha detenido nuestro amor, ni tu mano que en otro tiempo me diste, ni Dido muriendo por una cruel muerte? Y aún con un cielo tempestuoso preparas tus naves y te apresuras á ir á la alta mar y por entre los crudos Aquilones! ¡Cruel! ¡qué sería si no fueras á buscar tierras extranjeras y mansiones desconocidas! Si existiese la antigua Troya, ¿irias á Troya con tus naves por un borrascoso mar? ¿Huyes de mi? Por estas lágrimas, por la fé que me juraste (ya que es lo único que á esta desgraciada le ha quedado), por los vínculos que nos unen, por nuestro matrimonio principiado; si fuí digna de merecerte algo, si encontraste en mí alguna cosa que te fuera dulce, apiádate de esta desgraciada Reina, y de su imperio que se desploma. Si aún hay lugar á las súplicas, yo te suplico que renuncies á ese pensamiento. Por tí me he hecho odiosa á los pueblos de la Libia y á los Reyes de la Numidia; por tí los Tirios están irritados; por tí perdí el honor y la fama que ántes bastaba para elevarme hasta los cielos. ¡Oh huésped! ya que este solo nombre me queda de un esposo, ¿á quién me aban-

donas moribunda? ¡Qué me aguarda! O que Pigmalion, mi hermano, arrase mi pueblo, ó que el Getulo Yarbas me lleve cautiva! Si á lo ménos ántes de huirte hubiese tenido de tí algun hijo; si es que me quedase un pequeñito Eneas que por mis salas jugueteara, y que en el semblante se pareciese á tí, no me creería tan del todo engañada y desolada.”

Dijo, y él, recordando las órdenes de Júpiter, mantenía inmóviles sus ojos, esforzándose en comprimir su dolor dentro del pecho. Al fin la respondió en pocas palabras: “¡Oh Reina! yo nunca negaré que te debo mas que cuanto tus palabras pueden espresar. Ni me dejaré de acordar de Elisa, mientras me acuerde de mí mismo; mientras que el espíritu vital anime mi cuerpo. Poco diré en mi defensa. No te imagines que yo pensara ocultarte mi partida como un crimen. Nunca te presenté las teas del himeneo, ni he venido para contraer esta alianza. Si los Hados me permitieran disponer de mis dias á mi albedrío y reglar mi suerte á mi placer, consagrado ante todo á la ciudad de Troya, y á las dulces reliquias de los míos, estaria ya en pié el soberbio palacio de Príamo, y Pérgamo hubiera sido reedificada con mis manos para los vencidos. Mas ahora es á la grande Italia que me llama el Gryneo Apolo: la Italia me mandan ocupar los oráculos Lyceos: esto es cuanto deseo; esa es mi patria. Si á tí nacida en la Fenicia te detienen las murallas de Cartago y la presencia de una ciudad de la Libia, ¿por qué

te ofende que los Troyanos se establezcan en la Ausonia? A nosotros tampoco nos es permitido buscar reinos extraños. Cada vez que la noche entrega el mundo á sus sombras húmedas, cada vez que los fulgentes astros se levantan, la sombra airada de mi padre Anquises me aterra y advierte en sueños salir de aquí. El tierno Ascanio se me presenta siempre, y el daño que hago á un hijo tan querido, al cual defraudo el Reino de la Hesperia y los fatídicos campos. Y en este momento el mensajero de los Dioses enviado por el mismo Júpiter, (lo juro por tu cabeza y la mia) me trajo sus órdenes por los lijeros aires. Yo mismo vi al Dios cercado de brillante luz entrar en vuestras murallas y oí su voz con estos oídos. Cesa, pues, de afligirte á tí misma y de afligirme con tus quejas. No es por mi sola voluntad que voy á Italia.”

Mientras él hablaba así, ella torva le contemplaba volviendo aquí y allí los ojos; lo recorría todo entero con sus taciturnas miradas, y ahogada en ira así prorrumpió: “¡Traidor! ni una Diosa fué tu madre, ni Dárdano el autor de tu stirpe. Sin duda el horrible Cáucaso te concibió en sus duras rocas, y las tigras de la Hircania te alimentaron en sus pechos. ¿Pues qué tengo ya que disimular? ¿A que mayores ultrajes me aguardo? Mi llanto, ¿le arrancó siquiera un suspiro? ¿Volvió á lo ménos hácia mí los ojos? Vencido por mi dolor ¿me ha concedido acaso algunas lágrimas, ó se ha apiadado de su amante? ¿Cuál es

de sus maldades la mayor? Ya, ya ni el Dios hijo de Saturno, ni la grande Juno miran estas cosas con ojos justos. No hay buena fé en lugar alguno. Arrojado en estas riberas, mendigo, yo le hospedé y le dí parte en mi reino. ¡ Insensata! salvé sus naves y libré á sus compañeros de la muerte. ¡ Ah! inflamada en iras soy arastrada por las Furias! Y ahora los augurios de Apolo, ahora los oráculos Lyceos, ahora el mensajero de los Dioses enviado por el mismo Júpiter le trae por los aires espantosas órdenes. Por cierto que tal cuidado ocupa á los inmortales, y tal pensamiento turba el reposo de ellos. Ni ya yo te detengo, ni refuto tus mentidas palabras. Anda: sigue á la Italia por entre las tempestades, busca tu imperio por entre las ondas. Si los santos númenes pueden algo, espero con confianza que hallarás tu suplicio en medio de los escollos, y que mil veces invocarás el nombre de Dido. Ausente, te seguiré con fúnebres fuegos; y cuando la fria muerte separe mi alma del cuerpo, sombra entónces, te estaré presente en todas partes. ¡ Traidor! pagarás tu crimen, y yo lo oiré, y la fama irá á decírmelo en las profundas mansiones de los Manes." Diciendo estas palabras, se interrumpe en medio de sus quejas y despechada huye de la luz: se retira de la vista de Eneas y se va dejándolo en su aposento revolver diversos pensamientos y pronto á contestarla largamente. Sus sirvientes la sostienen, la llevan desmayada á su aposento demármol y la ponen en su cama.



El piadoso Eneas, conmovida su alma por un inmenso amor, suspiraba tiernamente ; y aunque deseaba calmar á la dolorida Dido y consolarla con sus palabras, cumple sin embargo las órdenes de los Dioses y vuelve á visitar la flota. Entónces los Troyanos redoblan su ardor. Las altas naves descienden de las riberas y los cascos embetunados nadan en el agua. Traen de los bosques remos aún con ramas y hojas, é informes maderos para huir cuanto ántes. Se les veia correr de todas partes de la ciudad para salir de allí ; como las hormigas cuando previendo el invierno, asaltan un gran monton de trigo y lo llevan á ponerlo en sus moradas : el negro batallon atraviesa los campos llevando el botin por entre las yerbas en estrecho camino ; las unas cargadas sus espaldas con enormes granos se avanzan apénas ; otras aguijan á la multitud, castigan á las perezosas, y toda la senda hierve con la presurosa obra.

¿ Cuáles eran ¡ oh Dido ! las impresiones que sufrías, cuando tales cosas mirabas ? ¿ Cuántos suspiros lanzabas, cuando desde tu alto alcázar veías hervir por larga distancia toda la ribera, y ante tus propios ojos ajitarse todo el mar con tantos gritos ? ¡ Injusto amor ! ¡ A qué no obligas el pecho de los mortales ! Ella se vé precisada á recurrir otra vez á sus lágrimas, otra vez tentar el ruego, y suplicante rendir su fiereza á su amor, para que nada quede por hacer, aunque en vano, ántes de morir. “ Ana, le dice, tú ves apresurarse todo en la ri-

bera, y que los Troyanos concurren allí de todas partes. Ya los lienzos llaman á los vientos, y alegres los viajeros han coronado de flores las popas. ; Hermana mia! si yo hubiera podido imaginarme un tan acerbo dolor, hubiera tambien podido soportarlo. Sin embargo, Ana, hazle un último servicio á esta tu desgraciada hermana; pues que ese pérfido á tí sola consideraba y te confiaba sus mas secretos pensamientos. Solo tu conocias las ocasiones de obtener un blando acojimiento. Anda, hermana, y con sumisas palabras habla á ese soberbio extranjero. Dile que yo no me conjuré con los Griegos en la Aulida para destruir el pueblo Troyano, ni mandé mis armas contra Pérgamo, ni removi de su sepulcro las cenizas, ó los manes de su padre Anquises. ¿Por qué, pues, cierra su duros oidos á mis palabras? ¿Adónde va? Que esta última gracia conceda á una infeliz amante; que espere á hacer su partida mas cómoda y vientos propicios. Yo ya no le reclamo el antiguo matrimonio que él traicionó, ni que se prive del para él tan hermoso Lacio, ni que renuncie al imperio prometido. Solo le exijo una estéril tregua, tiempo, y el reposo necesario á mi desesperacion, hasta que vencida por mi suerte, aprenda á sufrir mi dolor. Solo aqueste último favor le pido (compadécete de tu hermana), y si lo consiguieres, te seré agradecida hasta la muerte. ”

Con tales palabras la suplicaba Dido, y su aflijidísima hermana llevaba á Encas una y otra vez estos tristes

ruegos. Pero él no se ablanda con ningunos llantos, ni él, duro, plegarias algunas escucha. Los destinos no lo permiten, y un Dios le cierra sus benignos oídos. Cual robusta encina de añoso tronco que los vientos de los Alpes luchan de una y otra parte por arrancar con sus violentos soplidos, y ella cruje, y su alta cima se sacude cubriendo hasta léjos la tierra con sus hojas, pero queda inmóvil en las rocas, y cuanta es la copa que ha presentado á los etéreos vientos, otro tanto sus raíces se dilatan en las rejiones del Tártaro; no de otro modo el héroe es combatido de todas partes con tenaces ruegos; los pesares asaltan su grande corazón; derrama estériles lágrimas; pero su alma persevera en su intento.

Entónces la infeliz Dido, aterrada de su destino, implora la muerte, se enfada al mirar la bóveda del cielo, y para que mas pronto termine lo que ha pensado, y cese de existir, vé (¡ horrible espectáculo ! ) que mientras ella ponía ofrendas en los altares, cubiertos con el humo de incienso, el agua consagrada se ennegrecia, y el vino al derramarse se convertia en podrida sangre. Ella sola lo vió y ni lo dijo á su misma hermana. Además, habia en el palacio un santuario de mármol dedicado á su antiguo esposo, al cual honraba con suma reverencia, adornándole con telas de lana blanca como la nieve, y con festivos ramos. Cuando la oscura noche cubria la tierra, le parecia oír allí los gemidos y la voz de Siqueo que la llamaba. En las bóvedas de su palacio el solitario

Buho se quejaba de continuo con fúnebre canto, y soltaba largos y tristes lamentos. Sobre todo, muchos presagios de antiguos adivinos la aterraban con horribles pronósticos. El mismo cruel Eneas se le aparece en sueños á ajitarla en su frenesí. Siempre se ve sola y abandonada; siempre le parece ir perdida en un largo camino buscando sus Tirios en las soledades. Cual Pen-teo en su delirio veia batallones de Eumenidas, y dos soles y dos Tebas (7) se le presentaban; ó cual en la escena Oreste hijo de Agamenon, cuando espantado, huye de su madre armada de serpientes y fúnebres antorchas, y las furias vengadoras le esperan sentadas en la puerta del palacio.

Vencida, pues, por el dolor y entregada á sus furiosos, se resuelve á morir. Medita dentro de sí el tiempo y el modo de hacerlo: disimula en su rostro el propósito, y brillando la esperanza en su frente, llégase á su aflijida hermana y le dice estas palabras: “Hermana, felicítame. He encontrado el medio para atraerle á mí, ó que me libre del amor que le tengo. Desde el fin del Océano, y desde donde el sol se pone, y está el último límite de los Etiopes; donde el grande Atlas revuelve en sus espaldas el cielo coronado de ardientes astros, se me ha presentado aquí una sacerdotiza Maciliana que guardaba el templo de las Hespérides, cuidaba que los santos ramos se conservasen en el árbol sagrado, y daba la comida al Dragon esparciendo adormideras y líquida miel. Ella

promete por encantos libertar de sus penas los corazones que quiera, y poner en otros amargos cuidados; hacer parar las aguas en los rios; retroceder los astros, y sacar los manes de los oscuros sepulcros. Tú verás mujir la tierra bajo sus plantas, y á su voz descender los olmos de las montañas. Te juro, cara hermana, por los Dioses, por tí, por tu vida que me es tan querida, que á mi pesar voy á tentar las artes májicas. Tú en lo interior del palacio levanta en secreto una hoguera al aire libre y por encima de ella las armas que el pèrfido dejó colocadas en mi dormitorio: todas sus prendas y el lecho conyugal donde yo perecí (8). La sacerdotiza aconseja y manda destruir toda memoria del malvado!" Diciendo estas palabras se calla, y la palidez cubre su rostro. Ana no sospecha que su hermana en aquellos nuevos sacrificios ocultase sus funerales; ni puede concebir en su mente furores tan grandes, ni teme mayores cosas que en la muerte de Siqueo, y cumple al momento lo que se le ha ordenado.

En el lugar mas recóndito del palacio estaba levantada al aire libre una grande pira con pedazos de encina y resinosos pinos. La Reina la corona con fúnebres ramos; y entapiza con guirnaldas todo aquel sitio. Pone encima el lecho y sobre él el busto de Eneas (9), sus vestidos y la espada que habia dejado, cierta ella de la suerte que la espera. Los altares estaban al rededor de la hoguera, y la sacerdotiza con los cabellos esparcidos,

invoca con voz de trueno (10) trescientas veces á los Dioses, y al Erebo, y al Cáos, á la triple Hecata, los tres rostros de la casta Diana. Riega la pira con agua que representa la del lago Averno. Esprime leche ponzoñosa y negro veneno de tiernas yerbas cortadas con tijeras de bronce á la claridad de la luna (11), pone tambien el hipomanes arrancado de la frente de un caballo recién nacido, sustraído á la avidez de la madre. Dido misma, cerca de los altares, teniendo en sus piadosas manos la sagrada mola (12), descalzada de un pié y desceñidos sus vestidos, pronta ya á morir, pone por testigos de su funesto destino á los Dioses y á los astros conjurados contra ella, y si hay algun Dios que cuide de los amantes traicionados, invoca su justicia y ruégale que se acuerde de vengarla.

Era la noche cuando en la tierra los cansados miembros de los mortales reposan en dulce sueño; en que se aquietan los bosques y los embravecidos mares, y en que todo enmudece en los campos; á la hora en que los astros ruedan en medio de su carrera; los ganados y pintadas aves; los seres que pueblan los cristalinos lagos, como los que se albergan en los bosques erizados de espinas, entregándose al sueño en la callada noche, mitigan sus cuidados y olvidan sus penas. Pero no así el alma de la infeliz hija de Tiro. Jamás ella se adormece, ni hay noche para su corazón, ni para sus ojos. Sus angustias se suceden. Vuelve otra vez á embrave-

cerse su furioso amor, y fluctúa en la borrasca de sus iras. Revuelve en su corazón mil pensamientos y así discurre: “¿Qué haré, pues? A mi turno despreciada, ¿iré á buscar mis primeros amantes? ¿Imploraré la mano de los Nómades á los que tantas veces habia desdeñado por esposos? ¿O seguiré las naves Troyanas y me someteré á todas las órdenes de los Teucros? Ciertamente que debo aplaudirme de haberlos aliviado con mis favores; y bien han recordado los beneficios que ántes les hice! Y aunque quisiera hacerlo, ¿quién me lo permitiría? ¿Quién recibiría en las soberbias naves una mujer que les es odiosa? ¡Ah desgraciada! ¿No sabes, no conoces todavía los perjuros de la raza de Laomedon? ¿Qué haré entónces? ¿Sola, acompañaré á los viajeros triunfantes con mi fuga? ¿O los perseguiré con todos los Tírios, y con todos mis buques cargados de los míos? Y á los que apenas pude arrancar de la ciudad de Sydon ¿los llevaré otra vez á la alta mar y los obligaré á abrir las velas á los vientos? Mejor es morir como tu lo has merecido, y que el hierro termine tus penas. ¡Tú, hermana mía! vencida por mis lágrimas, fuiste la primera que sobre tu delirante hermana amontonaste estos males y me entregaste á un enemigo. ¿Por qué no me ha sido permitido, libre del vínculo del matrimonio, vivir en mis amores sin crimen como las fieras, y no sentir tan amargos pesares? ¡Muero sin haber guardado la fé prometida á las cenizas de Siqueo!”

Tan tristes lamentos ella arrancaba de su pecho. Eneas entretanto, ya resuelto á irse y despues de preparado todo, dormia en la alta popa. La imájen del Dios que ántes se había presentado, se le aparece en sueño con el mismo rostro: en todo semejante á Mercurio, en la voz, en su tez, en los rubios cabellos y en su cuerpo brillante de juventud; y le parece que otra vez le amonesta con sus consejos. “ ¡ Hijo de una Diosa! ¿ en un trance tal puedes dormir? ¿ No ves los peligros que te rodean? ¡ Insensato! ¿ Ni sientes que los Céfiros soplan favorables? Dido, cierta de morir, medita en su corazon nuevos artificios y un horrible crimen, y fluctúa entre los varios transportes de su cólera. ¡ Y no huyes pronto ahora que puedes huir! Si la Aurora te encuentra parado en estas riberas, verás la mar ajitada por buques enemigos; verás brillar terribles antorchas y la costa abrasarse en llamas. Ea, parte, date prisa, que la mujer varia y cambia siempre.” Dijo así, y ocultóse en tenebrosa noche. Entónces Eneas aterrado por la inesperada fantasma, sacude de sí el sueño y apresura á sus compañeros. “ Troyanos, despertad lijero; sentaos en vuestros bancos; soltad pronto las velas. Un Dios mandado desde el alto cielo viene otra vez á apresurar nuestra fuga y manda cortar las cuerdas que atan á la ribera. ¡ Elejido de los Dioses! cualquiera que seas, nosotros te seguimos y obedecemos tus órdenes con un nuevo gozo. No nos abandones y benigno ayúdanos y dános en el cielo astros felices.” Dijo, y



arrancó de la vaina su centelleante espada, y con un golpe del cortante acero rompe el cable. En los demás igual ardor se enciende: alzan todo lijero y corren á los buques. La ribera se retira, el mar ocúltase bajo de las naves, los empeñosos remeros azotan las espumosas ondas volando por la azulada llanura.

Y ya la aurora dejando el dorado lecho de Titon deramaba sobre el mundo los primeros albores, cuando la Reina al blanquear el dia, desde las alturas de su palacio advirtió que la ribera y el puerto estaban solos sin ningun marinero, y ve que la flota se iba alejando á velas desplegadas. Entónces golpeándose tres y cuatro veces con la mano su hermoso pecho y arrancando sus rubios cabellos: “ ¡ Ah Júpiter! esclama. ¡ Se irá, pues, él! ¡ Y un extranjero me habrá burlado en mi mismo imperio! ¿ Y no toman las armas, y de todas partes del pueblo no salen á seguirlo? ¿ Y no sacan las naves de los arsenales? Id, soltad las velas, batid los remos y llevad pronto las llamas. ¿ Pero qué digo? ¿ Dónde estoy? ¿ Qué frenesí enajena mi alma? ¡ Desdichada Dido! ¡ Ahora te lastiman tus crímenes! entónces te convenia sentirlos, cuando tú lo hacias señor de tí y de tu pueblo. Hé ahí ese brazo, esa fè tan alabada! Hé ahí el que dicen que lleva consigo los Dioses patrios, al que se encorvó para recibir en sus hombros á su padre abrumado por la edad! ¿ Y no puedo tomarle y despedazarle y esparcir sus miembros en las ondas? ¿ No puedo

degollar á sus compañeros y al mismo Ascanio, y ponerle en la mesa para que lo comiera su mismo padre? Pero la fortuna hubiera estado indecisa en este combate. Que lo estuviese, ¿á quién tenía que temer yo, que iba á morir? Hubiera llevado á su campo mis antorchas, hubiera cubierto sus naves con las llamas, hubiera acabado con el hijo, con el padre, con toda su raza, y despues yo misma me hubiera arrojado en ellas. ¡Sol que alumbras con tus rayos las obras todas del mundo! Y tu, Juno, que sabes y conduces el misterio de estas mortales ansias! ¡Y tu, Hecata invocada de noche en los pueblos con tristes clamores, en las encrucijadas de las calles! ¡Furias vengadoras! ¡Dioses de la moribunda Elisa! escuchad estas plegarias: haced sentir á los malvados vuestro justo enojo y oid mis suplicas (13). Si es inevitable que ese mónstruo llegue á un puerto y aborde á tierra; si así lo ordenan los decretos de Júpiter, y este debe ser el término de su viaje, que á lo ménos sea vencido con oprobio por las armas de un pueblo fiero, y arrojado fuera de las fronteras: que arrancado de los brazos de Iulo mendigue entre extranjeros un socorro, y presencie oprobiosas muertes en los suyos; que cuando se sometiere á la ley de una paz vergonzosa, no goce de su imperio, ni de la vida que tanto ama; sinó que muera ántes de tiempo y quede insepulto en medio de las playas. Esto es lo que os pido; esta es la última súplica que lanzo junto con mi sangre. ¡Y vosotros, ¡oh Tirios! perseguid con ódio eterno á todo su linaje y á

toda su futura descendencia. Haced este honor á mis cenizas. Jamás amistad ni tréguas entre los dos pueblos. ¡ Sal de mis huesos cualquiera que seas vengador de mi muerte, y persigue á estos colonos Dárdanos con fierro y fuego, ahora, en las edades venideras, en cualquier tiempo que se pueda combatirlos! Ruego á los Dioses que nuestras riberas sean siempre rivales de las tuyas, nuestros mares de tus mares, nuestras armas de las de ellos, y que sus descendientes y los nuestros perpétuamente pugnen. ” Dijo esto y volvía su imaginacion á todas partes buscando cuanto ántes acabar esta odiosa vida. Al fin habla brevemente á Barce, ama de Siqueo, porque la suya estaba sepultada en su antigua patria. “ Cara nodriza, le dice, traeme aquí á mi hermana. Dile que se apresure á rociar su cuerpo con la agua fluvial : que traiga consigo las ofrendas expiatorias : que venga así preparada. Y tú misma, ciñe tus cienes con las santas vendas. Mi ánimo es acabar el sacrificio que habia comenzado á preparar dignamente al Dios del lago Stigia, y entregar á las llamas de la hoguera el busto del Troyano para poner término á mis penas. ” Dijo así, y Barce acelera sus pasos con la presteza que le permiten sus viejos años.

Y Dido temblando toda y transportada por su fiero designio, revolviendo sus ojos sanguinolentos, trémulas sus mejillas sembradas de manchas lívidas, y con la palidez de la próxima muerte, se lanza al interior del palacio

y enfurecida sube á la alta hoguera, y desenvaina la espada del Dárdano, presente de ella para mejores usos. Luego que miró allí los vestidos Troyanos y el conocido lecho, se entregó un momento á sus lágrimas y á su amarga memoria. Se inclinó en la cama y soltó estas últimas palabras : “ Dulces prendas, cuando Dios y los destinos lo permitieron ! Recibid aquesta mi alma y libertadme de estos tormentos. He vivido y he llenado la carrera que me señaló la suerte, y ahora mi grande sombra descenderá á los abismos. Fundé una ciudad famosa y ví levantadas sus murallas. Vengué á mi esposo y castigué á mi desnaturalizado hermano. ¡Feliz ! ¡ay ! demasiado feliz, si jamás las naves Troyanas hubieran tocado nuestras riberas ! ” Dijo, é imprimiendo su rostro en el lecho añadió : “ ¡Morirémos sin venganza ! sí, muramos. De esta, de esta suerte quiero bajar entre las sombras : que el cruel Troyano desde la alta mar mire con sus ojos esta hoguera, y lleve consigo el presagio de mi muerte ”.

Había dicho y sus sirvientes la ven en ese momento caída, atravesada por el hierro : ven la espada y sus manos cubiertas de espumosa sangre. Dolientes gritos se oyen en los soberbios atrios. La fama esparce al punto la nueva por la ciudad y la llena de confusion. Resuenan en todas las casas los lamentos, los gemidos y los ayes de las mujeres. El éter retumba con sus grandes y lúgubres clamores, y como si todo Cartago ó la antigua Tiro se asolara por enemigos que la hubiesen tomado y

que las llamas enfurecidas se revolvieran por las casas de los hombres y por los templos de los dioses.

La hermana oyó la noticia y sin aliento y despavorida corre con trémulos pasos rasgándose el rostro con las uñas, é hiriéndose el pecho con sus puños, y se abre camino por entre la multitud, llamando á gritos por su nombre á la moribunda hermana. “¿Esto era, hermana mía, lo que pensabas? ¿Por qué me engañabas? ¡Y esto es lo que me preparaban esta hoguera, este fuego, y estos altares! Abandonada ¿cuál es lo que mas debo lamentar? ¿Por qué muriendo desdeñaste tener á tu hermana por compañera? ¡Me hubieras llamado á participar de tu misma suerte! Con el mismo acero, el mismo dolor y al mismo instante ambas hubiéramos terminado. Yo, cruel, levanté esta pira con estas manos; invoqué con mis súplicas los dioses patrios, y me retiré de tí para que así acabaras! ¡Hermana! Te has muerto y has muerto á tu nacion; al Senado de Cartago, á tu pueblo y á mí. Dadme agua para lavar su herida, y si anda errante sobre sus lábios algun último aliento, yo lo recojeré en mi boca.” Diciendo así ya había subido á las altas gradas y abrazaba á su expirante hermana. En medio de su llanto la calentaba contra su seno, y con su ropa limpiaba la negra sangre. Dido procuraba levantar los pesados ojos, y vuelve á desmayarse. La sangre de la profunda herida hierve dentro de su pecho. Tres veces apoyada sobre el codo se levantó, alzándose con esfuerzos, y tres veces

volvió á caer en la cama. Con sus errantes ojos buscó la luz en el alto cielo, y gimió de haberla hallado.

Entónces la omnipotente Juno, apiadada de tan prolongados dolores y de tan penosa muerte, mandó del Olimpo á Iris para que desprendiera esta alma que luchaba con sus corpóreos vínculos. Habiendo la infortunada, arrebatada de un pronto furor, perecido ántes del dia fijado, y no por órden del destino, ni por una muerte merecida, Proserpina aún no le habia cortado de su frente el dorado cabello, ni la habia condenado á bajar el Orco Stigio. Al pronto Iris vuela por el cielo con sus doradas alas, que humedecidas por el rocío, la oposicion del Sol les daba mil diversos colores, y se paró sobre la cabeza de Dido. “Yo, mandada desde el cielo, llevo á Pluton este holocausto y te libero de este cuerpo”. Dijo así, y le cortó con su diestra el cabello. Al pronto el calor de la vida se disipa y el alma váse por los aires.



## NOTAS DEL LIBRO IV

---

(1) *Huic uni forsā potui succumbere culpæ.*

“ Tal vez á esta sola culpa podría sucumbir ”.

En la antigüedad, aunque las segundas nupcias no eran un delito, sin embargo eran deshonrosas á la mujer. *Culpæ* también algunas veces es tomada como una indulgencia á la fuerza de un amor que no es criminal, como en el conocido verso de Stacio.

*... primæ que modestia culpæ  
Confundit vultur.*

(2) Virjilio ha imitado en estos versos el estado del alma de Dido. Las sentencias son cortadas, incoherentes; espresiones sin sentido determinado; construcciones imperfectas para mostrar la confusion en que se hallaba la Reina. El traductor tiene que unir la exactitud de la version á la propiedad de la diction. Yo, despues de mil tentativas y variaciones, no quedo sin embargo satisfecho de la traduccion que doy.

(3) *Hic Himenæus erit...*

“ Allí estará himeneo. ”

Davidson con otros observa que la presencia de Hímeneo sería fuera de tiempo y sin objeto, desde que Juno, Diosa mayor que presidia al matri-



monio, iba por sí misma á hacer llenar los ritos; que, por esto, *hic* no es adverbio sinó pronombre; que *Hymenæus* está tomado por Virgilio en el sentido figurado del matrimonio mismo; que el poeta solo ha querido decir que ese acto, ese paso, *hic*, seria luego un verdadero matrimonio *Hymenæus erit*; y así él traduce:

“ *This deed of mine Hymen himself shall ratify.* ”

Siendo dudoso el texto, yo he seguido la version mas general.

(4) *Mæoniâ mitrâ.*

“ La mitra Lidia. ”

La Mitra Meoneana ó Lidia, era una especie de cofia que usaban las mujeres de la Lidia.

Era deshonoroso á los hombres el llevarla, y mas cuando se la ceñian con cintas bajo de la barba.

(5) *... et lumina morte resignat.*

“ Y pone en los ojos el sello de la muerte. ”

Davidson traduce en sentido enteramente contrario:

“ *And opens the eyes which death had sealed.* ”

Dryden lo mismo:

“ *And eyes though clos'd in death, restores to light.* ”

Barthélemy igualmente:

“ *Qui ranime des yeux obscurcis par la mort.* ”

Pero Villeneuve y muchos otros traductores y comentadores entienden las palabras citadas en el sentido que las he traducido. *Resigna* por *claudit* y no por *aperit*. Bondi, tan exacto traductor, las olvida á propósito, y no vierte esta parte del verso. Annibal Caro para no errar reúne los dos sentidos en una version muy libre: *E vita é morte aduna*. Yo en la duda me he ceñido á la traducción que he creído mas literal.

- (6)                   ... *qualis commotis excita sacris*  
*Thyas.*

“ Cual Zyada excitada por las sagradas fiestas. ”

Traduzco *commotis Sacris*, “ por las sagradas fiestas ”, porque entre los Romanos *commovere sacra* era una frase usada para designar el principio de las festividades de los Dioses en sus días de fiesta, cuando sus simbolos ó estátuas eran sacadas de los templos para ser llevados en procesion.

- (7)                   *Aut Agammenonius scenis agitatus Orestes,*

“ O cual en la escena Orestes hijo de Agamenon. ”

Barthélemy traduce : *Tel Orestes aperçoit, dans ses noires chimères.*

Dice que probablemente Virjilio no entiende aquí por *scenis* el teatro, sinó las escenas fantásticas, las visiones que se presentaban á la imajinacion de Orestes ; porque habría una especie de anacronismo en la comparacion, pues que las tragedias de Eurípides no existian en tiempo de Dido. Pero no siendo Orestes el que habla, sinó el poeta, posterior á Eurípides, el anacronismo desaparece.

- (8)                   ... *et arma viri, thalamo quæ fixa reliquit*  
*Impius, exsuviasque omnes, lectumque jugalem*  
*Quo perii, super imponas...*

“ Y por encima las armas que el pérfido dejó colgadas en mi dormitorio, todas sus prendas y el lecho conyugal donde yo perei. ”

Algunos traducen, “ que dejó colgadas en mi cama ”, *thalamo*. Pero ciertamente que Virjilio no diría eso de su héroe. *Thalamus* es la alcoba, el aposento de los casados En un sentido figurado, tomando lo principal por el todo, se usa en una segunda acepcion por el lecho conyugal. Algunos versos ántes, Virjilio ha dicho :

• *Marmoreo referunt thalamo, stratisque reponunt.*

“ La llevan á su aposento de mármol y la ponen en su cama. ”

A Barthélemy y á otros les ha parecido una dición grosera *quo perii*, y no han querido traducir á la letra estas palabras.

El las vierte así :

*“ Le lit qui m'a perdue.”*

Pero esta version, á mas de ser vaga é inexacta, no es conforme á los hechos que el poeta ha referido en las primeras páginas de este canto. Yo, á ejemplo de Caro y otros, he traducido la espresion literalmente, porque el traductor nunca debe alterar el texto. No es extraño que una mujer en el estado que se hallaba Dido se sirviese de esas palabras.

(9) *Effigiemque toro locat...*

“ Y pone sobre el lecho el busto de Eneas. ”

Virjilio no supone que Dido tuviera el retrato de Eneas, como algunos lo han creido. Uno de los ritos de la arte mágica era preparar un busto de la persona contra la cual el encanto se hacía. Con la efigie se ejecutaba lo que se habría hecho con la persona misma. Así es que el poeta en el solemne momento de subir Dido á la hoguera olvida la efigie y solo dice :

*Postquam Iliacas vestes notumque cubile.  
Conspescit.*

(10) *Ter centum tonat ore Deos,*

“ Evoca con voz de trueno trescientas veces á los Dioses. ”

Puede traducirse tambien: “ los trescientos Dioses”, y aún “ tres veces los cien Dioses ”.

(11) *Quæritur et nascentis equi de fronte revulsus,  
Et matri præreptus amor.*

“ Pone tambien la escrecencia arrancada de la frente de un caballo recién nacido arrebatado al amor de la madre. ”

Dicen que los caballos de los antiguos nacia con un tumor en la frente, al cual le atribuian mil virtudes en la composicion de los filtros, y que fijaba el amor de la madre.

(12) *Unum exsuta pedem vinculis,*

“ Descalzada de un pié. ”

Cuando se rompía un matrimonio, era costumbre entre los antiguos que la mujer se quitase el calzado de un pié.

(13) *... meritumque malis advertite numen,*

“ Haced sentir á los malvados vuestro justo enojo. ”

*Malis* puede ser el dativo de *malum* ó de *malus* : significa, desgracia, infortunio, etc., y tambien malvado, ímprobo, etc. Davidson le da el primer sentido, *malis*, “ mis desgracias,” y traduce :

“ *In justice to my wrongs, turn to me your divin regard.* ”



## LIBRO QUINTO

**A** ese tiempo Eneas (1), confiado en su destino, se dirijia con sus naves á la alta mar, y con viento favorable cortaba las negras olas, mirando los edificios de Cartágo que resplandecen por la hoguera de la infeliz Elisa. Aunque los Troyanos ignoraban la causa de tan grande incendio, no se les ocultaba de lo que es capaz una mujer desesperada, lo que pueden los violentos dolores de una pasion ultrajada, y un triste presentimiento llevaban en sus pechos.

Luego que la flota estuvo en alta mar, y cuando ya no aparecía ninguna tierra, sinó que cielo y agua se miraba á todas partes, una negra nube que traia la noche y la tempestad se para sobre ellos, haciendo mas espantosas las ondas con sus tinieblas. El mismo piloto Palinuro, desde la alta popa esclama: “ ¡ Ah ! ¿ por qué tan espantosas nubes cubren por todas partes los cielos ? ¡ Oh Padre Neptuno ! ¿ Qué nos preparas ? ” Despues que habló así, manda aferrar las vèlas, cargarse sobre los

valientes remos, bolinar las vergas y dice: “ ¡ Magnánimo Eneas ! aunque Júpiter me lo prometa y lo ordene, no esperaría abordar á Italia con este cielo. Mudados los vientos, se levantan ahora del negro Poniente ; braman por el costado y toda la atmósfera no es sinó una nube. Ni podemos luchar contra ellos, ni aún bastamos á gobernar contra su furia. Cedamos, pues ; que la fortuna triunfe y sigamos el camino por donde ella nos lleve. Ni creo que estén léjos las hospitalarias costas de tu hermano Erix y los puertos de Sicilia, si es que bien recuerdo los astros que observé. Entónces el piadoso Eneas le responde : “ Ya veo que para allí ciertamente nos llevan los vientos y que en vano luchas contra ellos. Cambia las velas. ¿ Qué tierra para mí mas grata, ni cuál mejor puedo desear para poner las cansadas naves, que aquella que me conserva al Troyano Acetes, y que guarda en su seno los huesos de mi padre Anquises ? ” Luego que hubo dicho estas palabras, se dirijen á los puertos de Sicilia, y los propicios céfiros hinchan las velas. La rápida flota vuela por la mar, y al fin alegres abordan á una costa conocida.

Acetes, hijo de Troyana madre, tenido del rio Criniso, que desde la alta cumbre de un monte habia visto con asombro que á lo léjos llegaban naves amigas, sale á encontrarlas rudamente armado de jabalinas y cubierto con la piel de una Osa de la Libia. Él, acordándose de sus antiguos padres, celebraba con ellos su vuelta, y lleno

de placer les prodiga rústicos presentes, y alivia sus fatigas con obsequios amistosos.

Al día siguiente, luego que la luz del Sol hubo echado las estrellas con sus primeros albores, reúne Eneas á sus compañeros esparcidos en toda la ribera, y desde la eminencia de una pequeña colina les habla así: “¡ Ilustres Dárdanos! descendientes de la ilustre sangre de los Dioses, el año completa hoy el círculo de seis meses cabales, desde que sepultamos en la tierra las reliquias y los huesos de mi divino padre y le consagramos fúnebres altares. Ya ha llegado el día, si no me engaño, que triste será siempre para mi, y siempre venerable! ¡ Dioses! ¡ Así lo habeis querido! Hálleme desterrado en los desiertos arenosos de la Getulia, ó acometido por los vientos en los mares de Argos, ó cautivo en la ciudad de Micenas, cumpliré sin embargo cada año mis votos, le haré las solemnes pompas funerarias de costumbre, y colmaré los altares con las debidas ofrendas. Y ahora si nos encontramos sin esperarlo donde están las cenizas y los huesos de mi padre; y si hemos llegado á un puerto amigo, y entrado en él, creo ciertamente que no es sin la voluntad y favor de los Dioses. Venid, pues, y reunidos hagámosle solemnes fiestas; pidámosle vientos favorables, y que permita que fundada nuestra ciudad, todos los años renovémos este homenaje en los templos que le consagremos. Acetes, hijo de Troya, os dá dos bueyes por cada nave. Invitad al banquete los Dioses patrios (2),



y los que adora vuestro huésped Acetes. Además, si la novena aurora trajese á los mortales un dia sereno, alumbrando al mundo con sus rayos, dispondré juegos en los que las naves Troyanas se disputen en ligereza primeramente; y despues á cuál sea mas veloz en la carrera, ó quién mas fuerte en la lucha, ó quién sobresalga en arrojar el dardo y las ligeras flechas, ó á quién se atreva á combatir el peligroso cesto. Que todos estén presentes y esperen los premios dignos de la victoria. Ahora guardad silencio y ceñid con ramos vuestras sienes” (3).

Dijo así, y ciñe su frente con el mirto consagrado á su madre. Esto mismo hace Helimo, esto el anciano Acetes, el niño Ascanio, y todos los Troyanos los imitan. Eneas desde aquella reunion, se dirigió al sepulcro de Anquises en medio de innumerable pueblo y seguido de un grande acompañamiento. Allí, segun el solemne rito, derrama en el suelo dos vasos de vino puro, dos de fresca leche, y dos de sangre consagrada (4), esparce escojidas flores, y así esclama (5): “ ¡Salud, divino padre mio! ¡Os saludo otra vez, alma y sombra paterna, cenizas que en vano vuelvo á encontrar! No ha agradado al cielo que yo buscara con vosotras las rejiones de Italia, las fatídicas tierras, ni el Ausonio Tiber, cualquier que sea.”

Habia dicho esto, cuando de lo profundo del sepulcro se arrastra una grande y lustrosa serpiente desarrollando siete espirales, siete voluminosos anillos. Se enrosca apaciblemente alrededor del sepulcro y se des-

liza por los altares: su piel y sus escamas de cerúleas manchas, resplandecian con matices de oro; tal como el arco de las nubes cuando por la oposicion del Sol despide mil variados colores. A su aspecto Eneas quedó asombrado. Ella, estendiéndose luego en largas líneas por entre las copas y tersos vasos, gustó lijeramente de los manjares, y sin hacer daño volvió otra vez á lo profundo del sepulcro, dejando mordidas las ofrendas. Animado Eneas con este prodijio (6), y dudando si fuese el genio del lugar, ó el sirviente de la sombra de Anquises, vuelve á comenzar los sacrificios empezados en honor de su padre. Inmola segun costumbre, cinco ovejas de dos años, y otros tantos puercos, é igual número de novillos de negros cueros; derramaba el vino de las copas y llamaba el alma del grande Anquises y sus manes á que vinieran á este festin desde el Aqueronte. Sus compañeros igualmente, traen alegres sus ofrendas, segun puede cada uno: colman los altares y sacrifican novillos: otros ponen en fila calderos de bronce y tendidos en la yerba estienden brasas bajo de los asadores, y asan las entrañas.

El día esperado habia llegado, y ya los caballos de Faeton traían con blanda luz la serena aurora. La fama de la fiesta y el nombre del ilustre Acetes, se habia esparcido en los pueblos vecinos. Las riberas estaban llenas de alegre multitud; unos para ver á los Troyanos, y otros dispuestos á probarse con ellos. Se exponen ántes

los premios en medio del circo á la vista de todos. Sagradas trípodas, coronas de verdes ramos y palmas, honor de los guerreros, armas, vestidos teñidos de púrpura, talentos de oro y plata : y luego la trompeta desde una altura anuncia que los juegos han principiado.

Los comienzan cuatro pareadas naves de pesados remos escojidos de toda la flota (7). Muesteo gobierna la velóz Pristis con ardientes marineros ; Muesteo llamado despues el Italiano, de cuyo nombre trae su origen la familia de los Memmios. Gías con tres filas de jóvenes Troyanos, levantando igual órden de remos, impele á la inmensa Chimera, cual movible ciudad. Sergesto, de quien trae su nombre la familia Sergia, monta la grande Centauro, y Cloanto de quien traeis vuestro origen, Romanos Cluencios, manda la cerúlea Scila.

Está á lo léjos en la mar un peñasco en frente de unas espumosas riberas, el cual batido por las hinchadas olas, queda sumerjido cuando los vientos del invierno ocultan los astros; mas en calma, es un campo llano y silencioso que se alza sobre las tranquilas ondas, grata mansion de los cuervos marinos cuando buscan el abrigo. El padre Eneas levantó en él un verde pié de hojosa encina, para que los marineros supiesen desde donde habian de dar la vuelta despues de rodeada por un largo jiro.

Luego los Capitanes toman por suerte los puestos de las naves y parados en las popas ricamente vestidos de

oro y púrpura, resplandecian hasta larga distancia. Los jóvenes marineros se coronan con gajos de álamos, y sus desnudas espaldas brillan frotadas con aceite. Se sientan en sus bancos, tendidos ya los brazos sobre los remos y atentos esperan la señal. El temor de la ignominia que los ajita y el ardiente desco de gloria, hace palpar sus ansiosos corazones y los tiene sin aliento. Luego que la sonora trompeta se hizo oír, todas las naves al punto se lanzan desde sus puestos. Los gritos de los marineros hienden los cielos; la mar se cubre de espumas, revuelta por los nerviosos conductores. Trazan en ella otros tantos surcos, y todo el piélago se entrea-bre removido por los remos y por los rastros de las proas de tres órdenes de dientes.

No tan rápidos salen los carros de la barrera en el certámen del circo y se lanzan á la lid; ni tan ardientes los Aurigas inclinados sobre los caballos los apuran y agitan las flotantes bridas, levantando los brazos para azotarlos. Los bosques vecinos resuenan con los aplausos y murmullo de los espectadores, que exortan á los combatientes. Las voces se repiten á lo largo de las riberas, y hendidos los collados retumban con los gritos. Gias en medio de las aclamaciones y del bullicio, pasa á los otros deslizándose por las delanteras ondas. Le sigue Cloanto mas fuerte en remos, pero lleva una nave mas pesada por su maza. Tras de ellos y á igual distancia, la Pristis y la Centauro se esfuerzan en gañar el primer lugar. Ya

la Pristis la ha pasado, ó ya la grande Centauro la deja atrás vencida, ó ya ambas con pareadas proas, corren iguales, dejando sus cascos largos surcos en las saladas aguas.

Ya se acercaban á la roca y llegaban al término, cuando Gias que iba delante triunfante en la alta mar, grita á Menestes, piloto de su nave: “¿Por qué vas tan á la derecha? Dirije hácia acá tu rumbo, acércate á la costa de la roca y deja que las palas rozen los escollos de la izquierda, que otros vayan por lo profundo del mar”. Dijo, pero Menestes, temiendo ocultos peñascos, vuelve siempre la proa á lo hondo de la mar. Entónces Gias, segunda vez, le dice á gritos: “¡Menestes! ¿A dónde vas tan apartado? ¡Dirijete al peñasco!” En ese momento mira á Cloanto á su espalda, que ya le alcanza, dirijiéndose á lo mas inmediato de la roca. Él, metiéndose estrechado entre la nave de Gias y la bramante Peña, pasa la nave que iba delante. Dejando atrás la señal, boga ya sin cuidado. Entónces un agudo dolor inflama hasta los huesos del jóven Gias, y las lágrimas corren por su rostro. Olvidado de su propio rango y de la salud de sus compañeros, arroja al mar con violencia desde la alta popa al anciano Menestes, y haciendo de piloto y comandante, toma él mismo el timon; le vuelve hácia el peñasco y anima á los marineros. El viejo Menestes salido al fin con trabajo, desde el profundo fondo, destilando agua de sus empapadas ropas, se dirige á la

cima del escollo y se sienta en las secas piedras. Los Troyanos rieron cuando fué echado á la mar, reían al verle nadar, y rien cuando arrojaba de su pecho las saladas aguas.

Este suceso incendió en los dos que venian detrás, Sergesto y Muesteo, la lisonjera esperanza de pasar á Gias que habia perdido camino. Sergesto se adelanta y se acerca á la roca; pero no pasa á Muesteo con todo el cuerpo de su nave; una parte de ella está adelante, y la Pristis disputando en lijereza, va tocando su costado con el rostro de la proa. Muesteo marchando á prisa por el medio de su nave y de los marineros, los anima diciéndoles: “ ¡Compañeros de Héctor! que asocié á mi en la última hora de Troya! ahora, ahora, forzad los remos; mostrad en este dia aquel vigor, mostrad aqui aquel corage que mostrasteis en las Sirtes de Getulia, en el mar Jónico y en las rápidas corrientes del Cabo Malé. Ya Muesteo no pretende el primer premio, ni me empeño por vencer. ¡Ah! ¡ojalá que le obtengan aquellos á quienes tú les diste, oh Neptuno! ¡Compatriotas! es vergonzoso llegar los últimos; evitad esta afrenta, y con esto habreis obtenido un triunfo”. Los marineros, á cual con mas ardor, se cargan sobre los remos. La forrada nave retiembla á sus fuertes empujes, y por bajo de ella huye la líquida llanura. Jadeaban sus miembros y secas fauces, y cual un arroyo el sudor corre por todo su cuerpo. El arrebatá á la Centauro por un acaso el de-

seado triunfo. Mientras Sergesto transportado de ira impele la proa á lo mas inmediato del peñasco y la lanza por el estrecho espacio; el infeliz encalla en escollos que se estendian bajo el agua. Las rocas se conmueven; despedázanse los remos estrellados sobre las ásperas puntas, y la nave rota quedó allí varada. Levántanse los remeros, y se detienen dando grandes gritos, mientras sacan ferradas varas y picas de agudas puntas, y recojen de la mar los quebrados remos.

Entonces Muesteo lleno de contento y mas ardiente con aquel suceso, empeñando toda la fuerza de sus lijeros remos, é invocando los vientos, se dirige á las mansas aguas y corre por el tranquilo piélago. Cual paloma súbitamente espantada de la cueva en el cavernoso peñon do tiene su aposento y dulce nido, sale volando á los campos y azorada se sacude con grande ruido al dejar su morada, y luego tendida en la tranquila atmósfera hiende el diáfano camino sin batir sus lijeras alas; tal Muesteo lleno de vehemencia lleva volando su nave; así la Pristis surca en su carrera el último espacio. Y primero deja atrás á Sergesto luchando con las altas rocas y los arenosos bajíos, pidiendo en vano auxilio, empeñado en seguir corriendo con los rotos remos; y luego alcanza á Gias y á la misma Chimera de inmensa mole, la cual es pesada porque se halla privada de Piloto. Ya solo á Cloanto que llegaba al término quedaba por vencer. Le sigue, y empeñando todos los valientes esfuer-

zos de los suyos, ya le alcanza. Entónces redoblan los gritos: los espectadores le estimulan con sus aplausos y el éter retumba con sus aclamaciones. Los unos se indignan de perder su honra y el honor que han conseguido, y querian aún con la vida comprar la victoria. A los otros les alienta el suceso; pueden vencer, porque creen poderlo. Y tal vez, pareadas sus proas, ambas hubiesen obtenido el premio, si Cloanto tendiendo hácia la mar sus dos manos, no hubiera lanzado esta súplica é inclinado los Dioses á su favor. “¡Dioses que teneis el imperio del mar sobre cuyas aguas voy corriendo! yo, obligado por el voto que hago, os sacrificaré gustoso en esta misma ribera ante vuestros altares un blanco toro; echaré sus entrañas en las saladas ondas y haré libaciones con el vino mas puro.” Dijo, y todo el coro de las Nereidas y de Foros y la vírgen Panopea oyéronle desde el seno de las ondas, y el mismo Dios Portuno impelió la nave con su potente brazo. Esta, mas pronta que el viento, que la alada flecha, vuela hácia tierra y pónese en el extremo del puerto.

Luego el hijo de Anquises reúne á todos segun costumbre, y por la alta voz de un heraldo declara vencedor á Cloanto y ciñe sus sienes con verde laurel. Manda que se den por recompensas á las naves que han competido, tres novillos, abundante vino y un grande talento de plata. Añade, para los Gefes, presentes mas especiales. Al vencedor, una clámide entretrejida de oro (8) en la



cual serpentean alrededor, cual el río Meandro, dos anchas ondas de púrpura de Melibia. Sobre esta tela estaba representado un réjio jóven que en el frondoso Ida, lleno de brío corría persiguiendo con sus flechas los lijeros ciervos; y parecía vérsese respirar con esfuerzo: el veloz pájaro que lleva las armas de Júpiter le arrebató desde el Ida con sus garras y le lleva por los aires: sus ancianos ayos tienden en vano sus brazos á los cielos; y en vano sus perros enfurecidos ladran á los aires. — Y al que fué segundo en la victoria, le dá para su uso una coraza de triple malla de finos anillos de oro, adorno y defensa en los combates; la cual el mismo Eneas, vencedor en las orillas del torrentoso Simois, había quitado á Demoleon al pié de la ciudadela de Troya. Era tan pesada, que los esclavos Tegeo y Savaris juntos, apénas la llevaban en sus hombros; y sin embargo Demoleon en otro tiempo cubierto con ella corría á los despavoridos Troyanos. El tercer premio lo formaban dos grandes vasos de bronce y dos navetas de plata de acabado trabajo con diversas figuras en relieve.

Ya todos los premiados engreídos con sus presentes, marchaban ceñidas sus sienas con rojas cintas, cuando Serges apénas desacido del funesto peñasco por su mucha destreza, perdidos los remos y una de sus órdenes de bancos, traía sin honor la baldonada nave. Cual serpiente, como suele acontecer, sorprendida en la eminencia de un camino, cuando sobre ella atraviesan aceradas

ruedas, ó que el viagero irritado la ha dejado herida y media muerta con el golpe de una piedra, y procurando huir, forma en vano largas espirales con su cuerpo: por un lado fiera, lanzando llama de sus ojos, levanta orgullosa el cuello dando agudos silvidos; por el otro extremo inmóvil por la herida, apénas se encorva y se envuelve sobre sus propios miembros; tal la nave de Sergesto con sus rotos remos, lenta se movía; pero tiende sus lienzos y entra en el puerto á velas desplegadas. Eneas satisfecho con que Sergesto hubiera salvado la nave y vuelto á traer la gente, asígnale uno de los premios prometidos; le dá la esclava Teole, natural de Creta, instruida en los trabajos de Minerva, á cuyos pechos iban dos hijuelos.

Terminado este juego, el piadoso Eneas se encamina á una herbosa llanura, que rodean por todos lados altas colinas coronadas de bosques. En el centro del valle estaba un circo á manera de anfiteatro, por donde el héroe atraviesa acompañado de miles de espectadores, y ocupa el elevado asiento que se le había preparado. Desde allí invita á todos con valiosas recompensas; por si hay quien quiera disputar á la veloz carrera, y les pone á la vista los premios que obtendrán. De todas partes concurren mezclados Teucros y Sicilianos. Niso y Eurialo, los primeros; Eurialo en lo florido de sus años, famoso por su belleza; Niso tierno amigo de este jóven. Tras de estos sigue el real Deores de la

ilustre estirpe de Príamo. Despues de él salieron junto con Patro, el uno de ellos Arcaniano, el otro de la Arcadia, de una familia de Tejea. Despues dos jóvenes Sicilianos, Helimo y Panopes, acostumbrados á cazar en los bosques, compañeros del anciano Acestes; y muchos otros á los cuales su oscuro nombre los oculta. Puesto Eneas en medio de ellos les habla así; “ Atended lo que voy á deciros y estad contentos. Ninguno de los que se disputen los premios irá sin un presente mio. Yo os daré dos lustrosos dardos Cretenses de acicalado fierro, y un hacha de dos filos guarnecida de plata cincelada. Este honor será comun á todos. Los tres mas distinguidos recibirán otros premios y su frente será coronada por hojosa oliva. El primer vencedor obtendrá un caballo ricamente enjaezado; el otro un carcaj de Amazonas lleno de flechas de la Tracia, envuelto en una ancha banda de oro á la cual está prendida por un broche de brillantes piedras; el tercero irá contento con este yelmo Griego”.

Luego que hubo dicho estas palabras, toman ellos sus puestos, y al punto que la señal fué oída, se lanzan desde la barra, y veloces, cual los torbellinos, corren por la llanura clavando todos los ojos en el término. Niso, mas lijero que el rayo, que los alados vientos, va delante distinguiéndose entre todos, y dejando léjos á los otros. Salio vá atrás de él, pero á larga distancia. Despues de algun espacio Eurialo es el tercero. A Eurialo le sigue

Helimo; y ya sobre este vuela Diores, resollando á sus espaldas y pisándole los piés. Si la carrera fuera mas larga, le pasaría ó dejaría dudoso el premio. Y ya cansados llegaban á la raya y tocaban el término, cuando el infeliz Niso resbálase en la blanda sangre de novillos que casualmente se habian inmolado allí, la cual derramada en el suelo empapaba las verdes yerbas. El jóven que iba lleno de alegría, y ya victorioso, no pudo sostener en el suelo que pisaba sus vacilantes pies, y cae hácia delante sobre el inmundo lodo y la sagrada sangre. Pero él no se olvidó de Eurialo ni de su mútuo amor, y levantándose sobre las deslizantes yerbas, se opone á Salio, el cual echado sobre la mojada arena, cayó rodando al suelo.

Le pasa á Eurialo, y vencedor por el favor de un amigo, vuela entre el aplauso y gritería que le victoreaba, y llega el primero al término. Despues llega Helimo; y luego Diores la tercer palma obtiene. Entónces Salio hace resonar sus altos clamores por toda la reunion del vasto circo, y ante la augusta presencia de los ancianos, pide que se le restituya el honor que un fraude le ha arrebatado. El favor de los espectadores protege á Eurialo, y le defienden sus lastimosas lágrimas y la virtud que se unia á la belleza de su cuerpo. Diores que aspira á un premio le ayuda, y á gritos le llama vencedor; pues si á Salio se concediera el primer honor, en vano él pretendería la última palma. Entónces el padre

Eneas les dice: “ ¡ Jóvenes! vuestras recompensas están seguras. Nadie trastorne el orden de los premios; que me sea permitido compadecer la desgracia de un amigo inculpable”. Habló así y dá á Salio la grande piel de un leon de la Getulia con uñas de oro, pesada por su melena. Entonces Niso le dice. “ Si tales premios se dan á los vencidos y si así te apiadas de los que han sucumbido ¿qué digna recompensa darás á Niso, pues á mi mérito correspondía la primera corona, si la adversa fortuna que traicionó á Salio no me la arrebatara!” Y al decir estas palabras mostraba su rostro y todo su cuerpo sucio con el ensangrentado barro. El buen padre Eneas se sonrió á su vista, y manda traer un escudo, obra de Didimaon, desclavado por los griegos de las puertas de un templo de Neptuno, y premia al gallardo jóven con este raro presente.

Despues que hubo concluido el juego de la carrera y distribuido los premios. “ Ahora, dice, si hay alguno que sienta en su pecho coraje y resolucion, salga y levante sus brazos ceñidos ya los cestos en sus manos.” Dijo así, y para este certámen propone dos premios. Para el vencedor un novillo de dorados cuernos y cubierto de cintas. El vencido tendrá para su consuelo una espada y un insigne yelmo.

Lijero se levanta Dares, mostrando sus potentes fuerzas entre el gran aplauso de los espectadores. Este era el único que acostumbraba combatir contra Páris,

el mismo que sobre el sepulcro donde yace el grande Héctor abatió al triunfante Butes de injente cuerpo que se jactaba de descender del linaje de Amico, Rey de Brebicia, y le tendió moribundo sobre la rubia arena. Tal era Dares. ÉJ, mostrándose el primero en combatir, sobre todos levanta en el circo su alta cabeza, ostenta sus anchas espaldas, y esgrimiendo uno y otro brazo, azota el aire con violentos golpes. Se le busca un rival, y nadie de reunion tan numerosa se atreve á combatir con aquel héroe, quien ceñia en sus manos el cesto. Entónces, lleno de gozo, creyendo que habia triunfado de todos, llégase á los piés de Eneas, y sin mas esperar, toma con la izquierda el toro de los cuernos y dice así: “Hijo de una Diosa, si nadie se atreve á esponerse á este combate ¿con qué fin me detengo, y hasta cuándo debo estarme aquí? Manda que se me den los premios. Todos lo Troyanos á una le ayudaban sus aclamaciones y pedian que se le entregaran las recompensas prometidas. En esto, irritado Acestes, reconviene con estas palabras á Entelo que junto á él estaba sentado en el verde estrado del prado: “¡Entelo! en otro tiempo tenido en vano por el mas valiente de los héroes, ¿sufirías paciente que un premio tan grande sea llevado sin que haya quien lo dispute? ¿Dónde está ahora aquel nuestro Dios Erix que sin objeto llamas tu maestro? ¿Do la fama que gozabas en toda la Sicilia y aquellos trofeos que colgabas en tus salas?” A esto Entelo, le responde:

“Jamás el miedo extinguió en mi pecho el deseo de honor y de gloria, mas mi sangre helada por la tarda vejez, desfallece mi cuerpo, y mis agotadas fuerzas han desaparecido de mis miembros. Si ahora yo estuviera en aquellos floridos años en que gocé de lo que este insolente tanto presume con vana confianza, saldría á la palestra, no llevado por el premio ni por ese hermoso toro, pues yo no cuido de recompensas”. Diciendo así, arroja en medio de la lid dos cestos de monstruoso peso que el ardiente Erix acostumbraba llevar en sus manos en los combates, engastando sus brazos con los fuertes correones. Se asombran todos de tan grandes mazas. Eran formados de siete enormes cueros de bueyes cuyas costuras encerraban planchas de fierro y de plomo. El mismo Dares mas que ninguno, quedó espantado y enteramente rehuye el combate. El magnánimo hijo de Anquises vuelve y revuelve los poderosos cestos, y las inmensas fajas de los correones. Entónces conmovido el anciano campeón les dice estas palabras: “ ¡Qué sería si alguno de vosotros hubiera visto los cestos y las armas del mismo Hércules, y el triste combate tenido en esta misma ribera! Tu hermano Erix llevaba estos cestos en otro tiempo. Míralos aún manchados con sangre y con restos de cráneos despedazados. Con ellos combatió contra el grande Alcides. Yo tambien los llevaba cuando una sangre mas ardiente animaba mis fuerzas y la envidiosa vejez aún no derramaba blancos

cabellos sobre mis dos sienes. Pero si el Troyano Dares no admite estas mis armas; si así le agrada al piadoso Eneas, y lo aprueba Acestes, autor de la lucha, los igualaremos. No temas, Dares, yo te dispense de combatir contra las armas de Erix; deja tú los Troyanos cestos". Diciendo esto, arroja de sus espaldas el doble manto y descubre los enormes músculos de sus miembros, sus grandes huesos, sus nerviosos brazos, y con su gigantesca talla se para en medio de la arena. Entónces el augusto hijo de Anquises hace traer cestos de un peso, y enlaza las manos de ambos con armas iguales. Al pronto se alzan y se paran sobre las puntas de los piés, é intrépidos levantan sus brazos contra el enemigo por los sublimes aires. Ambos retiran hácia atrás léjos del golpe las erguidas frentes; traban las manos con las manos, y se provocan al combate. El uno lleva la ventaja de la agilidad de sus piés y de los frescos años que le dan confianza. El otro sobresale por la mole de su cuerpo; pero que tiembla bajo las tardas rodillas que desfallecen; y un fatigado aliento hace batir sus enormes miembros. Los guerreros en vano se descargan mil golpes; muchos caen sucesivamente sobre sus costados y hacen retumbar sus pechos con prolongado ruido. El ferrado puño anda por las orejas y las sienes, y las quijadas crujen bajo el duro cesto. Entelo está firme é inmóvil en el mismo lugar, y con sus ojos vijilantes y diestros movimientos de su cuerpo, burla las armas del enemigo. Y Dares, cual sol-



dado armado, que ataca una alta ciudad de gruesas murallas, ó que sitia un castillo puesto en las montañas, y recorre todo el lugar buscándose con astucia una entrada por una y otra parte, y le acomete con diversos asaltos, quedando al fin burlado. Entelo alzándose levanta su brazo y le lanza sobre su enemigo. Dares al pronto prevee el golpe que viene desde arriba y le corta por un movimiento de su ligero cuerpo. El esfuerzo de Entelo se desvanece en los aires, y el ímpetu y su propio peso arrastra al suelo con violencia su poderosa maza; como alguna vez arrancado de sus raíces ó minado por los años, cae el pino del Erimanto ó del Ida. Los Troyanos y toda la juventud Siciliana se levantan ajitados de diversos afectos. Los gritos llegan hasta los cielos. Acestes corre el primero, y compadeciendo á su amigo tan anciano como él, lo levanta del suelo, pero el héroe sin turbarse ni aterrarse de aquella desgracia, con mayor brio vuelve al combate. El furor excita entónces sus fuerzas y la vergüenza y el conocimiento de su poder inflaman su valor. Ardiendo en ira persigue por toda aquella llanura á Dares, que huía precipitadamente, redoblando sobre él los golpes, ya con la derecha, ya con la izquierda, sin darle trégua ni descanso. Cual las nubes cuando arrojan con incesante ruido gran acopio de granizo sobre los techos, así el impetuoso héroe descarga sobre Dares multiplicados golpes; le echa léjos con una de sus manos y con la

otra vuelve á traerle. Entónces el padre Eneas no permitiéndole que fueran mas adelante los furores de Entelo, ni que su fiera alma se embraveciera mas, puso fin al combate, arrancando de allí al cansado Dares. Consuélele con dulces palabras y le habla así: “¡ Desdichado! ¿ qué frenesí tan grande turba tu alma? ¿ No sientes sobre tí fuerzas que no son humanas y la presencia de Divinidades enemigas? ríndete á un Dios.” Dijo, y á su voz cesó el combate. Al punto sus fieles amigos le llevan á las naves arrastrando sus desfallecidas rodillas, flotando su cabeza sobre uno y otro hombro, y arrojando de la boca espesa y negra sangre y los dientes revueltos en ella. Lo llamaron y le entregan el casco y la espada, dejando la victoria y el toro para Entelo. Este, triunfante, soberbio y orgulloso con el premio dice así: “¡ Hijo de una Diosa! y vosotros Troyanos! vais á saber cuales fueron mis fueros en la juventud y de cual muerte habeis librado á Dares.” Dijo, y se puso enfrente del toro que estaba allí como premio del combate, y levantando hácia atrás su diestra, descargó los duros cestos en medio de los cuernos, y los hundió entre los huesos del despedazado cérebro. Temblando el exánime toro, cae en tierra y muere. Entelo puesto sobre él lanza de su pecho estas palabras: “Erix, yo te ofrezco en lugar de la vida de Dares esta víctima mas digna. Vencedor, renuncio aquí á mi arte, y depongo los cestos”.

Encas invita luego á los que quieran competir á

tirar la lijera flecha y pónelos á la vista los premios. Levanta con la potente mano el mástil de la nave de Sergesto y suspende en su estremidad una paloma atada de una cuerda, como blanco de las flechas. Reunidos los arqueros, un casco de bronce recibe los nombres de ellos, que han de sacarse por suerte. El primero que sale con grandes aplausos es el de Hipocoon hijo de Hyrtaceo. Síguele Muesteo que recién acababa de ser declarado vencedor en el certámen naval. Nesteo que fué coronado con la verde oliva, Euricion era el tercero, hermano tuyo, ¡ilustre Pándaro! que en otro tiempo inducido por Palas á romper los tratados, fuisteis el primero en arrojar un dardo en medio de los Griegos. El nombre de Acestes que se habia atrevido á participar de estos juveniles ejercicios, queda el último en el fondo del yelmo. Entónces cada uno de ellos con sus valientes fuerzas encorva el flexible arco y sacan las flechas del carcax. La del jóven hijo de Hyrtaceo es la primera que de la resonante cuerda sale azotando los lijeros aires; corre por el espacio, llega y se clava en el mástil que estaba al frente. El madero tembló; la ave espantada sacudió de susto sus alas, y el campo y las riberas todas resonaron con inmenso aplauso. Se presenta despues el ardiente Muesteo con el arco tendido, la cabeza levantada, fijando en el blanco sus ojos y la flecha; pero el desgraciado no pudo tocar con la flecha el cuerpo de la ave, mas cortó el nudo y la cuerda de lino de la cual

pendia del alto mástil atada de los piés. Ella suelta el vuelo y huye por los aires hácia las negras nubes. Entonces el pronto Euricion que ya tenía el arco preparado y tendida la flecha, invocando á su hermano en su auxilio y mirando á la ufana paloma batir sus alas en el sereno cielo, la traspasa entre una negra nube. Cae al punto muerta dejando su vida en los etéreos astros, y trayendo á tierra la saeta que la habia clavado.

Queda solo Acetes perdida ya la palma; pero él ostentando su destreza y su sonoro arco, lanza la flecha á los altos aires. En ese momento un súbito prodijio se presenta á la vista de todos, anuncio de un gran suceso, cuyo tamaño mostrò despues el resultado; pero los adivinos espantados interpretaron demasiado tarde aquel presajio; y fué que la flecha yendo volando, se incendió en medio de las acuosas nubes dejando con llamas señalado su camino, y consumida desapareció en los sùtiles aires, cual muchas veces las estrellas desprendidas del cielo corren volando, inflamada su cabellera. Pasmáronse todos, y Sicilianos y Teucros invocaron en su auxilio á los dioses. Pero el magnánimo Eneas no temió aquel presajio, sinó que abrazando al dichoso Acestes le colma de magníficos presentes y le dice estas palabras: “Padre, pues que el poderoso Rey del Olimpo ha querido por este anuncio que recibas premios extraordinarios, tendrás este presente, esta copa cincelada con diversas figuras que fué del mismo anciano Anquises,

magnífico regalo que en otro tiempo Cicio, Rey de Tracia, hizo á mi padre para que la conservara como una memoria, como una prenda de su amistad". Dijo así, y ciñóle las sienes con verde laurel, y en presencia de todos proclama á Acestes el primer vencedor. El buen Euricion no quedó celoso de la honrosa preferencia, aunque él era el solo que desde el alto cielo habia echado á tierra la paloma. Despues premia al que rompió la cuerda, y la última palma la dá al que clavó en el mástil la lijera flecha.

El padre Eneas ántes de acabar aquel certámen llama al hijo de Epito, ayo y compañero del tierno Iulo, y le habla así en secreto : " Anda, corre y dí á Ascanio que si ya tiene consigo preparado el escuadron de jóvenes, é instruido en las evoluciones ecuestres, que traiga las tropas para hacer los honores á su abuelo, y que él mismo se presente armado." Dijo, y manda retirar al numeroso pueblo esparcido en el grande circo, y que quede libre la llanura. Avanzan los jóvenes brillando todos en presencia de sus padres, sobre caballos de espumantes frenos. Al verlos marchar la juventud de Troya y de Sicilia, les prodigan aplausos de admiracion. Todos, como de costumbre, con su cabellera ceñida con una corona de guirnaldas, llevaban dos lanzas de madera enhastadas de hierro; muchos de ellos traian pendientes del hombro ligeras aljabas, y colgábales sobre el pecho una cadena de anillos de oro. Entran en tres

divisiones con otros tantos gefes que van á su frente, cada uno de ellos siguiendo á su Capitan y brillando en distintas filas, á la par que aquellos.

El niño Priamo, tu ilustre hijo, Polites, orgulloso con llevar el ilustre nombre de su abuelo, y que habia de dar una gran familia á la Italia, manda uno de los escuadrones de jóvenes. Va montado sobre un caballo de la Tracia, oscuro, con manchas blancas y de manos blancas, que altivo ostenta la blanca frente. Atys, el tierno Atys, de quien los latinos Atys traen su origen, niño muy querido del niño Iulo, manda el otro. Yá el último, Iulo, mas que todos hermoso, montado sobre un caballo Sidonio, que la sincera Dido le habia dado como una memoria y prenda de su cariño. Los otros jóvenes van en caballos Sicilianos del anciano Acestes.

Los Troyanos reciben con aplauso á los tímidos niños y se llenan de gozo al mirarlos, reconociendo en ellos las facciones de sus antiguos padres. Despues que así ufanos en sus caballos se hubieron mostrado á los suyos, y á todo el concurso, y cuando estuvieron ya prontos, Epito les dió desde léjos con un grito la señal, é hizo resonar el látigo. Los tres Jefes parten á la par, y deshaciendo luego su primera formacion separan sus escuadrones. A la voz de sus jefes vuelven enristrando la homicida lanza; puestos luego en campos contrarios, se acometen, se replegan, ó formados en círculo, se introducen en otros círculos, y presentan en este juego de

armas el simulacro de los combates. Ya huyendo, dan la espalda al enemigo, ya irritados tienden la flecha, ó haciendo la paz marchan reunidos. Tal como se dice que hubo en la famosa Creta un laberinto formado de un intrincado camino que causaba un engaño peligroso, en el cual aún volviendo por los pasos por donde se había entrado, el error era tan irreparable como incomprendible; así en sus corridas, los hijos de Teucros se encontraban unos con otros; simulaban combates, ó fingían huir, semejantes á los Delfines cuando nadando y jugando por las ondas, surcan los húmedos mares de la Carpatría y de la Libia.

Ascanio fué el primero que introdujo estos usos, estas corridas, cuando rodeaba de murallas á Alba la Larga, y enseñó tales juegos á los antiguos latinos, de la misma manera como él siendo niño había jugado con los otros jóvenes troyanos. Los Albanos los enseñaron á sus hijos, y de estos, despues de largos años, la grande Roma los recibió y los conserva como una honrosa memoria de sus antepasados. Ellos se llaman hoy juegos de Troya, y á los niños, escuadron troyano.

Hasta aquí llegaban los juegos que se celebraban en honor del divino padre de Eneas, cuando en esos momentos la fortuna mostróse infiel á los troyanos. Mientras ellos con estos diversos juegos honraban el sepulcro de Anquises, la Saturna Juno no bien vengada de la antigua injuria y revolviendo en su mente mil proyec-

tos, mandó desde el cielo á Iris á la armada troyana, ayudando su vuelo con el esfuerzo de los vientos. La virgen invisible precipitando su marcha sobre un arco de mil colores bajó con ligero vuelo : distingue un grande concurso, y rejiistrando con sus ojos la ribera, advierte que el puerto está solo y las naves abandonadas; y vé á lo léjos en la yerma costa á las troyanas solitarias, que lloraban la pérdida de Anquises, y que todas en medio de su llanto tendian la vista al ancho mar y á una voz decian : “ ¡ Ah ! despues de tantas fatigas y de tantos escollos, todavía tanto mar que vencer ! ” Pedian á los Dioses la ciudad prometida horrorizadas de volver á comenzar los trabajos del mar. Entónces Iris, hábil en dañar, se arroja en medio de ellas, y dejando el rostro y la vestidura de Diosa, transfórmase en Beore, anciana que habia sido esposa de Doriclo, el del monte Ismaro, la cual en otro tiempo habia tenido gran nombre, hijos y una ilustre familia; y asi se entra en medio de las matronas troyanas y esclama : ¡ “ Desgraciadas de nosotras, que bajo las murallas de la patria y combatiendo por ella, no hemos hallado la muerte por la mano de los griegos ! ¡ Oh pueblo desdichado ! ¿ qué última desgracia os reserva la fortuna ? Despues de la ruina de Troya, siete veranos se han pasado desde que andamos errantes por los mares, en toda la tierra, en tantas rocas inhospitatorias, bajo tan diversos cielos; desde que buscamos la Italia que huye de nosotros recorriendo el grande



Océano, y siendo el juguete de las ondas. Estos países eran los de Erix, hermano de Eneas, y Acetes nos da aquí hospitalidad: ¿qué impide levantar las murallas y dar á los troyanos una ciudad? ¡Oh patria! ¡oh Dioses arrancados en vano del enemigo! ¿Ya no habrá murallas que se llamen murallas de Troya? ¿Jamás veré yo los rios de Hector, el Xanto y el Simois? ¿Y no correis á incendiar conmigo estas funestas naves? Pues sabed que la imájen de la profética Casandra se me ha aparecido en sueños dándome antorchas encendidas y diciéndome: *Buscad aquí á Troya, este es el lugar de vuestra mansion.* El momento de obrar ha llegado: despues de presagio tan claro no trepidemos; he ahí cuatro altares consagrados á Neptuno: el mismo Dios nos dará las llamas y el valor preciso”.

Diciendo esto, ella la primera arrebatada con violencia de los altares el fatal tizon y con furioso brazo le agita en el aire, haciendo brillar sus llamas por larga distancia, y le lanza sobre las naves. Atónitas, asombradas quedaron las Troyanas; pero entónces una de ellas, la mayor de edad, Pirgo, rēja nodriz de tantos hijos de Príamo las dice: “¡ Matronas! la que veis no es Beore, no es esta la del Cabo Récio, la esposa de Doriclo. Mirad en sus radiantes ojos los signos claros de la divina beldad; notad su fragante aliento, su rostro, el acento de su voz y su marcha al andar. Yo misma acabo de separarme de Beore dejándola enferma y lamentándose de que ella sola

falta en estas solemnes exequias y que no puede hacer á Anquises los debidos honores". Dijo así, y las madres, al principio dudosas é irresolutas, comenzaban á mirar las naves con ojos malévolos, luchando entre el desgraciado amor á la tierra en que estaban, y el imperio á donde las llamaban los destinos, cuando la diosa desplegando sus alas, se elevó en los aires, trazando en su fuga un arco inmenso bajo de las nubes. Entónces las troyanas atónitas con aquel prodigio, y dominadas de un ciego furor sueltan el grito, arrebatan el fuego encendido en los sagrarios, otras despojan los altares de sus leños, y echan á las naves las teas, las ramas y los tizones encendidos. El incendio abandonado á su furor, devora los bancos, los remos y las pintadas popas de las naves.

Eumelo corre al sepulcro de Anquises noticiando á todos los que estaban en los asientos del circo, del incendio de las naves; y que ellos mismos miran negras pavesas revolverse entre nubes de humo. Ascanio el primero, que alegre dirigia los movimientos ecuestres, lleno de ardor se dirige como estaba en su caballo al tumultuoso campo, sin que sus ayos llenos de espanto puedan contenerle, y les dice: "¡ Ah desgraciadas Troyanas! ¡ qué inesperada furia es esta! ¡ qué pensais! ¡ cuáles son vuestras miras! No son los Argivos, no son las enemigas naves de ellos, sinó vuestras esperanzas las que destruis con el fuego. Miradme, soy vuestro Ascanio". Y arroja á los piés de ellas su ya inútil yelmo con que se habia cubierto

para figurar los combates en los juegos. Eneas á ese tiempo y los escuadrones de los Teucros llegan juntos corriendo. Entónces las Troyanas huyen de miedo, desparramándose por diversas partes de la ribera, procurando ocultarse entre los bosques, ó en algun lugar de las cavernosas rocas. Arrepentidas de lo que han hecho, temen la luz del dia, y vueltas en sí reconocen á los suyos, y ya Juno no inflama sus corazones. Pero no por eso las llamas y el incendio mitigan su indomable furia. El fuego vive en la estopa debajo del mojado roble vomitando lento humo: el vapor incendiado corre poco á poco por el buque y el estrago cunde en todos sus maderos, sin que basten los esfuerzos de los empeñosos Troyanos, ni el agua que á torrentes derraman. Entónces el piadoso Eneas, rasgando el manto que llevaba y tendiendo al cielo sus manos, esclama, invocando el favor de los Dioses: “ ¡ Omnipotente Júpiter ! si no te es odioso hasta el último de los Troyanos ; si tu eterna bondad te hace compadecer en algo las desgracias de los mortales, haz, ¡ oh padre ! que mis naves se salven ahora de esas llamas, y libra de su ruinas estos tristes restos Teucros : ó si algo falta á tu venganza y yo lo merezco, dáme la muerte con tu enemigo rayo, ó que tu diestra me sepulte aquí mismo ”. Apénas habia acabado esta plegaria, cuando una negra tempestad se desata en lluvia deshecha con furia nunca vista. Los montes y los valles se estremecen al estampido del trueno, y un denso agua-

cero ennegrecido por violentos huracanes se lanza de todo el cielo. La cubierta de los buques se llena, se empanan las maderas á medio quemar, y al fin todo el fuego se extingue, y todas las naves excepto cuatro perdidas, se salvaron del incendio. Pero el padre Eneas consternado por un suceso tan acerbo, se absorbió en profundas reflexiones sobre contrarios proyectos, indeciso, si olvidando el decreto de los Hados se establecería en las campañas de Sicilia ó iría á buscar las costas de Italia. Entónces el anciano Nautes á quien la Tritonia Pallas habia instruido y hecho célebre por su mucha ciencia en los presagios, esplicaba en sus respuestas lo que pronosticaba esta grande zaña de los Dioses, ó lo que exijia el orden de los destinos, y despues de consolar á Eneas le dice estas palabras: “ ¡ Hijo de una Diosa ! vamos y volvamos por donde los destinos nos arrastran, sea por donde fuese. Con la constancia, todas las desgracias se vencen. Aquí tienes al Dárdano Acetes de estirpe divina ; asóciate á tus consejos ; entrégate á su amistad ; confíale aquellos que quedan sobrantes por la pérdida de las naves, y los que no quieran seguir tu fortuna y tus grandes proyectos : déjale los muy ancianos, y las mujeres fatigadas de los mares, y todo aquel que no sea capaz ó que tema los peligros ; y permíteles que construyan su pueblo en estas regiones, y que llamen á la nueva ciudad Aceta, si este nombre se les permite.

Eneas inflamado con estas palabras del anciano amigo,

entregaba su alma á mil cuidados, y ya la oscura noche llevada en su carro cubria al mundo, cuando le pareció ver la imájen de su padre Anquises, bajada de repente del Cielo, que soltaba estas palabras: “Hijo, en otro tiempo cuando yo vivía, mas querido que mi vida; ¡hijo! víctima de los destinos de Troya, yo vengo aquí por orden de Júpiter, que al fin compadecido de ti allá en el alto Cielo, extinguió el fuego de tus naves. Sigue los sanos consejos que acaba de darte el anciano Nautes. Lleva á Italia solo jóvenes escogidos, corazones animosos, pues tienes que vencer en el Lácio un pueblo inculto y acostumbrado á las fatigas; pero antes llégate á las infernales mansiones de Pluton y pasa ¡oh hijo! por el profundo Averno para encontrarme; pues yo no estoy en el Tártaro entre las tristes sombras, ni entre los impíos; sino que habito los prados Eliseos entre la amena reunion de los hombres piadosos. A ese lugar te conducirá la casta Sibila despues que hayas hecho correr la sangre de negras víctimas. Entónces conocerás toda tu descendencia y la ciudad que te está prometida. Por ahora ¡adios! la húmeda noche pasa la mitad de su carrera, y el impetuoso y naciente Sol me hace ya sentir el hálito de sus caballos”. Diciendo esto, cual humo se pierde en los sùtiles aires”. Eneas esclama: “¿Adónde corres? ¿adónde vas? ¿de quién huyes, ó quién te arranca de mis brazos?” Pronunciando estas palabras hace revivir las cenizas (9) y los dormidos fuegos, y esparciendo

la santa harina y cargado el inciensario, venera humilde los Lares de Pérgamo y el santuario de la casta Vesta. Al momento llama á sus compañeros, á Acetes el primero, y les hace saber la orden de Júpiter, los consejos de su caro padre, y la resolucion que tiene tomada. Ningun obstáculo encuentra á sus designios, ni Acetes rehusa secundarlo. Destinan para la nueva ciudad las mujeres, y separan á todos los que quieran quedarse, y á los que no inflama el amor de la gloria. Ellos, pocos por su número, pero de ardiente valor en las batallas, renuevan los bancos, reparan los maderos de los buques destruidos por el fuego y surten á las naves de remos y de cuerdas. En tanto Eneas designa con el arado la nueva ciudad; reparte las habitaciones, ordena que ese pueblo sea otra Ilion (10), y que todos los lugares recuerden á Troya. El Dárdano Acetes se complace con su nuevo reino. Señala tambien el foro y les da leyes, despues de haber reunido á los ancianos. Dedicar un templo á Vénus de Idalia en la cumbre del monte Erix que se acerca á los astros; pone sacerdotes en el túmulo de Anquises y le rodea por larga distancia de un sagrado bosque.

Ya todo el pueblo habia pasado nueve dias en banquetes y sacrificios. Prósperos los vientos calmaban las ondas, y otra vez el Austro soplando de continuo, llamaba las naves al alta mar. Dolientes llantos se oyen entónces en toda la corva ribera; pasan el dia y la noche abraza-

dos unos con otros: y las mismas mujeres y aquellos mismos á quienes ántes parecia horrible la vista del mar, é insufrible su Dios, desean partir y someterse á todas las fatigas del viaje. El buen Eneas los consuela con amistosas palabras, y llorando les recomienda á su pariente Acetes; y manda luego inmolar tres becerros á Erix; una cordera á las tempestades; y que se suelten por órden las amarras. El, léjos ya de las riberas, parado sobre la popa, ceñida la cabeza con gajos de oliva, y teniendo en la mano una copa, arroja á las saladas ondas las entrañas de las víctimas y derrama en ellas el sagrado vino. El viento que se levanta de popa impele á los viajeros: los remeros baten á porfía el mar y corren por sus aguas.

Pero Vénus entretanto, combatida por grandes cuidados, lanza de su pecho estas quejas á Neptuno y le habla así: “La cruel zaña de Juno y su insaciable corazon me obligan, ¡oh Neptuno! á descender á todo género de súplicas, pues que no la aplacan ni el largo tiempo que ha pasado, ni sacrificios algunos, ni vencida se rinde á las órdenes de Júpiter, ó de los Hados. No es bastante á sus injustos odios haber extinguido del mundo la gran ciudad de los Frigios y haber arrastrado sus reliquias por todo género de sufrimientos, sinó que aún persigue las cenizas y los huesos de la extinguida Troya. Ella sabrá la causa de tan gran furor. Tu mismo eres testigo de la gran tempestad que poco ha levantó

de improviso en el mar de la Libia, confundiendo el Océano con los cielos, fiada en vano en las tormentas de Eolo. A esto se atrevió en tu imperio, y hé ahí un nuevo crimen. Instigando á las matronas Troyanas ha incendiado traidoramente las naves, y ha obligado á Eneas, por la pérdida de los buques, á dejar en tierra estraña á muchos de sus compañeros. Yo te suplico, pues, que á los que restan, les permitas vogar seguros por tus ondas, y que puedan llegar al Laurentino Tiber, si es que reclamo lo que me está concedido, y si es que las Parcas me dan esas mansiones.”

Entónces el hijo de Saturno, señor del profundo mar, la contestó con estas palabras: “Puedes, Citerea, tener confianza en mi imperio, de cuyas aguas naciste. Yo tambien la merezco. Muchas veces aplaqué el furor y la insana rabia del cielo y del mar. Aún en la tierra no fué menos mi cuidado por tu Eneas: el Xanto y el Simois me son testigos. Cuando Aquiles persiguiendo á los Troyanos, arrojaba dentro de las murallas sus desfallecidas falanges, dando muerte á muchos miles; cuando los rios gemian colmados de cadáveres, y el Xanto no hallaba camino por donde pudiera precipitarse hasta el mar, entónces yo arrebaté á Eneas cubriéndole en una nube, que desigual en fuerzas y en auxilios divinos, combatia con el valiente hijo de Peleo; aún cuando en aquella época deseaba arrancar desde sus cimientos las murallas de la perjura Troya, construidas por mis manos. Aún



todavía ahora me anima el mismo espíritu. Deja todo temor; llegará seguro al puerto del Averno adonde tú deseas. Uno tan solo de sus compañeros llorará perdido en la mar; una sola víctima será sacrificada por todas las otras.”

Luego que con estas palabras hubo calmado el amoroso corazón de la Diosa, el padre Neptuno unce sus caballos al carro; pónelos espumantes frenos para domar su fiereza; alárgales de sus manos todas las riendas, y rápido vuela por la superficie de las aguas en su cerúleo carro. Las ondas se van al fondo y el mar hinchado aplana sus olas bajo del tronador eje: los nublados huyen del ancho cielo: aparecen entonces los Dioses que le acompañan de figuras varias. A la derecha inmensos peces, el antiguo coro de Glauco, y todas las Nereydas que preside Forco, Palemon hijo de la Diosa Ino, y los lijeros Tritones. A la izquierda van Tetis, Melites, y la casta Panopea, Nocia, Espio, Talia y Cimodocea.

En ese momento un suave gozo renace á su vez en la vacilante alma del padre Eneas. Al pronto manda arbolar todos los mastileros y tender las velas en sus brazos. Los marineros, á cual con mas empeño, tiran las cuerdas y sueltan los lienzos, tanto de la derecha como de la izquierda; tuercen y retuercen á una la altas antenas, y los prósperos vientos impelen las naves. Palinuro, gefe de los pilotos, vá adelante dirijiendo el denso escuadron, y á los demás se les habia ordenado que lo siguieran.

Ya la húmeda noche casi llegaba en el cielo á la mitad de su carrera, y los marineros tendidos en los duros bancos bajo de los remos habian entregado sus miembros á un dulce reposo, cuando el lijero Dios del sueño baja de los etéreos astros, echa las tinieblas, aparta las sombras de la noche y te busca ¡oh Palinuro! trayéndote á tu pesar un funesto sopor. El Dios, tomando el rostro de Forbas, se sienta en la alta popa y suelta de sus lábios estas suaves palabras: “¡Palinuro hijo de Yazo! por sí mismas las aguas llevan la flota; los vientos soplan apacibles, y te es permitido un rato de reposo. Reclina tu cabeza y dá descanso á tus fatigados ojos. Yo mismo por un momento ocuparé tu puesto”. Palinuro levantando apenas los ojos le responde: “¿Crées que yo ignoro lo que oculta el aspecto de un tranquilo mar y sus quietas aguas? ¿Yo me fiaría acaso en semejante mónstruo? Engañado tantas veces por la falsa apariencia de un sereno cielo, ¿encomendaré á Eneas á los traidores vientos?” decía estas palabras, y fijo y pegado al timon jamás le abandona, clavando siempre su vista en los astros. Entónces el Dios sacude sobre sus dos sienes un ramo empapado en las aguas del Leteo é impregnado de la virtud soporífica de la Estigia, y le cierra los ojos, que á pesar de sus esfuerzos, ya vagaban inciertos. Apénas el repentino sopor habia adormecido sus sentidos, cuando el Dios echándose sobre él, le precipita en las líquidas ondas con el timon y parte de la popa que

arrancó á su caída; y mientras Palinuro llamaba en vano muchas veces á sus compañeros, él, volando cual lijera ave, se remonta en los sùtiles aires. No por esto la flota deja de correr segura por el mar, pues marcha confiada en las promesas del Dios Neptuno. Ya tocaban en los escollos de las Sirenas, en otro tiempo peligrosos, los cuales blanqueaban con los huesos de tantos que habian perecido allí: ya tambien las rocas batidas perpétuamente por las olas, hacían oír hasta lejos su ronco estruendo, cuando el Padre Eneas advirtió que la nave, perdido el Piloto, vogaba sin gobierno. Pónese él mismo á dirijirla por entre las oscuras ondas; suspirando de continuo y aflijida su alma con la desgracia de su amigo. “¡Palinuro! dice, por demasiado confiado en la bonanza del cielo y del mar, quedarás insepulto en desconocida tierra”.

## NOTAS DEL LIBRO V

---

- (1)      ... *Interea medium Æneas jam classe tenebat*  
*Certus iter, fluctusque atros Aquilone secabat.*

“ A ese tiempo Eneas, confiado en su destino, se dirijia con sus naves á la alta mar, y con viento favorable cortaba las negras olas.”

Cada palabra, puede decirse, de estos dos versos, ha sido diversamente traducida ó interpretada. *Medium* entienden algunos el alta mar cuando Eneas recién salia de Cartago ; otros el medio del camino entre el Africa y la Sicilia, desde donde ciertamente no podian verse las llamas de la hoguera de Dido. *Certus*, ¿ es acaso que Eneas conoce el camino que debe llevar ; ó debe tomarse en su acepcion moral, es decir, confiado en las promesas de los Dioses ? *Aquilone*, ¿ es el viento del Norte contrario para salir de Cartago, ó el viento en general ? *atros*, ¿ debe traducirse, *secabat fluctus, atros Aquilone*, ó asi: *secabat Aquilone, fluctus atros* ? He aqui las versiones que han hecho de estos dos versos los mas célebres traductores de la Eneida.

VELASCO

“ En tanto que en Cartago aquesto pasa  
 Eneas diligente con su flota,  
 Por medio del mar á toda prisa corre  
 Partiendo con herbor á remo y vela  
 Las hondas olas con el viento negras.”

ANNIBAL CARO

*“Intanto Enea, spinto dal vento in alto  
Veleggiava a dilungo”* <sup>64</sup>

BONDI

*“Enea trattanto in suo cammin deciso  
Con la flotta avanzando il mar solcava  
Fosco da l'aquilone”*

BARTHÉLEMY

*“Cependant le héros qu'un ferme espoir anime  
Fendait, sur l'aquilon, les flots noirs de l'abîme.”*

VILLENEUVE

*“Cependant, plein de confiance dans l'ordre des Dieux, Enée dirige  
vers la haute mer sa flotte, qui fend les vagues noircies par les Aquilons.”*

DRYDEN

*“Meantime the Trojan cuts his wat'ry way  
Fix'd on his troyage, through the curling sea.”*

DAVIDSON

*“Meanwhile Eneas inalterably resolved, had reached the open sea, and  
was cutting the black billows before the wind.”*

(2) ... *adhibete Penates  
Et Patrios epulis et quos colit hospes Acestes.*

“Invitad á vuestros convites á los Dioses patrios y á los que adora nuestro huésped Acetes.”

Virjilio alude á la ceremonia llamada entre los Romanos *Lectisternia* que eran los banquetes sagrados, en los cuales las imájenes de los Dioses

se ponian tambien en lechos ó reclinatorios, y se les servia lo mejor de los manjares.

(3) *Ore favete omnes, et cingite tempora ramis.*

“Ahora guardad silencio y ceñid con ramos vuestras sienes.”

*Ore favete, ó favete linguis*, era la frase que usaban los sacerdotes en los solemnes sacrificios para imponer silencio, que importaba decir, *favorecednos con vuestra atencion religiosa*.

(4) *Hic duo rite mero libans carchesia Baccho.*  
*Fundit humi,...*

“Alli segun el solemne rito, derrama en el suelo dos vasos de vino puro.”

Los vasos llamados carchesios estaban principalmente consagrados á Baco. Eran comprimidos en medio formando dos asas.

(5) *Purpureosque facit flores,...*

“Esparce escojidas flores.”

No traduzco *purpureos flores* “purpúreas flores”, porque no se entienda que de este color debian ser las flores que se esparcian en los sepúlcros. Los antiguos daban el epíteto *purpureus*, no solo al color de púrpura, sinó á todos los colores finos.

(6) *... geniumne loci,*

“O el genio del lugar.”

Los antiguos creian que los Dioses daban á cada país, á cada ciudad, y á todo hombre un genio que los protegiese, el cual no los abandonaba ni despues de la muerte.

(7) *Prima pares ineunt gravibus certamina remis*  
*• Quatuor ex omni delectæ classe carinæ.*

“Los comienzan cuatro pareadas naves de valientes remos, escojidas de toda la flota.”

Muchos han traducido *Quatuor pares carinæ*, cuatro naves iguales; cuando Virjilio dice de ellas precisamente lo contrario, bien sea por su fuerza, su estructura, su tamaño, ó su color. Otros creen que debe traducirse *pares gravibus remis*, y que la igualdad de las naves está en el número de los remos. Yo he seguido la opinion de Barthélemy, que *pares* se refiere al órden de la marcha y no á los buques. El traduce así:

*“D'abord quatre vaisseaux pris dans la flotte entière  
S'avacent, gouvernés par des robustes marins”*

VILLENEUVE

*“Quatre vaisseaux pareils armés de pesantes rames”*

VELASCO

*“Todas iguales en valientes remos”*

BONDI

*“Da quattro navi, de remi equali”*

DRYDEN

*“Four galleys first, which equal rowers bear,  
Advancing in the wat'ry lists appear.”*

DAVIDSON

*“Four ships, equally matched with ponderous oars.”*

- (8) *Victori chlamydem auratam, quam plurima circum  
Purpura Mæandro duplici Melibœa cucurrit.*

“Al vencedor una clámide entretejida de oro en la cual serpentean alrededor, cual el rio Meandro, dos anchas ondas de púrpura de Melibia.”

El Meandro era un rio del Asia Menor de tantas vueltas, que su nombre vino á ser metafóricamente usado para designar toda cosa que serpentea muchas veces.

- (9) *Hæc memorans, cinerem et sopitos suscitât ignes:  
Pergameumque Larem, et canæ penetralia Vestæ  
Farre pio et plenâ supplex veneratur acerrâ.*

•

“Pronunciando estas palabras, hace revivir las cenizas y los dormidos fuegos, y esparciendo la santa harina y cargado el incensario, venera humilde los Lares de Pérgamo y el Santuario de la casta Vesta.”

Los Lares eran las almas de los Padres muertos, cuyos sepulcros estaban adornados con vendas y flores. Se les honraba con un culto doméstico por oblacones de incienso, de harina mezclada con sal y con lo mejor de los manjares de los banquetes, que se echaban en el fogon. El fuego estaba en el *Larario* sobre un altar, y este altar se llamaba el Santuario de Vesta, *penetralia Vestæ*.

- (10) *... hoc Ilium, et hæc loca Trojæ  
Esse jubet .....*

“Ordena que este pueblo sea otra Ilium y que todos estos lugares recuerden á Troya.”

Para mi es dudoso el pensamiento que encierran estas palabras del texto. Me parece que Eneas no manda que el nuevo pueblo se llame Ilium, pues que se va á llamar Aceta. Ni la historia recuerda ninguna ciudad en Sicilia que se hubiese llamado Ilium. He creído tambien que *hæc loca* no se refiere precisamente á los sitios que se habia de edificar, sinó que son todos los lugares que comprenda el nuevo pueblo. Esta idea la confirma Dionisio Halicarnaso que menciona dos rios en Sicilia cerca de la ciudad de Segesta, antes Egesta y primero Acesta, llamados Xanto el uno y el otro Simois. He juzgado por esto que solo debia suplirse el verbo *recordar*. Las traducciones que he consultado varian casi todas.

Barthélemy, traduce :

*“Assigne à tous les lieux des noms chers à son âme  
L'un s'appelle Ilium, l'autre sera Pergame.”*

•

VILLENEUVE

*“Le héros veut que ce soit une autre Ilium, une seconde Troye.”*



DRYDEN

*"This part is name'd from Ilium, that from Troy."*

DAVIDSON

*"Here he orders a second Ilium to arise, and these places to be called after those of Troy."*

CARO

*"... E parte Troia  
E parte Ilio ne chiama."*

BONDI

*"... e fissa il loco  
D'Ilio e di Troia."*

VELASCO

*"Manda, que sea esta ciudad retrato  
Del pasado Ilium, y que renueve  
La clara Troya y todos sus lugares."*

## LIBRO SEXTO

**A** sí llorando hablaba Eneas, y suelta las velas á su flota, y al fin llega á las Euboicas riberas de Cumas. Vuelven las proas á la mar, y el ancla con su tenaz diente retiene las naves, quedando las arqueadas popas alineadas á la ribera. Toda la juventud se lanza con ardor sobre la tierra Hesperia. Los unos hacen saltar de las venas de los pedernales las chispas del fuego escondido en ellas; otros cortan á prisa los bosques, sombríos albergues de fieras, ó llaman á ver los rios que descubren. Mas el piadoso Eneas se dirige al templo que preside el grande Apolo, y á la profunda cueva, impenetrable asilo de la temible Sibila, á la cual el profético Dios de Delos la inspira su grande aliento, su divino espíritu, y la muestra el porvenir; y llegan á los sagrados bosques de la triple Hecata, y á los dorados muros del templo de Apolo.

Dédalo, como es fama, huyendo del imperio de Minos se atrevió á confiarse en sus rápidas alas para navegar por los cielos, y corrió con dificultad un camino desconocido dirijiéndose á las heladas Orsas, hasta que al fin posó su ligero vuelo sobre las montañas de Cumas. Apenas habia llegado á esta tierra, te consagró, ¡oh Febo! las alas que le habian servido de remos, y te construyó un magnífico templo. Sobre sus puertas dibujó la muerte de Androgeo: los Cecrópidas obligados á purgar este delito, entregando todos los años siete de sus hijos (¡lamentable tributo!); y grabó tambien la urna de donde salian por suerte los nombres de las víctimas. Al frente estaba representada la Creta saliendo del mar; y la fiera pasion de Pasifae al toro, ofreciéndose á su amor, valida de un artificio. El Minotauro, mónstruo de dos especies, de dos formas diferentes, estaba igualmente esculpido como eterna memoria de esa execrable union. Dibujó tambien aquella difícil obra del laberinto y de su inestricable engaño; y á Dédalo, que compadecido del tierno amor de la princesa Ariadna, descubre los insidiosos é intrincados caminos de aquel edificio, guiando con un hilo los inciertos pasos del amante (1). Tú tambien, ¡oh Icaro! tendrías un distinguido lugar en obra tan famosa, si el dolor de tu muerte lo hubiera permitido. Dos veces Dédalo se empeñó en cincelar en oro tu desgracia, y dos veces las paternas manos desfallecieron.

Los Troyanos habrian registrado todas aquellas mara-

villas, si ya Acates que habia sido mandado adelante no llegara junto con Deifobe, hija de Glauco y sacerdotiza de Apolo, y de Hecata, la cual dice al Gefe Troyano estas palabras: “No es este el tiempo de mirar esos cuadros; ahora debes inmolar siete becerros del ganado destinado á los sacrificios, y otras tantas ovejas elejidas segun costumbre”. Despues que habló así á Eneas, y cuando ya los Troyanos habian cumplido sus órdenes, la sacerdotiza los conduce á su alto templo.

En las grandes faldas de las montañas de Cuma, está escavada una cueva, desde la cual cien anchas calles conducen á otras tantas puertas, por las que salen con estrépito en otros tantos écos las fatídicas respuestas de la Sibila. Cuando hubieron llegado á la entrada, la vírgen esclama: “Ya es tiempo de consultar el oráculo, el Dios viene: he ahí al Dios.” Diciendo estas palabras ante la puerta del templo, cuando ya entónces el númen del Dios la inspira su aliento de mas cerca, su rostro de súbito se desfigura, su color cambia, erízanse sus desordenados cabellos, su pecho respira con trabajo, la sacra rabia hinchale el corazon con sus furores, su talla se agranda, y su voz no entona ya mortal sonido. “Troyano Eneas, le dice, ¿tardas aún en hacer tus votos y plegarias? ¿tardas? Pues ántes que lo hicieres, no se te abrirán las grandes puertas de este asombroso templo.” Dijo estas palabras y calló. Un temblor de hielo corrió por los fuertes huesos de los Troyanos: y el

Gefe de ellos desde lo intimo de su pecho lanzó estas plegarias. “ ¡ Apolo ! que siempre te compadeciste de las grandes desgracias de Troya ; que dirijiste çontra Aquiles la saeta Troyana y la mano de Páris ; pues que con tu amparo he recorrido (2) tantos países y tan dilatados mares, y casi todos los lejanos pueblos de los Macilianos, y aquellas rejiones que rodean las Sirtes, hasta que al fin hemos llegado á las costas de Italia que huia de nosotros, haz que hasta aquí no mas nos persiga la fortuna de Troya. ¡ Y vosotros tambien Dioses y Diosas, todos, que mirabais en Ilion y en la grande fama de la ciudad de Dárdano un obstáculo á vuestro poder ! (3), ya es tiempo que perdoneis al pueblo de Pérgamo. ¡ Y tú sacrosanta profetiza que conoces lo venidero ! pues que yo busco un Imperio debido á mis destinos, concede á los Troyanos, á sus errantes Dioses, y á sus perseguidos lares, asentarse en el Lacio ! Entónces yo dedicaré á Febo y á Diana un templo de sólido mármol (4), é instituiré fiestas con el nombre de Apolo. Tú tambien, ¡ oh vírgen ! tendrás en mi Imperio augustos sagrarios. Yo depositaré en ellos tus oráculos y los misteriosos destinos que revelares á mi nación, y te consagraré varones elejidos para ser los intérpretes. Pero suplico que tú misma, pronuncies tus oráculos y que no los escribas en hojas para que no vuelen desordenados al arbitrio de los rápidos vientos ”.

Acabó Eneas su súplica. Mas la sacerdotiza de Apolo

incapaz de resistir su influjo, se ajita despechada en la ancha cueva por si puede arrojar de su pecho al poderoso Dios; pero cuanto mas se empeña, mas él fatiga su rabiosa boca, doma su feroz corazon; la somete é imprime en ella su nùmen. Y de repente las cien grandes puertas de la cueva se abren por sí, y estas palabras de la profetiza resuenan en los aires: “¡ Oh tú que al fin has vencido los terribles peligros del mar! en tierra te esperan aún mayores. Los Troyanos llegarán al reino de Lavinio; de esto no tengas en tu pecho cuidado alguno; pero ellos querrian no haber llegado. Veo guerras, tremendas guerras, y al Tiber espumando inmensa sangre. No te faltará el Simois y el Xanto, ni los reales de los Griegos. Otro Aquiles, como él, hijo de una Diosa, ha nacido ya en el Lacio. Juno, siempre implacable con los Troyanos, jamás se apartará de allí. Tú en la miseria, ¿á cuántos pueblos de la Italia, á cuántas ciudades no irás de rodillas á mendigar un auxilio? La causa de tantas desgracias será otra vez una esposa, otro matrimonio con una extranjera hospitalaria de los Teucros. No te rindas á los trabajos; y cuando tu fortuna parezca abandonarte, búscala entónces con mas denuedo. El primer camino de salvacion te lo abrirá una ciudad Griega, lo que jamás esperarías”.

Con tales palabras la Sibila de Cumas, mujiendo en su caverna, anunciaba desde el fondo de ella sus terribles misterios, envolviendo en tinieblas la verdad. Mien-

tras mas ella se enfurece, mas Apolo la sacude los frenos y le hace sentir su nùmen dentro de su pecho. Luego que se aquietó su rabiosa lengua y que su delirio hubo cesado, el magnánimo Eneas principió á hablarla asi : “No hay género de desgracia ; oh vírgen ! que pueda ser para mi nuevo ó inesperado. Todo lo he previsto y á todo he preparado mi alma anticipadamente. Un solo favor te pido. Pues que se dice que en este lugar se encuentra la puerta del reino del Infierno y la tenebrosa laguna formada de los derrames del Aqueronte, que me sea permitido ir á presencia de mi padre y ver su rostro. Abreme las sagradas puertas y enséñame el camino. Yo le salvé del medio de los enemigos, y cargándole en mis hombros, atravesé con él por entre las llamas y por entre mil espadas que me perseguian. El ha sido mi compañero en todo el viaje : conmigo ha recorrido todos los mares ; y aunque débil ya, ha sufrido la cólera del cielo y de las olas de una manera superior á nuestra adversa suerte y á sus cansados años. El mismo me pidió y ordenó que viniera á tu mansion á suplicarte este favor. Te ruego, pues, ; oh vírgen ! que tengas piedad del padre y del hijo. Tú lo puedes todo ; y no en vano Hecata te ha encomendado el cuidado de los bosques del Averno. Si Orfeo, haciendo oir su cítara de la Tracia y sus melodiosos acentos, pudo volver á la vida los manes de su esposa (5) ; si Polux redimió de la muerte á su hermano, y muriendo alternativamente fué y volvió tan-

tas veces por este camino. ¿para qué recordar á Teseo y al grande Alcides? Mi linaje tambien trae su oriĝen del poderoso Júpiter.

Con tales palabras la suplicaba Eneas asido de los altares, cuando la profetiza empezó á hablarle asi : “Descendiente de la sangre de los Dioses : ¡Troyano, hijo de Anquises! fácil es bajar al Averno : las puertas del palacio del negro Pluton están abiertas dia y noche; pero volver atrás y subir hasta la region de la luz, esta es la empresa, esta es la dificultad. — Algunos pocos, distinguidos por el justo Júpiter, hijos todos de Dioses, y cuyas fervorosas virtudes los elevarian hasta los cielos, han podido efectuarlo. Inmensos bosques cubren el espacio intermedio, y la corriente del Cósito le rodea con sus negras vueltas. Pero si tan ardiente deseo hay en tu alma, si tanta es tu ansia por atravesar dos veces la laguna Estigia, ver dos veces el negro Tártaro, y si te agrada entregarte á esta empresa insensata, sabe lo que primero debes hacer.

“En un sombrío árbol está oculto un ramo consagrado á la Juno de los Infiernos (6) cuyas hojas y tiernos gajos son de oro. Le cubre el bosque y le ocultan las sombras de tenebrosos valles. A nadie le es dado bajar de la tierra á los abismos, sinó al que cortase del árbol aquella tierna y dorada cabellera. La hermosa Proserpina ha establecido que este presente deba serle llevado. Cortado una vez, no por eso falta el ramo de oro, pues que el



árbol vuelve á adornarse con otro de igual metal. Anda, pues, y búscale con atentos ojos, y cuando le hubieses hallado, tómale devotamente con tus manos. Si los destinos te permiten ir á las regiones infernales, él no te presentará resistencia y fácilmente se quebrará; si no es así, ningunas fuerzas bastarán á vencerle, ni podrás desprenderle con el mas duro acero. Además, mientras que pides mis oráculos y esperas en la puerta de nuestro templo ¡ah, tú lo ignoras! el cadáver de un amigo tuyo está tendido en la ribera inficionando toda la armada. Ante todo, llévale al lugar de su descanso, y encierra su alma en el sepulcro. Trae despues negras ovejas, y haz con ellas los primeros sacrificios expiatorios. Asi al fin verás los bosques de la Estigia y los reinos inaccesibles á los vivos.” Dijo, y cerrando sus labios guardó silencio.

Eneas deja la cueva de la Sibila y marcha con semblante triste, fijos los ojos en el suelo, revolviendo en su aflijido espíritu aquellos misteriosos vaticinios. El fiel Acates le acompaña, y va tambien combatido de iguales cuidados, haciendo ambos mil conjeturas y preguntándose quién sería aquel compañero muerto, aquel cadáver que la sacerdotiza mandaba que se sepultara. Pero asi que llegaron, ven á Miseno tendido en el suelo de la ribera arrebatado por una indigna muerte. — Miseno, hijo de Eolo, á quien nadie aventajó en excitar á los guerreros, y encender en ellos el marcial ardor con el sonido de

la trompeta. El habia sido compañero del grande Héctor. En las batallas siempre habia estado á su lado, ilustrándose con la lanza y su clarín. Despues que Aquiles vencedor, quitó la vida á Héctor, el invencible héroe se juntó al Troyano Eneas, siguiendo así á un guerrero no inferior al otro; pero en ese dia mientras que el insensato hacia casualmente retumbar los mares con la hueca corneta, y desafiaba á los Dioses marinos con su belicoso sonido, Triton celoso de su honor, si puede creerse (7), lo toma y lo sumerge entre las rocas cubiertas de espuma. Los Troyanos y principalmente el piadoso Eneas soltaban descompasados gritos alrededor del cadáver; y llorando se empeñan en cumplir á prisa las órdenes de la Sibila, y en alzar hasta el cielo la pila funeraria (8) amontonando árboles. Van á un antiguo bosque, espeso albergue de fieras; los pinos vienen al suelo; la encina cruge herida con las hachas de dos filos; grandes vigas de fresno y el roble fácil de romperse, son despedazados con cuñas, y hacen rodar de la montaña enormes robles. Eneas el mas empeñoso en aquellos trabajos y armado de iguales instrumentos, anima á sus compañeros; y estendiendo luego su vista por aquella inmensa selva, meditaba en su triste corazon estos deseos, y asi oraba en alta voz: “ ¡ Si ahora en un árbol de esté espeso bosque se me presentase el ramo de oro, pues que ¡ ay, oh Miseno! todo lo que la sacerdotiza me anunció de tí, ha sido asaz verdadero! ”

Apénas habia acabado estas palabras, cuando casualmente dos palomas bajan volando del cielo y delante de él se asientan sobre el verde prado. Al punto el grande héroe reconoce las aves de su madre, y lleno de contento las hace esta plegaria: “¡Oh santas aves! sed mi guía, si acaso hay un camino, y dirigid vuestro vuelo por los aires hácia los bosques, dónde el rico ramo cubre con su sombra una dichosa tierra. ¡Y tú, divina madre mia! no me abandones en tan dudoso trance”. Dijo así, y contuvo el paso, observando qué indicios le dieran, adónde se dirijiesen (9). Ellas, pacienco en las yerbas, dilataron su interrumpido vuelo cuanto los ojos de los que las miraban podian descubrirlas. Luego que hubieron llegado á las gargantas del Averno, veloces se elevan, y desliziándose por los cristalinos aires toman ambas el anhelado asiento sobre un árbol donde brillaba por entre las ramas un aurífero reflejo. Cual suele la liga en el invierno embellecer con sus nuevas hojas el árbol al cual no debe el ser, cercando en torno con sus dorados brotes los rollizos troncos; tal estaba en la opaca encina el frondoso ramo de oro, y tal sus hojas de metal se sacudian al suave viento. Eneas al punto le toma, impaciente le arranca como si él se resistiera, y le lleva á la cueva de la profetiza Sibila.

Entretanto los Troyanos en la ribera se ocupaban de llorar á Miseno y en hacer á sus frias cenizas los últimos honores. Levantaron primero una grande hoguera con

pedazos de encina y de maderos resinosos; á los costados de ella entrelazaron festones de fúnebre verdor; al frente poneḡ lúgubres cipreses, y adornan la cima con las fulgentes armas del muerto. Unos traen agua caliente en calderos de bronce que hervian al fuego; lavan y ungen al helado cadáver. Se oyen entónces dolientes ayes; ponen sus deplorables restos sobre un lecho; tienden encima sus purpúreas vestiduras, adornos demasiado conocidos. Otros ¡triste ministerio! cargan el grande féretro, y volviendo el rostro, segun costumbre de sus antepasados, pegan fuego á la hoguera. Inflámanse á un tiempo las ofrendas, el incienso, los manjares, y el aceite que se derramaba de las copas (10).

Cuando el fuego hubo cesado y las cenizas habian caido al fondo, lavan con vino sus restos, y las áridas pavesas. Corineo separa los huesos y los encierra en una urna de bronce. Marchando luego tres veces al rededor de la hoguera, esparce sobre sus compañeros un ligero rocío de agua consagrada con un ramo de felice oliva (11), los purifica todos y dále el último adios. El piadoso Eneas le levanta un sepulcro de enorme mole sobre una alta montaña, llamada hoy Miseno por su nombre; nombre inmortal que conservará por siglos, y pone sobre él las armas de su amigo, un remo y un clarin.

Concluidas las exequias, Eneas cumple con presteza las órdenes de la Sibila.

Habia allí una inmensa y profunda cueva de ancha y

escabrosa boca, defendida por tenebrosos bosques, y por las negras aguas de un lago. Tal era el vapor que su oscura garganta exhalaba hasta la bóveda del cielo, que jamás las aves pudieron sin morir tender su vuelo por encima de ella; por lo cual los Griegos dieron á este lugar el nombre de Averno. La sacerdotiza manda ante todo, traer allí cuatro becerros de negros cueros, rocía con vino la frente de ellos, y cortando los mas altos pelos de entre los dos cuernos, los echa como primera ofrenda á las sagradas llamas, invocando en alta voz á Hecata, poderosa en el cielo y en el Erebo (12). Unos degüellan las víctimas y reciben en patenas la tibia sangre. El mismo Eneas inmola con su espada á la madre de las Euménides y á su grande hermana una cordera de negro vellocino; y á tí, Proserpina, una estéril vaca. Luego levanta nocturnos altares al Rey del Lago Estigio; echa á las llamas las entrañas enteras de los toros, derramando sobre los abrasados intestinos abundante aceite.

Pero he ahí que ántes que aparecieran los primeros rayos del sol, la tierra brama bajo sus plantas; comienza á sacudirse la cima de los bosques y ahullan los perros de Hecata en las oscuras sombras, anunciando que la Diosa llegaba. “¡Profanos! gritó la sacerdotiza, idos léjos, léjos; salid de toda esta selva; y tú desenvaina la espada; marcha pronto: ahora Eneas es preciso mostrar gran valor y un corazon firme”. Apénas acabó, furiosa

se lanza por la abierta cueva ; él, tan ligero como ella, la sigue con osados pasos.

¡Dioses que teneis el imperio de las almas ! ¡ Sombras mudas ! ¡ Y tu, cáos, Flegeton, vastas regiones donde reina el silencio de la noche ! que me sea dado decir lo que yo he oido ; que vuestra divinidad me permita descubrir los secretos sepultados en la eterna oscuridad de las entrañas de la tierra.

Iban los dos por entre las sombras de la solitaria noche, atravesando en tinieblas el reino de la nada y los varios palacios de Pluton, cual el que marcha por entre los bosques á la falaz lumbre de la incierta luna, cuando Júpiter cubre de nubes el cielo y la lóbrega noche quita el color á los objetos.

Delante del vestíbulo y en las primeras gargantas del Orco están tendidos el llanto y los remordimientos vengadores. Allí residen las pálidas enfermedades y la triste vejez, y el miedo y la hambre, funesta consejera, y la vergonzosa indigencia, y el trabajo, y la muerte y su hermano el sueño, y los goces criminales del alma, todos de terribles rostros. En la portada de enfrente están la homicida guerra, las Euménides en sus lechos de hierro, la demente discordia, ceñida su cabellera de serpientes con vendas ensangrentadas. En el centro un espeso é inmenso olmo levanta sus añosos brazos. Se dice vulgarmente que allí los vanos sueños tienen su asiento, pegados en cada una de las hojas. Residen ade-

más en la portada mil monstruosas fieras : los Centauros, las Scilas de dos formas, Briareo de cien brazos, y la hidra de Lerna que horriblemente silva; la Chimera vomitando llamas, las Gorgonas y las Harpías y aquella sombra de triple cuerpo (13). Llegando allí Eneas lleno de súbito pavor, echa mano á su espada y presenta la punta de ella á las sombras que hacia él venian. Si su docta compañera no le hubiera advertido que aquellas eran sùtiles almas sin cuerpo que vagaban bajo vanas imágenes, las hubiera acometido y habría en vano combatido con esos espectros.

De aquí parte un camino que conduce á las riberas del Tartáreo Aqueronte. Este es un torrente fangoso, cuyo fétido cieno hierve en vastos remolinos, y vomita en el Cósito todo su lodo. El hórrido Charon, cubierto de asquerosa suciedad cuida estos rios, y es el barquero de sus aguas : cuélgale una desaliñada y canosa barba ; sus inmóviles ojos despiden llamas : le cubre un inmundo manto pendiente de sus hombros con un nudo. El mueve el esquife con una vara, ó pónеле velas ; y transporta los muertos en la mohosa barca. Ya es anciano : pero su ruda vejez vigorosa cual la de un Dios.

Hácia estas riberas toda la turba de las almas se agolpaba en tropel ; las madres, las esposas, las sombras de los grandes héroes privadas de la vida, niños, doncellas, los jóvenes puestos en la hoguera ante los ojos de sus padres, en tanto número, cual las hojas secas de los bos-

ques caen al suelo al primer frío del otoño; ó en tanta multitud como las aves que desde la alta mar se agolpan á la costa cuando la fría estación las hace huir más allá del Océano y se asientan en abrigadas tierras. Las más próximas al río, ansiosas de estar en la otra orilla, tendían las manos implorando las pasáran; mas el inflexible barquero recibe en la nave ya á estas, ya á aquellas, y echa lejos de la costa á las otras que le rodean.

Eneas, sorprendido y admirado de aquel tumulto, exclama: “¡Oh virgen! respóndeme, ¿qué busca este grande concurso en este río? ó ¿qué es lo que piden estas almas? ¿por qué esta diferencia que las unas se retiran de la ribera y las otras hienden con los remos las lívidas aguas?” La anciana sacerdotiza así le responde brevemente: “Hijo de Anquises, verdadero vástago de los Dioses! Tú estás viendo los profundos estanques del Cósito y de la laguna Estigia por quien los Dioses temen jurar y ofender á su divinidad (14). Todas estas sombras que ves son de la desgraciada multitud á quien no se ha dado sepultura. Aquel barquero es Charon. Estas que transporta por agua son las de los que han sido sepultados. No es permitido atravesar estas hórridas riberas y la ronca corriente antes que sus cenizas descansen en sus sepulcros. Andan errantes cien años revolando en torno á estas riberas, y entónces recién son admitidas á pasar el anhelado estanque.” El hijo de Anquises suspendió sus pasos y se paró pensativo, compadeciendo dentro



de sí la injusta suerte de estas almas. Entre ellas vé á los desgraciados Leucaspín, y á Orontes Gefe de las naves de los Licios, privados del honor del sepulcro; ios cuales habiendo salido con él de Troya, arrastrados por tempestuosos mares, el Austro los habia sepultado en las aguas con sus naves y sus guerreros.

Hé ahí que hácia él viene el piloto Palinuro, el cual poco ántes, navegando por el mar de la Libia, mientras observaba los astros, habia sido precipitado de la popa y echado en medio de las ondas. Así que apénas entre aquellas tinieblas reconoció al desgraciado se anticipó á hablarle. “Por cuál de los Dioses ¡ oh Palinuro! nos fuiste arrebatado y sumerjido en el seno del Océano? Dime pronto, pues que Apolo siempre veraz habia sido conmigo, y en esta sola ocasion me ha engañado, anunciándome que llegarías á las rejiones de la Ausonia salvo de los peligros del mar. Hé ahí la fè prometida”.

“ ¡ Ilustre Capitan, hijo de Anquises! le repondió Palinuro, el trípode de Febo no te ha engañado, ni fué un Dios el que me sumerjió en la mar; sinó que mientras dirijia el camino, fija la mano en el timon que gobernaba, fué éste casualmente arrancado con violencia, y precipitándose al agua me arrastró consigo. Lo juro por esos borrascosos mares que no era tanto el cuidado por mí, quanto el temor que por tí me asaltó, no fuera que tu nave privada de piloto y despojada del timon, se rindiera á las grandes olas que comenzaban á levantarse. Durante

tres noches tempestuosas el violento Noto me arrastró por las aguas de la inmensa mar. Recien al cuarto dia alcancé á ver la Italia desde la cima de una alta ola. Poco á poco avanzaba hácia tierra ; ya estaba en salvo, y bajo el peso de mis mojados vestidos me asía con las corvas manos de las ásperas puntas de un peñon, cuando hombres crueles é ilusos, creyendo hacer en mí una valiosa presa me acometen con sus espadas. Ahora las olas son dueñas de mi cadáver , y los vientos le revuelven sobre las costas. ¡ Invicto Gefe! Yo te suplico por la dulce luz de los cielos, por el aire que respiras, por tu padre, por las esperanzas que ya formas en Iulo, que pongas término á mis desgracias. Tú lo puedes, sin duda. Busca mi cuerpo en el puerto de Velio y cúbrele con tierra. O si hay algun camino, si te se ha mostrado tu divina madre, porque en verdad creo que solo con el favor de los Dioses es que te animas á atravesar la laguna Estigia y estos rios tan famosos, estiende tu mano á un desgraciado, y llévame contigo por esas aguas, para que á lo menos en la muerte descanse en apacible reposo. ”

Así hablaba, cuando la profetiza le interrumpe diciéndole : “ ¿ De dónde te viene ¡ oh Palinuro ! un tan loco deseo ? Insepulto ¿ quieres verte traspasando las aguas Estigias y el severo rio de las Euménides, y estar en la otra ribera sin que los destinos lo ordenen ? Deja de esperar que por tus ruegos se cambien los decretos de los Dioses. Pero oye y conserva mis palabras que te

serán dulces en tu acerbo duelo. Los pueblos vecinos, instigados por mil prodigios divinos, recojerán tus huesos, les levantarán un túmulo; harán sobre tu sepulcro solemnes sacrificios, y ese lugar llevará eternamente el nombre de Palinuro”. Con estas palabras aplacó sus penas y disipó en parte el dolor de su triste corazón, consolándole con que una tierra llevará su nombre.

Llegan ya al fin del camino principiado y se aproximaban al río. Luego que el barquero Charon desde el lago Estigio los hubo visto que pasaban por el silencioso bosque y que dirijían sus pasos hácia la ribera, increpa y riñe á Eneas con estas palabras ántes que él hablara: “Tú que armado marchas hácia nuestros rios, cualquiera que seas, dí pronto ¿á qué vienes? párate ahí mismo: esta es la mansion de las sombras, de la muerte y de la eterna noche. No me es permitido pasar á los vivos en la barca infernal, ni tengo por cierto que complacerme por haber recibido en ella á Alcides, Teseo y Piritoo (15), y conducíolos por este lago, aunque eran hijos de los Dioses é invencibles por sus fuerzas. El primero encadenó con sus manos al guardian del Tártaro y le arrastró temblando desde el solio del Rey mismo de los Infiernos; los otros tentaron arrebatár á la Reina del tálamo de Pluton”.

La amfriciana vate así le responde ligeramente: “No hay en él tales insidiosas miras; no te inquietes, estas armas no vienen á hacerte violencia. Puede el enorme

cancerbero, ladrando eternamente desde su cueva, seguir aterrando á las pálidas almas, y puede la casta Proserpina estar tranquila en el lecho de su tío (16). Este es el Troyano Eneas, ilustre por su piedad y por sus hazañas, que desciende á las profundas sombras del Erebo buscando á su padre. Si no te ablanda este singular ejemplo de tanta piedad, reconoce este ramo (y muéstrale el ramo que ocultaba en su vestido)". Al punto se aplaca el corazón de Charon hinchado de ira, y no les dijo más. Admirando el venerable presente del fatídico gajo desde largo tiempo no visto, vuelve la céntrica barca y la acerca á la ribera. Echa luego de ella muchas almas que ya estaban sentadas á lo largo de los bancos, desocupa los tablados y recibe abordo al grande Eneas. La frágil barca cruje bajo de su peso y abriéndose hace mucha agua. Los pasa al fin salvos á la otra orilla del río: baja á Eneas y á la Profetiza en el fangoso suelo entre las verdes yerbas. El monstruoso y fiero cancerbero tendido en una cueva que estaba al frente, hace retumbar estas regiones de los muertos con los ladridos de su triple garganta. La profetiza que vé que habia erizado su cuello, enguedejado de culebras, échale un pedazo de comida amasada con soporífica miel y encantadas frutas. El sueño se esparce luego sobre sus monstruosos miembros, y queda tendido en el suelo llenando toda la caverna con su inmensa masa. Adormecido el guardian de los Infiernos, Eneas, ligero, se

aleja de la ribera del ya invadeable río y ocupa la portada.

Así que estuvo en ella, oye lamentables llantos y agudos vahidos. Eran las almas de los tiernos niños que lloraban á la entrada de los Infiernos. Arrebatados del seno de las madres, perdieron la dulce vida, y una tenebrosa noche los sepultó en su amarga lobreguez.

Cerca de ellos están los condenados á muerte por falsos crímenes.

El lugar que cada una de las almas ocupa no ha sido señalado sin que la suerte y un juicio le designe. Minos, juez de los muertos, revuelve la urna y llama á juicio á las mudas almas y averigua su vida y sus delitos.

Allí inmediato están, tristes y melancólicos, los que tal vez inculpables se dieron la muerte con sus manos, y odiando la vida arrojaron con desprecio sus almas. ¡Cuánto desearían ahora sufrir bajo la bóveda de los cielos la pobreza y los mas duros trabajos! Los destinos no lo permiten, y el odioso lago Estigio, revolviendo nueve veces sobre sí mismo, los retiene en sus tristes aguas y los encadena allí.

No lejos, se vé una llanura estensa por todos lados á la cual llaman *Valle de lágrimas*. Allí andan separadas, en apartadas sendas, aquellas á quienes un violento amor consumió con su letal veneno. Un bosque de mirtos los oculta por todos lados; y aún en el reino de la muerte no los dejan las ansias amorosas. En esos lugares

ve á Fedra, á Proeris, á Pacifae, y á la par de ellas á Laudamia, ahora mujer, que en otro tiempo era el jóven Cenis. vuelta despues por el destino á su primer sexo (17).

Entre aquellas sombras, y por entre aquel espeso bosque, la Fenicia Dido, recién llegada con fresca herida, andaba errante. Luego que el héroe Troyano estuvo cerca de ella y la conoció á través de las tinieblas, cual el que vé en medio de nublados y crée ver aparecer la luna en sus primeros dias, deshecho en lágrimas y lleno de tierno amor le habla así: “¿Era, pues, verdad, desgraciada Dido! la noticia que se me dió que habias muerto y que con el fierro acabaste tus dias? ¡Ah! yo fui la causa de tu muerte. Te juro por los astros, por los Dioses, por la fé que puede haber en estos abismos de la tierra, que fué á mi pesar, ¡oh Reina! que dejé tus riberas: que á ello me forzaron las órdenes de los mismos Dioses, quienes me obligan á andar ahora por entre estas sombras, por estas horribles regiones y su profunda noche. Ni jamás pude persuadirme que mi partida te causara un tan acerbo dolor. Suspende tu marcha; no te apartes de mi vista. ¿De quién huyes? Esta es la última vez que los destinos me permiten hablarte”.

Con estas palabras Eneas, inundado en lágrimas, procuraba aplacar esta alma que torva y airada le miró, y que volviéndole el rostro llevaba los ojos fijos en el suelo: no mas sensible á sus palabras que lo que podría serlo

el duro pedernal, ó las rocas del monte Marpero. Al fin huyó de él con presteza, é indignada se metió en el umbroso bosque donde su primer esposo Siquieo, participando de sus penas, la corresponde con igual amor. Eneas, no menos dolorido de tan triste suceso, la sigue por largo espacio, llorando y compadeciéndola.

Toma luego el camino que se le ha prescrito, y ya llegaban al término de la llanura donde, separados de los demás, vagaban los ilustres guerreros. Preséntasele allí Tideo, Parténope, ilustre en los combates, y la sombra del cobarde Adrástro (18); los Troyanos muertos en la guerra que han sido tan llorados en el alto mundo. El gemia tiernamente al mirar aquella larga muchedumbre; á Clanco, Medon, Terciloco, los tres hijos de Antenor; á Polibetes sacerdote de Ceres, y á Ideo que aún conducía un carro y llevaba una armadura. Todas esas almas le rodeaban sucesivamente á derecha é izquierda: ni era para ellas bastante verle una vez: querían hasta detenerle, acompañar sus pasos y saber la causa de su venida.

Pero los gefes griegos y las falanges de Agamenon así que vieron al héroe y sus armas que aún entre las tinieblas resplandecían, tiemblan de pavor. Los unos huyen como en otro tiempo corrian á las naves; otros principian á gritar, y su clamor al comenzar muere en sus abiertas gargantas.

Y allí también vió á Deífobo hijo de Príamo, todo su

cuerpo destrozado ; su rostro crudamente lacerado ; cortadas sus dos manos ; sus sienes despedazadas por haberle arrancado las orejas y truncada la nariz por una torpe herida. Apenas le reconoció y advirtió que estaba temblando de vergüenza procurando ocultar sus crueles llagas, le dijo con aquella voz que le era tan conocida : “ Valeroso Deífobo, descendiente de la ilustre sangre de Teucer ¿quién fué el que se complació en tomar tan cruel venganza ? ¿quién se atrevió á hacer en tí tan fiero estrago ? Yo habia oido que en aquella última noche de Troya, cansado de tanta carnicería de griegos, habias caido muerto sobre un monton de los muchos allí degollados. Entónces yo mismo te construí un Cenotafio en la costa de Reto, y tres veces en alta voz te dí el último adios. Tu nombre y tus armas protejen ahora ese lugar (19). No pude ¡ oh amigo ! hallar tu cuerpo y cubrirle al partir, con la tierra de la Patria ”.

El hijo de Príamo le responde así : “ ¡Oh amigo! nada te ha quedado por hacer : has llenado todos tus deberes con Deífobo y su triste sombra. Es solo mi destino y el horrendo crimen de la Espartana Helena los que me han sumerjido en tal desgracia. Estas son las memorias que de ella deja al mundo. Recordarás, pues que jamás lo podremos olvidar, que pasábamos aquella última noche de Troya en traidores gozos, cuando el fatal caballo lleno su vientre de infantes armados entró sin obstáculo por las altas murallas de Pérgamo. Ella en-



tónces, fingiendo danzas, conducía á las matronas Troyanas vacantes por las orgías, y en medio de ellas llevaba una grande antorcha con la cual desde lo más alto de la ciudadela daba la señal á los Griegos. Yo, abrumado de cuidados y vencido por el sueño, me acosté desgraciadamente en mi cama, y un dulce y profundo sueño semejante á la apacible muerte se apoderó de mí. Entónces mi noble esposa retira de mi casa todas las armas, y me habia robado la espada que nunca se apartaba de mi cabecera. Llama á Menelao al palacio y ábrele las puertas, esperando sin duda que este crimen sería de grande precio á su marido y que así podia borrar la memoria de sus pasados delitos. ¿Para qué decirte más? Acometen á mi cama acompañados del descendiente de Eolo, incitador de todo crimen (20). ¡Dioses! si con razon imploro vengaza, haced á los Griegos iguales males. Pero ahora dime tú, ¿qué desgracia te trae en vida á estos lugares? Vienes perseguido por las tempestades del mar, ó por orden de los Dioses, ó qué infortunio te arrastra á estas negras regiones, á estas tristes mansiones privadas de la luz?”.

Durante esta conversacion el sol en su dorado carro de cuatro caballos ya habia pasado la mitad de su etérea carrera (21); y tal vez todo el tiempo que les era preciso le gastara Eneas en este diálogo, si su compañera la Sibila no le advierte y le habla así con apuro: “Eneas, la noche se avanza, y nosotros pasamos las horas en llorar.

Aquí el camino se divide en dos. El de la derecha conduce al palacio del grande Pluton ; por él iremos nosotros á los campos Eliseos. El de la izquierda va al impio Tártaro donde los crímenes reciben los castigos.” Deífobo responde : “Poderosa sacerdotiza, no te irrites : yo me retiro ; volveré á las tinieblas y me juntaré á las otras almas. Y tú, honor de los Troyanos, anda, anda, y goza de mejor suerte que la nuestra.” Esto solo dijo, y en acabando se fué.

Eneas alza impensadamente los ojos y vé á la izquierda detrás de una roca, un vasto edificio rodeado de triple muro, al cual el Tártaro Flegeton, removiendole peñascos con grande estrépito entre las rápidas olas, circunda por por todos lados con torrentes de llamas. Al frente estaba una inmensa puerta entre columnas de duro diamante, que ni las fuerzas de los hombres, ni la de los mismos inmortales bastarian á romper con el fierro. En el centro una torre de acero se levantaba sobre los aires. En el vestibulo, Tisifone está sentada guardándole, en vela siempre noche y dia, teñidos con sangre sus vestidos. Se oían allí gemidos, el chasquido de crudos azotes, el rechinar del hierro y el ronco son de cadenas que se arrastran. Eneas se detiene y espantado escucha aquel ingrato ruido y la dice : “ ¡ Oh Virgen ! díme, ¿ qué criminales son esos ? ¿ con qué pena se les atormenta ? ¿ Por qué estos lamentos y azotes que hieren los aires ?

Entonces la profetiza comenzó á hablarle así : “ ¡ Fa-

moso Capitan de los Troyanos! A ningun hombre justo es permitido poner el pié en esa portada de los criminales; pero la misma Hecata cuando me enseñó de los bosques del Averno me instruyó de la venganza de los Dioses y me paseó por todo el Tártaro. El Cretense Radamante tiene el mando de este reino de penas; él averigua y castiga los delitos, y obliga á confesar los crímenes que allá en el alto mundo se alhagaban de ocultar con criminal silencio; prolongando su arrepentimiento hasta una tardía muerte. Concluido apénas el juicio, la vengativa Tisifone, armado su brazo con el látigo, los escarnece y los azota mostrándoles en la izquierda airadas serpientes, y llama en su ayuda á todas sus crueles hermanas.”

Mientras que así decía, se abren las infernales puertas crujiendo en sus quicios con espantoso ruido. “¿Adviertes, le dice la sacerdotiza, cuál guardian es el que está sentado en el vestibulo? ¿Ves el rostro del monstruo que cuida la entrada? En el interior reside una Hidra mas fiera, con sus cincuenta bocas negras siempre abiertas.

“Sigue después el Tártaro tan profundo, y que tanto se extiende en las tinieblas cuanta es dos veces la distancia que mirando desde la tierra hay hasta el pináculo del Olimpo. Allí los Titanes, antiguos hijos de la tierra, derrocados por el divino rayo, se revuelven en el profundo Báratro.

“Allí he visto los gigantescos cuerpos de los dos hijos

de Aloes que intentaron despedazar los cielos con sus manos, y arrojar á Júpiter del celestial imperio.

“Ví también á Salmoneo sufriendo crueles castigos. Tirado en su cuadriga y sacudiendo una antorcha, recorría en triunfo los pueblos de la Grecia y pasó así aún por en medio de la ciudad de Elis (23) exigiendo los honores de los dioses. ¡Insensato! que con el sonido causado por el golpe de los bazos de sus caballos en un puente de bronce, quería á las tempestades imitar y al no imitable rayo. Pero el padre onnipotente por entre las densas nubes le disparó el divino fuego, y no tizones mezclados de humo ni antorchas como la que aquel lucía; é impeleándole por un desencadenado torbellino le precipitó en el Tártaro.

“Allí también se miraba Titio, hijo de la tierra que todo lo produce, cuyo cuerpo abrazaba nueve yugadas. Un famélico buitro de corvo pico habita en lo profundo de su pecho; arranca su hígado que jamás se acaba, y rejistra ansioso sus entrañas que siempre renacen para pábulo de los tormentos, y ni les da trégua á las fibras que de nuevo aparecen (24).

“¿Para qué hablarte de los Lapitas, de Ixion y de Piri-too? Sobre ellos un negro peñon está pendiente, amenazando caer por instantes. Reclinados en los suntuosos y festivos lechos de piés de oro, tienen dispuestos á su vista manjares de lujo real. La mayor de las furias sentada á su lado no los deja tocar las mesas; se levanta y sacu-

diendo sobre ellos su encendida hacha, hace tronar su voz.”

“Allí están los hermanos que se odiaban mientras fueron en vida. Los que pusieron las manos sobre sus padres. Los que tramaron fraudes á sus clientes. Los que atesoraron para sí solos las riquezas adquiridas, y no participaron de ellas á sus parientes. El número de estos es inmenso. Los que fueron muertos por adúlteros amores. Los que no temieron faltar á los juramentos á sus gefes, y entraron en guerras civiles. Todos, encerrados aquí, esperan su castigo. No procuro saber qué género de tormentos sufren, ni su clase ó cuál sea la suerte de ellos.

“ Los unos dan vuelta sin cesar un enorme peñon.

“ Otros clavados en los rayos de una rueda giran con ella.

“ El infeliz Teseo está sentado, y eternamente estará sentado (25).

“ Y Flegías (26) el mas desgraciado de todos, los aconseja y les dice á gritos en esas tinieblas: aleccionados por mi ejemplo, aprended á ser justos y á temer á los Dioses.

“ Este vendió á su patria por dinero y la impuso un señor absoluto. Aquel hizo y deshizo las leyes por vil interés. El otro no respetó el lecho de su hija y se gozó en nefanda union. Todos se han atrevido á espantosos crímenes y se han gozado en ellos. No, aunque yo tuvie-

ra cien bocas, cien lenguas, y una voz de acero, no podría enumerar todas las especies de sus delitos ni contar todos los géneros de suplicios.”

Luego que la anciana sacerdotiza de Apolo dijo estas palabras, añadió: “Vamos pronto; sigue adelante, y acaba la ilustre empresa que has principiado. Veo ya los muros forjados en las fraguas de los Cíclopes, y bajo de aquel arco las puertas donde las órdenes divinas mandan que pongas tu ofrenda”. Dijo, y á igual paso marchan por el oscuro camino; pasan con presteza el espacio intermedio, y se acercan á las puertas. Eneas ocupa la entrada; rocía su cuerpo con fresca agua y cuelga en la portada el sagrado ramo.

Concluidos estos ritos y hecho el presente á la Diosa de los Infiernos, llegaron á las mansiones dichosas, á los campos de alegría, á los amenos prados rodeados de deliciosos bosques. Allí un cielo mas dilatado estiende sobre los campos su purpúrea luz; tienen su propio Sol y estrellas propias. Algunos de sus habitantes se ejercitan en las herbosas palestras; luchan en la rubia arena, ó se entretienen en diversos juegos. Otros bailan en coro, cantando versos.

El Sacerdote de la Tracia, Orfeo, en ropaje talar hace hablar en armoniosos aires los siete tonos de su lira; tal vez la bate con sus dedos; tal vez la pulsa con el Plectro ebúrneo.

Aquí está la antigua raza de Téucer, hermosa descen-

dencia, magnánimos héroes nacidos en más felices días, Ilo, Azaraco, y Dárdano fundador de Troya.

Vieron allí con asombro á lo léjos las armas y los vacíos carros de los héroes, las lanzas clavadas en tierra, y los caballos que vagan sueltos paciendo en la campaña. El mismo afecto que tuvieron en vida á los carros y á las armas, el mismo placer que hallaron en criar hermosos caballos, los sigue, bajo de tierra.

Y hé ahí que miran á otros á su derecha é izquierda comiendo sobre el prado y cantando en coros el festivo Pean bajo fragantes bosques de laureles, de donde el caudaloso rio Eridano aparece sobre la tierra y revuelve sus olas por entre las selvas.

Allí están los guerreros que combatiendo derramaron su sangre por la Patria: los sacerdotes que guardaron castidad mientras tuvieron vida; y los divinos poetas que cantaron versos dignos de Apolo. Los que endulzaron la vida por artes que inventaron: los que por sus beneficios eternizaron su memoria. La frente de todos ellos está ceñida con cándidas vendas.

Rodeada de todas estas almas, la Sibila les habla, dirigiéndose á Museo, á quien vé en medio de la multitud sobresaliendo por su alta talla. “¡ Dichosas almas! ¡ Y tú el mejor de los poetas! Decidme, ¿ en qué rejion, en qué lugar se encuentra Anquises? A él buscamos, y por él hemos atravesado los famosos rios del Erebo”. El vate así la responde en pocas palabras: “Ninguno de

nosotros tiene una mansion determinada : residimos en estos sombríos bosques : tenemos nuestros albergues en los verdes prados ó en las floridas riberas de cristalinos arroyos. Mas vosotros, si este deseo os conduce, subid á este collado y allí os pondré en un camino llano". Dijo, y marchó adelante. Cuando llegaron arriba, mostróles risueños campos ; y presto bajan dejando la alta cumbre.

El padre Anquises á ese tiempo habia reunido en el fondo de un verde prado las almas que habian de volver á ver la luz del alto mundo y pasaba por entre ella contemplándolas con gozo : enumeraba todos sus hijos ; recordaba el destino de ellos, su feliz descendencia, sus suertes, sus costumbres y sus hazañas. Así que reconoció que Eneas venia hácia él por el herboso prado, transportado de contento y con las lágrimas en el rostro, tiéndele los brazos, y estas palabras sueltan sus labios: " Viniste por fin, y tu piedad tan conocida de tu padre ha superado el trabajoso camino. ¡ Me es dado, pues, hijo mio, mirar tu rostro, hablarte, y escuchar tu grata voz ! Así, en verdad, mi corazon me hacía esperar lo ; veía venir esta dicha y contaba los días. Mis ansias no me han engañado. Yo te vuelvo á ver despues que has sido precipitado en tantos peligros, despues que has sido forzado á correr por tantas tierras y por tantos mares ! ¡ Cuánto temí que el reino de la Libia te fuera fatal !



El le responde: “¡Oh padre! tu sombra, tu desconsoladora sombra que continuamente se me ha aparecido, me ha obligado á bajar á estas mansiones. Mis naves están en el mar Tirreneo. Permíteme ¡Oh padre! permíteme que yo pueda juntar mi mano con la tuya, y no te apartes de mis brazos”. Diciendo así un raudal de lágrimas regaba su rostro. Tres veces estendió sus brazos al rededor de su cuello, y tres veces su sombra en vano comprimida huyó de sus manos; semejante á los lijeros aires, semejante á fugaces sueños.

En esto mira Eneas en un distante valle una apartada arboleda cuyos gajos murmuraban entre la selva, y al rio Leteo que corre por delante de aquellas plácidas mansiones. Rodeando sus riberas vagaban innumerables pueblos y naciones, cual se ve las abejas en los prados en un sereno dia de verano irse posando de flor en flor y amontonarse en torno de los blancos lirios, resonando en toda la llanura sus zumbidos. Eneas que no sabia qué era aquello, turbóse con ese inesperado espectáculo, y le pregunta qué rio sea aquel y por qué tanta multitud de sombras cubre su ribera. El padre Anquises le responde: “Estas son las almas que destinadas á animar á otros cuerpos, beben aguas soporíferas en la corriente del rio Leteo y en el eterno olvido. Hace largo tiempo que deseo hablarte de ellas, mostrártelas y enumerarte su futura descendencia, para que conmigo te felicites cada vez mas de haber llegado á Italia”.

“ ¡Oh Padre! le contesta Eneas, ¿puede acaso creerse que las almas de tan excelente naturaleza quieran ir al mundo y volver otra vez á encerrarse en los pesados cuerpos? ¿qué ha podido inspirar á estas desgraciadas tan fiera pasion de la vida? ”

“Hijo, le repetia Anquises, te lo diré con gusto y te sacaré de la duda”. Comienza á esplicarle por órden todos los secretos del mundo. “Primeramente has de saber que al cielo, á la tierra, á las líquidas llanuras, al fulgente globo de la luna, y á los Astros de Titan, les da vida un espíritu divino que vive dentro de ellos. Esta alma infundida en sus miembros, mueve toda la masa y se confunde con sus grandes cuerpos. De ella traen su origen el linaje humano, los animales, las aves y los mónstruos que el mar cría en el fondo de sus cristalinas aguas. Este activo vigor se mantiene en ellos, como emanado de celestial principio, hasta que se une con los groseros cuerpos, se embota en órganos de barro y en miembros percederos. De aquí es que esos espíritus tienen temores, deseos, placeres y dolores. Encerrados en las tinieblas de una oscura prision, olvidan su celestial origen, y aún cuando en el último dia de esta union, la vida los abandona, sin embargo esos desgraciados seres quedan libres de todo vicio, y permanece en ellos el contagio del cuerpo, pues es inevitable que unido con él por tan largo tiempo se mantengan con fuerza los viciosos hábitos que los infestaban. Sufren por tanto los castigos

de sus pasados delitos para quedar purgados. Las unas cuelgan suspendidas al arbitrio de los soberbios vientos. Otras son lavadas de sus impuros crímenes en el fondo de un vasto lago, ó son purificadas por el fuego. Así, sombras como somos, cada una purga sus delitos, y despues somos enviados al vasto Eliseo (27). Pocas son las que ocupamos estos dichosos campos. Despues de concluido el período fijado y cuando un largo tiempo ha lavado las manchas de que estaban impregnadas y ha dejado puro el rayo de su simple esencia, y tan solo el celestial aliento, Dios llama al rio Leteo todas estas almas que en grande multitud vagaban desde mil años, para que olvidadas de lo pasado vuelvan á ver la celeste bóveda, y deseosas otra vez de vida recomiencen á vivir en otros cuerpos”.

Dijo así Anquises, y lleva á su hijo junto con la Sibila al medio de la bulliciosa turba y de aquel concurso de almas. El toma una altura desde donde pudiese ver á todas de frente en largas filas, y distinguir los rostros de las que pasaran. “Atiende, le dice, ahora te mostraré cuánta será en lo venidero la gloria del linage Dárdano; cuáles serán en Italia sus descendientes: yo te haré conocer las ilustres almas que han de esclarecer nuestros nombres, y te haré ver tus destinos.

“¿Ves á ese jóven apoyado en una lanza sin fierro? (28). La suerte le ha puesto en las regiones mas inmediatas á la vida. El será el primero que de nuestra

sangre mezclada con la sangre italiana, suba á las regiones etéreas. Silvio será su nombre, nombre Albano, hijo pósturgo tuyo: tu esposa Lavinia criará en las selvas á este tardío fruto de tu vejez, que será despues Rey y padre de Reyes. Desde él nuestra raza imperará en Alba la Larga.

“El que está á tu lado, Proezas, gloria de la Troyana gente. Y sigue Capis y Numitor, y aquel que renovará tu nombre, Silvio Eneas, el cual si algun dia llega á tomar el cetro de Alba, será tan ilustre como tu en piedad y hazañas.

“Mira, qué varoniles fuerzas ostentan aquellos jóvenes que están allí!

“Algunos de aquellos otros que tienen ceñidas la sien con la cívica corona, te fundarán las ciudades de Nomento, de Gavia y de Fidena: otros construirán sobre montañas las murallas Colatinas, las de Pomecia, la fortaleza de Yuno, los muros de Bola y de Cora. Estos serán los nombres que tendrán esos lugares ahora sin nombre.

“Mira tambien á Rómulo, hijo de Marte, que está al lado de su abuelo Numitor: Ilía, de la sangre de Azaraco, darále al mundo. ¿Adviertes que tiene sobre su cabeza un yelmo de dos cimeras, y que el mismo Padre de los Dioses ha inspirado ya sobre su frente el divino signo? Bajo sus auspicios, ¡oh hijo! esa ilustre Roma extenderá su imperio por todo el mundo, y llevará la fama de sus proezas hasta el Olimpo: encerrará en sus murallas siete

colinas, y será tan feliz por una sucesion de héroes, cual la Diosa Berecintia (29) cuando coronada de torres recorre en su carro las ciudades de la Frigia, ufana de ser la madre de los Dioses y abraza sus cien hijos todos inmortales, y que habitan las mas altas regiones de los Cielos.

“Vuelve ahora tus ojos hácia acá. Mira á ese pueblo: son tus romanos. Este es César, y esa, toda la posteridad de Iulo que habitará en la bóveda del cielo.

“Este, este varon es aquel que tantas veces me oiste prometerte (30), Augusto César, descendiente de un Dios, el cual renovará en el Lacio los siglos de oro, en que en otro tiempo reinó Saturno. El extenderá su imperio sobre los Garamantes y los Indios hasta en los climas situados mas allá de los astros, mas allá de los términos del año y del Sol: donde Atlas que sostiene el cielo en sus hombros, hace jirar la celeste bóveda coronada de ardientes astros. Al anuncio que de su llegada han hecho los oráculos divinos, tiemblan ya los reinos del mar Caspio, las tierras que rodean la laguna Meotis, y se conmueven llenas de espanto las siete bocas del Nilo. Ni Alcides, aunque agarrara la cierva de piés de bronce; aunque hubiera puesto la paz en los bosques del Erimanto y hecho temblar con su arco á la Hidra de Lerna; ni el Dios Baco cuando triunfante soltaba su carro desde la cumbre del Nisa tirado por tigres con riendas de verdes pámpanos, recorrieron como él tantos países. ¿Y dudas todavia extender tu

gloria por tus proezas? ¿ó el miedo no te permite establecerte en la Ausonia?

“¿Quién es aquel que á lo léjos veo tan venerable, ceñidas sus sienes con ramos de oliva y vestido con ornamentos sagrados? En su cabellera y blanquísima barba reconozco al Rey de Roma, el primero que dará las leyes al pueblo. Desde la pequeña Cures, y desde su pobre estado será elevado al grande imperio (31).

“El que le sucederá es Tulio, el cual romperá la paz de la patria y llamará á las armas á los pacíficos Romanos, olvidados ya de sus victorias (32).

“El que cerca de él está es el vanidoso Anco que ya se muestra demasiado ansioso de aplausos populares.

“¿Quieres ver los Reyes Tarquinos y la soberbia alma de Bruto vengador de las leyes y las hazes restauradas? Este será el primero que reciba el poder Consular y las terribles hachas. Padre, celoso de la bella libertad, condenará á muerte á sus hijos que habrán suscitado guerras desconocidas en Roma. ¡Desgraciado! Cualquiera que sea el juicio de la posteridad sobre esta accion, triunfó sobre él el amor de la patria y un inmenso deseo de gloria.

“Mirad tambien allá á lo léjos á Decios (33), los Drusos y el inexorable Torcuato descargando la hacha consular sobre su hijo; y á Camilo recobrando del enemigo nuestros estandartes.

“Esas dos almas que ves ahora resplandecer con ar-

maduras iguales, tan amigas mientras el reino de la noche las retiene, si ellas llegan á gozar de las mansiones de la vida, ¡ah qué guerra se harán! ¡De cuántos ejércitos y estragos se rodearán cuando el suegro bajando de las montañas de los Alpes y de las alturas de Mónoco, el yerno le oponga los ejércitos del Oriente que habrá reunido! (34). No acostumbréis ¡oh hijos! vuestras almas á tan horribles guerras, ni convertáis vuestras poderosas fuerzas contra las entrañas de la Patria. Tú que traes tu origen del Olimpo, descendiente mio, se el primero en perdonar y arrojar esas armas de tus manos.

“ Aquel, famoso por haber acabado á los Griegos, despues de rendir á Corinto llevará triunfante su carro hasta el alto Capitolio (35).

“ Este, destruirá á Argos y á Misenas, cortes de Agamenon, y al mismo Escides descendiente del valoroso Aquiles, y vengará á los Troyanos sus abuelos y la violacion del templo de Minerva (36).

“ Y á ti grande Caton, y á tí ¡oh Cosso! ¿quién podrá pasaros en silencio? ¿quién á vos familia de los Gracos? (37).

“ ¡Ambos Scipiones, rayos de la guerra, azotes de la Libia! ¿quién podrá olvidaros? Ni á ti, Fabricio, poderoso por tu misma pobreza, ni á ti, Serrano, ocupado de echar semillas en los surcos. Fabios, ¿adonde arrastrais mi memoria incapaz de seguiros? Tu eres aquel

Fabio el grande, que defiriendo vencer nos conservarás el vacilante imperio? (38).

“Puede ser que otros pueblos te aventajen en dar aliento al bronce y hacer nacer del frio mármol rostros animados: serán mejores oradores ó describirán con mas saber por medio del compás el movimiento del cielo, y anunciarán el movimiento de los astros. Tu, pueblo Romano, ocúpate solo de gobernar al mundo. Esta será tu ciencia: dar leyes en la paz, perdonar á los vencidos, y domar á los soberbios.”

Así el padre Anquises hablaba á Eneas y á la Sibila que le escuchaban asombrados, y luego añade: “Ved que viene el ilustre Marcelo cargado de opimos despojos. Adornado con la palma del triunfo sobresale entre todos. Él detendrá la caída de la República Romana cuando la sacudan inmensos desórdenes; hará morder el polvo á la caballería de Cartago y al indomable Galo, y será el tercero que cuelgue en el templo de su padre Quirino las armas tomadas al enemigo”.

En ese momento Eneas que vé que iba al lado de Marcelo un hermosísimo jóven con su armadura resplandeciente, pero su frente triste y sus ojos y su rostro clavados en el suelo, le dice: “¡ Oh Padre! ¿ Quién es aquel que en tal estado acompaña al héroe que viene? ¿ es hijo suyo, ó algun descendiente de su ilustre raza? ¡ Qué bellissimo séquito le rodea! ¡ Cuán semejante á Marcelo! pero una oscura noche revuela su lúgubre som-



bra al rededor de su cabeza”. Entónces el padre Anquises derramando lágrimas le responde: “No procures saber, ¡oh hijo! un lamentable duelo de los tuyos. Los destinos apénas le mostrarán al mundo y no permitirán que esté por mas tiempo en la tierra. ¡Dioses! la raza Romana os hubiera parecido demasiado poderosa, si no le hubierais quitado este presente de los cielos. ¡Cuántos gemidos resonarán por él en el campo y en la gran ciudad de Marte! ¡Dios del Tiber! ¡Cuánta pompa fúnebre presenciarás cuando tus ondas bañen la reciente tumba! Jamás jóven de estirpe Troyana llevará tan léjos las esperanzas de sus abuelos los latinos; ni jamás la futura Roma tendrá un hijo de que tanto pueda gloriarse. ¡Ah! ¡qué piedad! ¡qué fé antigua! ¡qué brazo tan invencible en los combates! Cuando ciñera sus armas nadie se hubiera atrevido á combatir con él, sea que á pié buscara al enemigo, sea que fatigara con sus carcaños los hijares de un fogoso caballo. ¡Ah jóven desgraciado! Si romper pudieras los crueles decretos de los destinos, tú serias Marcelo (39). Dadme lirios á manos llenas para esparcir purpúreas flores sobre su sombra. Que á lo ménos pueda prodigar este vano homenaje al alma de mi descendiente”.

De esta manera andaban ellos recorriendo los diversos campos de aquella rejion de vastos aires y mirándolo todo. Despues que Anquises hubo mostrado á su hijo cuanto en ella habia, y encendido en su alma un vivo de-

seo de futura fama, principia á revelar al héroe las guerras que despues sostendrá; le dice dónde se hallan los pueblos Laurentinos y la ciudad de Latino, y por qué medios pueda evitar ó soportar las fatigas.

Dos puertas tiene allí el sueño : una de ellas de cuerno, la cual dá fácil paso á las verdaderas sombras ; la otra de blanco marfil, hermosa por lo acabado de la obra. Los Dioses infernales mandan por allí al alto mundo los sueños vanos. Hasta ella conduce Anquises conversando á su hijo y á la Sibila, y los hace salir por la puerta ebúrnea. Eneas se encamina hácia las naves y vuelve á juntarse con sus compañeros. Desde allí bogando rectamente por la costa, llega al puerto de Cayeta ; la ancla cae de la proa, y las naves quedan fijas á la ribera.



## NOTAS DEL LIBRO VI

---

(1) Los Atenienses ó Cecrópidas mataron á Androgeo hijo de Minos, Rey de Creta, y este les declaró la guerra, los venció y les impuso el tributo anual de siete jóvenes, los cuales eran devorados por el Minotauro hijo de su mujer Pasifea y de un toro. En una vez le tocó á Teseo la suerte del tributo. Llegado á Creta, Ariadna, hija de Minos, se enamoró de él. Dédalo que había construido el laberinto, en cuyo centro estaba el Minotauro, le mató y huyó con la princesa Ariadna. Dédalo temiendo á Minos, inventó unas alas para volar por el aire, ó lo que es tal vez cierto, inventó poner velas á los buques, y huyó con su hijo Icaro. Las de este, que se había elevado mucho, fueron derretidas por el sol, y pereció; mas Dédalo llegó á Cumas, é hizo lo que dijo el poeta.

(2) Aquiles era invulnerable, como que su cuerpo había sido bañado en las aguas Estigias; pero como había quedado el talon sin ser mojado, París instruido por Apolo, le dirigió á esta parte de su cuerpo una flecha envenenada, y le mató.

(3) Los dioses enemigos de Troya, eran Juno, Neptuno, Palas, Hebe y Vulcano.

(4) *Tum Phæbo et triviæ solido de marmore templum  
Instituam ...*

“Entonces yo dedicaré á Febo y á Diana un templo del mejor mármol.”

La Mitología presenta una especie de trinidad en Hecata. Era la luna en el cielo; Diana cazadora en la tierra; y Hecata en los Infiernos. Tenía tres cabezas, una de perro, otra de león y otra de toro. Los poetas latinos la llaman *Diva*, *Triceps*, *Trifomis*, *Tergemina*. El número tres le estaba consagrado. Sus altares eran triangulares. Se invocaba en los encantamientos y en las operaciones mágicas.

(5) Orfeo, gran músico de Apolo, recibió una lira á cuyo sonido los ríos cesaban de correr para oírle, los animales mas feroces se le acercaban mansamente, y toda la naturaleza parecia animarse. Casóse con Euridice, una de las ninfas que siempre le seguian. A su pérdida fué tal su sentimiento que se resolvió bajar á los Infiernos para traerla á la vida. Hizo sonar allí su lira y la rueda de Iscion se paró; Tántalo olvidó su eterna sed, y aún las Euménides depusieron su furor: por fin Pluton y Proserpina le devolvieron á Euridice.

Castor y Polux hermanos, el primero hijo de Leda y Tindaro, y Polux de Júpiter y de Leda, y por lo tanto inmortal. A la muerte de Castor su hermano quiso dividir con él su suerte muriendo alternativamente. A un tiempo fijo descendía el uno á los Infiernos para que el otro volviera á la vida.

Teseo acompañó á Pirítoo en su descenso á los Infiernos cuando este fué á robar á Proserpina mujer de Pluton.

Hércules bajó á los Infiernos, arrastró al perro Cerbero hasta Argos, y libró á Teseo y á Pirítoo que no habian podido conseguir su objeto.

Alcides tambien bajó para librar á Alcerta que habia muerto por rescatar la vida de su marido.

(6) *Junoni infernae*

“ A la Juno de los Infiernos.”

Proserpina mujer de Pluton, era llamada la Juno de los Infiernos.

(7) Triton, Dios del mar, mitad hombre y mitad pescado, era el trompetero de Neptuno.

(8) *... aramque sepulcri*

La hoguera era llamada *ara sepulcri*. Barthélemy traduce el *altar de*

*la muerte*, espresion hermosa y poética; pero no conforme á la inteligencia que los Poetas latinos daban á las palabras *ara sepulcri*.

(9) Los antiguos miraban como un presagio favorable el ver que las aves comian, y así era que cuando los pollos sagrados no mostraban apetito, los Generales Romanos no se atrevian á dar batalla.

(10) A los Dioses Celestiales se hacian libaciones; pero cuando el sacrificio era á las Deidades Infernales, se echaba todo el aceite y los vasos.

(11) ... *ramo felicis olivæ*;

“ Con un ramo de felice Oliva.”

La aspersion se hacia sobre toda la reunion con un ramo de olivo preparado en agua lustral, es decir, en agua en la cual se hubiera apagado un tizon del fuego del altar. El epíteto *felicis* espresa que el agua en que estaba mojada la oliva habia ya purificado á los Troyanos y á la ribera. *Novissima verba* eran los últimos adioses que tres veces se decian al muerto llamándole por su nombre, y despues el sacerdote decia á todos *ilicet*.

(12) *Supponunt alii cultros,*

“ Otros degüellan las victimas.”

Esta era una espresion adoptada en los sacrificios, en los cuales todas las palabras que podian ser de mal presagio, como degollar, matar, etc., eran cuidadosamente evitadas.

(13) Los Centauros, pueblo en la Tesalia, el primero que amansó los caballos, eran tenidos por mónstruos mitad hombres y mitad caballos, y por eso Virjilio dice *stabulant*.

Los Scilas de los cuales se ha hablado ya en el libro tercero, eran mónstruos, mitad mujeres y mitad pescados.

El Gigante Briareo tenia cien cabezas y cien brazos.

En Lerna, canton de la Argólida, habia un bosque y una laguna célebre.

El bosque estaba infestado por la Hidra que tenia cien cabezas. Hércules la mató y mojó en su sangre sus flechas, para hacer incurables heridas.

La Chimera á quien Belerofonte mató montado sobre el caballo Pegaso, era un mónstruo con cabeza de leon, pecho de cabra y cola de serpiente. Otros le dan tres cabezas de leon, de cabra y de dragon que vomitaba torrentes de llamas y humo.

Las tres Gorgonas, Stherno, Euryale y Meduza tenian la cabellera de serpientes, manos de bronce y dientes tan grandes como los de un javali, y todo el cuerpo cubierto de escamas impenetrables. Su solo aspecto ocasionaba la muerte, y sus miradas convertian á los hombres en piedra.

Las Harpias están descritas en el libro tercero.

A Gecim, Rey de España, le suponian tres cuerpos y tres cabezas porque habia reinado en las tres islas, Mayorca, Menorca é Ivica.

(14) *Dii cujus jurare timent et fallere numen.*

“ Por quien los Dioses temen jurar y ofender á su divinidad.”

La laguna Estigia era tenuta en tal veneracion entre los Dioses Celestiales, que acostumbraban jurar por ella; y Júpiter castigaba á los perjuros mandándoles un letargo de un año. Pasado este tiempo aún seguian privados nueve ó cien años del Néctar y de todos los placeres del Olimpo.

(15) *Nec veró Alciden me sum lætatus euntem.  
Accepisse lacu, nec Thesea Pirithoümque;*

“ No tengo por cierto que complacerme por haber recibido en ella á Alcides, Teseo y Peritoo, y conducirlos por este lago.”

Pluton tuvo en prisiones por un año á Charon por haber admitido de miedo en su barca á Hércules.

(16) Proserpina, mujer de Pluton, era tambien sobrina de él como hija de Júpiter.

(17) Fedra, hija de Minos y Pasfae mujer de Teseo, inspirada por Venus concibió una invencible pasion por Hipólito, hijo de su marido en la Amazona Hipólita. En ausencia de Teseo se dirigió á Hipólito con toda

la impaciencia de una amante despechada. Pero Hipólito la repulsó con horror y desprecio, y ella determinó vengarse. A la vuelta de Teseo acusó á Hipólito de haber atentado á su honor. El marido la creyó y desterró á su hijo implorando á Neptuno que le castigase ejemplarmente. Yendo Hipólito de Atenas, Neptuno hizo salir un mónstruo marino á cuya vista el caballo se espantó y le arrojó sobre unas rocas donde murió. Cuando llegó á Atenas la noticia del trágico fin de Hipólito, Fedra confesó su delito y murió de desesperacion.

Proeris, mujer de Céfalo, famosa por sus celos, un dia que espiaba á su marido en los bosques donde él acostumbraba cazar, oyó que decia en alta voz *Aura veni*, invocando un viento fresco por el calor que sentia. Ella creyó que llamaba á su querida y comenzó á salir del bosque. Céfalo advirtiendo el movimiento de los árboles y creyendo que era una fiera, le arrojó un dardo y la mató.

Erifila fué mujer de Anfiaro, adivino de Argos. Previendo él su muerte si iba á la guerra de Tebas contra Eteocles, se escondió. Mas Polinicio sedujo á su mujer por un collar de oro, y ella descubrió el lugar donde estaba oculto su marido. Muerto Anfiaro en el sitio de Tebas, su hijo Alemeon le vengó matando á Erifila.

Evadne, mujer de Capaneo, se arrojó en la pira funeraria donde estaban los restos de su marido y fué tambien quemada.

Laudamia, mujer de Protecilas, sabiendo que este habia sido muerto por Héctor en el sitio de Troya, mandó hacer un busto de él, de madera, al cual le ponía en la cama. Una de sus sirvientas avisó á su suegro Ifico, Rey de Tesalia que su hija admitia en su lecho á un desconocido. El rey informado de lo que aquello era, mandó quemar el busto; y entonces Laudamia se echó á la hoguera que se habia levantado y murió.

(18) Tideo y Partenope eran dos de los siete Generales á las órdenes de Adraastro en el sitio de Tebas.

Virjilio llama á Adraastro, el *pálido Adraastro*, porque en una batalla sobre los muros de Tebas, muertos todos sus Generales, salvó la vida huyendo.

Glauco con Sarpedon mandó los Licios en la guerra de Troya.

Ideo era el cochero de Príamo.

(19) *Nomen et arma locum servant.*

“Tu nombre y tus armas protegen ahora ese lugar.”





(25) Teseo amigo de Piritoo, le habia acompañado á su empresa de bajar á los Infiernos y robar á Proserpina. Paróse á descansar sentado en una piedra, y Pluton le condenó á estar allí eternamente sentado. Otros atribuyen su castigo á haber sido un príncipe que no atendia á su pueblo y andaba en continuos viajes.

(26) Flegias habia incendiado un templo de Apolo.

(27) *Quisque suos patimur Manes.*

“ Asi sombras como somos, cada uno purga sus delitos.”

Davidson traduce :

“ *We have each of us a Demon from whom we suffer.* ”

BARTHÉLEMY

“ *Une peine diverse est marquée à chaque ombre.* ”

BONDI

“ ... *ognuno*

*La propria soffre inusitata pena.* ”

Generalmente se cree que Virjilio dejó sin corregir estos versos, pues á estar á lo que ellos dicen, habría otro Purgatorio en el Eliseo. Y otros juzgan que ha habido en ellos una trasposicion y que deben escribirse y puntuarse asi :

*Quique suos patimur Manes (exinde per amplum  
Mittimur Elisium, et pauci læta arva tenemus)  
Donec longa dies perfecto temporis orbe  
Concretam exemit labem, purumque reliquit  
Æthereum sensum atque aurai simplicis ignem.*

Davidson en la edicion de su Eneida ha adoptado esta opinion.

(28) *Ille, vides, purã juvenis qui nititur hastã ?*

“ ¿ Ves aquel jóven apoyado en una lanza sin fierro ? ”

El cetro era antiguamente como el palo de una lanza.

Lavinia tuvo de Eneas á Silvio, y temiendo que Ascanio le matara, huyó con él á los bosques donde le educó.

El nombre Silvio se dice nombre Albano, porque después del hijo de Eneas á todos los Reyes de Alba se les llamó Silvios.

(29) Cibeles es llamado Berecynthia por el nombre de una montaña. Regularmente es representada con una corona de torres porque ella precedía á la fundacion de las ciudades.

(30) ... *Divi genus*,

“ Descendiente de un Dios.”

Augusto, desde que deificó á Julio César, su padre adoptivo, tomó el título *Divifilius*.

(31) Virjilio habla de Numa Pompilio.

(32) Tulio Hostilio que destruyó á Alba la Larga y el Reino del Lacio.

(33) Dos de los Decios perecieron por salvar al ejército Romano, el uno en un combate contra los Latinos y el otro contra los Galos.

Los Decios eran de la familia de Libia, mujer de Augusto.

Manlio Torquato, que hizo matar á su propio hijo por haber batido al enemigo contra sus órdenes, no obstante que habia triunfado.

Cuando los Galos habian destruido las legiones Romanas en la batalla de Allia y sitiaban ya el Capitolio, Camilo que estaba desterrado, vino, reunió el Ejército que habia huido y venció á los Galos.

(34) Virjilio habla de Pompeyo y César. Pompeyo era marido de Julia, hija de Julio César. Sus tropas eran principalmente Asiáticas.

(35) El poeta se refiere á Lucio Memmio que tomó y saqueó á Corinto.

(36) Puede ser Quinto Flaminio ó Paulo Emilio. El uno venció á Filipo y el otro á Perseo, Rey de Macedonia. Perseo se decia descendiente de Aquiles.

9

(37) Porcio Caton, ó Caton de Utica.

Cornelio Cosso el Dictador, fué el segundo en colgar despojos opimos en el templo consagrado á Júpiter. Llamábanse *despojos optimos* las armas del General enemigo muerto por el General Romano. El primero que lo hizo fué Rómulo, el segundo Cosso, que mató al Rey Volumnio, y el tercero Claudio Marcelo.

Sempronio Graco y sus hijos Tiberio y Cayo, célebres en Roma. El primero, hábil General, hizo la guerra en las Galias y España; sus hijos fueron famosos por su elocuencia, sus sediciones, y por su celo obstinado por la causa del pueblo, que al fin les fué fatal.

(38) El primero de los Scipiones, llamado Scipion el Africano Mayor, venció á Anibal; el segundo, el menor, llamado tambien el Africano, destruyó á Cartago.

Quincio Cincinato era llamado *Serrano*.

Cuando Anibal venció á los Romanos en las batallas de Trabia y Trasimena, Fabio fué elegido para oponérsele, el cual evitando dar una batalla logró destruir poco á poco el ejército de Anibal. Por esto fué honrado con el sobrenombre de *Máximo*.

(39) *Tu Marcellus eris.*

“ Tu serias Marcelo.”

Villeneuve, con otros, traduce :

“ *Tu seras Marcellus.*”

Barthélemy en la nota á estas palabras dice asi :

“ Virjilio comunmente emplea un tiempo por otro ; el imperfecto por el indicativo presente, ó el futuro por el imperfecto de subjuntivo. Creo que en estas palabras se ha tomado esta licencia. Anquises viendo aparecer al jóven Marcelo, principia por lamentarse que los destinos no harán

sinó mostrarle á la tierra. No podia, pues, inmediatamente servirse del futuro, que espresa un hecho positivo : *tú serás*. Por esto he creido que debia apartarme del tiempo adoptado *por todos los traductores*, y verter mejor el pensamiento del Poeta sirviéndome del tiempo condicional : *tu serias*. *Eris*, evidentemente esta puesto aqui por *esses*."

Parece que Barthélemy ignoraba que Velasco doscientos años antes habia traducido, *tu serias Marcelo* y que Davidson habia tomado el *eris* de Virjilio como imperfecto de subjuntivo :

*"Thou shalt be a Marcellus."*

# DON JUAN CRUZ VARELA

---

## I

**T**RES generaciones han pasado desde la época en que se inició con Rivadavia la verdadera revolución social Argentina, paralelamente con el movimiento transformista que en el orden político alimentaron los pueblos de la República, recién abiertos á las supremas aspiraciones de la libertad; y al detenerse en ese esfuerzo generoso en favor de la dignificación del ciudadano, y en regiones donde hasta principios de este siglo dominaba el silencio triste del colono y del esclavo; y al considerar la labor impropia, el talento generalizador y la valentía patriótica de que hubo

menester para crearlo todo, donde nada había, arrancando á la propia orijinalidad ó adoptando con el pulso del sociólogo trascendental, las ideas, los principios, y los adelantamientos que se radicaron en Buenos Aires y se difundieron en la América del habla española, que no en vano abrió la madre patria para la civilizacion, se destaca la figura de Don Juan Cruz Varela, en la altura de los elejidos, á semejanza de esos mármoles del antiguo arte griego, cada dia mas apreciados cuanto mejor han resistido á todas las comparaciones.

Yo sé bien que algunos de nuestros novísimos poetas, imaginando que rinden homenaje al preceptismo de sus maestros en el arte, no disciernen á Don Juan Cruz Varela el distinguido puesto á que lo hacen acreedor su vasta erudicion y las envidiables calidades con que le imprimió á la poesía patria,— por la primera vez en esta parte del mundo,—direccion sabia y trascendental.

Pienso que se engañan á si mismos, como quiera que de tales maestros no se induzca tal opinion ; y de la misma manera que se engañan

los poetas que lloran sus desventuras entre.... que no son sinó el hormigueo del placer y de la dicha que los convida, como que no hay mas congoja que la que suministran á los espíritus enfermos ó á los organismos morbosos, movidos por la neurosis del *sunt lacrymæ rœrum..!*

Seducidos mas de lo conveniente por los écos que vienen de afuera, y que tan fáciles repercuten en los países en vía de formacion, creen que en esos écos se encierran las reglas invariables á que deben sujetarse las manifestaciones artisticas. Y haciéndolos suyos adquieren un caudal engañoso que, en alas del demonio simpático del amor propio, los conduce á las imitaciones estériles y atrofia en su espíritu la orijinalidad.

Esto contribuye á mantener la poética Argentina sin rumbos, sin colorido propio, sin iniciativa concurrente; á hacerla vivir de las imitaciones importadas como los dijes, que brillan donde quiera, y completamente divorciada de las aspiraciones nacionales, libradas al esfuerzo general de nuestra sociedad que marcha.

Deaquí es que quienes á través de una deca-



dencia visible la cultivan, á semejanza de esos virtuosos Coptos del Ejipto, ó de esos sacerdotes de la India, que en número cada vez mas reducido conservan la clave de las inscripciones ó la esplicacion de los mythos, no quieran persuadirse de que nunca lució ella galas mas bellas, ni contrajo méritos mas raros, que cuando por obra de Varela, vivió asociada al idealismo trascendental y á la tendencia progresista del país cuyo corazon tan seducido siguió sus corrientes, como simpática la flor del aire se abre á los impulsos amorosos del sol; — y de que mas les valiera conquistar títulos al agradecimiento nacional inspirándose en ese modelo y en razon de los ideales que perseguimos hoy, que soñar con renombre levantando en el espíritu apocado altares á los que llaman maestros, porque llenan volúmenes con versos brillantes, pero que no tienen mas rumbo que el de una impresion fugitiva, ni mas ideal que el del propio egoismo; ó que si los tienen, mal cuadran en países nuevos y en formacion como los nuestros, cuyo porvenir depende de la labor constante que empeñemos para hacer de la libertad fuerza consciente y diri-

jente en cabeza de todos y para confundir en el crisol de una civilización propia — sobre la pre-existencia de la República Argentina, — los cuantiosos elementos que nos vienen de afuera, como lo han hecho los Estados Unidos, que es la nación más adelantada del mundo, porque es la que menos debe á las demás, la que más produce y la que menos ignorantes encierra en 64 millones de ciudadanos que han realizado en la práctica política el ideal del derecho del hombre dignificado por la libertad.

Es, pues, el carácter especial de la poética de Varela lo que precisamente influye en la opinión de nuestros actuales poetas.

Los poetas Argentinos — y muchos hemos tenido — descollaron cuando templaban sus liras entre el fuego y el estruendo de los combates por la independencia y la libertad de la patria. Eran ecos del *tuba terribilem sonitum* de Virjilio que formaban la epopeya Republicana, levantando á los héroes de entre las filas del pueblo guerrero y legislador. Eran bardos cruzados que daban el canto de la patria á las lecciones que trasmontaban los Andes para libertar á Chile,

que tomaban á Lima y las fortalezas del Callao, y llevaban hasta las cimas del Ecuador el emblema de la República, que nunca<sup>6</sup> fué mas hermosa que cuando se mostró tan grande, con el corazon lacerado por sus cruentas desgracias, como la inmaculada vírgen de la leyenda.

En la época de la guerra civil (de la cual no viven por sus versos mas poetas que Echeverria y Juan Maria Gutierrez), y en la que se siguió á la reconstruccion, y hasta la época presente ¿qué hicieron, qué hacen nuestros poetas? — Vagar sin brújula, lanzando écos incoloros que asi podrian recojerse en el Japon como en la Argentina, si aqui ó acullá interés se tuviera en la cosa: descender al naturalismo que asi multiplica las falanges de Citherea y de Priapo, como relaja el sentimiento á punto de no mirar á la sociedad y al hombre sinó por el lado de la podredumbre que exhalan; como si por tocarla y olerla para hacerla oler desapareciera: cantarse á ellos mismos, á sus amores, á todos los astros, y á cuanto motivo mas ó menos simpático haga vibrar el sentimentalismo mas ó menos hueco; divorciados con su país; sin imprimirle á su

poética peculiaridades propias que reflejen el espejismo social, á través del cual se vea una idea benéfica que se propague, un noble sentimiento popular que se levante, un interés general que se defienda.

Encastillados como sus modelos en el preceptismo vetusto que parte de que la belleza de la poesía consiste únicamente en la forma y en el estilo, desgastan estérilmente sus fuerzas en trabajos cuyas galas mas brillan cuando se las miran con lente medioeval, y en los cuales el lector no encuentra un éco patricio como desde el prólogo no haga profesion de ciudadano universal, ó imagine la escena en aquellos tiempos en que los pueblos semi-bárbaros dormían á la sombra de los árboles en cuyo tronco los señores feudales y caballeros andantes marcaban las fechas de sus cuitas románticamente preparadas.

Tal idea de la belleza en la poesía, sobre ser falsa, apénas si sirve para fundar en la propia impotencia eso de mantenerla sin ideas, sin peculiaridades nacionales, en fuerza de la pretendida necesidad de séguir á los grandes mo-

delos en el *desenvolvimiento que se la dé*; en pleno Parnaso mitológico, hasta donde se hace sudar un caballo Pegaso de la admiración convencional para recibir la palabra de orden, en virtud de la cual hay que llorar ó reír como aquellos rien ó lloran, bajo pena de reventar de puro mal gusto.

Ello equivale á desvincular, en mengua de todo, la belleza de la verdad cuya manifestacion es la idea, y cuya vibracion es el sentimiento. Pretender llegar á la belleza sin partir de la verdad para llamar al sentimiento, es como presuponer nulificados la intelijencia y el corazon que son los agentes para comprenderla.

*La Eneida* no se ha inmortalizado solamente por la belleza de la forma del verso Virjiliano, sinó por las ideas y por los propósitos trascendentales que brillan en esas páginas, juntamente con el entusiasmo del poeta sociólogo inspirado en la grandeza de su patria. — Lo mismo acontece con *El Quijote*. Hay páginas que la crítica, á poderlo, suprimiría. Pero *El Quijote* vivirá en los tiempos merced á las ideas de que partió Cervantes para escribirlo y que, como el crucero

de nuestro Sud, brillan entre galas inimitables indicando derroteros en los que poco á poco han ido entrádo las sociedades modernas. — Esto vale más que cantar á los paisajes de cualquiera parte, ó á las tonterias que sin mayor trabajo amontonan las cabezas desocupadas. Del mismo Victor Hugo, á quien ya los críticos posponen á Alfredo de Musset, con ser que creó escuela, y dió colorido propio á su poética, modulando en columnas artisticas las generosas palpitaciones de la Francia, — quizá no quede mas que la *Legenda de los siglos*. Y... no hay mas que sumar á cientos las obras poéticas de este último siglo que yacen en el olvido, porque no se inspiraron en una idea, ni en un interés actual, ni en nada que no fuese el amor propio de sus autores.

Es que no hay idea de desperdicio en el crisol que remueve la mano portentosa del progreso, para derramar luz sobre las sociedades que la reciben aún á su pesar, como el insecto mas vil y la yerba mas humilde reciben el soplo de vida para confundirse luego en el vaiven del eterno transformismo. Asi, entre los impulsos colosales

de esta fuerza que perpétuamente se ajita, es como la maquinaria, por ejemplo, que para el hombre primitivo la constituían el hachá de piedra y el pedernal, representa hoy, en los Estados Unidos solamente, la fuerza de *mil millones* de hombres, segun el cálculo de Edison. Este si que es paisaje digno de ser cantado por los poetas rebuscadores de fantasías; siquiera fuese para estimular á las demás naciones que proporcionan poetas modelos, á que se aproximasen á maravilla semejante.

Es, pues, insólito que en plena posesion de las ideas modernas que en los últimos cien años han radicado en las sociedades progresos mayores que los cimentados desde las Cruzadas hasta las tres grandes revoluciones de los Estados Unidos, de Francia y de las Provincias Argentinas, los que se declaran impotentes para hacer cosa mejor pretendan que la poesía ha de encuadrarse hoy en el contorno medioeval; que no ha de tener mas objeto ni mas propósito que cantar á las bellezas de la naturaleza; que ha de sustentarse del sentimentalismo ó del interés de sus cultores; y que es desnaturalizarla ó rebajarla

eso de asociarla á las ideas, á los progresos, á las aspiraciones y á los sentimientos de la sociedad y del pueblo en que se desenvuelve.

Se comprende que los sacerdotes de la Iglesia de Francia hablen el francés con las terminaciones usuales ántes de la época en que Voltaire hizo progresar su idioma, como Dante el suyo. Voltaire será siempre Voltaire para la Iglesia que vive de tradiciones.

Todavía se comprende que el sublime viejo Whitman, poseido de místicos candores y de ardiente fé republicana, cante á los estímulos voluptuosos que brinda la madre naturaleza á los hombres hermanos entre sí; y que perpétuamente envuelto en el ambiente de esa hermosura, crea que la yerba lo acaricia, sienta que esta mueve sus coyunturas, y pida á las aguas que lo penetren de su humedad amorosa.

Aquí hay un pensamiento que pide fervorosamente alas para volar á las regiones de las brillantes fantasías, y seducir con ellas al hombre libre, y convertirlo por el amor en verdadero hermano del hombre, levantando á la Diosa República entre el beso colosal de una naturaleza exhu-



berante que se estremece de placer al contemplarla. Pero allí!... allí se siente algo como el frío de las salas de la Galería Británica, donde se exhiben las mómias y los fósiles, con el polvo de los siglos que no pueden pasar en vano para el pensamiento del hombre.

Los pueblos nuevos como el nuestro, que están en vía de formación, no viven de sentimentalismo, ni prosperan á costa de los estímulos que les propinan los que mucho tiempo desocupado tienen para llorar sus desventuras ó deslumbrar con sus impresiones en verso. Viven de ideas y prácticas benéficas, de esfuerzos progresistas y de ejemplos moralizadores. Necesitan órganos poderosos de estas aspiraciones trascendentales. Y no se olvide que en seguida de la Iglesia, que obra en el ánimo de la multitud por el poder incontrastable, y en sí grandioso, de la fé, es la poesía bien dirigida el mejor órgano para incrustar aquellas aspiraciones en el sentimiento popular.

¡ Ay de nuestros poetas, qué duro es decirlo ! En los últimos cuarenta años han llorado mucho sus duelos y los de los maestros de todas las ra-

zas y climas. Pero son lágrimas que el Pueblo Argentino no pudo recoger porque, solo, enjugaba las suyas èntretanto. Han cantado á sus amores y al sol; han prodigado el apólogo y la inmortalidad á quien sus maestros exaltan como que se trata de cosa propia, y aunque la República ántes deba defenderse de entidades semejantes que no incubarlas; han remontado sus vuelos en todas direcciones para beber en aires estraños la inspiracion que los alienta. ¡Tarea estéril! Ni han añadido ni quitado un ápice al valer de los hombres y al modo como se pasan las cosas; ni la patria, la libertad y el progreso tienen qué agradecerles...

## II

Don Juan Cruz Varela tuvo la vision del grande porvenir de su patria; y porque sintió con esta, y puso sus talentos al servicio de una transformacion social de la que fué el exímio propagandista, su nombre vive en el recuerdo de sus conciudadanos.

Para iniciar esta transformacion cuando la anarquía devoraba á las Provincias Argentinas, recién empeñadas en el problema de su organizacion definitiva, necesitábase un hombre superior que, sobreponiéndose á las resistencias, las estrechara sobre su corazon magnánimo y las hiciera suyas, como productos lógicos de la sociedad colonial, para vencerlas dominando las causas que las mantenian, y llamando por la primera vez con las ventajas positivas de las libertades orgánicas á todos los que habian proclamado estas mismas libertades y defendídotas con su sangre y sus sacrificios durante el curso de la Revolucion de 1810.

Este hombre superior fué Don Bernardino Rivadavia, quien desde su Ministerio que caracterizó el Gobierno del año 1821, consagró sus afanes á dotar á su país de instituciones libres; á demoler con mano firme los obstáculos que el coloniage levantaba contra ellas; á llevar la luz de la reforma al corazon mismo de la sociedad, asociando á la mujer á las funciones de la vida pública relacionadas con la instruccion y con la beneficencia, y estimulando á los órganos legiti-

mos de la opinion á que concurriesen á esa revolucion fundamental en las ideas, en las costumbres y en las cosas.

Graduado en cánones en la Universidad de Córdoba, de cuyas aulas tan excelentes latinistas y humanistas han salido, y “ con invencibles aficiones á la poesía”, como lo recuerda su biógrafo Don Juan María Gutierrez, Don Juan Cruz Varela regresó á Buenos Aires cuando las liras de Rodriguez, Lopez, Lafinur, Luca y Rojas modulaban sus mas caras armonías ; y este concierto patricio de la poesía asociada de lleno á la política guerrera de la época, debió influir en su espíritu, pues que á poco apareció en *El Americano* haciendo sus primeras armas.

Con la iniciativa trascendental de Rivadavia comienza á descollar Don Juan Cruz Varela como propagandista y poeta de la *reforma*. A este objeto fundó *El Centinela* que es, puede decirse, la corona de sus méritos.

El fué quien divulgó en *El Centinela* todas las ideas en que se fundaba la *reforma* ; quien ventiló uno á uno todos los progresos que se incrustaron en nuestra legislación ; y quien, presentán-

dolos triunfantes, pudo augurar con verdad que de la dilatacion de los mismos dependía el *renacimiento* que se operaba en Buenos Aires.

La propaganda de Varela, se desenvolvió bajo las formas mas accesibles y más simpáticas al conjunto de la sociedad; ora que demostrara la eficacia de la reforma con ilustradísimo criterio y en prosa castiza y elegante; ora que revistiera esas ideas con las galas de un arte poético que, como en las facetas de un diamante, brillaba en sus versos con claridades varias, segun el asunto á que lo aplicaba, para seducir siempre y para ganar prosélitos de su grande obra, con un éxito del que nadie sinó él blasonar pudo en nuestro país.

Las mismas ideas que desenvolvía en artículos de fondo cuya paternidad no desdeñarían hoy los mas versados en ciencia social, servíanle de tema para *odas* y *cantos* que le propiciaban á su propaganda dos agentes poderosos, — la mujer arjentina, que reina en su hogar por su propia influencia, y cuyas virtudes él exaltaba; y la juventud culta, de cuyas filas confundidas por el lazo del amor á la patria con las de la masa

del pueblo, han salido siempre los tribunos y los soldados del pensamiento y del sacrificio, cuyo entusiasmo estimulaba realizando la obra del porvenir que la estaba encomendada.

Y para llegar de etapa en etapa social hasta la última, Don Juan Cruz desenvolvía los mismos motivos en versos fáciles y sencillos, que recojía ese elemento heterojéneo de seres lijeros que viven de las novedades del día. Y para que los ecos de la *reforma* penetrasen en el rincón más humilde, desenvolvía esos motivos en letrillas, sátiras, epigramas y anécdotas que recorrian los salones y los ranchos, los cafés y las plazas públicas; por manera que, cuando se sancionaban las leyes ó se promulgaban las disposiciones objeto de una de esas discusiones, ya se habían generalizado los principios en que se inspiraban y ya contaban con apoyo en la opinion.

Más que un propagandista de la *reforma*, Don Juan Cruz Varela, es un precursor que adelantó en el terreno de las ideas los progresos que cincuenta años después hemos ido cimentando. Los vuelos de su pensamiento abarcaron por completo el teatro donde actuaba, como

ya lo dije alguna vez. A fin de ligar la tradicion del *pueblo Argentino* con la obra civilizadora que se trabajaba á la sazón, Varela se remontó con el sentimiento popular á aquellos tiempos; y desde lo alto de nuestras glorias bosquejó el porvenir de la República, con todas las galas de la libertad cuyos estímulos provocó sin cesar, recorriendo desde las orillas del “ gran río que cantó Lavarden ” hasta los “ llanos anchos, inmensos de la patria ” donde

“ Naturaleza allí clama por brazos  
 “ Que el seno virgen de la tierra rompan”.

Y cuyo clamor repercuten los ecos de las instituciones libres, entre promesas de orden y de trabajo que arrastran á los puertos Argentinos, miles y miles de hombres que

“ A la campaña corren, y entregados  
 “ Al trabajo rural, y á los amores  
 “ Que nacen entre paz, se multiplican  
 “ Cual la simiente que en el suelo arrojan,  
 “ Y el génio de la patria los bendice. ”

Si se estudian estos antecedentes, y el carácter especial de la propaganda de Varela; y si se

considera que él hizo suya la obra de asimilar las aspiraciones y los ideales de la multitud con las tendencias civilizadoras del gobierno, se encuentran analogías con la propaganda que desarrolló Virjilio para asimilar también el sentimiento del pueblo Romano con las reformas sociales y políticas que trabajaba el Emperador Augusto.

Puede haber algo de presunción en este paralelismo, pero el hecho es que hay mucha semejanza en el rol que á ambos les cupo y en la forma como lo desempeñaron. Virjilio fué la expresión poética de las reformas que inició el trono de los Césares. Su vínculo con Augusto fué el pensamiento trascendental de esta reforma que él propagó en versos inmortales. Varela actuó en un teatro diminuto; pero fué también la expresión poética de la reforma que inició el Gobierno cuya alma era Rivadavia, como Mecenas lo había sido del de Augusto. Como Virjilio, él exaltó todos los estímulos del patriotismo y de la virtud, para que el pueblo acompañase con sus sentimientos el movimiento inicial de un Gobierno reparador que quería



cimentar la ventura de un futuro, cuyos grandes lineamientos Varela profetizó con exactitud admirable.

No soy yo quien únicamente lo repite ahora con la brevedad que requieren estas líneas. Su biógrafo, el erudito literato y poeta D. Juan Maria Gutierrez, dijo: "Todas las composiciones poéticas de D. Juan Cruz Varela tienen un carácter social elevado y reflexivo; y aspiran visiblemente á sobrevivir á los días en que vierón la luz. Se inspiran en los grandes principios, cantan las conquistas mas caras de la libertad moderna... El período en que se acometió la empresa de encarnar en hechos sociales el triunfo material obtenido en los campos sangrientos de la Independencia; esta segunda página, no ménos gloriosa que la primera, está escrita exclusivamente por D. Juan Cruz Varela. El pensamiento de la reforma de Rivadavia transpira en cada verso de Varela: este es el verdadero y mas íntimo espositor de aquella. Varela será el Virjilio de las generaciones remotas."

## III

Además de los trabajos á que he hecho referencia, el biógrafo de Varela dá á conocer (1) el rico caudal con que este erudito y fecundo publicista hizo brillar el clasicismo en el Rio de la Plata, manteniendo vivo el vínculo con las letras de la madre patria en cabeza de Quintana, de Cienfuegos y de Moratin.

Fervoroso cultor de los latinos, estudió y trabajó mucho antes de traducir algunas tragedias de Racine y de Alfieri. La Antígona de este último le inspiró su tragedia *Arjia*, argumentada en el antagonismo entre Eteocles y Polinicio, y en la desventura de la viuda de este último. En verso castellano vertió igualmente las *odas* de Horacio, algunas de las cuales registraron los diarios de la época con notas eruditísimas del traductor.

(1) *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino Don Juan de la Cruz Varela*, por JUAN MARIA GUTIERREZ. — Buenos Aires, 1871.

Pero su autor favorito, el en que bebió con mas acariñado interés, y el que hizo objeto de sus mejores estudios, fué Virjilio. A esta cõsta pudo sin desventaja trasuntar el Libro IV de la *Eneida* en su tragedia *Dido* que dió á luz en el año de 1823; y emprender la traduccion de ese poema en endecasílabos esclusivamente, superando dificultades que, como lo hace notar su biógrafo, pudo evitar traduciendo en *silva* y aún en verso suelto, segun lo han hecho afamados traductores.

Fué con tal motivo que D. Juan Cruz Varela dirijió en el año de 1836 al ex-Presidente de la República D. Bernardino Rivadavia, su carta sobre la manera de traducir los poetas latinos, y especialmente á Virjilio (1). La transcribo á continuacion, como rayo de luz en estas lineas que, á fuer de indispensables, he creído deber trazar en este libro, que es la contribucion de los que nos han precedido en la República, á la obra del primer épico que ha producido la humanidad.

(1) En el año de 1838 dirijióle otra al Dr. Juan Maria Gutierrez en la que abundaba en el mismo tema, y que se registra en el libro mas arriba citado.

Hervidero, 29 de Abril de 1836.

*Señor Don Bernardino Rivadavia.*

Colonia.

Mi muy querido amigo.

. . . . .

“ No quiere Vd. dispensarme el haber dejado de hablarle largamente de Virjilio en mi última carta ; y yo perdono á Vd. fácilmente este rigor, pues él me prueba el interés con que Vd. mira todo lo que sale de mi pluma. Bien concibe Vd. que mis circunstancias actuales no son para tratar de esta materia con la estension y acierto que yo deseara : algo sin embargo diré á Vd. sobre mi traducción, ó, mas propiamente hablando, sobre la idea que yo me he formado del modo cómo debe traducirse á Virjilio.

Desde luego hay poetas latinos, cuyo texto mas oscuro que el del Mantuano, y cuya dicción, por decirlo así, mas complicada, parece que deberán embarazar mas al traductor. Juvenal el primero, y Horacio mismo, entran en este nú-

mero. Mas yo creo que la simplicidad majestuosa, la claridad sublime, el estilo de Virjilio, siempre elevado, pero siempre fácil, hacen mas espinosa la traduccion de sus obras. Supuesta la instruccion necesaria, bastan, para vencer las dificultades que presenta el texto de los otros, un conocimiento perfecto del idioma latino, y el trabajo de confrontar las varias lecciones, y de consultar los mejores intérpretes. Pero no basta esto para traducir bien á Virjilio: el que vertiera sus versos con claridad, pero con prosaismo; y el que dijera en cualquiera de nuestras lenguas, lo mismo que él dijo en la suya, sin añadir ni quitar cosa alguna, pero que lo dijera en un estilo oscuro, en una poesia enigmática, y con frases complicadas, distarian igualmente de lo que es aquel modelo, y no darian de él una idea aproximada. Así que, yo pienso que lo que debe sobre todo procurarse traduciendo al Mantuano, es imitar su estilo, y conservar sus bellos colores; y esto precisamente es lo que desespera al que pretende traducirle. Un verso, por sonoro y elevado que sea, si no tiene la fluidez, la elegancia y melodía que distinguen á los de Virjilio, no

se parecerá jamás á ellos. Esto es lo que yo creo que no han comprendido bien los traductores de que yo tengo conocimiento; y esto es lo que me ha hecho siempre sentir, como quizá lo he significado á Vd. alguna vez, que Virjilio no haya sido traducido por Racine. En cuanto yo conozco en poesía nada encuentro mas parecido á los versos del épico latino que los del trájico francés, á pesar de ser tan diverso uno y otro género. Y bien, pues; yo, que pienso así, y que estoy íntimamente convencido de que tal pensamiento no es errado, ¿habré conseguido, no digo ya imitar, pero dar siquiera una idea en mis pobres versos de lo que son en sí mismos los de mi inimitable modelo? ¿Habré remedado de algun modo lo que Vd. llama, tan propiamente, *el canto* de Virjilio? Esto es, mi caro amigo, de lo que desconfío mucho; pero esto es lo que he procurado sobre todo, y lo que procuraré en adelante.

Otra de las cosas que no debe perderse de vista un momento al traducir los antiguos, es que no son modernos. Usted sabe bien lo que quiero decir con esto; y creo no aventurar nada

en asegurar que muchos traductores de Virgilio, y Delille muy especialmente, no se han fijado bien en la importancia de esta observación.

En una obra como la de Delille, tan recomendable bajo muchos respectos, se advierte á cada paso con sentimiento que están completamente alteradas las formas antiguas, y vertidos á la moderna, si es lícito espresarse así, no solo el poeta que celebró á los héroes de la Eneida, sinó los mismos héroes celebrados. Yo me detendría en demostrar á Vd. esto con solidez, porque el punto es importante, si no fuera haciendo estas observaciones al correr de la pluma, y si una simple carta familiar debiera ser una disertación literaria. Pero, entre muchos ejemplos que podría citar, sin salir del primer libro, me contentaré en obsequio de la brevedad, con uno solo. Despues que Eneas, desvanecida la nube que lo ocultaba, se ofrece á la vista de los Cartagineses y de su reina, ella le dice en Virgilio:

*Tunc ille Æneas, quem Dardanio Anchisæ  
Alma Venus Phrygiæ genuit Simoëntis ad undam ?*

Yo he traducido :

“ Con que eres el Eneas afamado,  
Que á la márjen del Frijio Simoënte  
Por el Dardanio Anquises engendrado  
Nació del alma Venus ? ”

Esta version tendrá todos los defectos que Vd. quiera; pero me parece que no podrá reprochársele el que actualmente vitupero.

“ Delille traduce :

“ *Brave Enée, êtes-vous, pardonnez ma franchise,  
Êtes-vous ce héros que du beau sang d'Anchise  
Cythérée a fait naître aux bords du Simois ?* ”

Digame usted : aquel cumplimiento tan francés, *pardonnez ma franchise*, ¿podía ocurrir á Dido, ni á nadie en su tiempo? ¿No crée Vd. que esto choca con la idea que tenemos de las costumbres y usos de aquellos siglos y en lo que ellas eran verdaderamente? Por eso es que ni cosa parecida se encuentra en el original.

La espresion *beau sang* ¿no es tambien del todo francesa? Insisto, pues, en que es necesario, al traducir los autores de otras edades, que el tra-



ductor, en lo posible, se haga su contemporáneo, y contemporáneo tambien de los personajes que esos autores presentan en la escena. No quíero hablar de las traducciones castellanas de la Eneida, porque ellas apenas merecen ser citadas; y me contraigo á Delille, porque su trabajo es, con mucha razon, estimado. Deseo ver la traduccion de Barthélemy: el carácter de este escritor que me es conocido por muchas obras suyas, responde seguramente que no incurrirá en el defecto de que trato ahora; pero temo mucho que bajo de otros respectos, quede inferior á Delille. Para hacer una buena imitacion de los versos de Virjilio, es necesario tambien tener un corazon muy sensible, una fibra muy delicada. Virjilio es el poeta del corazon, y la musa de Barthélemy me parece que es la cólera. Repito que no le conozco sinó por sus obras: ellas me habrán hecho formar este concepto, que la lectura de su traduccion me hará tal vez variar. La alma de Delille me parece mas simpática con la de Virjilio: la de Racine lo era mas.

Ahora diré á Vd. algo sobre el mérito de la concision en las traducciones y sobre el número

de versos de la mia. Desde luego, la precision es un gran mérito en toda clase de escritos, y debe aspirarse á ella con empeño ; pero yo no creo que para juzgar si una traduccion de versos hexámetros latinos en endecasílabos castellanos carece ó no de aquel requisito, sea buena regla contar el número de versos del original y la version. Tan no lo creo que jamás he pensado en esto sériamente y opino con Vd., que eso no solo no puede medirse, sinó que, hasta cierto punto es indiferente. Pero dejémonos de ideas generales, y contrayéndonos directamente á nuestro caso, es justo confesar que una traduccion del latin al castellano es absolutamente imposible que tenga la misma estension que el original. Por necesidad debe tener mas ; y las razones en que esta necesidad se funda nacen principalmente del jénio y artificio de uno y otro idioma.

El carecer nuestra lengua de la voz pasiva en los verbos teniendo que suplirla por el empleo del participio y de un auxiliar ; la precision de acompañar casi siempre el artículo á los nombres ; el no poder hacer la inflexion ó declinacion de ellos, sinó por medio del mismo artículo ;

el privilegio tan estenso en la lengua latina, de omitir palabras y á veces frases enteras, que se subentienden sin escribirlas : privilegio que no es concedido á nosotros ; las inversiones que facilitan tanto el laconismo, y de que no se puede usar en nuestro idioma sinó con suma economía, porque él como casi todos los vivos, es análogo y no transpositivo, como lo eran el latin y el griego ; estas y otras muchas razones que arrancan de la diferencia inmensa que media entre los idiomas, hacen que una traduccion del latin al castellano, ya sea en prosa ya en verso, sea materialmente mas estensa que el original, so pena de quedar oscura y quizá ininteligible.

Pero hay mas. Cuando se trata de traducir del verso hexámetro latino al endecasílabo nuestro, existe una razon poderosa, incontestable, que hará forzosamente que esta clase de traducciones contengan siempre muchos mas versos que el original. Digo que esa razon es incontestable, porque salta á la vista, por espresarme así. Los hexámetros latinos pueden tener desde 17 silabas, el que más, hasta 13, el que menos. En el primer caso se halla todo hexámetro que conste de cin-

co pies dáctilos y de un sólo espondeo como este :

*Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum ;*

◡

y en el segundo, el que consta de cinco espondeos y un solo dáctilo, como este :

*Apparent rari nantes in gurgite vasto .*

Pero, como generalmente se mezclan en la construcción del hexámetro uno y otro de aquellos pies métricos, resulta que en una composición de muchos versos de esta mensura, uno con otro constará de quince sílabas, ó lo que es lo mismo de tres dáctilos y tres espondeos. Ahora bien : los endecasílabos castellanos no tienen mas que once sílabas y por consiguiente cada hexámetro excede en 4 de ellas á cada endecasílabo. La Eneida consta de 9896 versos latinos : multiplique Vd. este guarismo por cuatro y el resultado dará un exceso de 39584. Con ellos se hacen 3598 endecasílabos que agregados á los 9896 hexámetros que tiene aquel poema en latin, darán 13494 versos castellanos. Yo creo que á esto no hay que replicar ; y si se agrega esta razon á las otras que dejo indicadas, y que se fun-

dan en la diversa estructura de los idiomas, vea Vd. cuánto deben aumentarse los versos de una traducción castellana, sobre los de un orijinal latino en hexámetros. Esto es tan cierto que Iriarte, en el primer libro de su Eneida, ha hecho, con corta diferencia el mismo número de versos que yo; y la traducción de Iriarte mirándola solo por lo testual y ceñida á la letra, puede llamarse perfecta: en lo demás no se parece á Virjilio. Los franceses nos llevan la ventaja bajo este respecto, porque sus versos alejandrinos son mas largos que nuestros endecasílabos, y las dicciones, generalmente hablando, son mas cortas en francés que en castellano como lo advertirá fácilmente el que conozca uno y otro idioma.

En resultado de todo, y de mis propias observaciones, creo que la precisión en traducciones de esta clase, consistirá, no en hacer tantos versos cuantos tenga el orijinal, ó muy aproximadamente, sino en decir solo aquello que el orijinal diga, y del modo y en la forma mas parecida á él, cuanto lo permita la lengua.

Yo temo que el prurito de hacer menos versos

que Delille, y de aproximarse al número material de los de Virjilio, prurito que, hasta cierto punto, me parece pueril, ha de contribuir á que la traduccion de Barthélemy no sea tan clara, tan elegante, tan suelta, como deben serlo todas las de Virjilio; y á que abunde en versos atormentados y duros. No crea usted por esto que apruebo la redundancia de Velazco: todo extremo es vituperable; y, en cuanto sea posible, toda traduccion debe ser ceñida. Lo único que he pretendido es comunicar á Vd. mis ideas, para que juzgue si son ó no acertadas.

Por lo demas, mi sistema de traducir á Virjilio no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y usar aún sus mismas palabras en cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas, que cuando se traduce, presenta la versificación. Digo en cuanto lo permitan, porque Vd. sabe bien que una traduccion, exacta en todo el rigor de la palabra, y de todo punto fiel y testual, es una obra de suyo imposible; no solo vertiendo de un idioma muerto á uno vivo, y en verso, sinó tambien de una lengua viva á otra, y en prosa. A cada paso se encuentra Vd.

con la imposibilidad material de volver palabra por palabra ; y, cuando esto sucede, lo que creo que debe hacerse, es presentar el verdadero concepto del orijinal, el pensamiento recto del autor, sin salir por ningun motivo de su idea, y empleando palabras y formas parecidas á las suyas, aunque no sean ellas mismas. No se si me esplico bien : mi pensamiento es que el traductor, cuando se encuentre en el caso de que hablo, debe espresar el concepto del orijinal de un modo en que el autor mismo no se desdeñaria de haberse espresado si no hubiera elegido el que eligió. Asi que, alguna vez es imposible no alargar algo el texto ; pero debe hacerse siempre de manera que el que le conozca le recuerde inmediatamente, al leer la version. Lo que yo llamo salir de la idea orijinal, es lo que hace muy frecuentemente Delille. Pase Vd. la vista, por ejemplo, por los versos con que empieza el primer libro de la Eneida, Virjilio dice :

.... *multùm ille et terris jactatus et alto,  
Vi superùm, sævæ memorem Junonis ob iram.  
Multa quoque et bello passus, dum conderet urbem,  
Inferretque Deos Latio : genus unde Latinum,  
Albanique patres, atque altæ mœnia Romæ.*

“ Usted ya sabe cómo he traducido esos versos. Delille vierte así :

“ *Errant en cent climats, triste jouet des flots,  
Longtemps le sort cruel poursuivit ce héros  
Et servit de Junon la haine infatigable  
Que n'imagina point la déesse implacable,  
Lorsqu'il portait ses dieux chez ces fameux Albains  
Nobles fils d'Illion, et pères des Romains,  
Créait du Latium la race triomphale,  
Et des vainqueurs des rois la ville impériale.*”

Vea Vd. si nada de esto hay en Virjilio : no solo la de Delille es una paráfrasis, que sale de la simplicidad con que están espresadas en el texto aquellas ideas, sinó que hace decir á Virjilio lo que ni dijo ni pudo decir. Se habla de los Albanos, hijos de Alba longa, fundada por el hijo de Eneas ; y, para que no se dude que de ellos es de los que se habla, Delille despues de decir *Albains*, añade *Nobles fils d'Illion*. ¿ Y no reparó Delille que esos Albanos, hijos de Troya, no existían cuando Eneas salió de su patria abrasada, llevando á Italia sus Dioses ? ¿ Y si no existían aún, ¿ cómo dice el traductor que *il portait ses dieux chez ces fameux Albains, nobles fils d'Illion* ? En Virjilio no hay tal contradiccion ; él dice sim-



plemente : “ Eneas sufrió mucho en la tierra y en el mar, y sostuvo largos combates, antes de fundar una ciudad y de introducir sus Dioses en el Lácio : de él traen su origen los Latinos, los Albanos y la excelsa Roma. ”

Otro ejemplo. Lea Vd. el principio del discurso de Juno al comenzar el mismo libro primero :

..... *Mene incepto desistere victam !*  
*Nec posse Italiâ Teucrorum avertere regem !*  
*Quippe vetor fatis ! Palasne..... etc. (1)*

Traducción de Delille :

*Quoi ! Sur moi les Troyens l'emporteraient, dit-elle ;*  
*Et de ces fugitifs le misérable roi*  
*Pourrait dans l'Italie aborder malgré moi ?*  
*Le destin, me dit-on, s'oppose à ma demande :*  
*Junon doit obéir quand le destin commande...*  
*Pergame impunément a donc pu m'outrager !*  
*Seule entre tous les dieux je ne puis me venger !*  
*O fureur ! Quoi ! Palas.... etc.*

No me fijo mas que en los cuatro versos finales de este pasaje. Virjilio no dice mas que *quippe vetor fatis*. Su traductor añade todo lo que sigue : “ me aseguran que el destino se opone á

(1) Versos 37 á 39.

mis deseos : Juno debe obedecer cuando el destino manda ! ¿ Con que Troya habrá podido ultrajarme impunemente, y yo he de ser la sola entre los Dioses que no pueda vengarme ? ” ¿ No es esto salir de las ideas ? ¿ No es á lo menos amplificarlas de un modo que hace desconocer el texto ? Sobre este particular es preciso mucho pulso con Virjilio, porque á veces es tan poeta por lo que calla, como lo es siempre por lo que dice. Si el traductor no debe agregar cosa alguna al pensamiento, á la idea de su autor, debe mucho menos omitir pasage alguno de los que encuentre en el texto ; y es preciso convenir en que Delille tampoco es muy escrupuloso en esta parte. Pero no vaya Vd. á creer, amigo mio, por estas observaciones, que yo trate de deprimir á un traductor á quien tanto debo, ni de compararme con él. Conozco sus dotes poéticas y su gran superioridad respecto de mí : solo he querido probar mis proposiciones con ejemplos.

Al llegar á esta altura de mi carta, me lisonjea la esperanza de que Vd. verá en ella el cumplimiento de mis anteriores promesas, sinó de un modo tan cabal como Vd. podia desear, de

aquel á lo menos que me lo permiten mis circunstancias actuales. Desde luego debo decir que despues de escrito lo que Vd. acaba de leer, le he agradecido el compromiso en que Vd. me ha puesto de hablarle tan largamente sobre esta materia. En efecto mi Corina me había hecho olvidar á Virjilio, y desde que llegó á mi noticia la enfermedad que me la ha robado, mi inquietud no me dejaba contraer á un trabajo que exige tranquilidad y mucho teson. Figúrese Vd. lo que habrá sido despues que supe su muerte! Desde entonces abandoné mi traduccion y no he vivido sinó para el dolor. La carta de Vd. me ha aliviado, porque me ha puesto en la precision de anudar de nuevo mis ideas; y el esfuerzo que he hecho para vencer mi afliccion y escribirla me responde de que no será muy grande el que tenga que hacer en adelante para volver á mi tarea.

Ella empezó en mala época y lo mismo sigue: un hombre habitualmente enfermo y aquejado de dolores, no es para tan largo y penoso trabajo; pero confio en que mi amor á Virjilio, á la poesía, y á mi propia reputacion, si he de decirlo, me sostendrán en él. Por ahora he tenido una larga

interrupcion; sin embargo, tengo escritos 120 versos principio del segundo libro.

Está en<sup>o</sup> mi poder y conservaré el número *du Temps* de París que Vd. me remitió, y en el que se lee un largo artículo relativo á la nueva traduccion francesa de la Eneida por Barthélemy. Si no hice de esto mencion en mi carta anterior fué porque el impreso llegó á mis manos mucho mas tarde que la carta con que Vd. me lo enviaba. Ella vino por el correo y aquel fué colocado en otros diarios en un paquete que hizo un largo rodeo y sufrió mucha demora antes de llegar aquí. Yo había leído en Montevideo ese mismo artículo; pero deseaba tenerle y Vd. ha llenado mi deseo.

Me dice Vd. que consienta en que haga que la publicacion de mi traduccion comience por los dos primeros libros, que con la introduccion y esplanaciones convenientes, compongan el primer tomo. Permítame Vd. replicarle que sobre este particular no estoy decidido todavía. No creo que sería propia una publicacion tan corta de una obra tan dilatada: mejor sería esperar, sinó á su conclusion, lo menos á que estuviera

mucho mas avanzada que en dos libros. ¿Creerá Vd. que á este respecto, es tambien muy poderosa otra idea ?

Adelantando mi trabajo cuanto me sea posible, y esperando á que esté muy adelantado para publicarle, puede querer el destino que la publicacion se haga en mi patria. Quien sabe qué combinacion política puede hacer que pasando tiempo, el estado de mi amada Buenos Aires no sea el que es hoy : y si mi obra vale algo ; si ella puede hacer algun honor á mi país, como Vd. se empeña en hacérmelo creer, yo tendria una gran satisfaccion de que fuese en él donde mis versos vieses la luz. Creo que el interés de mi fama apura á Vd. mas que á mi mismo : esto me prueba hasta donde llega su amistad ; pero no creo que haya inçonveniente en que yo espere algun tiempo para gozar de la gloria que Vd. me promete, y en la que yo, sin embargo, no tengo mucha confianza.

Deseo vivamente ver lo que Vd. ha escrito á Florencio, despues de haber leído el libro primero completo. El me ha prometido remitirme cópia del juicio que Vd. ha formado de mi obra y creo

que me la enviará en el correo que espero de hoy á mañana. Basta de hablar de Virjilio.

. . . . .

. B. L. M. de Vd.

Su afectisimo

*Juan Cruz Varela.*

. . . . .

El que así opinaba en 1836 sobre Virjilio y la poética latina, sin poder penetrar en el vasto campo de consulta y de comparacion que ofrecen los trabajos sobre el mismo tema emprendidos por los arqueólogos y eruditos en este último medio siglo, estaba de suyo bien preparado, pues, para atacar la traduccion de su poeta favorito.

Lo que es de sentirse es que no podamos presentar siquiera los cuatro primeros libros de la Eneida, que fueron los que tradujo D. Juan Cruz, y que según nuestros informes hizolos él mismo copiar cuidadosamente, con la intencion de proseguir hasta el libro sexto inclusive; siendo de notar que, como el D<sup>or</sup> Velez, parece

que Varela no daba grande importancia á los últimos libros de la Eneida los cuales se publicaron probablemente despues de la muerte de Virjilio.

De mi parte he hecho humanamente lo posible para recabar ese trabajo de la persona que posee los manuscritos de D. Juan Cruz. Esa persona nos ha respondido que no se encuentran en su coleccion.

Pienso, sin embargo, que tales cosas rara vez se pierden realmente; y abrigo la esperanza de que por el empeño de otro mas feliz, se podrá apreciar despues todo el trabajo Virjiliano de nuestro eximio D. Juan Cruz Varela.

ADOLFO SALDÍAS.

## LA ENEIDA



## LIBRO PRIMERO

**L**as armas canto y el varon guerrero,  
Prófugo por la fuerza del Destino,  
Que del suelo de Troya á Italia vino,  
Y á las playas Lavinias el primero.

La voluntad del cielo, favorable  
A la rabia de Juno infatigable,  
Largos trabajos tolerar le hiciera  
En la tierra, en el mar, en los combates,  
Antes que una ciudad estableciera,  
Dando entrada en el Lacio á sus Penates :  
Dél vienen los Latinos, los Albanos,  
Y los altos alcázares romanos.

Oh Musa, que yo sepa de tu labio,  
De qué ofensa á su Númen, de qué agravio  
La reina de los Dioses se quejaba,  
Que del varon piadoso renovaba  
Sin cesar los peligros y los males.  
¿Guardan tanto rencor los inmortales ?



Enfrente de la Italia, y apartada  
De las bocas del Tiber, florecía  
La célebre Cartago, levantada  
Por colonos de Tiro, tiempo había :  
Opulenta ciudad y belicosa,  
Por la que Juno á Samos posponía.  
Allí estaban las armas de la Diosa,  
Allí su carro estaba ; y cuanto el Hado  
Con sus votos ardientes se acordara,  
Ella anhelaba que su pueblo amado  
A todas las naciones dominara.  
Oyera empero que esforzada prole  
De una stirpe Troyana nacería,  
Que de Cartago la soberbia mole  
Y las tierras de Libia asolaría ;  
Y que esa descendencia al fin sería  
El solo pueblo rey, grande, guerrero,  
Claro dominador del orbe entero :  
Así hilaban las Parcas su destino.

Temiéndolo Saturnia, de continuo  
Los pasados combates recordaba  
En que armó contra Troya á sus Argivos ;  
Ni sus resentimientos olvidaba,  
Ni de su fiero encono los motivos.  
Hondamente grabada está en su pecho  
La sentencia de París, y el ultrage  
A su beldad, por él menospreciada,

Y el alto honor á Ganimedes hecho,  
Y el odio inveterado á su linage.

Con tan vivos recuerdos inflamada,  
Apartaba de Italia á los Troyanos,  
Reliquias de los Griegos inhumanos,  
Y del furor de Aquiles inclemente ;  
Y errantes largo tiempo, eran traídos  
De un mar en otro mar, de gente en gente,  
Por el Hado y la Diosa perseguidos.  
¡ Tan grande empresa, tan difícil era  
Hacer que la alta Roma apareciera !

No bien toda la flota en alegría  
La Sicilia de vista iba perdiendo,  
Y la ferrada prora dividía  
Las espumas del mar, cuando sintiendo  
Nueva en el corazón su eterna herida,  
“ ¡ Yo ceder ! (dijo Juno) : ¡ Yo vencida !  
¡ Que alejar de la Italia yo no pueda  
A un jefe de Troyanos fugitivos,  
Porque el Destino adverso me lo veda !  
¿ No pudo Palas, una simple Diosa,  
Las naves incendiar de los Argivos,  
Y hundir á tantos en la mar furiosa,  
Por la falta excusable de uno solo,  
Por el ciego furor de Ajax Oileo ?  
Jove mismo, cediendo á su deseo,  
Con su rayo la armó : del alto polo

Ella le vibra, y sirven sin tardanza,  
El fuego, el mar, el viento á su venganza :  
Destruyó los bajeles, y el culpado  
Infeliz, que las llamas en que ardía  
Del fulminado pecho despedía.  
Fué por un torbellino arrebatado,  
Y en las rocas agudas enclavado.  
¡ Y yo, hermana y esposa del Tonante,  
Yo, reina de los Dioses, al Troyano  
Hago tan larga guerra, y la hago en vano !  
¿ Y quién ha de adorarme en adelante ?  
¿ Qué mortal ha de haber, con este ejemplo,  
Que lleve sus ofrendas á mi templo ? ”

En su ulcerado pecho revolviendo  
De este modo la Diosa sus dolores,  
A la Eolia descende, albergue horrendo  
Y patria de los Austros bramadores.  
Allí, en ancha caverna, Eolo enfrena  
Las tempestades y sonoros vientos,  
Y quebranta sus ímpetus violentos,  
Y los ata imperioso á la cadena.  
Ellos, luchando por romper sus hierros,  
Rugen al rededor de sus encierros,  
La montaña atronando. El Dios potente,  
Sentado en la alta cumbre, los modera,  
Y temple su furor : si no lo hiciera,  
Tierra, mares, y cielo de repente

En su rápido vórtice arrollarán,  
Y por el aire vago arrebatáran.  
Mas Jove, porque tal no sucediese,  
Los encerró en oscura y honda cima,  
Y alta mole de montes puso encima ;  
Dándoles un monarca, que supiese,  
Conforme á su mandato soberano,  
Tal vez la rienda mantener tirante,  
Y aflojarla tal vez con diestra mano.  
La altiva Juno, entonces suplicante,  
De este modo le habló : “ Pues ha dispuesto  
El rey de hombres y Dioses que pudieras  
Conmover ó calmar las ondas fieras,  
Eolo, una Nación que yo detesto  
Va por el mar Tirreno navegando,  
Su Ilión á la Italia trasportando,  
Y sus vencidos Dioses : manda pronto  
Que tus vientos las olas enfurezcan,  
Y separa sus naves, ó perezcan,  
Y siembra de cadáveres el ponto.  
Catorce ninfas tengo, todas bellas,  
Y con la mas gentil que campa entre ellas,  
Premiaré tu servicio agradecida,  
Deyopeya será la digna esposa  
Que, á tu destino para siempre unida,  
El padre te haga de una prole hermosa ”.

“Tuyo, reina, es mandar ; á mí tan solo

Incumbe obedecer (responde Eolo):  
Si yo el favor de Jove he merecido,  
Y en sus mesas cubiertas de ambrosía,  
Hago á los altos Dioses compañía;  
Si yo reino es por tí; y á tí he debido  
Que de los vientos el rebelde bando  
Respete mi poder, tema mi mando”.

La cúspide del cetro, así diciendo,  
Volvió contra la cóncava montaña,  
Y al lado opuesto la impelió pujante.  
Halló salida el escuadron tremendo,  
Y arremetió en tropel: con furia estraña  
Su negro torbellino en un instante  
Envuelve la ancha tierra: á un tiempo mismo  
El Euro, el Noto, el Afro proceloso  
Revuelven desde el fondo de su abismo  
El turbulento mar, y el mar furioso  
Con vastas olas la ribera azota.  
Alza un triste clamor toda la flota,  
Y los vientos con hórrido silvido  
Rechinan en las cuerdas. Escondido  
El dia entre nublados, desaparece,  
Y se tiende en el mar la noche densa:  
El trueno las esferas estremece,  
Arde del éter la extension inmensa,  
Y á do quier que se vuelve el navegante  
Su inevitable muerte vé delante.

Embarga á Eneas repentino hielo ;  
Llora, y, las manos levantando al cielo,  
“ Tres veces (dijo), y más, afortunados  
Los que tanto del Hado merecieron,  
Que, al pié de nuestros muros elevados,  
A vista de sus padres perecieron !  
Oh Diómedes, de Griegos el mas fuerte,  
¿ Por qué no plugo al cielo que pudieras  
En los campos de Troya darme muerte?  
Allí, inmolado á tu furor me hubieras  
Donde de Aquiles la tremenda lanza  
Rompió de Hector el pecho y la pujanza :  
Donde el gran Sarpedon cayó, y el Janto  
Vuelca espumoso adargas y morriones,  
Y cuerpos de fortísimos varones.”

Así en vano exclamaba, y entre tanto  
Embiste el Aquilon y despedaza  
De su bajel las velas. Sublevado  
El mar á las estrellas amenaza ;  
Rompiéronse los remos ; y la prora,  
Cediendo al duro embate, de costado  
La ya indefensa nave al mar presenta.  
Un monte de agua la levanta ahora,  
Y luego en un abismo cae violenta ;  
Ya en lo alto el marinero está pendiente,  
Ya, abriéndose las olas de repente,  
Siente hervir las arenas en el fondo,

Y descubre la tierra en lo mas hondo.  
Contra las rocas pérfidas, de altares  
Con el nombre en Italia conocidas,  
Que forman la ancha espalda de esos mares,  
Y están en sus espumas escondidas,  
Estrelló el duro Noto tres navíos ;  
Y otros tres, impelidos, arrojados  
Por la furia del Euro á los bajíos,  
Quedaron en las sirtes encallados.  
Cae una mole de agua en la galera  
Que á Orontes y los Lícios conducía,  
Y á su piloto, que el timon tenia,  
A la vista de Eneas, la onda fiera  
De la popa arrebatá y precipita :  
Luego en su remolino impetüoso  
Tres veces al bajel en torno agita,  
Y se lo traga el mar voraginoso.  
Por do quiera se vé flotar perdidas,  
Armas, tablas, riquezas confundidas,  
Y nadando en el golfo inmensurable  
Aparece uno ú otro miserable.  
Ya la náve de Aletes el anciano,  
La de Ilioneo, poderosa en vano,  
La de Achates el bravo, y la de Abantes,  
Abiertas del costado las junturas,  
Dan del mar á las aguas espumantes  
Entrada por las anchas hendiduras.

Del profundo, en sus senos alterado,  
Por Neptuño entretanto fué sentida  
La horrible tempestad, sin él movida,  
Y oyó sonar los vientos : indignado,  
Pero grave y sereno en sus enojos,  
Alza la frente plácida, y sus ojos  
Ven hundirse en el ponto ó separarse  
De los Teucros las naves desgraciadas,  
Y en su daño las olas conjuradas,  
Y sobre ellos los cielos desplomarse :  
Ni en tal desórden se ocultó á Neptuno  
La rábia artera de su hermana Juno.  
Al Zéfiro y al Euro á su presencia  
Llama al punto, y les habla de este modo :  
“ ¿Pudo á tanto llegar vuestra insolencia,  
Que la tierra, y el mar, y el cielo, y todo  
Osárais confundir sin mi licencia ?  
¿Vuestra raza os inspira confianza  
Para alzar en el ponto este tumulto ?  
Yo os haré ver... pero ántes la bonanza  
Debo volver al mar amotinado :  
Despues castigaré tamaño insulto  
Con una pena igual al atentado.  
Idos pronto ; y decid al que os gobierna  
Que no á él, sinó á mi la suerte ha dado,  
El imperio del mar y el gran tridente :  
Dueño de la vastísima caverna,



Donde vosotros rebramais violentos,  
Que en tal palacio su poder osterfte,  
Y reine en las mazmorras de los vientos, ”  
Dijo, y, mas pronto que decirlo pudo,  
Restituyó la calma al mar sañado,  
Y las nubes ahuyenta, y vuelve el dia.  
Triton y Cimotoë juntamente  
Las naves que un escollo retenia  
Desencallan al fin : con su tridente  
Otras levanta el Dios ; les dá camino,  
Las arenosas sirtes allanando,  
Y sobre el mar, ya plano y cristalino,  
Va en su carro levisimo volando.

Como en un grande pueblo, si se mueve  
Horrible sedicion, enfurecidas  
Las gentes mas oscuras de la plebe  
Lanzan piedras y teas encendidas,  
Y el furor arma á todos: ven empero  
Que algun hombre de un mérito eminente,  
Y de rara virtud, se hace presente,  
Y al punto callan, del varon severo  
Atentos esperando las razones,  
Y habla, y rige los ánimos ; ablanda  
De la turba feroz los corazones,  
La paz persuade, y persuadiendo manda ;  
Así de una mirada tranquiliza  
El piélago Neptuno, cuando, al vuelo

De sus caballos, y aclarado el cielo,  
Sobre el agua en su carro se desliza.

Añelan en las costas mas cercanas  
Lasos los Teucros encontrar reposo,  
Y guian á las playas africanas.

En un sitio apartado y silencioso  
Hay un seno profundo, en cuya entrada,  
Cual si fuese al intento colocada,  
Forma una isla un puerto delicioso.  
Son los extremos de ella dos rompientes  
Que quebrantan las olas, y, partidas,  
Entran al manso golfo ya dormidas.  
Cierran dos promontorios eminentes  
Por uno y otro lado aquel asilo:  
Selvas coronan sus erguidas frentes,  
A sus plantas el mar calla tranquilo,  
La sombra de los árboles se avanza,  
Y el sol su ardiente rayo en vano lanza.  
Una gruta entre rocas se ha formado  
En el fondo del puerto, y la natura  
Tersos asientos de la piedra dura  
En su fresco recinto ha fabricado,  
Y corren á raudales dulces linfas:  
Aquel es el retrete de las ninfas.  
No es menester en rada tan serena  
Que el retorcido cable ate la nave,  
Ni échar al fondo el áncora que clave

Recorvo diente en la tenaz arena.

Siete bajeles, restos de su armada,  
Allí conduce Eneas, y descienden  
Los Teucros á la playa suspirada.  
Besan la tierra hospitalaria, y tienden  
En la grama sus miembros fatigados,  
Y de la sal marina penetrados.  
Hiriendo un pedernal en el momento,  
Hace saltar Achates la centella,  
Y en hojas la recibe; en torno de ella  
Nutre el fuego con árido alimento;  
Levanta leve llama el leve viento,  
Y, á pesar del cansancio, entonces vuelan  
A sacar de sus naves los Troyanos  
Húmedos frutos, corrompidos granos;  
Que al fuego sequen, y en la piedra muelan.

Sube entretanto Eneas á una altura,  
Por si á lo léjos descubrir pudiera  
De Capis ó de Anteo la galera  
En el tendido mar, ó por ventura  
Las armas de Caïco en la alta popa.  
Nave ninguna vé; pero una tropa  
De ciervos á su vista se presenta,  
Que en los valles vecinos se alimenta.  
Tres de los mas gallardos van delante;  
Vélos el héroe y para, y al instante  
Toma el arco y los hieiros voladores,

Que el siempre fiel Achates le llevaba.  
Desciende, y los esbeltos conductores,  
Cuya arbórea cabeza mas se alzaba,  
Los tres primeros son que postra en tierra :  
Huyen los otros á la selva umbrosa,  
Y allí sin distincion hace la guerra  
A la pávida turba, y no reposa  
Hasta que tantos ciervos hubo muerto  
Cuantas quedaron naves en el puerto.

Entonces afanoso allí regresa,  
Parte entre todos la reciente presa,  
Y mandando sacar de anchos toneles  
Un vino confortante y delicado,  
Por el bondadoso Acetes regalado  
Al salir de Sicilia los bajeles,  
Asi dijo con voz consoladora :  
“¡ Animo mis amigos ! No es de ahora  
Que á mayores desgracias han querido  
Enseñaros los Dioses inmortales ;  
Y pues ellas su término han tenido  
Tambien tendrán su término estos males.  
Mostrad aquel valor que os animaba  
Cerca de los escollos estruendosos  
De Escila, y de los montes cavernosos  
Que el truculento Cíclope atronaba.  
Desterrad la tristeza : que algun dia  
Tal vez recordareis con alegría

El actual infortunio. Si el destino  
Ha sembrado de riesgos el camino  
Que nos conduce á Italia, en ella el cielo  
Nos ofrece morada permanente,  
Y quiere que renazca en aquel suelo  
El imperio de Troya prepotente.  
Sufrid y conservaos, compañeros,  
Para los bellos dias venideros. ”

Su profundo dolor disimulando  
Asi hablaba, pintado en su semblante  
El gozo y la esperanza lisonjera ;  
Y, el futuro banquete acelerando,  
Toda la comitiva en el instante  
De la campestre caza se apodera.  
Quien la divide en trozos, ya desnuda  
Por otros de la piel que la cubria ;  
Quién clava, palpitantes todavía,  
Carnes y entrañas en la vara aguda.  
Unos la vianda en el metal preparan  
El fuego atizan otros con que hierva,  
Y sus fuerzas al fin todos reparan,  
Consumiendo, tendidos en la yerba,  
La pingüe carne, y el añejo vino.  
Del hambre la impaciencia mitigada,  
Y la rústica mesa levantada,  
Llaman á los amigos que el destino  
Ingrato les robó, cediendo inciertos

Tan pronto á la esperanza de que vivan.  
Como al triste temor de que, ya muertos,  
Sus voces lastimeras no perciban.  
Eneas sobre todos, ya la suerte  
Llora del bravo Orontes y de Amico,  
Ya consagra sus lágrimas á Lico,  
Y al fuerte Jias y á Cloanto el fuerte.

Iba á esconder el sol su clara lumbre,  
Cuando Jove, del cielo en la árdua cumbre,  
Contemplando la mar y la honda tierra,  
Y de tan varios pueblos habitadas  
Las regiones vastísimas que encierra,  
Fija al fin en la Libia sus miradas,  
Y allá revuelve en su saber profundo  
Del hombre los destinos y del mundo.  
Vénus le dijo entonces, anublados  
Con el llanto sus ojos esplendentes :  
“Señor, cuyos decretos respetados  
En el Olimpo son, y que á las gentes  
Aterras fulminante, ¿en qué ha podido  
Tanto mi caro Eneas ofenderte ;  
Los suyos cuál delito han cometido,  
Que, tras de tanto estrago y tanta muerte,  
Por vedarles de Italia la ribera,  
Se les veda también la tierra entera ?  
Descendientes de Teucro los Troyanos,  
Al volver de los tiempos, deberían

A la Ausonia llegar, donde serian  
Los padres de los ínclitos Romanos,  
De cuanto alumbre el Sol dominadores,  
Si estas son tus promesas anteriores,  
¿Tu voluntad, gran rey, será mudable?  
Yo con ellas tal vez me consolaba  
Del incendio de Troya lamentable,  
Y unos hados con otros, compensaba :  
Pero, ¡ ay ! que de los míos renovarse  
Miro los infortunios cada día !  
¿Y no mandas que cesen todavía ?  
Pudo Antenor sin riesgo libertarse  
De en medio de los Griegos inclementes ;  
Y el Ilírico golfo penetrando,  
Y toda la Liburnia atravesando,  
Pasó el Timaro que de nueve fuentes  
Brotando estrepitoso en las montañas,  
Cubre, cual mar sonante, las campañas.  
El fundó á Pádua, y ostentó en su muro  
Troyanas armas : su remoto asilo  
Con su nombre se honró : vivió seguro,  
Y hoy descansa en su túmulo tranquilo.  
¡ Y Eneas, prole tuya, en la lumbrosa  
Morada de los cielos esperado,  
Ve perecer su armada numerosa  
Y léjos de la Italia es arrojado,  
Víctima de las iras de una Diosa !

¿ Aqueste premio la piedad merece?  
¿ Así nuestro poder se restablece? ”

Con el rostro sereno y placentero  
Con que suele calmar las tempestades,  
Dando á Vénus un ósculo lijero  
El padre de los hombres y Deidades,  
Se sonrie, y sus voces desvanecen  
Tan inquieto temor. “ Mi amada hija,  
La suerte de los tuyos no te aflija :  
Sus hados inmutables permanecen :  
Tú verás por sus manos erijidos  
Los muros de Lavinia prometidos,  
Y en lo alto del alcázar estrellado  
Al magnánimo Eneas sublimado.  
No temas que se alteren mis decretos ;  
Y quiero para más tranquilizarte,  
Los varios y recónditos secretos  
Del eterno destino revelarte.  
El hijo tuyo en la italiana tierra  
Hará á pueblos feroces cruda guerra,  
Y les dará costumbres y ciudades ;  
Y despues de tres años de reinado,  
Y de haber á los Rútulos domado,  
Subirá á la mansión de las Deidades.  
Julio Ascanio, que Ilo se llamaba  
Cuando Ilion al Asia dominaba,  
Reinará despues dél : verá en su mando



Renacer treinta veces el estío ;  
Y á los palacios de Alba trasladando  
De Lavinia su trono y poderio,  
Inespugnable hará su nueva corte.  
Allí trescientos años la familia  
De Hector dominará ; y el Dios Mavorte,  
Al cabo de ellos, á la jóven Ilia,  
Vestal de quien un rey ha de ser padre,  
De dos niños gemelos hará madre.  
Uno será el gran Rómulo : fiada  
Verás á su poder tu gente amada,  
Y engalanado con la piel rojiza,  
Despojo de una loba su nodriza,  
Una ciudad á Marte consagrada  
Fundará, y á los nuevos ciudadanos  
Ha de dar, por su nombre, el de Romanos.  
Será de ellos el orbe : plazo alguno,  
Ni límite á su imperio he señalado :  
Dominarán sin fin : la misma Juno,  
Que hoy persigue á los Teucros implacable,  
Y cielo, y mar, y tierra ha concitado,  
Será entónces á Roma favorable,  
Y por ella y por mí será amparada  
Reina del mundo la nacion togada.  
Así está decretado. Vendrá día  
En que será de Grecia vencedora,  
Y de Argos, de Micenas y de Ptía,

La progenie de Asáraco señora.  
Despues llegarán tiempos en que veas  
Nacer á Julio César el Troyano,  
Llamado como el hijo de tu Eneas,  
Y de tan bello tronco ilustre rama.  
Mandarà quanto abraza el Ocëano,  
En las estrellas sonará su fama,  
Y cuando le recibas en el cielo,  
Cargado de despojos del Oriente,  
Le invocará la tierra reverente.  
Convertiráse en gozo el largo duelo  
De largos siglos de funesta guerra ;  
Y Vesta y la alma Fé, Remo y Quirino,  
Llegados estos tiempos del Destino,  
Serán los que den leyes á la tierra.  
Férreo cerrojo y trabazon de bronces,  
Del triste templo del bifronte Jano  
La dura puerta cerrarán entonces ;  
Y adentro el Furor Bélico inhumano  
Sobre armas en desórden hacinadas  
Sentado horrible, y una y otra mano  
Con cien cadenas á la espalda atadas,  
Las morderá sangriento, y repetido  
Retumbará su horrisono rujido ”.

• Dice, y ordena que á Cartago vaya  
El mensajero Dios hijo de Maya  
Para hacer que á los Tëucros desgraciados

Dido en su nueva patria recibiera ;  
No fuese que, ignorante de los hados,  
Les vedase pisar en su ribera.                   c  
El alijero Dios el aire hiende,  
Y, volando mas rápido que el viento,  
A las arenas Lívicas desciende.  
Y cumple el soberano mandamiento.  
El altivo fenicio se resigna  
Al divino poder que al Teucro ampara,  
Y Dido la primera se prepara  
A hospedarle pacífica y benigna.

Mas, durante la noche, mil ideas  
Revuelve en su ánimo el piadoso Eneas,  
Y, apenas Febo en el oriente brilla,  
Aquellos sitios explorar intenta.  
Y decir á los suyos en qué orilla  
Arrojados se ven por la tormenta ;  
Porque no saben si esa tierra inculta  
Es por hombres ó fieras habitada.  
Bajo una roca cóncava su armada  
Entre sombríos árboles oculta,  
Y con el solo Achates, y vibrando  
Dos lanzas de ancho hierro, el puerto deja,  
Y de la playa intrépido se aleja.

Iba una densa selva atravesando,  
Y su divina madre en forma humana  
Al encuentro le sale en la espesura,

Y en las armas, el traje y la figura  
Semejante á una virgen Espartana,  
O Harpálíce de Tracia así sería,  
Que á los prestos corceles, voladora,  
Y al Euro rapidísimo vencía.  
Porque llevaba Vénus cazadora  
De los hombros pendiente un arco hermoso,  
Suelta al viento la blonda cabellera,  
Y sobre la rodilla un lazo airoso  
Regazaba la túnica lijera.  
Acercóse y les dijo : “ ¿No ha llegado  
A este sitio una jóven compañera,  
Que en esta misma selva se ha extraviado?  
Lleva una piel de lince por vestido,  
A la espalda la aljaba resonante,  
Y flechado tal vez y perseguido  
Vá huyendo de ella javalí espumante.  
¿La visteis por ventura ? ” Vénus dijo,  
Y de Vénus así responde el hijo:  
“ No hemos visto ni oído á tal doncella :  
Pero, ¿ qué nombre, cazadora bella,  
Habré de darte á tí ? ¡ Ah ! Tu eres Diosa :  
Ni tu rostro ni tu habla melodiosa  
Pueden ser de mortal. ¿ Eres hermana  
De las Ninfas del bosque ? ¿ Eres Diana?  
Cualquier Deidad que seas, te rogamos  
Que alivies nuestros males y fatigas ;

Que escuches nuestros votos, y nos digas  
En qué region del orbe nos hallamos.  
Lanzados por los vientos y los mares, ε  
Desvalidos errando y sin destino,  
No conocemos hombres ni lugares :  
Si nos ampara tu poder divino,  
Quemaremos incienso en tus altares. ”

“ No soy digna de honor tan elevado  
(La Diosa replicó): del arco armarse,  
Y coturnos de púrpura calzarse,  
Es entre Tírias vírgenes usado.  
En las riberas de la Libia te hallas,  
Y en el imperio Púnico, fundado  
Por hijos de Agenor : ¿ ves las murallas  
De su nueva ciudad ? En la frontera  
Vaga una raza indómita y guerrera ;  
Pero en esta comarca reina Dido,  
Que huyendo de su patria y de su hermano,  
La colonia de Tiro ha conducido ;  
Y aunque es larga la historia del tirano,  
Y de la triste y prófuga princesa,  
Yo te diré lo solo que interesa.  
Su mismo padre, autor de un himeneo  
Confirmado por prósperos auspicios,  
Intacta vírgen la entregó á Siqueo,  
Opulento entre todos los Fenicios.  
Tiernamente la mísera le amaba ;

Mas Pigmalion su hermano, el mas perverso  
De los hombres que abriga el universo,  
En la soberbia Tiro dominaba.  
Entre Siqueo y él se enciende luego  
Un odio inapagable ; y el malvado,  
De amor del oro arrebatado y ciego,  
Y de Dído y los Dioses olvidado,  
Se arma, se oculta, y al incauto esposo  
Al pié de los altares asesina.  
Largo tiempo su crimen horroroso  
Astuto encubre, y á la triste hermana  
Con mentidas palabras alucina,  
Entreteniendo su esperanza vana.  
Hasta que en sueños se aparece á Dido  
La imágen de la víctima insepulta,  
Y pálida descubre el pecho herido,  
Y la maldad doméstica y oculta,  
Y el Altar con su sangre enrojecido.  
—Huye, le dice, de tu patria impía ;  
—Tu presta fuga facilite el oro ;  
Y le muestra el lugar donde debía  
Hallar bajo de tierra un gran tesoro.  
Tales rēvelaciones la estremecen ;  
Y, disponiendo al punto su partida,  
De todos los que temen ó aborrecen  
Al tirano feroz, se vé seguida.  
Pronta estaba una flota en aquel puerto,

Y, apoderados de ella con presteza,  
La cargan del tesoro descubierto,  
Y se entregan al mar con la riqueza  
A que aspiraba el inclemente avaro :  
Autora una mujer del hecho claro.  
Llegaron al lugar en donde ahora  
De Cartago verás el muro ingente,  
Y encumbrarse el alcázar eminente.  
Para tan gran ciudad la fundadora  
No compró de terreno mayor trecho  
Que el que la piel de un toro circundara,  
Y el lugar, en memoria de aquel hecho,  
Ha querido que *Birsa* se llamara.  
Mas, ¿ quiénes sois vosotros, y de dónde  
Venís, ó adónde vais ? ” Lanzando Eneas  
Un profundo suspiro, así responde :  
“ Si nuestra historia, que saber deseas,  
Te fuese por estenso relatada,  
Se escondería el sol en el ocaso  
Antes de que la oyeras acabada.  
Desde la antigua Troya (si es que acaso  
Sonó el nombre de Troya en tus oídos)  
Hemos sido hasta el Africa impelidos,  
Atravesando procelosos mares.  
Soy el piadoso Eneas, que conmigo  
Conduzco en mi bajel los pátrios Lares  
Que arranqué del poder del enemigo,

Y mi fama á los astros ha llegado.  
Del Hado los decretos superiores  
A buscar en Italia me han forzado  
La cuna de mis ínclitos mayores,  
Que descienden de Jupiter divino.  
Por la Diosa mi madre encaminado,  
Partí del mar de Frijia á mi destino,  
Llevando veinte naves : siete apénas,  
Por las ondas y el Euro maltratadas,  
De Libia en las riberas apartadas  
Hé podido salvar, y en sus arenas,  
Vago errante, infeliz, desconocido,  
De la Europa y del Asia repelido ”.

Vénus mas quejas escuchar no pudo,  
Y enternecida interrumpió á su Eneas :  
Pues llegas á Cartago, ya no dudo,  
Extranjero, cualquiera que tu seas,  
Que eres objeto del amor del cielo,  
Y que cuidan los Dioses de tu vida.  
Vé y preséntate á Dido sin recelo :  
Te anuncio que tu flota no es perdida,  
Y que, calmado el Aquilon insano,  
Ya están los tuyos en tranquila rada ;  
Si á conocer pronósticos no en vano  
He sido por mis padres enseñada.  
¿ Ves esos doce cisnes, que, ya unidos,  
Hienden el aire con alegre vuelo,



Y ántes iban dispersos, perseguidos  
Por el ave de Jove, que del cielo  
Sobre ellos se lanzó devoradora ?  
Cómo ves que ya posan en el suelo,  
O que á posarse van ; y cómo ahora,  
Vueltos de su pavor y placenteros,  
Baten las alas, y en el aire todo  
Resuena su cantar ; no de otro modo  
Tus naves y tus ledos compañeros  
O la áncora en el puerto están echando,  
O en él á toda vela van entrando.  
Sigue hasta la ciudad : esta es la via. ”

Dijo ; y, al retirarse, el róseo cuello  
Con divino fulgor resplandecía,  
Exhalando su nítido cabello  
El olor celestial de la ambrosía.  
Desplegóse hasta el pié la veste undosa  
Y su marcha mostró que era una Diosa.

Eneas la conoce, y, ya distante,  
Prorrumpe en estas quejas resentidas :  
“ Ah, madre ! ¿Tú tambien de un hijo amante  
Te burlas con imágenes finjidas ?  
¿ Es posible cruël, que nunca quieras  
Que tu diestra y mi diestra estén unidas,  
Y yo escuche tus voces verdaderas ?  
Así la increpa, y se encamina al muro :  
Pero á los dos viajeros Citeréa

De una nube formada de aire oscuro  
Con el velo densísimo rodea ;  
Para que nadie así pudiese verlos,  
Ni la causa inquirir de su venida,  
Ni dañarlos tal vez ó detenerlos.  
Ella vuelve á su Páfos preferida,  
Y visita contenta los lugares  
Donde el aire embalsaman los olores  
Del incienso Sabéo y de las flores  
Que perfuman su templo y sus altares.

Siguieron el sendero señalado,  
Y llegaron por fin á la colina  
Frontera á la ciudad, y que domina  
Sus torres y su alcázar encumbrado.  
Admira Eneas desde aquella altura  
Esa fábrica inmensa, en el asiento  
Que ántes la choza mísera ocupaba ;  
Portadas de magnífica estructura,  
Y calles de enlozado pavimento,  
En que el ruidoso pueblo se agitaba.  
Activando sus obras los Fenicios,  
Unos al muro y ciudadela elevan  
Enormes piedras, que rodando llevan ;  
Otros, para sus propios edificios,  
Señalan el solar con el arado :  
Cavan un puerto aquellos ; nombran estos  
De la magistratura y del Senado

A los que han de ocupar los altos puestos :  
Del tēatro la noble arquitectura  
Se ve salir aquí de su cimiento,  
Y allá se cortan de la roca dura  
Columnas que le sirvan de ornamento.

Lo mismo las abejas, trabajando  
Por el verano en la pradera amena,  
Ya los nuevos enjambres van sacando  
Por la primera vez de la colmena ;  
Ya sus líquidas mieles condensando,  
Y el dulce néctar los panales llena ;  
O alivian de la carga á las que suelen  
Llegar del grave peso fatigadas,  
O, á manera de ejército formadas,  
Al perezoso zángano repelen :  
Todo es ardor y afan, y á la distancia  
Trasciende del tomillo la fragancia.

“ ¡ Oh pueblo mil de veces venturoso,  
El que sus propios muros ya levanta ! ”  
Dijo el héroe pasmado de obra tanta ;  
Y, cercado del velo nebuloso,  
Penetra sin ser visto ni sentido,  
Y vaga entre la turba confundido.

Había en la ciudad un bosque umbroso,  
Cuyo plácido asilo fué el primero  
Que en Africa los Tirios encontraron,  
Después de atravesar el ponto fiero.

Cavando entre los árboles, hallaron  
De un soberbio caballo la cabeza ;  
Señal por la que Juno prometía  
La abundancia del suelo, y la grandeza  
Que Cartago á la guerra debería ;  
Y á Juno en lo interior del bosque sacro,  
Un templo alzaba la Sidónia Dido,  
Del Númen con el Santo simulacro  
Y con dádivas de oro enriquecido.  
Anchas gradas de bronce se elevaban  
Hasta el umbral del edificio injente,  
Las bóvedas en bronce descansaban  
Y las puertas de acero reluciente  
En quiciales de bronce rechinaban.

Allí al heroe Troyano se presenta  
Un objeto que en su ánimo indeciso  
Calma las inquietudes de improviso,  
Y de nueva esperanza le alimenta :  
Pues miéntras, en el templo de la Diosa,  
Esperando á la Reina, atento mira,  
Los primores de la obra portentosa,  
Y el arte y los artifices admira,  
Ve de repente de la Iliaca guerra,  
Ya divulgada por la inmensa tierra,  
En coloridos lienzos los combates ;  
Y de Atridas; de Príamo el anciano,  
Y de Aquiles, con ambos inhumano,

La imágen le conmueve. "Amado Achates,  
¿En qué region del orbe el sol se muestra,  
En qué sitio (esclamó) que no esté llenq  
De las desgracias de la patria nuestra?  
Mira á Príamo! Amigo, el mal ageno  
Tambien se llora aquí: tambien alcanza  
Su premio la virtud y su alabanza:  
No desmayes; seremos protegidos  
Donde son nuestros hechos aplaudidos."

Asi hablaba, y la inánime pintura  
Su espíritu y su vista embebecia,  
Lágrimas de dolor y de ternura  
Corriendo hasta su seno. Ya veia  
Cómo, en torno de Troya, al griego bando  
Acosaban los Frijios batallando;  
Ya cómo en medio del combate fiero,  
El penacho de Aquiles espantaba  
Las Troyanas falanges, y el guerrero  
En su carro tonante atropellaba.  
A manos de Diomédes destruídos  
Vió de Reso los blancos pabellones,  
De noche por un pérfido vendidos;  
Y del príncipe muerto los bridones  
Arrebatados, ántes que probáran  
La yerba de las márjenes del Janto,  
Y la sed en sus aguas apagáran.  
Desarmado y huyendo ve entretanto

A Troilo, infortunado adolescente,  
Que osó medir sus fuerzas juveniles  
En lucha desigual con las de Aquiles.  
Afuera de su carro vá pendiente,  
Y ya, ya, por caer, con débil mano  
A sus caballos sofrenando en vano,  
Despavoridos le arrebatan ellos,  
Barren el negro pelo sus cabellos,  
Y la lanza en el pecho atravesada  
Vá surcando la tierra ensangrentada.  
Suelta la cabellera, allá venian  
Las Troyanas, vertiendo largo llanto,  
E, hiriéndose los pechos, ofrecian  
A la airada Minerva un rico manto ;  
Mas la Diosa los ojos enclavaba  
En la tierra, y la ofrenda desdeñaba.  
Mas allá, en otro lienzo, Aquiles duro  
De Héctor tres veces arrastrado había  
El cuerpo exángüe al rededor del muro,  
Y á Priamo por oro le vendia.  
Entónces fué cuando el varon Troyano  
Lanzó un hondo jemido, al ver sus ojos  
El cadáver, el carro, y los despojos  
De su amigo infeliz, y al rey anciano  
Tendiendo al matador la inerte mano.  
Lidiando con los griegos campeones  
Se conoció á sí mismo de repente,

Y distinguió las armas y escuadrones  
Que el tostado Memnon trajo de Oriente.  
Ve en fin á la pugnaz Pentesilea  
Llevar sus amazonas aguerridas,  
De lunadas adargas defendidas,  
Adonde es mas sangrienta la pelea ;  
Y el no cortado pecho sujetando  
Con una franja de oro, va en las lides  
La tremenda doncella batallando  
Con los más belicosos adalides.

Estaba del Dardanio enternecido  
En los cuadros el alma embelesada,  
Y al templo llega la elegante Dido,  
De jóvenes gallardos escoltada.  
Cual Diana en la márgen del Eurótas,  
O del Cinto en la altura, dirijiendo  
El coro de las Ninfas, se presenta ;  
Y de cumbres cercanas y remotas  
Las festivas Oréades viniendo,  
La Diosa en medio su beldad ostenta :  
Con la aljaba en el hombro vá marchando ;  
Y, del triunfo de su hija satisfecho,  
Al verla sobre todas descollando,  
Palpita alegre de Latona el pecho.  
Tal era Dido, tal aparecía  
En medio de su pueblo y activaba  
Las prodijiosas obras que algun dia

Ilustrasen el reino que fundaba.  
Cercada de su guardia, al fin se sienta  
En un trono, á las puertas del santuario,  
Y bajo de la cúpula erijido :  
Dicta sus leyes á la turba atenta,  
Y equitativa impone al operario  
Llevadera labor, ó decidido  
Queda el duro trabajo por la suerte.  
Gran jentío se agolpa mientras tanto,  
Y entre él Eneas acercarse advierte  
A Antéo, y á Sergesto y á Cloanto,  
Y á varios Teucros, que la mar había  
Lanzado á otras orillas. La alegría  
Y el ánsia de abrazarlos estimulan  
A los que densa nube protegía ;  
Mas, dudosos y absortos, disimulan,  
Y entre el opaco velo se mantienen.  
Quieren ántes saber á qué ribera  
Aportaron los suyos, y á qué vienen  
Y qué suerte en Cartago les espera ;  
Pues de cada bajel los principales,  
De la reina implorando la clemencia,  
Ya tocaban del templo los umbrales.  
Admitidos al fin á su presencia,  
Permíteles hablar la excelsa Dido,  
Y el anciano Ilioneo, al pié del trono,  
Dijo en modesto pero firme tono :



“Oh gran reina, á quien Jove ha concedido  
Un imperio fundar, y que trajeras  
Al yugo de la ley gentes tan fieras ;  
De la nacion troyana maltratada  
En la tierra y el mar, escucha el ruego,  
Y no consientas que enemigo fuego  
Devore en tu ribera nuestra armada :  
Hágate tu poder la salvadora  
De la raza piadosa que te implora.  
No hemos venido á provocar tu enojo,  
Ni á desvistar los Libicos hogares.  
Para volver, cargados del despojo,  
En infames bajeles á los mares ;  
Que nuestra alma detesta la violencia,  
Ni es propia de vencidos la insolencia.  
Hay una tierra fértil, floreciente,  
Que los Griegos Hespéria renombraron ;  
Los antiguos Enótrios la habitaron,  
Y la hicieron en armas prepotente :  
Italo allí reinó, y ahora es fama  
Que, por Italo, Italia se le llama.  
Ibamos en su busca, y de repente  
El funesto Orion la mar subleva,  
Y el Austro, arrebatando los navíos,  
Dispersos por el piélago nos lleva,  
Fluctüando entre escollos y bajíos :  
De su furia los pocos que salvamos

Náufragos á tus costas arribamos,  
Mas ¿qué linaje de hombres las habita ?  
¿ O dónde hay una ley que tal permita ?  
No bien húmeda playa nos hospeda,  
Y el vacilante pié la arena toca,  
Hierro en mano la arena se nos veda,  
Y á una bárbara lid se nos provoca.  
Si este pueblo desprecia á los humanos,  
Ni las mortales armas le intimidan,  
Entienda que los Dioses soberanos  
De lo justo y lo injusto no se olvidan.  
Nuestro rey era Eneas ; y si el Hado  
De un varon tan piadoso, recto y fuerte,  
El aliento conserva, y no ha bajado  
A los lóbregos senos de la muerte,  
De habernos tu favor anticipado  
Nunca tendrás, oh reina, que dolerte.  
Tambien es de la Dárdana familia,  
Y domina ciudades populosas,  
Que son nuestras aliadas poderosas,  
El magnánimo Acetes en Sicilia.  
Deja que de las aguas retiremos  
La destrozada flota, y que en la selva  
Nos hagamos de mástiles y remos,  
Con que á las ondas reparada vuelva ;  
Para volar á Italia placenteros,  
Si los Dioses propicios han querido

Salvar á nuestro jefe y compañeros.  
Pero si tú en el ponto has perecido,  
Oh, padre de tu pueblo, y no nos queda  
Ni la esperanza del amado Ascánio,  
Que á la tierra volver se nos conceda  
En donde Acetes manda, y preparada  
Siempre hallarán los Frijios su morada. ”  
Terminado el discurso de Ilioneo,  
En confuso rumor la Teucra gente  
Mostró igual inquietud, igual deseo:  
“ Mas, bajando los ojos indulgente,  
Dardánios, no temais (les dijo Dido):  
Dura es mi situacion, mi imperio nuevo,  
Y de su costa y límite estendido  
Solo á soldados la defensa debo  
Forzada confiar. Mas ¿quién ignora  
Los diez años de guerra asoladora,  
Y el nombre de Ilion? ¿la griega llama,  
El troyano valor y sacrificios,  
Y de Eneas los hechos y la fama?  
No somos tan incultos los Fenicios,  
Ni tan léjos de mi y de mis vasallos  
Ata el sol á su carro sus caballos.  
Si á los campos quereis de los Latinos,  
Dó Saturno reinó, volver la prora,  
O buscar en los fines Ericinos,  
La tierra amiga donde Acetes mora,

Para cruzar del ponto los caminos,  
Contad en mis auxilios desde ahora.  
Si preferís quedar en mis estados,  
Esta ciudad es vuestra ; en la ribera  
Descansen los bajeles maltratados ;  
Que por Dido serán de igual manera,  
El Troyano y el Tirio gobernados.  
Y ojalá á vuestro rey lanzado hubiera  
A estas orillas el furor del Noto !  
Pero al confin de Libia mas remoto,  
Irán mis mensajeros al instante,  
Por sí en pueblos ó selvas anda errante. ”  
Con tan dulces palabras animados,  
Eneas y su bravo compañero  
La nube de que estaban rodeados,  
Anhelaban romper ; y así primero  
Exhorta Achates de la Diosa al hijo :  
“ ¿ No ves á tus amigos ? ¿ Ya no sabes  
Que están, como tu madre lo predijo,  
Seguras en el puerto nuestras naves ?  
Tan solamente falta el desgraciado  
A nuestra vista por el mar tragado.  
¿Cuál es tu mente ahora ?” Así decía,  
Y de pronto se rasga y desvanece  
La oscura nube que á los dos cubría.  
Eneas de improviso se aparece  
Brillante en cuello y hombros, y brillante,

Como es el de los Dioses, su semblante ;  
Porque Vénus con hálito divino  
Le dió la lumbre de sus ojos bellos,  
Y su color de rosa purpurino,  
Y esplendor á su frente y sus cabellos.

En pulir el marfil así se emplea  
Experta mano ; y con adorno vario  
Así el oro finísimo hermosea  
La lámina de plata, el mármol pário.

Él, á la muchedumbre circunstante,  
“ Si buscabais á Eneas el Troyano,  
No le ha tragado el piélagó Africano :  
Miradle, dijo, le teneis delante ” ;  
Y luego, vuelto á Dido, con blandura :  
“ Oh tú, la sola que piadosa miras  
De Troya la inefable desventura !  
Tú, que á víctimas tristes de las iras  
Del Griego y de la mar, de tierra y cielo,  
Cuando más desvalidos nos hallamos  
Das asilo y morada en este suelo !  
Ni los que ahora tu favor logramos,  
Ni todo cuanto Teucro está disperso  
En la vasta estension del universo,  
A pagar tus bondades alcanzamos.  
Si es juez de las acciones la conciencia,  
Si hay justicia en los hombres, y benigno  
Recompensa algun Númen la clemencia,

Te espera, Dido, el galardón más digno.  
 ¡ Dichoso el padre á quien el ser debiste !  
 ¡ Afortunado el siglo en que naciste !  
 Mientras corran á la mar los ríos,  
 Sustente el cielo la sidérea lumbre,  
 Y caiga larga sombra de alta cumbre,  
 Do quier me lleven los destinos míos,  
 Haré vivir en inmortal memoria  
 Tu nombre, tus virtudes y tu gloria. ”  
 Vuélvese á sus amigos, dicho aquesto,  
 Y sus amantes brazos abre al cabo  
 Al facundo Ilioneo y á Sergesto,  
 Y al bravo Jias, y á Cloanto el bravo.

Después que absorta la Sidonia Dido  
 Contempló de tal héroe la presencia,  
 “ ¿ De qué Númen, le dijo, la inclemencia  
 De peligro en peligro te ha traído ?  
 ¿ Quién, hijo de la Diosa, quién creyera  
 Verte por los destinos impelido  
 Del Africa á la bárbara ribera ?  
 ¿ Con que eres el Eneas afamado  
 Que á la márgen del Frigio Simöente,  
 Por el Dardáneo Anquises engendrado,  
 Nació del alma Venus ? Bien presente  
 En la memoria tengo todavía  
 Que cuando, á fuerzas de armas, á su mando  
 Beló, la ópima Chipre sometía,

Vino Teucro á Sidon, solicitando,  
Expulso de su patria Salamina,  
Con el auxilio de mi padre Belo,  
Otro imperio fundar en otro suelo.  
Desde entónces de Troya la ruína,  
Tus gloriosas hazañas y tu fama  
Supe, y los nombres que la Grecia aclama.  
Aunque de los Troyanos enemigo,  
Teucro con gran loor los ensalzaba,  
Y de ser de su estirpe blasonaba.  
Ea, jóvenes, pues; venid conmigo,  
Y yo os daré hospedaje en mis mansiones.  
Antes que me trajese á estas regiones  
Una suerte á la vuestra semejante,  
Tambien me he visto perseguida, errante,  
Y mi propia desgracia me ha enseñado  
A tener compasion del desgraciado. ”

No bien de esta manera hablado había,  
Conduce á Eneas al palacio réjio,  
Mandando que en los templos aquel día  
Se celebrára con honor egréjio ;  
Y al mismo tiempo providente ordena  
Que del héroe á los tristes compañeros,  
Que estaban de las playas en la arena,  
Se envíen cien ovejas, cien corderos,  
Cien cuerpos de cerdosos animales,  
Y alegre don de Baco, y veinte erales.

Entretanto el espléndido convite  
Con pompa en el palacio se prepara :  
Brillan tapetes en que el arte rara  
Con la soberbia púrpura compite ;  
Y en las mesas los vasos cincelados,  
Donde en oro y en plata han esculpido  
La série de los hechos señalados  
De los abuelos ínclitos de Dido.

Inquieto empero pqr su tierno Ascanio,  
Y cuidadoso él únicamente,  
A las naves del príncipe Dardanio  
Manda que vaya Achates diligente,  
Y con el hijo le conduzca luego  
Preciadas galas que el Troyano fuego  
No alcanzó á devorar ; un rico manto  
Cubierto de pomposa argentería,  
Y un velo en cuyas orlas estendía  
Sus vástagos floridos el acanto :  
Pasmoso don, que á la venusta Elena  
Hizo su madre Leda, y que la ornaba  
El triste dia en que á la teucra arena  
Y al adúltero tálamo llegaba.  
A estos presentes agregar dispone  
El magnífico cetro que Ilione,  
Hija mayor de Priamo, ostentaba,  
Y su collar de perlas primoroso,  
Y la réjia corona en que lucía



Doblado cerco de oro y pedrería.

Mientras á los bajeles presuroso  
El fiel Achates vá, con nueva idea  
Forma nuevo designio Citerea,  
Y astuta determina que Cupido  
Transformado en Ascanio se presente,  
Y las preseas ofreciendo á Dido,  
La incendie toda con su llama ardiente ;  
Porque teme el doblez y la inconstancia  
Del Fenicio versátil y doloso,  
Y de Juno la atroz perseverancia  
En la noche perturba su reposo.  
Llamó, pues, al amor y así le dijo :  
“ Oh tú, mi sola fuerza, amado hijo,  
Yo imploro tu poder, y á ti me acojo,  
A quien no aterra el brazo fulminante,  
Que, armado de sus dardos, en su enojo,  
Contra Tifeo levantó el Tonante.  
Ya has visto que de Juno el odio impio  
Trae á tu hermano Eneas maltratado  
De un mar en otro mar, y te ha causado  
Muchas veces dolor, el dolor mio.”  
Hoy Dido en su palacio le ha hospedado,  
Al parecer benigna y obsequiosa ;  
Pero me tiene inquieta y recelosa  
Ver á tu hermano en la ciudad de Juno,  
Y temo que aproveche rencorosa

Un tiempo de dañar tan oportuno.  
Conviene anticiparse en el instante,  
Y encender en la reina tanto fuego,  
Que ninguna potencia baste luego  
A poderle apagar, y en adelante  
Ame cual yo á mi Eneas : oye el modo  
De poder conseguir mi intento todo.  
Ascanio, de mi amor la prenda cara,  
Llamado de su padre, un don preciado,  
Por la llama y las ondas respetado,  
A llevar á Cartago se prepara.  
Yo en mi regazo le alzaré dormido,  
Y sin turbar su plácido reposo,  
Volaré de la Idalia al bosque umbroso,  
O le tendré en Citéres escondido ;  
Para que nada sepa, nada tema,  
Y no pueda impedir mi stratagemas.  
Niño eres tú, y él niño, tu semblante  
Cambia esta sola noche por el suyo ;  
Y cuando, en medio del festin brillante,  
De Dido el dulce labio toque el tuyo,  
Y te estreche en sus brazos cariñosa,  
Reclinándote á veces en su seno,  
Devórala con llama silenciosa  
Y derrama en su pecho tu veneno ”.  
Alegre y dócil de su madre al ruego,  
Entrambas alas el Amor se quita,

Y anda, y en el andar á Julio imita,  
Y á obedecer á Vénus parte luego.  
Ella entónces un sueño regalado  
Vierte en los miembros de su nieto amado,  
Y al aire rapidísima se entrega :  
Abrazada con él á Idalia llega,  
Y á la sombra le deja sosegado,  
Respirando aromáticos olores  
En un lecho de amáraco y de flores.  
Por Achates en tanto conducido  
Y llevando las dádivas reales,  
Obediente á su madre iba Cupido.  
Al llegar de la reina á los umbrales,  
Ella, cubierta de oro, ya ocupaba  
Un sitial en el centro colocado,  
De recamada tela entapizado,  
Y que el dosel soberbio coronaba.

Eneas y los próceres Troyanos  
Sobre lechos de púrpura se sientan ;  
Y mientras unos pajes en sus manos  
Vierten la linfa pura, otros presentan  
En el trenzado mimbre el don de Ceres,  
Y desplegan tejidos de albo lino.  
Cincuenta son las hábiles mujeres  
Que en lo interior preparan los manjares,  
E incienso queman en honor divino,  
Ante los simulacros de los Lares ;

Y de viandas, de copas y de vino  
Cubren la rica mesa cien doncellas,  
Y cjen ministros jóvenes como ellas.  
Al alegre palacio apresurados,  
Tambien los nobles Tirios se encaminan,  
Y al pomposo banquete convidados,  
En bordadas alfombras se reclinan.  
Ya contemplan las dádivas de Eneas,  
Ya del flagrante Ascanio la figura,  
Y el razonar finjido y la hermosura,  
Y se admiran del niño y las preseas,  
Y del manto, y del velo guarnecido  
De acanto, con el vástago florido.  
Pero la triste reina, destinada  
De una pasion funesta á los horrores,  
Sin cesar mira y arde : sus ardores  
Del fraudulento Dios cada mirada  
Redobra, y la conmueven igualmente  
Cupido y el magnífico presente.  
Despues que, asido al cuello y abrazado  
Con el supuesto padre el falso niño,  
Le dejó que agotára alucinado  
En ósculos y halagos su cariño,  
A la infeliz el pérfido se llega.  
Ella con toda su alma le acaricia,  
Abrazarle, mirarle, es su delicia,  
Y algunas veces inocente y ciega,

Le reclina en su seno : ¡ miserable !  
Que no sabe qué Dios tan formidable  
Como un infante en su regazo juega !  
Él, de Venus la trama recordando,  
Las antiguas memorias de Siqueo,  
En Dido poco á poco fué borrando,  
Y con nueva pasion, nuevo deseo,  
Trastorna un pecho que tranquilo estaba,  
Y desde largo tiempo ya no amaba.

De la mesa las viandas levantaron,  
Y grandes copas de esquisito vino  
Con guirnaldas de flores coronaron.  
Del placer con el grito repentino  
Resonaron los atrios y salones,  
Y luminosas lámparas ardiendo  
Penden de los dorados artesones,  
Las tinieblas en dia convirtiendo.  
Un vaso de oro y perlas esplendentes,  
Desde el antiguo Belo, usado habían  
De la reina los claros ascendientes,  
Cuando las libaciones ofrecían.  
Dido llenarle manda ; las sonoras  
Voces que hendían el palacio todo,  
Cesan al punto, y habla de este modo :  
“ Jove, autor de las leyes protectoras  
De la hospitalidad, haz que este dia  
A Tirios y Troyanos fausto sea ;

Ni su memoria perecer se vea.  
Ven, oh Baco, dador de la alegría,  
Oh, Juno, ven, y tu favor nos presta :  
Y vosotros, oh Tirios, á porfia,  
Solemnizad tan memorable fiesta. ”  
Dice, y derrama del licor precioso  
Una parte en la mesa. La debida  
Libacion á los Dioses ofrecida,  
De la taza de néctar espumoso  
El borde apénas con el labio toca ;  
Luego la alarga á Bicias, y á que beba  
Ella misma festiva le provoca.  
Con ambas manos á los labios lleva  
El ancho vaso el prócer, y, sediento,  
Hasta el fondo lo apura en el momento.  
Síguele la nobleza placentera ;  
Y entre tanto repite en sus canciones  
Iópas, el de la larga cabellera,  
Al son del arpa de oro, las lecciones  
Que en otros tiempos enseñaba Atlante ;  
Los eclipses del sol, la luna errante,  
Y el rayo y lluvias ; de hombres y animales  
El origen primero ; las dos Orsas,  
Y el Arturo, y las Híadas pluviosas :  
Por qué causa los soles invernales  
A bañarse en las ondas se apresuren,  
Y las frigiditas noches tanto duren .

Sus cantares los Tirios celebraron,  
Y el aplauso los Teucros redoblaron.

Tambien Dido, la noche entreteniendq  
Con Eneas incauta discurría,  
Y largo amor la mísera bebía,  
Mil preguntas sobre Héctor repitiendo,  
Sobre Priamo mil. Ya desëaba  
Saber de cuáles armas revestido  
El hijo de la Aurora había venido,  
Ya cuán tremendo Aquiles batallaba,  
Ya el motivo fatal porque se hicieron  
Famosos los caballos de Diomédes.

“ Dime, huésped, en fin, todas las redes  
Que á los fuertes de Pérgamo tendieron  
Los Griegos, tan fecundos en ardidés :  
Cuenta el estrago de las Teucras lides,  
Y dí tus aventuras singulares ;  
Pues desde que te lleva el Hado impío,  
Vagando por las tierras y los mares,  
Ya ha vuelto siete veces el estío ”.

## LIBRO SEGUNDO

C allaron todos; el concurso atento,  
Le mira inmóvil, y su voz espera,  
Y el padre Eneas, desde su alto asiento  
A decir empezó, de esta manera :

“ Oh reina, mi dolor inesplicable  
Que se renueve mandas, refiriendo  
Como el Griego un imperio lamentable,  
Y á Troya desoló; desastre horrendo,  
De que tan grande parte me ha tocado,  
Y que á mi vista fué! ¿Dónde se hallára  
El Myrmidon, el Dólope, el soldado  
Del implacable Ulises que contára,  
Este estrago fatal y no llorára ?  
Y ya la húmeda noche vá del cielo  
Precipitada huyendo, y nos inclinan  
Al reposo los astros que declinan ;  
Pero si tienes, Dido, tanto anhelo,  
Dé escuchar brevemente nuestra historia,



Y el exterminio de la patria mía,  
Aunque me causa horror esta memoria,  
Y lágrimas me arranca todavía,  
Empezaré.— Después de tantos daños  
Sufridos sin cesar en tantos años  
De luchar contra Troya y el destino,  
Los príncipes de Grecia en el divino  
Consejo de Minerva confiaron,  
Y un enorme caballo de madera,  
De la altura de un monte edificaron.  
Fingen que era una dádiva, votada  
Para que la Deidad les concediera  
Próspera vuelta á Grecia, y divulgada  
Corre la falsa voz, pero asignados  
Por la suerte guerreros denodados.  
• Los encierran de oculto en las internas  
Y vastas cavidades del coloso,  
Y esconden de su vientre tenebroso  
Armada soldadesca en las cavernas.  
Frente á Troya, está Ténedos famosa  
Y rica mientras Troya subsistia,  
Pero isla cuya rada es en el día  
Para los navegantes peligrosa.  
La flota que cubrió nuestras arenas  
A su playa voló que yerma estaba,  
Y nosotros creímos que á Micenas  
El viento favorable la llevaba.

Del duelo de diez años libertado,  
Respira el pueblo al fin ; abre las puertas  
Que inunda las riberas ya desiertas  
Y el enemigo campo abandonado.

“ Aquí estaban los Dólopes, decían ;  
Aquiles el feroz aquí campaba ;  
Este sitio las naves abrigaba  
Y en aquel las falanges combatían.  
Parte cercando, la exicial ofrenda  
Consagrada á Minerva, mira absorta  
La mole de la máquina estupenda ;  
Y el primero Timetes nos exhorta,  
Ya fuese por traicion, ya porque el hado  
De Troya lo tuviese decretado,  
A que los altos muros allanemos,  
Y el mónstruo en el alcázar coloquemos.  
Mas de Capis y de otros la prudencia  
Quería que á las ondas se arrojára  
El sospechoso don ; que la violencia  
De la llama voraz le aniquilara,  
O que el hierro en sus senos penetrára.  
Discorde parecer al vulgo agita,  
Y en esto Laoconte acompañado  
De inmensa multitud, corre indignado  
Desde el alcázar, y de lejos grita :  
“ ¿ Qué locura es la vuestra ? ¿ habeis creido  
Que ya los enemigos han partido ?

¿Hay Griego don sin dolo? ¿Todavía  
 No conoceis á Ulises? O ese leño  
 Esconde Aquiva gente, ó algun dia  
 Será la destruccion de nuestros Lares  
 Una máquina alzada en el empeño  
 De registrar el muro y los hogares.  
 No os fieis del caballo, ciudadanos :  
 En él hay algun fraude, temo al Griego  
 Aunque ostente la dádiva en sus manos. ”

Así animoso nos increpa, y luego  
 De la hasta que impaciente está vibrando  
 El tiro al vientre asesta, y con pujanza  
 Despedida despues, quedó la lanza  
 En el corvo costado retemblando :  
 Las vigas de la máquina crujieron  
 Y las cavernas cóncavas jimieron ;  
 Y á no haber sido tan siniestro el hado,  
 Tan funesto el error que nos cegaba,  
 Hubiéramos el roble destrozado,  
 Que Argólicas catervas ocultaba ;  
 ¡Y todavía, oh Troya, existirías!  
 ¡Alto alcázar de Príamo estarías!

En tanto con insólitos clamores,  
 Traían un mancebo maniatado,  
 A presencia del rey unos pastores.  
 Para entregar á Troya, y preparado  
 A engañar ó morir, él mismo habia

Al encuentro á los rústicos salido.

Los jóvenes Troyanos á porfía

Le cercan y escarnecen ; oye, Dido,

Oye, y conoce el Griego dolo,

Y á toda la nacion por uno soio.

Despues que por los Frigios escuadrones

Tendió la vista, conturbado, inerme

“ ¡ Ay ! ( esclamó ) : ¿ Qué mares, qué rejiones

Asilo me darán ? ¿ Dónde acojerme ?

¡ Miserable de mi ! ¿ ya qué me resta ?

De Grecia para siempre desterrado,

Amparo busco y el Troyano airado

Mi sangre ¡ ay triste ! á derramar se apresta.”

En los Teucros convierte su lamento

Los escarnios en lástima al momento :

Le animamos á hablar y á que dijera

Su origen, su nacion, lo que intentaba,

Y qué crédito en fin nos mereciera,

Ya que su suerte en nuestra mano estaba.

Depuesto entónces el pavor finjido

Así empieza con lábio fementido :

“ No temas, oh Rey, que en cosa alguna

Te oculte la verdad ; y desde luego

No pretendo negarte que soy Griego,

Ni ha de poder la pérfida fortuna,

Aunque hizo de Sinon un miserable,

Hacerle un impostor abominable.

Tal vez de Palamedes descendiente,  
De Belo á tus oídos ha llegado  
El ínclito renombre ; falsamente  
De traición por Ulises acusado,  
Y engañados los Griegos porque había  
Reprobado esta guerra ; en un suplicio  
Le hicieron perecer, y ya en el día  
Lloran del inocente el sacrificio.  
Mi padre es pobre, Palamedes era  
Cercano deudo mio, y su destino  
Me ordenó mi buen padre que siguiera  
Desde que Grecia contra Troya vino.  
Mientras el sábio príncipe nos daba  
Con prudente consejo la victoria,  
Alguna distincion, alguna gloria  
Yo tambien con mis hechos alcanzaba.  
Mas luego que de Ulises fraudulento,  
(Bien sabida es en Troya esta perfidia)  
Pereció Palamedes por la envidia,  
Me aflijí, me indigné, desde el momento,  
Oculté mi existencia, y sin testigo,  
Viví llorando á mi inocente amigo.  
No pude al fin callar, y enagenado,  
Proclamé en alta voz que si volvía  
Vencedor á mi patria, tomaría  
Venganza de tan bárbaro atentado.  
Esto causó mi mal ; con estas voces

Exacerbado Ulises me aterraba  
Con las imputaciones mas atroces,  
Y equívocas especies divulgaba.  
Esas sus armas son : ni su odio ciego  
Le permitió un momento hallar sosiego,  
Hasta que el vate Calcas.... pero ahora  
Para qué recordar lo que he sufrido  
Si es aquí todo Griego aborrecido !  
Envíame á la muerte sin demora,  
Que ya es bastante, ó Rey, lo que has oido ;  
Y tendrán sus venganzas conseguidas  
El pérfido Itacense y los Atridas. ”  
Ansiando entonces por saberlo todo,  
Y las Pelasgas artes ignorando  
Le instamos mas y mas ; y de este modo  
El fementido prosiguió, temblando :  
“ Ya fatigados de tan larga guerra  
Muchas veces tuvieron el intento,  
Los Griegos de dejar la Troya tierra ;  
Y, oh ! si lo hubieran hecho ! Pero el viento  
Y la mar en furor los espantaron,  
Cada vez que á la fuga se aprestaron ;  
Y cuando en medio campo estuvo alzada  
Esa mole de vigas fabricada,  
Los cielos como nunca resonaron.  
Dispusimos en duda tan funesta,  
Que á consultar á Fèbo en su santuario,

Euripito volara, y del sacrario,  
 Nos trajo esta fatídica respuesta :  
 Con sangre de una vírgen inmolada,  
 El viento se aplacó cuando venía  
 A la Ilíaca ribera vuestra armada ”.

. . . . . (1)

(1) Aquí termina lo que nos es dado presentar de la traducción de D. Juan Cruz Varela.

Da pena — digámoslo otra vez — no poder insertar ahora los cuatro cantos que tradujo Varela y que debieran encontrarse entre sus papeles.

Son bellezas que quedan todavía ocultas para los amantes de la literatura clásica. Porque el éxito con que Varela haya superado las dificultades de su traducción, puede medirse, como muy bien lo hace notar su ya citado biógrafo, por la circunstancia de haber suscitado el parangón entre la obra maestra de Virjilio y su Drama *Dido*, argumentado en la pasión violenta que la desgraciada reina de Cartago concibió por el héroe Troyano ; y que Varela pinta así en la escena de Dido con su hermana :

. . . . .  
 Me miró, me incendió ; y el lábio suyo,  
 Trémulo hablando del infausto fuego  
 Que devoró su pátria, mas volcanes  
 Prendió con sus palabras aquí adentro,  
 Que en el silencio de traidora noche  
 Allá en su Troya los rencores griegos.

. . . . .  
 Ayer, sereno como nunca, el día  
 En Oriente lució : los compañeros  
 De Eneas, los magnates de mi corte,  
 Y Ascanio mismo, con nosotros fueron.

Mas, no bien se esparciera por los campos

El venatorio bando cuándo el trueno

● Empezó á retumbar, y en negra nube

● Cubrirse el sol y encapotarse el ciélo.

Ardiendo el rayo sin cesar cruzaba

Y el aire todo, convertido en fuego

El miedo santo á las eternas causas

El pavor inspiraba y el respeto.

Toda la comitiva dispóse ;

Y en las cabañas ó en los hondos senos

De las cavernas do las fieras moran

Buscaron un asilo los dispersos.

A Eneas y á tu hermana un bosque amigo

Amparo les prestó, y en su silencio

Solo la voz de amor fué triunfadora,

Y empezó á resonar dentro del pecho.

Ana, si Dido fué culpable, ha sido

Cómplice de su culpa el mismo cielo :

El suspendió sus rayos y sus iras

En el momento que en el bosque espeso

Penetró nuestra planta ; cual si fuera

La tormenta terrible, de himeneo

La precursora pompa. Aquel instante

Estalló mi volcan, y... ¿ qué te puedo

Decir yo con mi voz, que no te diga

Mejor que con la voz, con mi silencio ?...

. . . . .



# ÍNDICE

---

	Páginas
Prefacio .....	5
Dalmacio Velez Sarsfield y la Eneida.....	11

## LA ENEIDA

Libro primero.....	25
Libro segundo.....	75
Libro tercero.....	123
Libro cuarto.....	163
Libro quinto.....	201
Libro sexto.....	245

Don Juan Cruz Varela.....	297
---------------------------	-----

## LA ENEIDA

Libro primero.....	339
Libro segundo.....	387



